Juan Soto Ivars

NADIE SE VA A REÍR

La increíble historia de un juicio a la ironía

DEBATE

Nadie se va a reír

La increíble historia de un juicio a la ironía

JUAN SOTO IVARS

DEBATE

Para Julieta, cuyo padre es bueno

0
Free Ano

> El hombre atraviesa el presente con los ojos vendados. Solo puede intuir y adivinar lo que de verdad está viviendo. Y después, cuando le quitan la venda de los ojos, puede mirar al pasado y comprobar qué es lo que ha vivido y cuál era su sentido.
>
> MILAN KUNDERA,
> «Nadie se va a reír», en *El libro de los amores ridículos*[1]

Frente a los juzgados de Plaza de Castilla de Madrid se ha congregado un grupo de chicos y chicas que gritan con pancartas en las manos. El retablo que componen este 15 de marzo de 2019, bajo el sol vertical de uno de esos días excitantes y limpios del invierno de Madrid, es el de la horda modernista que revoloteaba alrededor de Max Estrella venida a través de los espejos del callejón del Gato. Quieren atraer la atención de la gente. Bailan en corro como indios que llaman a la lluvia y gritan una consigna extraña: «¡Liberad a nuestro ano!», mientras agitan pancartas ante los peatones para que lean su proclama: «#FREEANO».

Una señora que pasa les desea suerte para ese tal «Fernando». Pero no, ¡señora!, no es Fernando el camarada que declara ante el juez en los intestinos del edificio, y tampoco el esfínter de

nadie, por suerte. Ano es Anónimo García, aunque su nombre de guerra se ha quedado fuera, en la calle, junto al diminutivo escatológico que sus amigos usan para referirse a él. En el juzgado solo tiene el nombre de su DNI, que algunos de sus amigos ni siquiera sabrían deletrear.

Aunque trata de conservar su pose irónica, su sonrisa impenetrable y su elocuencia inocentona, sin seudónimo ya no tiene máscara: todo lo demás se descompone. Para alguien habituado al alias, el juzgado ofrece una experiencia de desnudez desapacible. En el banquillo no puede hablar en el idioma retorcido que su grupo bautizó como ultrarracionalismo, y aunque fueron el seudónimo y la ironía los que lo arrastraron ante el juez, no será Anónimo quien pague el pato, sino él, y no lo castigarán por las palabras de su corazón o los actos de su voluntad, sino por una ironía diabólica que Anónimo tejió hasta enredarlo todo.

Hoy el asunto sigue pareciendo una broma, pero su futuro es un laberinto que se construye a cada paso que da. Con las risas y las bromas, Anónimo García ha ocultado a sus camaradas su preocupación. Tal vez se la oculta también a sí mismo, pero lleva unos días durmiendo mal pese a las palabras tranquilizadoras de su abogado. La denuncia es una estupidez, ningún juez le daría bola, lo sabe, pero en su cerebro sigue encendida una alarma desobediente. Un piloto rojo indica que algo va mal. ¿Qué puede ser?

Mientras sus secuaces ultrarracionalistas arman alboroto en la plaza, él trata de estar atento a los detalles del interior del juzgado. El comediante y la víctima de un extraño proceso judicial se escinden en su interior. Una parte de Anónimo tiene tembleque mientras la otra empieza a imaginar formas divertidas de contarlo todo cuando salga. Le asombra el

desbarajuste que ha encontrado en el interior. Oficinas y almacenes se confunden en pasillos sembrados de puertas con carteles numerados. Solo falta el olor a coliflor recocida y las vecinas vocingleras tendiendo la ropa entre pilas de documentos para completar el escenario de *El proceso* de Kafka.

Tras un rato esperando, una funcionaria les hace pasar a la sala en que se celebrará la vista. Es un diminuto despacho con una mesa en forma de u que acapara el espacio, una televisión en alto y un mueble con un viejo DVD y toneladas de discos esparcidos de cualquier forma a su alrededor. Allí intentan conectar la videoconferencia con el juez, que ya está esperando en Pamplona. Mientras una funcionaria blande el mando a distancia como un sable láser, la otra dice textualmente «sentarsus» y señala una silla demasiado próxima a la pantalla, lo que obligará a Anónimo a doblar el cuello como un pavo. A esa mujer le preguntarán si falta mucho y ella exclamará «yo solo estoy aquí para darle a la palanca».

Su tragedia se construye con ladrillos de comedia absurda.

Primer indicio tranquilizador: el Instituto Navarro de Igualdad, quien ha interpuesto la denuncia, no se presenta a la vista oral. El juez, a quien Anónimo García no puede ver porque la conexión no da más de sí, es una voz aburrida que ventea el asunto desganadamente.

Le hace solo tres preguntas. La primera, si él es él. La segunda, si sabe de qué se le acusa. La tercera, si admite que ha sido él quien difundió la web por la que lo han denunciado. «No», responde Anónimo por primera vez, «yo solo la creé, de difundirla se encargaron los medios de comunicación, y lo hicieron de forma excelente junto a anuncios de El Corte Inglés y Audi».

Pero el juez no está para discursitos. Pregunta al abogado si tiene algo que decir y este le hace otras tres preguntas a Anónimo para reforzar su posición. «Esto se va a sobreseer», le

confiará cuando salgan. Se equivoca, aunque nada parece indicarlo esta mañana. Apenas media hora después de haber entrado al edificio, ya lo ven venir sus camaradas con expresión socarrona y aires de haber hecho una trastada memorable. Han sido unos pocos minutos dentro. Una ridiculez.

Sin embargo, al final de esta historia nadie se va a reír. El proceso se replicará a sí mismo y se retorcerá con otra denuncia. En otro tribunal más estricto dirán que dijo, dirán que hizo, sospecharán de sus motivaciones y hablarán de las consecuencias de unos actos de Anónimo imposibles de verificar para él. Nada de lo que declare se tomará en serio, pues se está enjuiciando una ficción. ¿Cómo distinguir la verdad de la mentira? ¿Cómo demuestra un loco que está cuerdo si ya ha dado con sus huesos en el manicomio?

Lo cierto es que esta mañana queda mucho para que el proceso se complique. Cuando los ultrarracionalistas ven salir a su Ano sin grilletes, entran en frenesí. Lo abrazan, le dan palmadas en la espalda y lo cubren de besos, y a continuación irán todos a beber a un bar, aunque Anónimo no es bebedor. En torno a una mesa grasienta va a contar a sus camaradas lo que ha visto al otro lado de las paredes herméticas del juzgado de Plaza de Castilla, lo que le han preguntado y qué locura es someter a juicio la ironía. Ha sido todo como de Mortadelo y Filemón, dirá.

Anónimo García es un personaje singular. Una onda extraviada entre la frecuencia del sarcasmo y la de la ternura, predispuesta al juego peligroso. Su abogado no tuvo dudas de que ese chico desgarbado de metro ochenta, ataviado con un jersey amarillo, chamarra azul de cuadros y una expresión de broma inocente era la persona que lo había contratado. Yo tuve la misma sensación en nuestro primer encuentro. Fue en 2014, en unos billares de la Gran Vía donde había un retrato

enmarcado de Franco. Anónimo apareció con un sombrero de cowboy del que salían melenas negras, me dio un paquete y desapareció. En el interior encontré algo que parecía un disco de Manolo Escobar y era un ejemplar de su revista.

Espigado, greñudo, de nariz grande, dientes enormes y un bigote como de tienda de disfraces, Anónimo lleva siempre en la cara una expresión en la que no es fácil distinguir el desprecio del cariño, la arrogancia de la timidez, la sinceridad de la tomadura de pelo. En un mundo caótico y desesperante, tal vez esta máscara ha sido su forma de encontrar una postura para sentarse y decir: aquí me tenéis.

Pero ahora va a ser la ironía, esa ironía particular suya, vuelta en su contra, la que tome las decisiones. Esta mañana de cañas tras la visita al juzgado quedan nueve meses para la sentencia. La ironía será durante todo ese tiempo un fantasma filtrado en los conductos del aire acondicionado, centelleando en los tubos fluorescentes y las pantallas de plasma. Luego aparecerá en el próximo escrito de la acusación, interpretará los hechos y se dejará leer al final, en forma seca y tajante, en la sentencia y la diarrea de noticias que habrán construido el delito por el que se juzga a Anónimo.

El propósito de este libro es desenredar la madeja irónica, separar la mentira de la verdad y ofrecer un contexto adecuado para crear el mapa de interpretación de algo que me parece una injusticia.

Tal vez viste algún titular, aunque lo recuerdes a medias. Tal vez oíste en la tele, mientras dabas cuenta del almuerzo, unas palabras sobre el sinvergüenza que ofrecía cierto servicio morboso relacionado con un caso que conmovió a media España. Quizá pensaste, sin darle muchas vueltas, que semejante desgraciado merecía un castigo.

Si es tu caso, también fuiste una víctima de la ironía. Así que este libro está escrito para ti.

Primera parte

Homo Velamine

1
El presidiario

> El pasado de cualquiera de nosotros puede ser perfectamente adaptado lo mismo como biografía de un hombre de Estado, amado por todos, que como biografía de un criminal.
>
> MILAN KUNDERA

La noche vilmente pisoteada por las chanclas de los turistas en el paseo, hedor a crema hidratante, a gofres y salitre. Agosto de 2021 en Rosas. Mi suegra y yo bebemos en el balcón. Su receta favorita para el dry martini, que se encarga de reiterarme siempre que tomamos uno, es esta: ginebra enfriada por el hielo de la coctelera, una oliva y un rayo de luz que se filtra a través de una botella de vermú blanco seco, preferiblemente cerrada, y da en la copa. Se la leyó a Vázquez Montalbán y yo descubriré que Luis Buñuel también la conocía, aunque no la aprobaba, gracias a un libro que me va a recomendar Anónimo García en los próximos días. Un libro que ha inspirado su particular ideología y su manera de entender la provocación: *Mi último suspiro*.

Protegido por la copa, le digo a mi suegra:

—He invitado a un presidiario a pasar unos días en tu casa.

Ella encoge los hombros con desinterés. No he conseguido escandalizarla. No pregunta cuántos días se quedará el

presidiario. Tampoco si ha matado a alguien.

—Es por un tema relacionado con una violación en grupo.

Silencio.

—¿Te acuerdas de lo de La Manada?

La justicia impuso a Anónimo García la pena en 2019. Mi suegra pregunta con absoluta despreocupación:

—¿Cómo se llama?

—Le llaman Ano.

Da un trago. Mira al infinito.

—Cuando venga os presentaré así: «Anna, Ano. Ano, Anna».

Y por fin:

—No pienso llamarlo así.

En diciembre de 2020, mientras nacía mi hijo, el Tribunal Supremo ratificó la condena de dieciocho meses de cárcel y quince mil euros de indemnización, además de doce mil de costas, a Anónimo García. Entonces ya lo habían despedido unilateralmente de su trabajo. Conduciendo hacia la estación de Figueras un par de días después de la conversación con mi suegra, me digo que los hijos pueden ser un buen tema de conversación para romper el hielo. En el parque he aprendido que el tema funciona con marroquíes, ingleses, españoles o indepes, con hombres y mujeres, mayores y jóvenes. Nos lleva al mismo idioma y por algún sitio hay que empezar.

Aunque Anónimo y yo hemos mantenido una comunicación intermitente por correo electrónico desde hace algún tiempo, pues he tratado sus estrafalarios atentados en varios medios de comunicación y él me ha invitado a colaborar con su revista, nos habremos visto dos o tres veces y siempre con otras personas. Ahora vamos a pasar juntos unos días en intimidad y tendré que pedirle que me abra las puertas de su vida. Mi mujer y mi suegra tendrán que comer y cenar con él, como si fuera un pariente. No puedo asegurar que las cosas vayan a ir bien y tampoco sé si mi hijo, nacido en pandemia y poco

habituado a las visitas a sus siete meses, aceptará al extraño. Podría ser pesado e indeseable. Sé casi tan poco de él como mi suegra.

Sí conozco su afición al engaño. Hizo creer a los medios de comunicación que un cura y dos monjas habían ido a un congreso de Podemos para apoyar a Pablo Iglesias. Puso pegatinas en trescientos vehículos aparcados en la calle que sugerían que sus dueños formaban parte de un grupo organizado enemigo de los bípedos. También dio un susto de muerte a algunos vecinos de Madrid pegando en sus portales carteles falsos del Ayuntamiento de Manuela Carmena que anunciaban la demolición inminente de sus bloques de pisos por ser demasiado feos para la ciudad cuqui que proyectaba la alcaldesa. Y ahora me ha dicho que tiene problemas judiciales.

Aparco. Me como el tarro un rato más y por fin sale por la puerta de la estación. Ya no parece un joven bohemio cínico e imprevisible de los libros de Cansinos Assens. Algo se ha hecho en el pelo que recuerda al de un paje de Muñoz Seca. Arrastra los pies y se le ve más gordo, cansado. Además, se ha desprendido de su bigote, tan característico, tan asociado a él en mi memoria. Su indumentaria, un pantalón cortísimo y una camiseta blanca con letras de colorines estridentes, destaca entre el resto de los pasajeros que desalojan la estación.

Extravagancia no es la palabra exacta. Le falta ese rictus sofisticado que sí tienen los textos que escribe. Simplemente desentona. Desentona su desvalimiento.

Cada generación trae un montón de adaptados que hacen que el sistema funcione y unos cuantos inadaptados que pueden llegar a cambiar el rumbo de las cosas, o estrellarse. Los últimos emprenden los caminos de la política y el terrorismo, se drogan o ganan Roland Garros, matan a sus padres con una escopeta o estudian Filosofía en la universidad. Son los que pintan un cuadro y también los que lo rasgan a

navajazos en el museo ante el espanto de los turistas al grito de «¡muera el realismo!». Son los que se suicidan por amor después de escribir una carta patética o abren un refugio para perros apaleados. Los inadaptados se consideran mejores o peores que el mundo que han encontrado. Hacen girar la rueda como los demás, aunque tengan la impresión de que hacen otra cosa. Lo rupestre también fue arte de vanguardia.

Nos saludamos con un abrazo. Nos vimos hace unos meses, en primavera, y terminamos acordando que haríamos este libro. Sin embargo me causa una impresión distinta. Ahora me parece más tímido, más cariñoso, vulnerable. Sube al coche, arrancamos y, entonces, durante el corto viaje hasta Rosas, me doy cuenta de mi error. No soy yo quien lo está metiendo en su casa. No soy yo quien se juega algo. Es él quien me está dejando entrar en la suya, y se lo juega todo.

2
Daoiz y Velarde

> Nos reímos del señor Zaturecky, cuyo rimbombante apellido nos fascinaba; pero nos reímos de él sin ensañarnos.
>
> MILAN KUNDERA

Exterior. Noche. Pero muy tarde. Casi amaneciendo. Febrero de 2013. Un grupo de jóvenes trama algo en la plaza del Dos de Mayo. Llevan una escalera y algo que podría ser un cadáver enrollado en una alfombra. Está oscuro. Se los ve dudar. Paranoicos. Vigilantes de sus propias sombras.

Vamos a ver cómo empezó todo. Al principio no eran más que un grupo de amigos con ganas de echar adelante un proyecto que no encajaba con nada en lo que pudieran enrolarse. Lo suyo tenía forma de revista. Anónimo y sus compinches publicaron el primer número en enero de 2013: unas fotocopias cutres y mal grapadas con una pistola de letras en la portada, ese texto de André Breton que dice que el acto surrealista supremo es salir a la calle y disparar a los peatones con un arma. El suyo era un fanzine destinado, como todos, a cambiar el rumbo del arte y la política con un movimiento radical hecho desde la marginalidad, extramuros de la industria. Es decir: aspiraban a todo. A nada.

Rasomon, Biyu y Budoson querían ser escritores, James

Doppelgänger era un cerebro desorbitado e imprevisible, y Anónimo García se inclinaba al escándalo público y la performance, porque había leído a Luis Buñuel y porque trabajaba en Greenpeace desde el año anterior. Según él, si querían dejar huella había que atentar, causar impresión y convertir a los peatones en lectores involuntarios de la revista. Había que colarse por las grietas del sistema como hicieron los mejores: dadás, surrealistas, situacionistas, los Yes Men, de los que por otra parte sabían bien poco, aunque acabarían sabiendo demasiado.

Fue así como cinco jovencitos con seudónimo montaron su revista y le dieron un brazo militar. Había nacido Homo Velamine. Nadie sabía para qué, y ellos menos que cualquiera. El caso es que ahora estaban en la plaza del Dos de Mayo a las cuatro de la madrugada con un plan bien sencillo y la impresión de que los iba a detener la policía en cualquier momento.

A Rasomon le parecía bien esto de la acción directa, pero James y Biyu vivían fuera de Madrid, y Budoson estaba algo más receloso. Discutió desde el principio ciertos enfoques de Anónimo. Algunas propuestas le hacían gracia, otras le parecían inteligentes, y había un tercer grupo de proyectos que le resultaban infantiles y pretenciosos. Sería el primer miembro fundador en alejarse del grupo.

La primera idea para un atentado se concretó con rapidez. Budoson acabó participando de rebote. El único amigo de Anónimo experimentado en el arte de la escalada, uno de Greenpeace, se había rajado a última hora. Aunque Budoson había colaborado en los planes para llevar a cabo la idea, no estaba claro cuál sería su papel, pero en el momento en que lo llamaron a las once de la noche y le contaron que sin él sería imposible, se animó. A cualquiera le tira una noche en vela haciendo el cabra. Podía ser divertido, aunque le tocaba hacer

de vigilante. Alguien tenía que dar la voz de alarma si se acercaba la pasma. En realidad, era el papel menos arriesgado de esta obra de teatro escolar. Era hacer de árbol.

El absurdo es a la vez atrayente y repulsivo, contradictorio, y se ramifica. Miremos al absurdo desde el punto de vista de Budoson: pudiendo estar en su casa bajo una buena manta, a las cuatro y media de la madrugada de una noche de febrero tirita por la calle. Programó la alarma del móvil para las cuatro, por si se quedaba frito, y después se abrigó y caminó desde Tetuán por calles como frigoríficos de tanatorio para reunirse con el resto en Malasaña. ¿Tiene sentido obrar así? No, pero ha sido puntual. Los ha visto bajar hacia la plaza del Dos de Mayo, chicos raros con la adrenalina por las nubes, y se ha dejado contagiar por el entusiasmo.

Cargaban una escalera portátil y una pancarta enrollada. Ocuparon sus posiciones, se dieron ánimos, pero ahora el tiempo pasa grumoso, como el agua por las alcantarillas durante una epidemia de cólera. Es el momento de la verdad, pero ante las vallas rematadas en pinchos que protegen la estatua de Daoiz y Velarde de gente como ellos, Anónimo y Rasomon remolonean.

Budoson ha tenido que dar la voz de alarma un par de veces: el hombre de reparto de periódicos y un señor paseando a un perro les han puesto a todos alas en las sandalias. Hay que esperar mucho rato hasta que Anónimo y Rasomon sienten que la plaza está vacía, por más desangelada que parezca. En un momento se diría que van a saltar, pero entonces Rasomon mira a la derecha, se le espeluzna la barba de talibán y tira de la pierna de Anónimo. La determinación se desintegra.

Tampoco es que se hayan propuesto derribar las Torres Gemelas. Pero mucho tiempo después, en Rosas, Anónimo García me dirá algo que aprendió aquella noche de bautismo: hasta la norma social más absurda e inocua se vuelve difícil de

transgredir cuando te llega el turno de hacerlo. Saltar una valla es como pedirle a una vieja que te ceda el asiento en el metro. Parece fácil si uno lo planifica, pero prueba a intentarlo: «Señora, tengo setenta años menos que usted, pero levántese y déjeme sentarme, que estoy perezoso».

En la indeterminación los minutos corren como ratoncitos por la plaza del Dos de Mayo. El ánimo de Budoson orbita entre la excitación y la impaciencia, que es una forma de decir entre la vida adulta y el niño recuperado. Recuerda: una noche, siendo un chaval, se coló en el instituto con sus compañeros de clase y se sintieron los Goonies al pintar una polla en la pared del pasillo, robar unos exámenes y prender fuego a la papelera de la biblioteca. Aquella efervescencia regresa por momentos esta noche, pero deja paso también a las prudencias y perezas del adulto: miedo a que la policía los descubra en plena fechoría, a tener que pagar una multa sin un duro en la cuenta corriente o a ser amonestados por una idiotez. Pereza también de perder horas de sueño con esta travesura. Pero Anónimo, el inductor, el liante, es el único que trabaja mañana temprano.

Maldita su obsesión con Buñuel, no obstante. Lo ha leído hasta que se le quijotizó la sesera. Además, no intentes apartar a un zaragozano de su camino, se llame Anónimo o Luis. Hay un chiste sobre eso: Dios convierte en rana a un baturro y lo lanza a un pozo todas las veces que sean necesarias, hasta que el baturro diga que solo llegará a Zaragoza si Dios quiere. Por fin, Dios se apiada y vuelve a preguntarle: ¿adónde vas, baturro? Y este le responde: a Zaragoza o al pozo. Budoson lo sabe. Anónimo no plegará velas. Antes o después saltará la valla.

La plaza del Dos de Mayo ha sido la incubadora de las primeras tertulias del grupo, charlas con latas de cerveza de medio litro. Allí fue donde Budoson, Rasomon y Anónimo pasaron tardes incontables en un banco, después de que

Anónimo saliera de la oficina de Greenpeace, donde entonces se dedicaba a enviar boletines a socios e interesados. Allí sorbían birra, fumaban tabaco de liar y devoraban porciones de pizza mientras la conversación derivaba más allá de lo racional y germinaban las ideas.

Rasomon me dirá que todo el proyecto nació en esos bancos, y que no lo hizo como resultado de la birra ingerida, sino de un cierto sentimiento de exclusión. Las cosas de las que ellos hablaban y el tono en que lo hacían no cabían en ninguna parte, y ellos también querían participar de la Gran Trifulca abierta tras la Gran Desintegración. Se sentían revolucionarios, pero les había disgustado el tono eucarístico del 15M, la ausencia de sentido del humor, lo previsible. Pero ¿alguien estaba interesado en escucharlos a ellos? No había medio de comunicación, editorial literaria, grupo de música, simposio de filosofía o colectivo de artistas donde les pareciera que encajaba su idioma. Un idioma que, por otra parte, apenas estaba empezando a desarrollarse.

¿Cuántos proyectos como este aparecen y se evaporan al más mínimo contacto con el sol? ¿Cuántos grupos de inquietos descarrilados redimen a la humanidad con una propuesta de vanguardia sin que la humanidad haga acuse de recibo? Aquella primera noche podría haber sido la última. Podrían haber tomado la decisión, al día siguiente, de volver a centrarse en la escritura, limitarse a fanzinerosos, trabajar el estilo. Quizá hoy darían charlas en el MACBA en vez de estar condenados por los tribunales. Quizá viajarían con dietas de una Diputación o el Ministerio de Igualdad en vez de cruzar España en un Alsa para ver a la hija tras el divorcio. O habrían abandonado toda inquietud y asumido que las estatuas no bailan y las orejas no escuchan.

De cualquier forma, en la plaza del Dos de Mayo esos dos desgraciados no se deciden a saltar, piensa Budoson.

Expliquemos ahora el plan, tenemos tiempo de sobra.

Estamos en 2013 y ocupa la alcaldía de Madrid una señora cuyo apellido coincide con el mote que el pueblo castizo le puso al invasor José Bonaparte. No es la única vinculación entre las dos figuras: Ana Botella tampoco se presentó a las elecciones. La pusieron para sustituir a Ruiz Gallardón cuando el tío de las cejas gordas dejó el ayuntamiento para irse de ministro. No es que Madrid le tenga un cariño excesivo a Botella y sus modales envarados. Botella no es Esperanza Aguirre ni la futura Díaz Ayuso. No encaja en las losas de chotis ni en las churrerías, no encaja con el bebedor de cañas bien tiradas, no tiene pinta de haber escupido un hueso de oliva en el suelo de una tasca jamás. Es *vox populi* que está ahí por ser la mujer de Aznar, y el pueblo de Madrid solo perdona el nepotismo a cambio de una saca de gracia, chulería y carisma, pero Botella es más rancia que los cuadernillos Rubio. Será la primera víctima del brazo militar de Homo Velamine.

Pero no está en el ánimo de estos chicos, muy rojos por otra parte, la crítica política o la caricatura fácil. No opositan para dibujantes de *El Jueves* o guionistas del programa de Wyoming. Ya hemos dicho que montaron la revista porque no encajaban: están hechos de otra pasta más poética y menos definida. ¿Y qué les pasa con Botella, entonces? Que en sus oídos resuena la rima histórica del apellido de la alcaldesa. Eso es todo, o al menos eso fue todo lo que los arrastró a la acción. En el primer número de la revista, Anónimo publicó una coplilla cuyos ripios prendieron la mecha: «Dos botellas a la fuerza han gobernado Madrid: Pepe el gabachete y Ana la de Aznarín…».

Quería convertir el texto en algo que se pudiera tocar. En algo que te tropezaras sin necesidad de abrir la revista. La primera idea fue imprimir la copla y ponerla en algún lugar visible. Pensaron colocarla ante la estatua de Daoiz y Velarde, en una placa como las que el ayuntamiento pone para animar a

los madrileños a la lectura o dar contexto a los monumentos, pero al final optaron por una pancarta grande con un texto diferente, más concreto y resonante.

Lanzaron ideas como locos en una cena y de pronto alguien dijo algo, se hizo el silencio y supieron que habían tomado la decisión. Fue quizá la primera vez que Homo Velamine decidió por ellos sin que ninguno se diera cuenta. Y obedientes, empujados, poseídos, compraron una lona y se instruyeron en el taller de Greenpeace sobre los modos para colocarla mientras Rasomon y Anónimo hacían manualidades y sonaba AC/DC, Jimmy Hendrix y Led Zeppelin. Confeccionada la pancarta, pensaron en el paso siguiente. Colgar la tela sería solo el inicio. El acto empezaría a continuación.

Pero lo de colgarla se está demorando, decíamos. Este es el brete de la noche en la que Budoson ha tenido que poner la alarma del móvil a las cuatro. Las vallas que separan la estatua de los indígenas miden dos metros de alto y el arco que la enmarca, único vestigio del Cuartel de Artillería de Monteleón, traído piedra a piedra, aproximadamente siete.

Han pasado la tarde intentando lanzar unas cuerdas por encima del arco con idea de dejarlas allí, para colocar la pancarta durante la noche. Han probado amarrando el cabo a pelotas de tenis que han golpeado con raquetas, y también a balones de fútbol que han golpeado con los pies. Les han ayudado a chutar los yonquis de la plaza y unos niños que jugaban por allí, hasta que un bulldog francés ha pinchado la pelota a mordiscos. La gente les preguntaba qué querían conseguir y ellos respondían que era una apuesta. Al final, ha sido la pierna de oro de Rasomon, madridista, muy aficionado al fútbol, la que entrada la noche ha logrado el chut que ha pasado la cuerda por el lugar correcto, atada a una pelota pinchada por un perro.

Así que volvemos a Madrid, exterior noche, cada vez más

tarde, casi temprano. Estamos al filo del alba cuando Budoson ve por fin movimientos ejecutivos. Su corazón se acelera como el de un niño que ha puesto un petardo en un excremento. Rasomon apoya la escalera en la valla y Anónimo salta; vertiginoso le sigue Rasomon, y agarran la escalera para traerla al lado prohibido de la valla y poder salir de allí. Las dudas y prudencias ya no están. De repente son ninjas, y en cuestión de segundos han pasado las cuerdas por las anillas de la pancarta y consiguen izarla; ni en Iwo Jima se vio algo igual.

Pero justo en ese momento, ay, una patrulla de policía pitufa las fachadas cubiertas de grafiti con sus luces de discoteca. Budoson da la tercera voz de alarma de la noche. ¡Esta vez sí vienen! Y todos salen en desbandada. Rabiosos. Frustrados. Tanta hostia para nada.

Después de correr un rato sin dirección regresan desanimados a la escena del crimen y, aleluya, la pancarta sigue ahí. Flagela la estatua con el vientecillo que trae el alba, lo que da al lema que han elegido una presencia espectral y gloriosa. «A cada Botella le llega su Dos de Mayo», pone.

Se abrazan, hacen unas cuantas fotos y proponen acercarse horas más tarde para estudiar las reacciones de los ciudadanos. Anónimo se marcha a dormir, pues trabajaba pronto, y al final Budoson y Rasomon se quedan rondando, tampoco tienen ganas de irse a la cama. Cuando la mañana empieza a sacar a la gente de debajo de los edredones, algunos miembros del Pueblo se fijan en la pancarta gigantesca y otros pasan de largo. Ellos se acercan a algún vecino legañoso que trata de comprender de qué va todo esto. Comentan con él lo deteriorado que está el barrio más gentrificado de todo Madrid. Después se marchan a una cafetería para desayunar.

Pero dijimos que el verdadero acto no era la pancarta. Que el verdadero acto empieza a continuación. Veamos:

«Vamos a decir que no hemos sido nosotros», se le ocurrió a

Anónimo, lo cual tenía gracia porque la pancarta venía firmada por Homo Velamine. Era la provocación la que estaba marcando el camino, pero el azar tenía también mucho que decir. Casi por casualidad, acababan de tocar la armonía característica de las futuras acciones ultrarracionales: la desinformación.

Antes de la posverdad, pero después del situacionismo, ellos estaban ensayando su propia modalidad de repostería de bulos. En una cafetería, Anónimo escribe esta mañana su primera nota de prensa, donde Homo Velamine, grupo absolutamente desconocido por todo el mundo, desmiente con gran pompa y agravio el haber colocado la pancarta. Además, envía esta misiva a Ana Botella, a su secretaría, al ayuntamiento y a varios medios de comunicación:

Madrid, 29 de febrero de 2013

Estimada Sra.:

Como supongo que sabrá, la semana pasada colgaron una pancarta con el lema «A cada Botella le llega su Dos de Mayo» del portón del cuartel de Monteleón. Abajo reproducimos una fotografía. La pancarta apareció firmada por nuestra revista, *Homo Velamine*. Sin embargo, puede tener la certeza de que el equipo de la revista no ha sido el autor de este acto. Como ya anunciamos en nuestro comunicado de prensa, consideramos inadmisible semejante llamamiento antidemocrático en un país como el nuestro, regido por las urnas.

Por ello, nos disponemos a presentar una demanda ante los agresores para esclarecer la situación. Pero, si Vd. lo tuviera a bien, nos gustaría hacer causa conjunta con su gabinete por injurias a su persona y a su cargo. Una acción legal conjunta daría mucha más fuerza y repercusión a la demanda, y restablecería tanto su imagen como la nuestra.

Quedamos a la espera de su respuesta. Sin otro particular, se despide atentamente:

JERÓNIMO GARCÍA

Custodio, Departamento de Investigación y Referencia

Homo Velamine

No hubo respuesta. No importaba. Solo querían asegurarse de que alguien viera la foto en la alcaldía. Más allá de algunas instantáneas publicadas en redes sociales y una noticia en un periódico del barrio de Malasaña, tampoco hubo resonancia. Los operarios de limpieza rompieron con una cizalla los candados que Rasomon había colocado en la puerta de la valla para prolongar la vida de la pancarta todo lo posible y la hicieron desaparecer temprano. Ninguno de ellos estaba presente cuando la quitaron, pero daba igual. Habían encontrado una fórmula. Tirar la piedra y esconder la mano es banal. Hay que ir más allá. Hay que jurar que fue la piedra la que lanzó la mano, y hacerlo de forma tan jactanciosa, tan creíble, que la gente lo repita.

¿Con qué objeto? Es pronto para saberlo, pero las siguientes acciones les van a dar algunas pistas. Homo Velamine ha empezado esta noche, con una gamberrada intrascendente, su largo camino hacia los juzgados de Plaza de Castilla.

3
Provocación

> Uno debe cabalgar permanentemente a lomos de las historias, esos potros raudos sin los cuales se arrastraría uno por el polvo como un peón aburrido.
>
> MILAN KUNDERA

Un australiano, de nombre Jared Hyams, firmó una vez un documento oficial con el garabato de un pene. No tenía ninguna intención particular más allá de divertirse y ver qué pasaba. Según explicaría a la prensa, aquello hizo que la mierda alcanzara el ventilador. Cuando empezó a recibir quejas y amenazas de las instituciones por su extraña manera de rubricar, se matriculó en Derecho firmando sus papeles de esa forma y emprendió una serie de procesos judiciales para lograr el permiso del Estado.

Firmar con un símbolo fálico se convirtió en su cruzada. Otros iban a Jerusalén a matar turcos, o preparaban atentados con bombas, o exterminaban a los judíos, así que no era para tanto. Declaró que, cuando obtuviera el permiso oficial, cambiaría de firma. Solo quería comprobar hasta dónde mantenía el Estado la decisión ridícula de impedírselo, y al final pasó lo de siempre: un acto absurdo produjo absurdos mayores. Las autoridades llegaron a sugerir que con esa firma acosaba sexualmente a los funcionarios públicos. Era una

acusación grave y desnortada, así que Hyams perseveró. Siguió preguntando qué diferenciaba su garabato de cualquier otro.

Puede debatirse si Hyams es un idiota, un poeta o un héroe, pero cuando Baudelaire dejó escrito que el mal gusto es fascinante por el placer aristocrático de disgustar, se refería a esa actitud. No a la de los aristócratas de cuna y blasón que miran con desprecio al servicio, sino a la de los autoproclamados: modernistas, en general pobres como ratas, que disparatan su gesto, su ingenio y su sensibilidad hasta un grado de sofisticación extravagante capaz de epatar al burgués ahorrador. Cada generación trae un buen puñado de esta clase de aristócratas.

Desde el punto de vista baudeleriano, la gamberrada tiene algo de sublime, y también de redentor. La provocación es una de las pocas armas de que disponen los que no tienen nada. Incluso una pequeña acción idiota como la de Hyams cobra sentido gracias a las reacciones que concita. Como dice Camilo de Ory, hoy el berrinche mide mejor la calidad de un chiste que la risa. También era así en el pasado. La astracanada de Hyams no tenía demasiada gracia por sí misma, pero logró demostrar, sin hacer daño ni aparecer en la prensa más allá de la sección de curiosidades superficiales, algo maravilloso: que la burocracia tiene sentimientos, puesto que es capaz de ofenderse. No me parece poca cosa.

Los cinco fundadores de Homo Velamine, Anónimo, Biyu, Rasomon, Budoson y James Doppelgänger, se convirtieron en aristócratas de esta forma baudeleriana, sin pazo donde caerse muertos ni una idea del todo clara de lo que estaban haciendo más allá del gusto por armar líos, la necesidad de escribir y la obsesión de Anónimo por Buñuel. Suponían que solo unos cuantos iniciados y almas afines iban a entender sus textos o sus actos como divertidos o interesantes, mientras que la mayoría de la gente se ofendería entre acusaciones de

frivolidad o de pérdida de tiempo. Aunque era pronto para encontrar una misión, las reacciones a sus primeros actos fueron mostrándoles su sentido.

Escribió Buñuel que los surrealistas no se consideraban terroristas al uso porque no empleaban bombas, pero luchaban contra una sociedad que detestaban utilizando como arma principal el escándalo. Contra las desigualdades sociales, la explotación del hombre por el hombre, la influencia embrutecedora de la religión y el militarismo burdo y materialista de la época, durante mucho tiempo vieron en el escándalo el revelador potente capaz de hacer aparecer los resortes secretos y odiosos del sistema que había que derribar. Años después, en el entierro de uno de los surrealistas, Breton, deprimido, protestó así ante Buñuel: «¡Es triste tener que reconocerlo, mi querido Luis; pero el escándalo ya no existe!».

En mi opinión solo dijo esto porque ya era viejo. También en opinión de Anónimo. Quizá le hubiera devuelto el ánimo asistir a la divina ofensa de nuestro tiempo. El año en que nació Homo Velamine empezamos a verle las uñas a internet con la popularización de los ajusticiamientos digitales. Gracias a las redes sociales, las reacciones del público podían ser más ruidosas que las campañas publicitarias o las superproducciones de Hollywood. La ofensa lo salpicaba todo. Los espíritus censores, por primera vez en España, eran percibidos como los buenos de la película en un ambiente de corrección política. Si los surrealistas hubieran sido coetáneos nuestros, no habrían podido resistir a la tentación. Tampoco pudieron resistirla Anónimo y sus secuaces.

En 1932 invitaron a Dalí y Gala a una cena de alto copete en Estados Unidos y ella apareció con un traje cubierto de sangre y un sombrero en el que se veía la cabecita de un muñeco. Al ser interrogada por el sentido de su atuendo, Gala contestó que representaba al hijo del aviador Lindbergh, secuestrado y

asesinado en aquellas fechas en un caso mediático y morboso que alimentó los plañidos de las élites. En la fiesta se ofendieron tanto que Dalí y Gala tuvieron que presentar excusas, lo que les llevó a enfrentarse a la reprimenda mucho más temible de André Breton y los surrealistas, para los que no había mayor bajeza que pedir perdón tras un acto escandaloso.

¿Por qué se vistió así Gala? Por el mismo motivo que, al recibir la visita de una elegante mujer en casa, Dalí le ponía un huevo frito en el hombro. Por el mismo motivo que Michel Mourre, del movimiento letrista, se infiltró en la catedral de Notre Dame vestido de sacerdote, subió al altar y leyó una homilía que anunciaba que Dios había muerto. Podéis detectar a un cierto tipo de artista por su inclinación a ponerlo todo perdido ante el espanto de la buena sociedad. Provocar es para ellos igual a ser. A respirar. En el arte y la ficción, tan digno es provocar el llanto con un melodrama como la risa con una comedia o la furia con una provocación.

Por eso la provocación también debe ser entendida como el desenlace de una ansiedad: la cura a la angustia de la desaparición. Un narcisismo inverso, masoquista, que implica ser visto como un monstruo por la mayoría: el artista provocador quiere que el espejo se rompa y le hieran los fragmentos de cristal porque se mira a través de sus heridas. Guy Debord llegó a decir que el situacionismo no existía y que eran los «antisituacionistas» (quienes se ofendían, quienes no entendían y ladraban) los que le otorgaban carta de existencia con su reacción. Tal vez pasa lo mismo con el provocador. Siente que existe en la medida en que haya reacciones a su acto.

Es indudable que hay narcisismo tras esta actitud. La pulsión provocadora puede tacharse de muchas cosas, pero ha sido la energía motriz que proporcionaba impulsos al arte y la literatura. Si una provocación te parece estúpida, espera a ver

las reacciones, porque tal vez entonces empiece a cobrar cierto sentido. De hecho, en el arte las explicaciones retorcidas y filosóficas a los actos escandalosos casi siempre han llegado tiempo después en boca de los académicos o los periodistas. A la hora de ponerse manos a la obra, los artistas han sido tan intuitivos y descerebrados como el australiano Hyams.

Ejemplo: todas las teorías sobre el urinario que Marcel Duchamp envió a un jurado artístico del que formaba parte, objeto cuya incongruencia cambió el rumbo del arte para siempre, todas, se hicieron a toro pasado. Hay quien vio en *La fuente* una metáfora de la guerra en 1917, un resabio de Dánae o una representación del útero materno, pero Duchamp dijo simplemente: «Les arrojé a la cabeza un urinario como provocación y ahora resulta que admiran su belleza estética». La provocación y la belleza no son para todos los gustos, y a veces resultan difíciles de distinguir.

Esto demuestra que el futuro es más indulgente con los provocadores que con los moralistas. Las travesuras de Breton, Tzara, Debord o Mourre se pueden leer con simpatía, mientras que la reacción airada que suscitaron resulta oscura e incomprensible y ha quedado desactivada. Esto es porque la buena provocación es un lenguaje complejo y rico, mientras que la ofensa es siempre un lenguaje literal. La primera aumenta su valor con los años, como el vino, y la segunda sigue siendo vinagre. Algo así se trasluce, por cierto, de la fórmula acuñada por Woody Allen y luego convertida en lugar común: «La comedia es el resultado de sumar tragedia más tiempo». Lo que implica admitir que el tiempo desactiva la irritación, pero la comedia sigue funcionando.

La pregunta que quiero hacerle a Anónimo García, con quien paseo por Rosas después de dejar los bártulos en casa de mi suegra, es qué convierte a un individuo en provocador. Hago examen de conciencia y recuerdo que yo mismo, en la

universidad, me vestía con un espantoso abrigo púrpura que me llegaba por los pies, llevaba mis papelajos en un maletín de piel roñoso, me compraba americanas de segunda mano tres tallas más grandes y me negaba a peinarme. Con otros parecidos a mí, hablaba a gritos de las cosas más ofensivas por el gusto de sabernos escuchados. Fingíamos ser programadores de ópera del Teatro Real para convencer a las borrachas de una fiesta de que cantaran falsetes para nosotros, o les decíamos que éramos podólogos para que nos permitieran tocarles los pies. Nos saludábamos al estilo nazi provocando el escándalo de los presentes para después rematar el gesto chocando las palmas.

Como la ortiga, no valíamos para nada y estábamos en el mundo para irritar. Hoy supongo que era una forma de superar la timidez sin dejar de alimentar el ego, un equilibrio entre el deseo de desaparecer y el deseo de ser visto y admirado, y también un camino de prueba y error para ir descubriendo los intereses ocultos a la conciencia gracias a las reacciones de los demás. Los filósofos socráticos consideraban que el pensamiento solo puede desarrollarse mediante el diálogo, y la provocación no es más que una de sus formas.

Esto es algo de lo que Anónimo García me hablará también, y yo indagaré sobre su infancia, su juventud y sus primeras travesuras intentando descubrir por qué tomó esa determinación. También sobre las cosas que leyó y le empujaron a levantar un anacrónico movimiento de vanguardia en pleno siglo XXI. Conversaremos de los artistas como Buñuel y Apollinaire, de Freddie Mercury vestido de señora, de Evaristo pidiéndole al público que le escupa, de quinquis como el Vaquilla y el Lute: veremos que un hilo espinoso, la provocación, es lo que los enhebra.

Anónimo García me hablará también de sus orígenes, buscando conmigo el origen de su propensión escandalosa. Su

padre es de Alcorlo, pueblo que duerme bajo un pantano desde 1982. Cuidaba ovejas en los campos de Guadalajara que serían anegados por el embalse. Desde entonces, cada 24 de agosto se celebra junto a la ermita levantada al borde de las aguas una reunión de habitantes sin pueblo a la que Anónimo suele acompañar a su padre. Las mujeres cotillean y el cura se impacienta: señoras, por favor, va a dar comienzo la santa misa. Bajo las aguas está la raíz de esos pocos viejos que siguen yendo a ninguna parte, a la orilla de los recuerdos que desaparecerán con ellos.

Me interesan las raíces sumergidas de su estirpe. Describe a su padre como ahorrador y prudente, pero también como un hombre burlón y curioso: aunque solo fue tres años a la escuela, lo recuerda embebido en los *Episodios Nacionales* de Galdós cuando el hombre, muchos años después de criar ovejas junto al río Bornova, afluente del Henares, afluente del Jarama, afluente del Tajo, criaba coches en la Opel de Zaragoza. Lo mismo me dice de su madre: una mujer abnegada y curiosa. Recuerda a sus padres discutiendo en las cenas si tal ministro era el valido de tal rey, o en qué fecha se hizo tal casamiento. Ninguno de los dos había podido estudiar mucho, pero ambos tenían ansia por aprender y la preocupación de que el hijo se formase. Su madre acabaría sacando unas oposiciones para el ayuntamiento cuando Anónimo se fue a la universidad.

Dos buenas personas, trabajadoras, humildes, que criaron a su único hijo en el último edificio del último barrio de Zaragoza, Montemolín, entre descampados, chabolas de gitanos y ruinas de una estación ferroviaria carbonera sobre la que hoy se ha construido un Alcampo. Nada de esto hace prever el nacimiento de un artista provocador. El yacimiento arqueológico indica que la cuna de Anónimo se pierde como la de su padre bajo las aguas, no de un pantano, sino del progreso. Pero muchos individuos apacibles han salido de esa

forja, y muchos ciudadanos prestos a escandalizarse también. La familia de Anónimo no se distingue demasiado de cualquier otra de la España en Transición: éxodo rural y una vida que se asienta por fin en los suburbios de una gran ciudad y da paso a un discreto desclasamiento de la segunda generación a través del trabajo duro pero asegurado de los padres. De esa industria salen muchos ciudadanos responsables. Tiene que haber algo más.

«De niño, era como si siempre estuviera esperando a que pasara algo, no sabía qué, pero eso nunca llegaba a ocurrir», me dice en Rosas. ¿Es esta la mecha que busco? ¿Si «eso» no ocurre hay que provocar algo, lo que sea? Seguimos perdidos. Me dice que aquella Zaragoza extrarradial de los noventa, con sus bloques grises y sus Citroën corroyéndose por avenidas desangeladas, no encajaba con la forma en la que estaba desarrollándose su personalidad. Detectaba en el mundo que lo rodeaba una brutalidad que lo expulsaba a codazos: ninguna oda al barrio vendría de su pluma más tarde, cuando empezase a verlo con los ojos más comprensivos del adulto. Un barrio obrero no es un lugar que merezca la pena redimir con versos, sino con justicia económica. Muerte a los adoradores de los bloques. Muerte a los poetas obreros. Así lo entendía él y así lo entiendo yo.

El barrio obrero decantó a Anónimo al esnobismo, primera seña de la personalidad provocadora, por la fuerza. Por su amaneramiento lo llamaban maricón y alguna que otra vez lo persiguieron makis y neonazis para darle de hostias. Aunque no fue un pardillo escolar, siempre le costaba encontrar amigos con los que conversar de las cosas que a él le interesaban: asuntos que, después de todo, ni siquiera él conocía y que iba percibiendo como incomodidades, inquietudes, fantasías o ideas de bombero.

Como muchos inadaptados de mi generación, él encontró en

los grupos de punk la primera identificación del rarito, el goce por el mal gusto escandaloso. Las cintas de La Polla corrían por su radiocasete: había algo fascinador en un adulto que mete tacos y habla de drogas, maderos y políticos hijos de puta. Si eso se podía hacer, entonces se podía hacer cualquier cosa, y había sitio para todo el mundo. Bastaba con encontrar una voz y algo de qué hablar.

El verano anterior al instituto, sus padres le costearon un viaje a Poole, en el Reino Unido, para aprender inglés. Allí tuvo la primera pista de que había otro mundo más allá de Zaragoza, lo que por una parte abrió su mente y por otra afianzó su sensación de extrañeza una vez de vuelta en casa. Cursando la secundaria conoció al chico que más tarde se convertiría en Rasomon, y con él empezó a desencajar un poco menos. Las afinidades electivas tejían la personalidad en la extrañeza. Electrones perdidos se acoplaban alrededor de un átomo poco frecuentado.

«La imaginación produce libertad. La libertad implica soledad», silogizaba el manifiesto del ultrarracionalismo, escrito de su puño y letra, en 2014. «Y la soledad engendra rareza», seguía Ernesto Castro en el epílogo de *Ultrarracionalismo*, libro denso y voluminoso con el que asesinaron su movimiento en 2019. Pero la rareza engendra compañías afines, concluyo yo, aquí, buscando la respuesta a otra pregunta que no he olvidado.

Con el dinero esforzado que producía el trabajo de su padre en la Opel, Anónimo acabó recibiendo una educación de calidad. Además, pudo cambiar de carrera, dejar inacabados proyectos y dar bandazos. Elegía los estudios por fidelidad a sus padres y los abandonaba por fidelidad a... ¿a qué? Empezó Ingeniería Industrial y la dejó colgada al año por Empresariales, donde anduvo hasta los veinticinco, momento en que se matriculó en Periodismo. En Empresariales conoció a

Biyu, otro futuro ultrarracionalista. Desentonaban con sus camisetas piojosas de Nirvana entre los embriones de empresarios respetables de cuello de camisa planchado.

Biyu le había llamado la atención por las burradas que le oía decir por los pasillos. Bajaba las escaleras proclamando las ventajas de extinguir a la humanidad, imprevisible y escandaloso, y esto despertó su deseo. Con las tácticas de un adolescente enamorado se propuso cortejarlo, y un día, viéndolo por la calle, Anónimo cacareó y agitó los brazos saliendo de un seto para asustar a unas viejas que pasaban como si fueran palomas. Funcionó: Biyu se fijó en él, así que el lenguaje de la provocación había empezado a dar sus frutos. Servía para repeler a quien no era interesante y atraer a los afines. El sentido aristocrático de la provocación, recordemos, capaz de levantar su palacio hasta en los estercoleros.

Pronto eran amigos y jugaban a acuchillar tabúes en la cafetería. Junto al libertino Biyu, Anónimo conoció el gusto por la conversación inmoral y prohibida, por el exceso retórico, por ejercitar la libertad de la imaginación a conciencia, como si fuera un músculo. Fue Biyu quien le enseñó que ninguna idea delinque y que todos, incluso los que se creen más listos que la masa, chapotean en el mismo lodo. Ponía a la misma altura el *Hola* y la MTV. Ninguna tribu era aceptable, y menos aquella en la que uno deseaba ser admitido. No, nada de eso: ningún gregarismo es soportable.

«A ver si nos creemos moralmente superiores a los que ven el fútbol por hacer cosas como mover la cabeza al ritmo de Cobain».

En estos términos discutían y divagaban, reían y fracasaban. Descubrieron en el escándalo un calimocho fuerte y repugnante, necesario. No aspiraban a nada: quizá a conocerse mejor, entre ellos y a sí mismos. Tampoco tenían ambiciones literarias. Biyu escribía poesía como un loco para tirarla a la

basura. Anónimo lo imitaba, en lo creativo y lo destructivo. El único literato digno era Cronos, dispuesto a devorar a sus propios hijos.

Le hablé al periodista Galo Abrain de ellos y me dijo: «es que los aragoneses somos muy *somarda*». Me explicó qué significaba el término cantando una jota, estábamos borrachos. Al día siguiente pregunté a otro aragonés que sabe de palabras, Manuel Vilas, y me la definió así: «somarda, el humor aragonés, se ve en las películas de Luis Buñuel. Es una enmienda a la totalidad de las cosas, cuestiona la solemnidad, ridiculiza la autoridad, pero lo hace desde la naturalidad más incontestable. No desde la filosofía, sino desde la inteligencia natural. Es Buñuel. No es un humor de pueblo, de paletos irredentos, es un humor sofisticado, complejo y devastador».

Sobre los poetas, dijo Kant en su *Antropología*:

> El hecho de que no hagan fortuna como los abogados y otros doctos de la profesión radica en la disposición del temperamento que se requiere en general para ser poeta nato, a saber, desechar los cuidados jugando amigablemente con los pensamientos. Una peculiaridad que concierne al carácter, a saber, la de no tener carácter, sino ser versátil como el tiempo, caprichoso e inseguro (sin maldad), hacerse bravamente enemigos sin odiar precisamente a nadie, y hacer mordaz befa del amigo sin querer causarle pena, está implícita en una disposición dominante sobre el juicio práctico y en parte innata, del ingenio turbulento.

¿Eran poetas? ¿Eran *somarda*? Los jóvenes Anónimo y Biyu sacaron juntos un fanzine, *El niño problema*, que caricaturizaba a sus profesores, y empezaron a imaginar acciones directas. Un día pegaron carteles anunciando que se había perdido el plúmbeo manual teórico de un profesor catedrático, un libro tan coñazo que nadie en su sano juicio lo buscaría en caso de extravío. Nada en ese cartel era insultante. Simplemente

alguien desesperado por encontrar un libro absolutamente nauseabundo. La burla estaba en los ojos que supieran verla. Algunos de sus profesores la captaron, pero aquello había que reírlo con discreción, en la incomodidad. Nadie quería ofender al catedrático. Esta ironía retorcida, sutil, sería años después la seña de identidad de Homo Velamine.

Quizá fue así como la vida de Anónimo quedó unida a la provocación: una venganza cuya bala de plata no alcanza jamás al culpable, que a fin de cuentas es la insatisfacción, la angustia, uno mismo. Un repelente social que sirve para conocer espíritus afines, para sintonizarse arriba, en el mismo lenguaje. Algo que parece provocar espanto y silencio pero abre nuevos caminos en los debates. Fue más o menos en ese tiempo, por cierto, cuando se hizo ecologista y vegetariano y le declaró la guerra a los coches. Curiosa forma de matar al padre, obrero en una fábrica de vehículos.

4
Sobre ruedas

Estaba clarísimo que se trataba de una tontería.

MILAN KUNDERA

En 2013, varios grupos de ciclistas empezaron a soltar alaridos en internet. Al parecer había surgido una organización de conductores talibanes del motor que declaraban su hostilidad contra los peatones y las bicicletas y se oponía a la proliferación de vetos al tráfico en las ciudades. Según se leía en algunos medios de inclinación ecologista, estos conductores recalcitrantes alertaban de la extinción inminente de su colectivo y estaban preparados para la batalla. Veían la peatonalización de las ciudades como un cáncer en expansión.

Lucían en sus vehículos pegatinas con un lema beligerante: «Cuatro ruedas sí, dos piernas no». En el Facebook de la revista *Ciclosfera*, una de las que dieron la noticia, los lectores reaccionaron de esta forma: «No se han dado cuenta de que para pisar los pedales del coche necesitan las dos piernas. Ay, cuando se den cuenta y ya no las tengan...»; «Que se las corten y que vayan en silla de ruedas...»; «Si, como aseguran, los automovilistas están en peligro de extinción, debe ser la selección natural actuando. Los miembros inferiores (coches) morirán gradualmente, dejando solo a los miembros superiores (bicis). MY PEDALS MY WINS ♥».

En esa primera acometida de comentarios había uno que

daba involuntariamente con la tecla correcta: «¿Estamos locos o simplemente somos idiotas?».

Obviamente la banda de conductores enemigos de los bípedos no existía. Entre los comentarios de *Ciclosfera* hubo también unos pocos que detectaron y rieron la broma, entre toneladas que manifestaban su confusión con pataleos. También aparecieron, con filípicas exculpatorias de tono agraviado, los propietarios de algunos de los vehículos que habían amanecido con las pegatinas puestas, mientras Anónimo García se mecía complacido en el oleaje de las redes sociales y analizaba el ruido que generaba su acto con la excitación de una araña que ha notado a través de la seda el movimiento característico de una mosca.

La cosa había sido así: cuando se rebajó el efecto excitante de la adrenalina que les proporcionó la pancarta en la plaza del Dos de Mayo, siguieron publicando números de su revista y convirtieron Facebook en uno de los cafés habituales de sus tertulias. Allí empezó a ejercer su influjo demoníaco James Doppelgänger, el gaditano, a quien Anónimo había conocido en 2008 durante una estancia en Londres para trabajar. Sería él quien empezase a tejer algo parecido a un estilo literario compacto para el grupo y una ideología, ejerciendo al mismo tiempo de profeta y musa. Hablando con él se le había ocurrido a Anónimo el nombre Homo Velamine, vamos, el «mono vestido».

La acción de las pegatinas en los coches se le figuró también en Londres con James, aunque hubo que esperar todos esos años para llevarla a cabo, básicamente porque hasta entonces no existía el grupo, y tampoco el empuje necesario o la motivación para llevarla a cabo. Como la acción de la pancarta, era algo trivial, pero esta vez resultó premonitoria. Años más tarde, cuando la alcaldesa Manuela Carmena quisiera expulsar el tráfico del centro de Madrid, se encontraría con una

oposición feroz de conductores orgullosos cuyo tono iba a recordar a la parodia. En el siglo XXI la realidad no imita a la ficción, sino al chiste.

Pero Anónimo no intentaba anticiparse al futuro. Simplemente le tenía manía a los coches y a los conductores. Le preocupaba mucho el medio ambiente, le molestaba el tráfico y consideraba los atascos como el destilado más elocuente de la estupidez humana: mucha gente con prisa logra que todos lleguen tarde. Desde su estancia en Londres le irritaba también el signo de estatus que representa un coche caro, así que propuso al grupo imprimir trescientas pegatinas por seis euros, dejarlas en algunos coches al azar y, como en la acción anterior, lanzar una nota de prensa mentirosa para ver qué pasaba. De forma sutil, se daba el gusto de llamar puercos a los conductores, porque el lema que les endosaba estaba inspirado en *Rebelión en la granja*, cuando la élite de cerdos expulsa a los humanos y exclama: «¡Cuatro patas bien! ¡Dos piernas mal!»

Y coló. Sorprendentemente coló, pero justo por donde Anónimo no esperaba. No eran los conductores los que reaccionaban con más dogma, sino los ecologistas. Se movía todavía en la intuición, sin objetivo definido, y cada paso le daba sentido al siguiente. El efecto de esta acción pequeña tuvo mucha importancia en el destino de Homo Velamine. Años después describiría en una entrevista al enemigo del grupo, el monstruo que pretendían tumbar:

> La lucha contra el dogmatismo tal vez sea lo que resume todo lo que hacemos. Poniendo el foco en la gente que no se cuestiona los dogmas. Renuncia a pensar sobre ellos y los acepta sin más. Pueden ser religiosos o de la moral izquierdista. Ese sometimiento intelectual nos molesta.

Hagamos ahora una nota al margen. Los años han pasado

rápido, un vector evolutivo ha acelerado y la credulidad media de los ciudadanos ante los medios no es la misma que hace diez años. En 2013, la antena para detectar manipulaciones, falsas banderas y noticias diseñadas por departamentos de propaganda era muy precaria. Pros y contras: mucha más gente se tragaba los trucos con la boca abierta, pero la tierra seguía siendo redonda. En aquel tiempo era común que las parodias de *El Mundo Today* se reprodujeran en la prensa seria. El poder de distorsión de la realidad que desató internet no había hecho más que insinuarse.

Todavía se escribían artículos en *El País* sobre el paraíso democrático de la comunicación que nos brindaba la tecnología. Era la época de las primaveras árabes, FEMEN, las protestas frente a Wall Street, el 15M, etcétera. Estallidos relatados en loas muy distintas a las que proliferarían cuando el populismo se volviera derechista. ¡Qué tiempos! El Reino Unido pertenecía a la Unión Europea, el independentismo catalán burbujeaba, no existían Podemos ni Vox, y Donald Trump no era más que una celebridad televisiva. Si alguien hubiera hablado de *bots* rusos en 2013, la mayor parte de la gente habría creído que le hablaban de una película soviética de ciencia ficción.

Pues bien: aquella tarde, mientras Anónimo repasaba las reacciones a sus pegatinas, ya estaba viendo las cosas de otra forma. El futuro dejaba caer pistas sutiles, enigmáticas. Anónimo no podía creer que la gente que él consideraba más despierta, más avanzada, más conectada, los ecologistas, se tomara tan en serio una broma tan evidente. Recibía tales muestras de credulidad que sus prejuicios se incomodaban. ¿Mi bando también está infestado de fanáticos dispuestos a tragarse cualquier cosa que encaje con su visión demonizada del adversario?, se preguntaba.

Anónimo sostenía entonces, como hoy, que el planeta se

dirige inexorablemente hacia la destrucción por la codicia y la estupidez de los humanos. En 2013 las noticias sobre el calentamiento atmosférico o la contaminación en los mares afectaban tan poco al rumbo de la sociedad como ahora, pero encontraban menos eco, porque las multinacionales no habían empezado a pegarle a su marketing las etiquetas verdes. La predicción apocalíptica estaba a la vista de todos, los científicos se quedaban roncos, se firmaban acuerdos que nadie cumplía porque nadie se dignaba pisar el freno y prescindir de un gramo de confort y crecimiento. La gente que, al menos, estaba atenta a estas señales de alarma y protestaba, o cambiaba sus hábitos, le parecía a Anónimo la más despierta. Con su acción había querido caricaturizar a los conductores que atosigan la ciudad y gruñen porque no encuentran aparcamiento, pero el disparo atravesó el centro de otra diana.

«Se sabe dónde empieza un acto ultrarracional, pero nunca dónde acaba», me dirá en Rosas, refiriéndose al que lo llevó a los tribunales. Pero esto sirve para todos los demás. La reacción inesperada era el efecto de la incongruencia, la marca de la casa. Uno puede revisar de arriba abajo todas las acciones de Homo Velamine, leer todos sus textos y no tener una idea clara de cuál es su posición en los grandes debates. El límite entre la verdad y la mentira era su territorio de operaciones y la confusión, su combustible.

Durante las semanas siguientes, Anónimo compartió reflexiones como estas con algunos compañeros de Greenpeace, con los que marchó de convivencias a la Sierra de Madrid. Ellos disculpaban a los apasionados ciclistas, incapaces de aceptar la concentración de bobalicones en las propias filas, pero las conversaciones con sus camaradas de Homo Velamine fueron bastante más fructíferas. Vieron que era buena idea enfocar Homo Velamine de esta forma. Empezaba a adivinarse un objetivo entre el juego y la literatura, entre el deseo de

enriquecer los debates públicos y el de destruirlos. La confusión era una respuesta acertada a una pregunta que ninguno de ellos había hecho.

Mientras James publicaba como un aspersor desde la página oficial de la revista en Facebook, las ideas se asentaban unas sobre otras como piezas del Tetris. Líneas imprevisibles bajaban en la oscuridad en busca de una estructura sostenible. Al año siguiente, 2014, lanzaron tres números de su revista y un manifiesto. Por el momento no hubo más atentados, salvo una gamberrada en un viaje de Rasomon y Anónimo a Sevilla para visitar a James, cuando pusieron una pegatina con la cara de María Teresa Campos a una imagen de la Virgen María y otra con la de Iniesta a la del Niño Jesús. Poca cosa.

Pero avanzaban por los túneles del laberinto. La ironía que estaban alimentando era un bebé dinosaurio. Pequeñito y adorable. Y crecía.

5
El manifiesto

> El texto era pura agresividad y pura polémica.
>
> MILAN KUNDERA

En 1924 París abrió sus piernas y el mundo vio asomar la cabecita del manifiesto surrealista. Un siglo más tarde los ultrarracionalistas exprimieron el suyo por entre las de Madrid, pero esta vez nadie estaba mirando. La gente iba con la cabeza gacha y la nuca gibada como el toro que espera el estoque, mirando el móvil. Anónimo se había inspirado en las viejas vanguardias, pero a la luz de la especie humana cien años después, sus maestros le parecían algo ingenuos, no por falta de luces, sino de perspectiva. Las vanguardias brotaron entre fascismos cuando la educación universal y obligatoria era una utopía. Esto tal vez alimentó algunas falsas esperanzas en sus promotores.

Por muy violento que fuera el surrealismo y propusiera la matanza indiscriminada por mero entretenimiento, Breton tuvo durante muchos años en la cartera el carnet del Partido Comunista, que en Francia, en aquellos años, era como llevar una estampita de la Virgen. Ese papel demostraba que, por mucho que sus libelos defendieran como diversión sofisticada el disparar a los peatones, Breton creía en la posibilidad de una

utopía redentora. Atacar a la burguesía era una forma de creer en la especie humana, desgajando de ella su parte más detestable. Pero ahora sabemos que el comunismo fue otra más de las justificaciones para la tiranía y el genocidio, y sospechamos también que la gente, cuando tiene justicia, educación y prosperidad, no se hace más sabia, ni más curiosa, ni más flexible. El punk fue la primera señal de este cinismo. Vino cuando se apagaron los plomos del 68. Todavía vivimos esa resaca.

Desde la perspectiva de Anónimo, el siglo XXI sería la decepción de los idealistas de inicios del XX, si hubiera quedado alguno con vida. Internet había dejado claro que, por más facilidades que haya en el acceso al conocimiento, la mayoría de la gente no quiere sabiduría, sino superficialidad; ni razón, sino tener razón; ni argumentos, sino autocomplacencia. Por más asignaturas obligatorias que se inyecten en el córtex de las nuevas camadas de humanos, los de hoy son muy parecidos a los que pasaron por el mundo sin acceso al aula. Esta era, al menos, la visión ultrarracional del mundo, y de ahí que el manifiesto de 2014, escrito por Anónimo García con sus propias ideas y las de James, Biyu y Rasomon, oliera a cinismo desde las primeras líneas. Dice así:

> Tras una minuciosa observación del ser humano a través de la perspectiva ultrarracionalista concluimos que este está superando el *Homo sapiens* y se adentra en un nuevo estadio de desarrollo. Esta nueva subespecie se caracteriza por una manifiesta incapacidad de llegar a ideas originales, ni voluntad por hacerlo; un abandono total al soma y al progreso tecnológico acomodador y carente de toda proporcionalidad o mesura; un exacerbado frenesí de pertenencia al grupo y un afán extremo por imitar las pautas de conducta de los otros; una atroz falta de memoria histórica, unida a una incapacidad total de extraer conclusiones de ella; una continua búsqueda de las baratijas emocionales y materiales que adornaron la infancia de cada

> individuo; una ausencia real de luchar por la supervivencia, junto a una ausencia aparente de luchar por el avance de la sociedad; una desaforada pasión por el espectáculo social y una adoración de un sistema de gobierno, la «democracia espectacular», que bendice y posibilita y condena e inhabilita la libertad a partes iguales. A este nuevo estadio de la evolución humana convenimos en llamarle *Homo velamine* («el mono vestido») por su diferenciación más visible respecto al resto de animales: el anhelo por cubrir su cuerpo con ropa.

¿Hasta qué punto creían en lo que habían escrito? La ley de Poe dice que, en ausencia de un guiño o indicación que lo aclare, es imposible distinguir entre una postura ideológica extrema y su parodia cuando se discute en internet. Esto se podrá aplicar a todo el aparato ideológico de Homo Velamine de cabo a rabo. Todavía hoy, después de entrevistar a casi todos sus miembros y haber buceado en sus actos y publicaciones, soy incapaz de distinguir la distorsión irónica de la auténtica opinión sobre el mundo. Pero esta distinción no me ha importado nunca, y a ellos tampoco.

Anónimo tampoco parece seguro del límite. Uno empieza a pensar desde cierto ángulo en un tema para divertirse. Las ideas bombardean la superficie desde el caos inconsciente y el pensamiento racional, entremezcladas. En el discurso se enredan, y el resultado son hermanos siameses. Como ha explicado Jonathan Haidt —y como Sigmund Freud descubrió mucho antes que él—, una parte muere si se le arranca la otra. Lo irracional y lo racional trabajan en la misma oficina, comparten cuenta de resultados. Por eso se puede llegar a la proliferación de armas atómicas o el Holocausto empleando la razón, y al poema perfecto expulsándola del edificio.

Da igual. Si partimos de la base de que el pensamiento no delinque y de que la imaginación es inocente, ¿qué importa lo que piensen quienes se ocultan detrás de los seudónimos ultrarracionales? Otra vez lo único claro, lo categórico, son las

reacciones. Tristan Tzara dijo que la obra de arte comprensible no es producto del artista, sino del periódico que informa de su existencia.

Fueron los ciclistas y los conductores quienes crearon el mensaje de las pegatinas que Homo Velamine dejó en algunos coches. Las carcajadas y los espumarajos de furia proporcionan el sentido al chiste, que hasta el momento de la reacción no era nada, un vial cargado con un líquido misterioso que puede ser el virus o su vacuna. Pasa lo mismo con las obras de arte, y con las ideologías, y con las religiones: es la gente la que les da sentido, a veces entre grandes aspavientos y hogueras purificadoras. Las ideas no delinquen: delinquen los que las asumen.

El ultrarracionalismo se definió en el manifiesto y siguió haciéndolo en los años siguientes. Implicaba llevar un argumento al extremo lógico para destapar su irracionalidad intrínseca, así que estaría incompleto mientras no fuera interpretado, y cada interpretación podría darle un sentido diferente. Pero, más allá del hermetismo de sus intenciones, del misterio en las fronteras de la conciencia y la ironía, el manifiesto ultrarracional me permite rastrear algunas de las obsesiones del grupo en aquella época, y en particular las de Anónimo García. Ahí está el ecologismo, solo que en la forma extrema de una propuesta de genocidio; ahí está la fascinación por España, solo que en la forma de caricatura del pueblo español; y también me parece leer, pero de forma más sutil, la decepción del 15M.

Anónimo sí me confirma este punto: el 15M sería un detonador para Homo Velamine. Sobre la visión cínica que él y James habían tenido en Londres se sedimentó el extrañamiento que les produjo la supuesta primavera ibérica. Entre los indignados, los futuros ultrarracionalistas encontraron muchas propuestas sociales, unas ridículas, otras pertinentes, pero ni

pizca de algo que les parecía fundamental para cualquier movimiento subversivo: humor. Desanimados por la solemnidad autosacramental y la pose de respeto ante las estupideces reiki que se vomitaban por allí, ellos empezaron a escurrirse hacia los márgenes.

No puedo evitar leer el manifiesto como una respuesta al 15M, empezando por su divertida pose elitista y reaccionaria. Mientras en las plazas se proponía la democracia directa, ellos defendían una democracia por sorteo. «¡Abajo el sufragio universal! —escribían—, debemos implementar inmediatamente el sorteísmo: la elección de los líderes políticos al azar». Mientras el 15M buscaba nuevos caminos para la izquierda, ellos la neutralizaban: «La izquierda anhela un progreso liberador que ella misma convierte en dictadura. La izquierda es carcundante. La izquierda es derecha. Y, por tanto, despreciable por definición». Mientras en Sol se hablaba de los derechos humanos como si fueran patrimonio de los indignados, ellos se preguntaban: «¿Somos los humanos dignos de los derechos humanos?». Y, claro, respondían que no.

Debo anotar aquí que, pese a no albergar demasiadas esperanzas en el futuro de la humanidad, Anónimo García se desempeña muy bien con los bebés. En Rosas agarra a Alejandro por debajo de los brazos, lo levanta y le dice cosas demasiado cursis para mi gusto, pero al crío no parece molestarle. Me pregunto si Alejandro será un provocador y por qué motivos tendré que echarle la bronca, y si lo haré con convencimiento o con una secreta complicidad que habré de ocultarle y que él descubrirá sin esfuerzo. Cuando dejas de ser un niño las travesuras se convierten en otra cosa, y cuando tienes un hijo sus consecuencias empiezan a pesar cada vez más. Alejandro sonríe a Anónimo, lo ha aceptado. No todo el mundo tiene tanta suerte con este crío.

«Los hijos acobardan», le digo para tantearlo, porque él

también tiene una hija pequeña y ahora ha de desviar cuarenta mil euros, que de otro modo serían para ella, con el fin de sufragar la condena que le han impuesto, pagar las costas y librarse de la cárcel. Con los dieciocho meses que le cayeron no ha llegado a ingresar en prisión, pero ahora tiene antecedentes penales y cualquier otra denuncia trivial puede mandarlo al agujero. Pese a todo, me responde que Homo Velamine no está acabado. Hay algo dentro de Anónimo que sigue empujándolo a la acción. La injusticia sufrida no lo ha hecho más dócil, de la misma forma que tener una hija no lo ha hecho más conformista. El ultrarracionalismo, muerto ya para casi todos sus compañeros, sigue vivo para él. El puñetazo judicial no le arrancó esas gafas con las que se ha acostumbrado a mirar.

Según dijo en un artículo de prensa, el ultrarracionalismo significa «usar exclusivamente la lógica y la razón, evitando la injerencia que sobre ellas puedan tener las pasiones y los anhelos». Mr. Satán, quien se sumaría al grupo años más tarde, añadía otra capa interesante: «El ultrarracionalismo es un método de interpretación de la realidad que nos insta a despojarnos de esa premisa por la cual el mundo es racional y se comporta de forma racional. Las masas, la política, el mercado no están regidos por la razón. Así que para entender la realidad hemos de tomar una distancia irónica con esa racionalidad, típica de la Ilustración». Y Rasomon añade: «La razón ha fracasado, así que lo único que nos queda es ese más allá: la razón irónica».

Aunque todavía no habían inventado el concepto, Anónimo y sus amigos ya estaban usando esta lente en el 15M. Ninguno de los que pedían más participación ciudadana en la Puerta del Sol parecía caer en la cuenta de que el Partido Popular seguía ganando las elecciones pese a Rodrigo Rato, los desahucios, los recortes y todo lo demás. Querían cambiar una máquina sin dignarse a mirar sus entresijos, transformar sin haber

observado. ¿Cuánta ingeniería social era necesaria para que España fuera tan maravillosa como se proponía en Sol? ¿Cuántas lobotomías, cuántos gulags? El ultrarracionalismo iba a ser la forma de convertir esas preguntas pertinentes en propuestas impertinentes.

Dice el manifiesto que «en un mundo de ciegos, el engaño y la falsificación se reducirían drásticamente. Conclusión: no se trata de abrir los ojos a la gente, sino más bien de sacárselos». Esta operación debía llevarse a cabo colocando ante todo espécimen de mono vestido fenómenos que este no pudiera comprender, y estudiar luego sus reacciones con la distancia del antropólogo y la saña del viviseccionador. Así, trataban a su público como los zoólogos que dejan un espejo en la selva y graban la reacción de los orangutanes. Si caminamos complacidos al abismo entre batukadas y paellas populares, ¿qué más podemos hacer?, se preguntaban. El mundo les parecía una viñeta de Miguel Brieva.

Del manifiesto: «Los ultrarracionalistas no somos anticapitalistas: estamos, de hecho, comprometidos con el capitalismo, solo que en un sentido muy similar al que cualquier personaje de Alfredo Landa se comprometería con su suegra». Venían a decir con esto que unos exigen decibelios, fútbol, cotilleo, motores y grasa, y otros libros de Murakami, Castaneda y teléfonos inteligentes para protestar sin desengancharse de Netflix, pero todos, incluidos los anticapitalistas, suplican al sistema que se asegure de proveer sus bienes favoritos, y a la democracia, que ofrezca la paz y la seguridad necesarias para que el maná siga fluyendo de manera constante. Así que, según concluyeron esos jóvenes de izquierdas tras su epifanía ultrarracional, no es el capitalismo el que embrutece al pueblo, sino el pueblo el que embrutece el capitalismo.

«¡Alejaos de quien exhibe estos chorizos cerebrales, ya lo

haga por pereza o estulticia, pues es plenamente *Homo velamine*! (...) Ya solo será capaz de excitarse con impulsos edulcorados y estímulos repetitivos. Nada lo distingue de la filoxera y, como a esta, hay que erradicarlo», espeta el manifiesto. Ninguno de ellos habría apoyado el exterminio que proponían si un monarca absoluto hubiera accedido a llevarlo a cabo, pero, como Jonathan Swift en su humilde proposición, se preguntaban qué mejor forma habría de solucionar los dos problemas más graves de la humanidad, el hambre y la superpoblación, que el canibalismo.

Así es como el ultrarracionalismo les permitía llegar al absurdo por un camino de lógica estrictamente racional, delatando de paso el absurdo intrínseco que habita dentro de lo que parece normal. Si un argumento servía para convencer a un robot desprovisto de sentimientos morales, entonces era arte ultrarracional.

Y con este espíritu volvió a ponerse en funcionamiento la guerrilla tras la pausa reflexiva de 2014.

6
España es un país

> ¿Puede una habitación con las paredes de cristal ser un hogar?
>
> MILAN KUNDERA

Con el manifiesto publicado, Homo Velamine hizo sus primeros esfuerzos conscientes de propagación. Mientras James aguijoneaba en las redes sociales con su verborrea imparable, Rasomon y Anónimo eligieron con cuidado a los destinatarios del material impreso. No buscaban impactar en las masas, sino despertar la curiosidad de posibles colaboradores. Funcionó: mientras Biyu se distanciaba y Budoson desaparecía, escritores y artistas se arrimaron al proyecto. El filósofo Ernesto Castro ya había enviado una colaboración en el quinto número de la revista y había llevado a James a un congreso de filosofía, España sin (un) Franco, pero el séptimo número, de 2015, se abrió a más firmas, entre ellas la mía, cosa que había olvidado hasta que me puse a revisar el material. *Homo Velamine* buscaba sus afinidades electivas como Anónimo había perseguido las suyas.

También volvieron los actos, aunque en pequeña escala. Rasomon salía bastante de Madrid en viajes de trabajo, de modo que Anónimo recurrió a algunos compañeros de Greenpeace. La premisa original de los actos implicaba hacerlos al estilo Banksy, de incógnito, así que siguieron con la

trapacería de las pegatinas. Falsearon los carteles municipales del Paseo del Prado y los convirtieron en la «Autopista del Prado» de acuerdo con su aversión al tráfico motorizado. Colocaron otra que cubría totalmente los escaparates del Edificio España, triste y desangelado en las manos del millonario sichuanés Wang Jianlin, y lo transformaron en una tienda china de alimentación. Y pusieron una placa metálica con imanes encima de la del metro de la Puerta del Sol, que en aquellos años se llamaba Vodafone Sol por un acuerdo entre la Comunidad de Madrid y la empresa de telefonía, y durante más de veinticuatro horas la parada se llamó Velamine Sol. Nada de esto tuvo repercusión.

Las futuras acciones serían diferentes. Su semilla estaba en una vieja incomodidad ideológica de Anónimo y de nuevo el 15M anidaba detrás. Anónimo había asistido a alguna de las jornadas de Sol de 2011 con un cartel de *La libertad* de Delacroix con la bandera rojigualda en vez de la francesa y una flor amarilla donde iba la bayoneta. Lo hizo con naturalidad y un punto de «a ver qué pasa», y no pasó gran cosa, pero algunos manifestantes le afearon la bandera y le dijeron que no era apropiada. Esta alergia pudorosa le molestó y luego empezó a divertirle. Peligro.

Un día, Luis Buñuel se había enfurecido porque alguien cantó una canción patriótica en una cena de Navidad celebrada en casa de Tono, en Hollywood, así que delante de Charles Chaplin destrozó un árbol y pisoteó los regalos. Cuando la mujer de Tono le recriminó la grosería, él dijo que no era eso, sino un acto de rebeldía y subversión. Noventa años después, razonaba Anónimo, la subversión implicaba más bien el gesto contrario. Eran los años anteriores al ardor patriótico de estómago que desató el separatismo en Cataluña, a Vox y los sermones nacionalistas de la plaza de Colón, así que la bandera de España todavía podía ser un elemento de provocación por

encima de cualquier sigla.

Lo siguiente no se planteó como un acto, sino como un experimento. En los años posteriores al 15M, mientras el PP seguía en el poder, cada otoño se celebraba en Madrid una manifestación de izquierdas, la Marcha por la Dignidad. Allí la gente iba envuelta en todas las banderas imaginables salvo la española, así que Anónimo intentó convencer a Rasomon para meterse en el gentío con el símbolo atado a un palo de escoba, hablar con la gente y comprobar si era posible incluir la rojigualda en ambientes tan proclives a la nostalgia de franja morada. Como a Rasomon no le entusiasmó la idea, Anónimo terminó haciéndolo solo. Otra vez iba a ser la reacción la que proporcionara existencia y sentido al acto ultrarracional.

El 22 de octubre de 2015, día de la marcha, Anónimo compró una bandera española de los chinos prensada en una diminuta bolsa de plástico y la escondió en su mochila con la sensación de la mula colombiana que sube al avión con medio kilo de cocaína en el forro del abrigo. Empleando graciosamente su palo de escoba a modo de bastón, paseó hasta Sol, donde arrancaba la protesta, y avanzó disimuladamente entre hipsters, cabezas rapadas cubiertos de pegatinas comunistas y chicas con el pelo teñido de morado. Paso a paso, se inyectó en el gentío y empezó a notar algo desagradable: le flaqueaba la voluntad. Solo había que desenvolver la bandera, amarrarla al palo y seguir caminando como si tal cosa, pero sospechaba que el ambiente se iba a enrarecer tanto como si, en medio de una cena elegante de la buena sociedad, entrara una prostituta negra preguntando a gritos por él.

Volvía la sensación de la noche de la pancarta, el muro de metacrilato ante la transgresión inocente. De nuevo era el momento de pedirle a la vieja que se levantara del asiento para cedérselo a él, y entró en discusión interna. Le cabreaba no encontrar valor para hacer algo que pensaba que no debía ser

tabú, pero todo lo que había razonado los últimos tiempos sobre la bandera y la izquierda tiraba para un lado, y un pudor culposo tiraba para el otro. ¿Es que él también había interiorizado la alergia ridícula que pretendía colocar ante el espejo? Sí, tenía que admitirlo. La bandera le quemaba. No se había sentido tan nervioso desde el día en que perdió la virginidad.

Como el que trata de tirarse a una piscina helada, empezó a buscar el lugar donde el agua pareciera menos fría. Pasó junto a los comunistas y sus banderas rojas, pero pensó que, si a estas alturas seguían exhibiendo la hoz y el martillo, iba a ser difícil que aceptaran la suya. Llegó al grupo de yayoflautas, viejos reivindicativos, lo que le disuadió también, porque tal vez eran los únicos con autoridad moral suficiente para portar banderas republicanas. Continuó hasta el siguiente grupo, nutrido de feministas, que lo ahuyentaron con sus «machete al machote», y luego vio más viejos, esta vez de la organización por la memoria histórica, a los que tampoco quería ofender.

Al fin dio con el grupo de la Plataforma Antidesahucios. Quizá eran los que menos connotaciones identitarias tenían, el preparado de laboratorio perfecto donde verter el símbolo y establecer un diálogo. Entró apresuradamente en un bar, se metió en el baño y salió de allí con la bandera enganchada al asta. Era Superlópez más que Superman.

Como un zorro prudente que inspecciona un gallinero, caminó en paralelo a la manifestación, por la acera, separado por una barricada de coches que esta vez sí agradecía encontrar aparcados en el centro. Se apoyó el palo de escoba en el hombro para que la bandera ondease tras él y le pesaba lo que a Cristo la cruz, estaba acojonado. ¿Exageraba? ¿Había asumido la existencia del demonio que habita en la bandera y proyectaba en los pacíficos manifestantes su propia aversión? Intentaba responder afirmativamente a su pregunta, pero

empezó a oír un cántico, «esa bandera / hay que quemarla», y notó miradas hostiles. Apretó el paso en busca de otro segmento de gente menos hosca, pero era inútil: los cánticos contra la bandera iban desperezándose a su alrededor. Era como llevar una tea en llamas en mitad de un campo de cebada reseca.

Los coches aparcados terminaron y se vio envuelto por la gente. Las miradas que se dirigían a él expresaban el espanto de un sacerdote que ve entrar a las Pussy Riot en su parroquia. De pronto notó un tirón en el hombro y cuando miró atrás la bandera había desaparecido del asta. Iba a buscarla, pero un hombre se le encaró con los ojos rojos fuera de las órbitas. Bocas dentadas alrededor de él soltaban imprecaciones, como glóbulos blancos rodeando al elemento provocador. ¿Me van a pegar?, se preguntó, y algunos tipos especialmente cabreados parecían ir a responderle afirmativamente mientras le gritaban «facha», «fuera» y «aquí no os queremos».

He descrito la dulzura en las maneras de Anónimo, su voz algo afeminada y su temperamento despistado y tranquilo. Con esa especie de blando encanto, intentó contener la situación y dijo que estaba allí por las mismas razones que ellos, pero nadie lo escuchaba.

«¡Esa bandera está manchada de sangre!», le gritó un chavalín que apretaba los puños. Retrocedió hasta donde creía que habían arrojado la bandera mientras el joven lo vigilaba de cerca. ¿Quién demonios le había dado la prerrogativa de hacer de gendarme? Pero había que mantener a raya la sensación de agravio. Cualquier gesto podía prender el incendio. Se fue por una calle adyacente hasta que vio que la serpiente humana pasaba de largo. Solo el gendarme aficionado lo seguía de cerca, y cuando se quedaron solos le dijo paternalmente que se fuera a su casa y que no causara problemas. ¿Quién se había creído que era? Luis Buñuel le habría dado en las narices con

su puño de boxeador, pero Anónimo era incapaz de defender su honor con violencia, así que todo terminó.

En su viaje a Rosas, muchos años después, Anónimo me insiste en que esto no estaba planteado como un acto. Rasomon ni siquiera terminaba de verlo después de que Anónimo le contara lo que había ocurrido, pero aquella tarde tuvo una importancia descomunal en el futuro.

Con un tembleque caminó de vuelta a casa. Estaba claro que las cosas habían cambiado, se dijo. Hoy Buñuel no rompería un árbol de navidad, sino que colocaría uno bien grande en su casa, y un belén, para espeluznar a los progres que fueran a visitarlo. Era una pieza colocada por el azar sobre la que había dejado la acción de las pegatinas. Si la gente de izquierdas —su propia gente— reaccionaba de una forma tan intransigente y violenta ante algo tan normal como la bandera de España, sin admitir ni siquiera un argumento para incluirla, eso significaba que había que utilizarla. Los símbolos nacionales le importaban un carajo, pero el dogmatismo no. La fuerza opresora y boba de la multitud le había dejado claro que los actos ultrarracionales ya no podrían consistir en dejar cosas por ahí disimuladamente.

Había que dar la cara, aunque llevase una máscara.

7
Abajo el mundo moderno

> Me habían ablandado de tal modo que en aquellos instantes inolvidables amaba a todo el mundo.
>
> MILAN KUNDERA

Es 1950. Fernando termina la mili en el cuerpo de caballería del cuartel de Alcalá de Henares el mismo día en que el sargento anuncia a los reclutas que tienen que despedirse de sus caballos porque el Alto Mando va a sustituirlos por motocicletas. A los desgraciados animales los recogerá un empresario taurino que los venderá por las plazas, pero Fernando no puede permitir que su querido Bucéfalo termine destripado al sol de una corrida. El animal que con tanto mimo le buscaba los terrones de azúcar en los bolsillos merece un destino mejor. Ha estado ahorrando para casarse con su novia, pero se gasta las nueve mil pesetas que posee en comprarse el caballo. Y arranca el absurdo. El personaje, al que interpreta Fernando Fernán Gómez, trota con porte quijotesco camino de Madrid, donde se verá engullido por el tráfico motorizado.

Es fácil imaginar a Anónimo asintiendo con fuertes sacudidas de cabeza y el pecho cubierto de palomitas pulverizadas a las soflamas de Fernando al final de la película. Tras muchas desventuras intentando cuidar de su caballo en una metrópolis que ya no tiene establos ni cebada, bebe en una taberna junto a

una amiga y un amigo. El mundo moderno no le deja salida, como le pasó a Don Quijote cuando se le terminó La Mancha bajo los estribos y Barcelona lo puso delante de la muralla del mar. A Fernando también le han dejado chichones los molinos de viento robotizados y, borracho, se pone a gritar: «¡Ya estamos hartos de esta época de gasolina y de camiones! ¡Basta de ordinarieces! ¡Viva el sosiego!». Los echan a la calle y los tres dan tumbos con el caballo hasta cortar la Gran Vía en una manifestación improvisada.

El último caballo, de Edgar Neville, que Anónimo vio por recomendación de James, atizó corriente eléctrica a tres de sus nervios sensibles: el ecologismo, el sentimiento reaccionario de la vida y la predisposición a la ternura. La película exhibe esa clase de candor irónico con el que se puede describir Anónimo y que era el idioma de Neville: podía decir una cosa y la contraria sin que nadie adivinara sus verdaderas cartas, y hacer las críticas más mordaces sin perder la apariencia de placidez. Sus obras más punzantes sortearon la censura franquista como lo hizo *Bienvenido, Mr. Marshall*, gracias a un humor demasiado sutil para las gafas acorazadas de los funcionarios. De *El último caballo* se dice que fue el primer manifiesto ecologista del cine español, y también la primera película rodada tras la victoria de Franco en la que se mostraba compasivamente una manifestación antisistema, disfrazada de alboroto etílico.

Muchos años antes, en París, Luis Buñuel había salido de la proyección de *El acorazado Potemkin* tan contagiado de ardor revolucionario que montó barricadas en la puerta del cine con sus amigos surrealistas. Algo parecido le pasó a Anónimo con la película de Neville.

El caballo y los borrachos cortando la Gran Vía al grito de «¡Abajo el mundo moderno!» eran un acto ultrarracional que había que poner en práctica sin perder más tiempo. Problema: en este momento Homo Velamine solo tenía dos miembros

activos en Madrid más allá de los colaboradores esporádicos de la revista.

La sensación violenta que le dejó la anécdota de la bandera no había arrugado su ánimo agitador, y la película, de alguna forma, removía las aguas de su inconsciente, que son las mismas que sumergen Alcorlo, el pueblo de su padre. El desarraigo de Fernando, perdido en la urbe y el siglo a lomos de su amistoso caballo, conectaba con el desarraigo heredado de Anónimo, subido a la grupa de su movimiento de acción quijotesca. Se encaprichó con recrear esta escena en la Gran Vía y gritar esos exabruptos deliciosos entre el gentío. Sin embargo, los problemas para diseñar un acto de esa envergadura aparecían a cada paso.

Fue a la Gran Vía con los fotogramas de Neville en el móvil y encontró el punto exacto donde se rodó la escena, frente a lo que hoy es un Primark. Parar la circulación en ese nudo de taxis, furgonetas, autobuses y riadas de peatones era un suicidio civil se mirase por donde se mirase. Anónimo estaba batallando en su trabajo de Greenpeace contra la Ley Mordaza, que acababa de entrar en vigor y prometía mano dura con los alborotadores callejeros, así que conocía bien las posibles consecuencias. Solía hablar de sus actividades ultrarracionales en el trabajo, pues muchos compañeros compartían su espíritu provocador y abundaba la gente con experiencia en actos subversivos.

Alguien le dijo que una compañera del departamento de Cuidado de las Personas (así llamaban allí a Recursos Humanos) tenía caballos, pero cuantas más vueltas le daba al asunto más irrealizable le parecía. Conducir un animal vivo hasta el centro de Madrid iba a ser un lío descomunal. Además ¿quién lo iba a montar? ¿Y qué podían hacer si el bicho se encabritaba en medio de los coches? ¿Y si de repente le daba un infarto cuando los taxistas empezaran a disparar bocinazos?

Puso a un lado estos dilemas y empezó a pensar en una escenografía. Ese verano había acudido al Ignatius Day —una fiesta que conmemora la publicación de *La conjura de los necios*, de John Kennedy Toole—, donde conoció a un pintor que había reproducido las pancartas de la huelga de trabajadores de la Levy Pants. Le pidió el contacto, suponiendo que podría resultar útil, y decidió llamarlo para que hiciera unos carteles para su manifestación contra el mundo moderno, a lo que el artista se prestó encantado. Era José Luis Pérez Santiago. Un problema resuelto.

Pero apareció otro mayor: aunque en la película bastan tres borrachos para colapsar Madrid unos minutos, en el mundo real se requiere un cordón humano más largo y compacto y cierto entrenamiento para sostenerlo un rato.

Había calculado que serían necesarios unos veinte esbirros para cortar el tráfico de Gran Vía en ambas direcciones, y unos cuantos más para grabar y fotografiar el acto. No parecía sencillo convencer a tanta gente de ir a una manifestación absurda en un momento en que las protestas políticas serias recorrían Madrid de cabo a rabo todas las semanas. Por probar, lanzó una convocatoria en las redes sociales «contra el mundo moderno y las ordinarieces» y pidió voluntarios para una performance. Sorprendentemente, recibió respuestas de inmediato. Por ejemplo, la de un joven estudiante barbudo de Filosofía que se haría imprescindible en Homo Velamine: Mr. Satán.

Animado por la respuesta, despejó las demás incógnitas de la ecuación. Sustituyó el caballo vivo por un hombre disfrazado y se quitó un peso de encima. Decidió que aprovecharían un semáforo en verde para colocarse en la calzada y se quedarían allí protestando cuando se pusiera en rojo, disolviéndose en el siguiente ciclo, así que cronometró la duración exacta de cada ciclo. Por otra parte, dado que iban a reproducir la escena de

una película, quiso que todo quedara filmado. Rasomon diseñó un plan de comunicación que se encargaría de supervisar y pidieron cámaras prestadas. Finalmente, sacó información táctica del manual de Greenpeace y planificó el comportamiento del grupo en cada circunstancia.

—¿Cuántas horas dedicabas a planificar estas cosas? —le pregunto.

—Todas —responde.

Así llegó el gran día. Rasomon y él habían citado a los voluntarios una mañana de octubre en la plaza de la Luna. Esperaban tanta gente que podía llegar a ser un problema organizativo, pero lo único que llegó en el momento de la verdad fueron excusas por WhatsApp, más allá de un par de entusiastas como Mr. Satán.

El fracaso se adivinaba en el horizonte y la desesperación hacía acto de presencia. Rasomon y Anónimo telefonearon a todos sus amigos, compañeros de piso, antiguos conocidos y ligues de discoteca. Suplicaron, sedujeron, incluso chantajearon y amenazaron, y pasadas las once de la mañana habían alcanzado el quórum mínimo. No iban a poder cumplir su objetivo de cortar todos los carriles, pero eran suficientes para cortar uno de los sentidos. Así que un caballo antropomorfo y diez o doce personas con pancartas reaccionarias se quedaron mirándose unas a otras en busca del valor necesario para pedir a la vieja que se levantase del asiento.

Anónimo les arengó con las normas de seguridad. La primera era que estaba prohibida la pendencia. Había que limitarse a impedir la circulación en uno de los sentidos y gritar las consignas anacrónicas que él había impreso en octavillas. En caso de que un conductor les dijera algo, habría que responder amablemente, y si se mostraban agresivos, decirles con calma que solo iban a ser unos minutos. En caso de oír sirenas, apartarse: podía ser una ambulancia o los bomberos, o la

policía, en cuyo caso habría que poner los pies en polvorosa.

«Nunca vamos a desobedecer las órdenes de la policía —les dijo—, pero nos haremos los tontos para alargar lo que se pueda el atasco y poder tomar más fotos. Las imágenes son el objetivo final. Así que, si un poli nos llama desde lejos, fingiremos que no lo hemos oído y nos alejaremos un poco para ganar segundos a toda costa. Y si nos agarran, diremos que solo queríamos sacar una foto y que nos vamos ya. Tened preparado el DNI para ese momento. La primera vez que os lo pidan, os hacéis los despistados, como si no entendierais el idioma. Y si amenazan o se ponen de mala hostia, se lo dais. Pero cuanto más os cueste encontrarlo en la cartera, mejor».

Con esta actitud de combate, entre Mr. Bean y el Peter Sellers de *El guateque*, las diez o doce personas y el «caballo» emprendieron su marcha camino de Gran Vía armando un alboroto inenarrable. «¡Abajo el mundo moderno! ¡Abajo los camiones! ¡Más sosiego, por favor!», chillaban a la gente que tomaba cañas y a los hipsters patidifusos que iban mejor caracterizados de antiguallas ambulantes que ellos mismos. A las jubiladas que se cruzaban les gritaban que ellas eran representantes del mundo antiguo y las ovacionaban, y a los coches los llamaban sinvergüenzas y yeyés.

La gente del barrio era incapaz de interpretar lo que estaba pasando delante de sus ojos. Se preguntaban si habrían dado boleta en algún manicomio cercano. Algunos les hacían fotos, pero otros ni siquiera se atrevían. Y no estuvo menos estupefacta la población fluyente de Gran Vía, con sus bolsas de tiendas de ropa y sus prisas. Ciertos peatones sonreían asombrados, otros abrían los ojos y la boca, y dos o tres viejos asintieron a las proclamas contra la ordinariez y el mundo moderno como si llevaran décadas esperando esta revolución para agarrar la escopeta miliciana. También hubo alguno que les contestó a gritos en una apasionada defensa de la tecnología

y les recomendó que se fueran a Burgos si tanto les fastidiaba el progreso. La llama del absurdo iba prendiendo los matorrales.

Esperaron en la acera agitando sus anacronismos. Cuando el semáforo se puso verde, se colocaron en el carril derecho, y una vez que se puso rojo se quedaron allí. Pero lo cierto es que los coches ni se molestaban en pitar. Los parabrisas se convirtieron en palcos en el teatro de Ionesco. Los taxistas se carcajeaban bien agarrados a sus volantes mientras, con su chaqueta marrón, su pajarita y su sombrero, Anónimo se desgañitaba y el «caballo» relinchaba. No habían pasado ni treinta segundos cuando aparecieron dos furgonetas blindadas de la policía y se bajaron varios agentes armados con subfusiles. Una semana antes, un grupo de islamistas había cometido el atentado mortal de la sala Bataclan, en París, y todo el mundo estaba en alerta, así que los ultrarracionalistas se dispersaron con el caballo como un puñado de palomas espantadas por un ladrido. El tráfico de Gran Vía recuperó su pulso comatoso.

Habían sido semanas de preparación minuciosa, de cronometrar semáforos y examinar el escenario desde el tercer piso del Primark; de revisiones de la película, de mensajes y llamadas, de organizar una convocatoria masiva; y horas y horas de quebraderos de cabeza y resolución de problemas, de esquemas en el reverso de papeles del trabajo, de previsión de acontecimientos inesperados y planificación detallada de pormenores, además de algún dinero gastado en imprimir octavillas y en el disfraz de caballo. Toda esa energía se había consumido en unos instantes de efervescencia y había dejado una escena absurda, fotos estrafalarias y un vídeo que hoy lleva la miseria de dos mil visualizaciones en YouTube.

Alguien que nunca haya sentido emoción con un poema, o que no se haya reído a carcajadas leyendo una novela, o que no se haya quedado embelesado ante las volutas del humo de

cigarrillo, dirá sin duda que fue una pérdida de tiempo. Ese mundo moderno contra el que alzaron la voz ha mercantilizado el tiempo y lo ha metido en los balances de cuentas.

Sin embargo, durante treinta segundos de una mañana de otoño, se hizo realidad la escena culminante de *El último caballo* de Edgar Neville ante algunos peatones y conductores de Madrid. Seguro que la mayoría no habían visto la película ni sabían quién era su autor: una gran estrella de su tiempo, que, como tantas otras del firmamento, de pronto estaba apagada y en ruina. ¿Qué no es una pérdida de tiempo, si lo miramos así?

Por cierto: otra vez se anticiparon al futuro. Al año siguiente, en 2016, una manifestación neonazi recorrió Malasaña y Gran Vía al grito de «revuelta contra el mundo moderno», y unos cuantos años después Santiago Abascal aparecía en un vídeo electoral montado a caballo y anunciando que la reconquista empezaba en Andalucía.

Aquel año había empezado a emitirse, además, un pequeño programa de radio en la SER, a altas horas de la madrugada, con un tipo casi desconocido a la cabeza, de nombre David Broncano, y un par de colaboradores, Quequé e Ignatius Farray. Se llamaba *La vida moderna*.

8
Manipular la manipulación

> Tenía ganas de ponerme un sombrero hongo y una barba falsa. Me sentía como Sherlock Holmes, como Jack el enmascarado, como el Hombre Invisible que recorre la ciudad, me sentía como un niño.
>
> MILAN KUNDERA

En diciembre de 2015, después de años de protestas contra la corrupción y el nacimiento de movimientos ciudadanos que aspiraban a revitalizar la democracia con el vigor de la juventud, habló el pueblo soberano y el viejo Mariano Rajoy volvió a ganar las elecciones. Los periódicos internacionales de izquierdas habían narrado en forma épica el surgimiento de Podemos, que alcanzó una friolera de cinco millones de votos, pero ahora se hicieron eco del resultado con cierta decepción: era histórico, pero insuficiente. La derecha española sobrevivía al descontento, a los recortes y a las sospechas fundadas de corrupción.

Rajoy lo tenía imposible para formar gobierno, pero no había mayoría de izquierdas. La revolución tenía que esperar y el diario francés *Libération* tituló nuestro resultado con apocamiento y frialdad: «En España: los conservadores al frente, la izquierda fragmentada». Era una noticia seria, burocrática, que venía ilustrada con una foto de las

celebraciones frente a la sede del PP: y allí, entre banderas azules y españolas, los franceses podían ver a un tipo alto y melenudo, con chaleco y pajarita, y una pancarta en la que se leía: «Menos Podemos y más torreznos». A su lado otro más bajito y barbudo, ataviado con sombrero y bufanda Burberry, y un cartel con la cara del presidente enmarcado en un corazón y el lema: «Hipsters con Rajoy».

Eran Anónimo García y Mr. Satán. El ultrarracionalismo había desembarcado en los medios internacionales.

La desinformación obsesionaba a Anónimo y sus compañeros. Leían el periódico con distancia irónica y la industria de la información les parecía tan limpia como la cárnica. *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord era un libro del que habían absorbido todos los nutrientes. Pero ellos, en vez de gruñir con indignación como la gente que pone comentarios en los periódicos, decidieron aplicar al problema la óptica ultrarracional.

Si la mayoría de los medios no son rigurosos con la verdad, entonces será fácil colarse por las grietas y utilizarlos como aliados. Por este camino cavilaron hasta llegar al acto «Hipsters con Rajoy». Y por este camino, también, se estaban cavando su propia fosa.

Anónimo, Mr. Satán y Rasomon se inspiraron en un spot del PP de aquella campaña, donde un grupo de hipsters acorralan a un amigo que ha salido del armario como votante conservador, cual alcohólico necesitado de tratamiento.

—Vamos a ver, Raúl —le dice una de ellas—, tú vas todos los días al trabajo en bicicleta y los veranos te los pasas salvando a las ballenas. De todos nosotros, eres el único vegano...

—Que yo sepa —dice Raúl—, Rajoy no tiene nada en contra de las ballenas.

Las dos mitades de Anónimo, la civil y la ultrarracional, se pusieron en marcha con ese anuncio. El recochineo como

currante de Greenpeace era previsible. Dos meses atrás el PP había rechazado en el Senado la creación de un santuario de ballenas en aguas canarias, y como Anónimo estaba manejando las redes sociales de la ONG, lanzó un meme denunciando la contradicción. Fue una cosa muy viral, con mucho recorrido, y totalmente estéril.

Pero la otra parte de Anónimo, la ultrarracional, no quedaba satisfecha con una reacción tan lineal, tan panfletaria. Si uno lo pensaba bien, el anuncio del PP tocaba el mismo palo que él cuando llevó la rojigualda a la manifestación progresista. Que un hipster votara al PP era tan tabú, tan incongruente, como llevarse esa bandera a esa protesta.

El anuncio del PP era un acto ultrarracional involuntario e inacabado. Para completarlo, solo había que darle un empujón:

«¿Y si nos colamos en la celebración de Génova disfrazados de los hipsters?», propuso. Así que la noche de las elecciones prepararon pancartas, se disfrazaron de hipsters lo mejor que pudieron y se fueron para allá.

El ambiente en la calle Génova era verbenero. Habían engalanado el balcón y sonaba a toda castaña un engrudo abominable de música latina y canciones de Rocío Jurado. Los fans del PP parecían encantados de la vida, así que ellos anduvieron por ahí un rato sin decidirse, como siempre. Llevaban sus pancartas escondidas en unas bolsas. Anónimo tenía demasiado reciente el mal trago de la bandera. ¿Y si estos reaccionaban peor? Algún animador del partido los vio y les entregó banderines azules del PP para que los agitaran. Entonces, Anónimo le dijo a Mr. Satán: «Hay que sacar ya lo nuestro. Ahora mismo no tenemos ningún elemento tergiversador. Esto no funciona si parecemos votantes normales del PP».

Así que respiraron hondo y sacaron las pancartas. Y fue como si alguien hubiera tirado un cubo de pescado al tanque de los

tiburones. Un enjambre de cámaras y micrófonos les rodearon. ¡Hostia! Por primera vez en sus vidas se habían convertido en el centro de una rueda de prensa improvisada.

Anónimo miró a Mr. Satán, que estaba estupefacto. Mr. Satán devolvió la mirada a Anónimo como diciéndole: tira.

A las primeras preguntas de los corresponsales, honraron a los reyes godos, exigieron la devolución inmediata de las colonias ultramarinas y aseguraron que en Malasaña había muchos más votantes del PP como ellos, que vivían escondidos como Mambrú o el maquis en la sierra. Los micrófonos empezaron a recelar. Iban demasiado fuerte. Un periodista de *El Mundo* enarcó las cejas: «Enhorabuena por el troleo, chicos. Seguimos aquí en directo desde Génova...».

Prueba y error. Respiraron. Templaron las gaitas. Y al fin encontraron el punto justo entre la astracanada y la normalidad para que otros reporteros cayeran. Notaron que, en cierta forma, a esos periodistas mal pagados, aburridos y agobiados, les importaba muy poco que fueran honestos siempre que no les hicieran quedar a ellos como unos panolis. Aceptaron el pacto tácitamente, sintetizaron sus personajes, las televisiones los colaron en sus directos y los corresponsales tomaron notas.

Anónimo siempre dice lo mismo: se sabe cómo empieza un acto ultrarracional, pero no se sabe cómo termina. Al calor de los focos se les acercaron los votantes reales que celebraban. Los aceptaban. Estaban de fiesta. Ni rastro de la confusa irritación que Anónimo había visto en la manifestación del 15M.

«¡Qué bien que estéis aquí representando la juventud, qué bien!», les chilló una señora con cara de tener pagado un mausoleo en La Almudena. Pero unas chicas jóvenes, ataviadas con el uniforme rosa y beige más tejanos de las pijas de esa temporada, estaban más recelosas: «¿Estáis de broma o en serio?». «En serio, en serio. En cuanto vimos el anuncio del PP

hace unos días nos dijimos “por fin”, y decidimos salir del armario».

Anónimo puede soltar una frase como esta con verdadero candor. Es la incongruencia pronunciada con el tono de quien recalca lo evidente, hasta con un aire de compasión pedagógica.

Así fue como el acto se los tragó. Como los que van al convite de un bautizo sin creer en Dios, al poco rato estaban ebrios, contagiados. Alguien gritaba: «¡Arriba España!» y Anónimo y sus secuaces secundaban con un viril: «Arriba siempre». Cuando Rajoy se asomó al balcón rodeado por la cúpula, rompieron a gritar: «Ano, Ano, Ano, todos con Mariano», y para su sorpresa la gente empezó a hacerles el coro.

Pero, de pronto, entre la multitud, una cabecita les dirigió una mirada suspicaz. De reojo vieron a un señor fuerte que se acercaba a Anónimo, se plantaba ante él y lo estudiaba de arriba abajo. Fingió que no se daba cuenta, pero tuvo que encararlo cuando el hombre le puso una mano dura en el hombro. Al fin llegaba la hostia tan temida, se dijo, pero el hombre le informó: «Llevas la mochila abierta».

Se sonrieron. Y entonces el hombre dijo que, bien pensado, tampoco pasaba nada, porque la calle Génova en ese momento era el sitio más seguro de España. Anónimo se ríe cuando lo recuerda. Eso es lo que le dijo el hombre, frente a la sede, levantada con dinero negro, de un partido sumergido en el moco de la corrupción.

En los días siguientes recopilaron las reacciones en la prensa. Los amigos llamaban por teléfono preguntando si los de esas fotos que corrían por las redes como manadas de pumas eran ellos. La repercusión les anonadaba, pero tardaron poco en asumir que debían aprovecharla. Por primera vez, aceptaron una entrevista para desvelar el secreto. Una periodista de *El*

País había visto la foto de *Libération* e insistía en contar quiénes eran realmente esos hipsters del PP. Le transmitieron su credo y prometieron acciones más grandes en el futuro. Esto los hizo conocidos entre la izquierda alternativa de Madrid, que creyó erróneamente que Homo Velamine estaba en el mundo para reírse de los fachas.

Si esto había trascendido, cualquier cosa podía hacerse. La desinformación mediática no era el enemigo, pensaron, sino su mayor aliado.

9
Matar a los piratas

> Cuando digo esas mentiras, si quieres llamarlas así, soy yo mismo, tal como soy.
>
> MILAN KUNDERA

Llevamos dos días conviviendo en Rosas y no termino de entender quién es la persona que he metido en casa de mi suegra, así que he ido preguntando a otros. A mi mujer le parece encantador, pero la jovialidad ligera con la que se presenta ante los demás no la ha convencido. Ella es capaz de detectar la tristeza escondida y tiene buen ojo para los rompecabezas. Sin embargo, no dispone de material suficiente para resolver el retrato, así que recurro a otros. Será el ingenioso James Doppelgänger, desde Sevilla, quien toque por el momento la tecla más sugerente: «Yo te diría que es Peter Pan».

Bien, luego llegaremos a eso. Vamos a ver. Dijimos que el escándalo, un repelente social, es lo que le permitió atraer a las personas que le interesaban dejando que las demás se descartasen por sí solas. Ahora que he pasado horas con él y conocido sus primeras aventuras y preocupaciones, empiezo a intuir otra cosa: se le da bien enrolar gente, lanzar anzuelos y ser el centro de un movimiento que se dirige a un objetivo, pero no es tan bueno conservando cerca a sus amigos o

abriendo su intimidad. Este fue el motivo por el que Rasomon, lo más parecido a un amigo de toda la vida que Anónimo tenía en Homo Velamine, se distanció de él en 2020. Perdieron el contacto.

«Es triste —dice Rasomon—, pero yo sentía que Anónimo había devorado a mi amigo, y que distanciarse de Homo Velamine implicaba distanciarse de él. Eran la misma cosa, y a mí Homo Velamine dejó de interesarme. Como te digo esto, te digo que Anónimo es la persona más brillante que conozco. Que es bueno. Pero tiene algo... Una especie de interferencia dentro. Es muy sociable y amable, pero luego, para ciertas cosas, tiene las aptitudes sociales de un paramecio».

Todavía quedaba mucho tiempo para el distanciamiento de Rasomon. Anónimo me cuenta cómo en 2016 Homo Velamine dejó de ser un núcleo duro y empezó a convertirse en un grupo más vaporoso y dinámico. El elenco de las acciones y la forma y los autores de la revista variaban a cada momento. Podían lanzar un número en el formato de un catálogo de productos del Alcampo y otro en una caja de VHS. En el vaivén de las cosas y las gentes, la voluntad de Anónimo se había convertido en el eje. «Aquello era una mezcla rara entre el grupo sin jerarquía y la monarquía absoluta», dice Rasomon.

Y hay algo de monarca en Anónimo, algo de ese desprendimiento regio, de ese aislamiento, de esa delicadeza hemofílica, también. Exceptuando la desbandada de los amigos más próximos, cuando se refiere a los colaboradores que se distanciaron no tengo la impresión de que me hable de algo traumático, sino difícil de entender. A muchos les insistía, trataba de seducirlos de nuevo, los perseguía, pero era como si se hubieran enfadado por algo, como si hubiera un cable roto, un mecanismo extraviado. Anónimo se quedaba confundido y herido, hosco y apático.

Yo le pregunto por las razones de la marcha de algunos en

particular. Él me lanza sus hipótesis con un punto rencoroso, pero sus explicaciones no coinciden con las que me dan luego esas personas.

—Pero ¿tú les preguntabas a ellos?

—Claro.

—¿Y qué te decían?

—Yo qué sé, nada.

En fin. Pues adiós, muy buenas. Lo cierto es que Homo Velamine atraía a otros, y también tiraba de él. El grupo tenía su propia personalidad, su propio encanto. Las nuevas aventuras exigían nuevos brazos, nuevos cerebros, nuevos entusiasmos, y los encontraba. Subido al carro de Homo Velamine no había demasiado tiempo para la añoranza.

Después, hablándome de su pareja, menciona que su relación con la palabra «no» siempre ha sido difícil, incluso cuando era un niño. Pero luego sabré que Anónimo sí podía negar con facilidad en las reuniones donde se decidían los actos, en la edición de las revistas. Sabía poner límites en lo creativo, pero no a quien fuera capaz de hacerlo sentir culpable. Algunos se sintieron como príncipes tras su desembarco en Homo Velamine, pero después quizá Anónimo creía que todo estaba en marcha, que todo iba bien, y entonces aparecían para su sorpresa las caras amargas y los reproches. Nadie se siente tan abandonado, tan traicionado, como el que ha recibido más de lo que le correspondía.

Pieza a pieza se dibuja el croquis, creo ver el dibujo elemental de una persona caracterizada por la contradicción. Anónimo: dueño de una mentalidad ordenada y clara como un Excel que se dedicaba a provocar el caos y la confusión; un sentido práctico volcado en lo improductivo; un temperamento tranquilo como vaina de una sensibilidad extrema e inestable; un hombre minucioso en el trabajo y despistado con lo que le pasa por el rabillo del ojo, cínico para leer el funcionamiento

del mundo e ingenuo para captar sus indirectas. Al mismo tiempo el líder de un grupo y se negaba a asumirlo. Detestaba la noción del liderazgo, que era precisamente lo que emanaba de él cuando se mostraba ante los demás.

Lo dominaba el miedo a hacer daño, a haber hecho daño, pero se mantenía fiel a su idea, a su forma de hacer las cosas. «No tenéis que consultarme para hacer un acto ultrarracional», podía decirles. Y luego, cuando le presentaban una idea, torcer el gesto: «Es divertido, pero eso no es un acto ultrarracional, aquí tengo que ponerme tiquismiquis, jeje. Para que lo fuera, habría que cambiar esto y aquello...».

En la vida de Anónimo hay muchas capas superpuestas que se niegan las unas a las otras, empezando por su propia identidad, su nombre de guerra, que es una negación del nombre, de la identidad. Andrea, mi mujer, se niega a llamarlo por el seudónimo. Cuando hablamos de él, usa su nombre de pila, el que aparece en la sentencia condenatoria, en el DNI, como para recordarme que escribo de un ser humano, no sobre un engendro de ficción. Pero ¿hasta qué punto es Anónimo García un personaje de ficción?

Hablamos, hablamos, hablamos. Lo escucho y lo único que me pregunto es si soy capaz de ver lo que tengo delante. El ultrarracionalismo, la provocación, la escritura, el escándalo: todos los signos externos de Anónimo funcionan como un juego de ocultamiento. Deslumbrar con una explosión atómica es la forma más sofisticada de encubrirse. Todos miran lo que has hecho y así nadie te ve a ti.

Algunos ultrarracionalistas me dicen que se sintieron atraídos por su juego, que quedaron deslumbrados por su ingenio, casi erotizados por sus modales exquisitos, por su dulzura, pero luego, cuando quisieron estar más cerca de él, pocos encontraron una raíz saliente, una brizna de intimidad a la que agarrarse. Es decir: te abría la puerta de su casa y en el

momento de las confesiones te encontrabas solo en un sofá. ¿Dónde se ha metido? ¿Hola?

Me pregunto si se dedicaba a cuidar a los demás para que nadie pudiera cuidarlo a él. Me pregunto si les dedicaba una atención plena para que no le hicieran preguntas. Me pregunto si abría intimidades ajenas para cerrar la suya. ¿Funciona así mi personaje? Me ha costado dos días, por ejemplo, que admita lo mucho que ha sufrido durante el proceso judicial. Han sido cuarenta y ocho horas en las que me ha hecho reír con toda clase de aventuras y se ha preocupado cada diez minutos por si yo estaba cansado o me aburría.

Por eso, cuando James dice que Anónimo es Peter Pan, se enciende una bombilla. No se refiere a una adolescencia irresponsable que se alarga hasta los cuarenta en discotecas y festivales, ni al miedo a la decrepitud de los Dorian Gray de Instagram. En este sentido, Anónimo siempre tuvo una vida paralela a Homo Velamine en la que trabajaba, mantenía una relación de pareja con sus altibajos y pagaba sus impuestos. A diferencia de otros miembros del grupo, era autosuficiente. Su trabajo en Greenpeace financió al cien por cien el proyecto hasta que abrieron un modelo de suscripción por el que la gente pagaba a cambio de revistas.

James se refiere a otra cosa. No a lo que suele llamarse «síndrome de Peter Pan», sino a la insólita confluencia de picardía e ingenuidad, de malicia y nobleza, de dureza y dulzura, de dependencia y desapego, de delicadeza y vigor que Barrie condensó en su arquetipo. Peter Pan: un niño de cien años, un solitario que está siempre rodeado de amigos, un misterio al que todos se quedan mirando y cuyo núcleo nadie puede ver.

Cuando Peter lleva volando a los niños hasta Nunca Jamás, de pronto deja caer a Wendy al mar y se olvida de rescatarla porque se ha distraído con otras diversiones. Esta es la

impresión que tienen algunos: Anónimo podía llevarte en volandas a un acto, estar contigo todo el día y luego desaparecer. Muchos pasaron largas temporadas pegados a él, compartieron mesa, trenes y habitaciones de pensión, pero pocos se sienten hoy seguros de conocer a fondo al que se esconde tras el alias. Biyu, el que más discutió con él, dice que no entiende lo que le pasa por la cabeza. Rasomon, el que más lo quería, que ya no conecta con él. Todos intuyen cuánto ha sufrido durante el proceso, pero él no les ha pedido ayuda.

No pedir ayuda a nadie puede ser un rasgo de orgullo, pero también una señal de vulnerabilidad absoluta, de la misma forma que la melancolía puede esconderse en el cachondeo. Él te proponía un juego tras otro, te enrolaba para matar a los piratas y parlamentar con los indios, pasaba semanas contigo discutiendo y tú no tenías la garantía de saber qué le pasaba por la cabeza, qué le dolía, ni siquiera lo que pensaba realmente de ti. Como en el cuento de Barrie, los niños perdidos se extravían y crecen, se convierten en adultos. Pero él no era así.

Cae la noche y tomamos una copa en la terraza del piso de mi suegra. Me habla de la forma en la que terminó su relación de pareja tras la condena judicial, del despido, del nacimiento de su hija. Hace días que estoy hipnotizado por su combinación de timidez y arrojo, de exhibición y ocultamiento. Pero otra vez tenemos que mirar el calendario y regresar a la fecha pertinente. Se nos había terminado 2015 y empezaba 2016. La catástrofe nos espera más adelante, con las manos en los bolsillos.

10
La FEA feminista

> Aquella noche pensé que estaba brindando por mis éxitos, sin tener la menor sospecha de que estaba celebrando la inauguración de mis fracasos.
>
> MILAN KUNDERA

Todo grupo de vanguardia necesita una tertulia, así que en enero de 2016 arrancaron las ultrarracionales. Querían que se acercara cualquiera y las anunciaron con mensajes enigmáticos en las redes sociales. Allí se iba para poner en práctica eso de que la imaginación no delinque. Se podía decir cualquier cosa. A veces daban lugar a bodas gitanas y otras terminaban con Rasomon y Anónimo solos, jugando al ajedrez. En las tertulias conocieron a Elena, una nueva incorporación al grupo, y ganó relevancia Mr. Satán. Por esa época se les sumó también Zumo Gris, una dibujante lisérgica.

Los eventos políticos transpiraban en la tertulia en un momento en que la agitación callejera, el descontento y el desamparo ya estaban tomando derroteros muy diferentes a los del 15M. La esperanza daba paso al nihilismo rabioso. Tras las últimas elecciones nadie era capaz de formar un gobierno y, demasiado rápido, las promesas de los nuevos políticos, aparecidos entre gritos de júbilo, emitían brillos de moneda falsa. Después de un lustro de recortes y precariedades la gente

estaba reventada. Muchos se habían inclinado ya ante el precipicio antropológico en el que nos revolcaríamos los años siguientes: la tribu.

Cuando el futuro es tenebroso y el presente se siente desapacible, la gente busca chivos expiatorios y se refugia donde se siente segura y respetada. En Cataluña, el independentismo se exacerbó. En Estados Unidos, Trump ganó las elecciones y crecieron movimientos como Black Lives Matter. En Francia, unos terroristas mataron a los de Charlie Hebdo mientras Le Pen ganaba posiciones. Por toda Europa se fortalecían los nacionalismos, los tribalismos, y el Reino Unido preparaba su divorcio con el continente. Un ensimismamiento agresivo dominaba el aire, como el viento. ¡Nosotros, nosotros! ¡Por culpa de vosotros! La peste arraigó también en los movimientos sociales. La paranoia cultural americana dejó de ser exótica. Censura, puritanismo, miedo a pensar, corrección política *vs*. corrección patriótica, dogmatismos cruzados.

El mundo se había convertido en una sucesión de habitaciones con elefantes que nadie se atrevía a señalar, porque ponerte en contra a los tuyos era muy peligroso. Una situación como esta era una mina de oro para los ultrarracionalistas, pero había uno de esos paquidermos con el que incluso ellos, tan atrevidos, mostraban prudencia en sus actos y tertulias: el feminismo identitario.

Desde 2016, las luces de la ola feminista pegaron en la cara de los hombres de izquierdas. Era la noche de la masculinidad, y muchos se quedaron anonadados como liebres en la carretera. Les decían que tenían que expiar los pecados de sus antepasados y revisar sus almas, y se lo tomaban en serio. Sabían que, si entrabas con mal pie en un debate, podías estar seguro de que saldrías cubierto de etiquetas peligrosas. Luego esta virulencia calvinista perdería fuelle, llegaría la crítica interna, el feminismo se institucionalizaría y se partiría en

pedazos por las mismas razones tribales que lo habían impulsado, pero en 2015 un montón de hombres, en particular si se consideraban progresistas, tuvieron que escoger entre una de estas tres opciones: el silencio prudente, el riesgo de malograr la reputación por un comentario inadecuado (¿y cuál no lo era?) o la deconstrucción exhibicionista y virtuosa. Discretos, tachados o aliados. En ciertos ambientes, como los que frecuentaba Homo Velamine, esta posición era de una importancia descomunal.

Anónimo y la mayor parte de los ultrarracionalistas eran hombres, eran de izquierdas y en general se consideraban amigos del feminismo, así que, de las tres opciones, eligieron la primera. Primó la curiosidad, dice Anónimo, o más bien la prudencia, pienso yo. Acababan de recibir el prestigio entre la izquierda alternativa gracias al ruido que provocó «Hipsters con Rajoy», iban a dar charlas a sitios biempensantes y participaban en ferias de fanzines de retórica libertaria en las que estaba prohibido cualquier contenido que pudiera considerarse machista. No eran días para soltar lo primero que a uno le viniera a la cabeza, pero el silencio tampoco les parecía una postura confortable.

Algo barritaba sin que la gente a su alrededor hiciera el más mínimo ademán de haber oído el estruendo y surgían preguntas. ¿Representaba este feminismo a las mujeres o solo a las que pensaban de una forma? ¿Encajaba la transformación social con las posibilidades inmediatas del pueblo español? ¿Y con ellos mismos? ¿Qué parte había que tomarse en serio aunque pareciera ridícula y qué parte era ridícula aunque pareciera sensata? ¿O acaso eran unos machistas que no se habían revisado convenientemente y hacerse estas preguntas ya lo estaba demostrando?

A Anónimo, en concreto, le parecía tramposo que las nuevas feministas ensalzaran las nuevas masculinidades pero se rieran

constantemente de los hombres llorones, o que les dijeran que solo ellas, sujeto de emancipación, podían hablar (cállate, pavo), cuando lo cierto era que no paraban de hacerlo. ¿No implicaba esto que ya estaban algo más emancipadas de lo que reconocían? Cavilaba sobre ello en Greenpeace, donde la estructura era explícitamente feminista. Allí el problema no lo tenías por ser una mujer, lo tenías si alguien te acusaba de machista. ¿No era esto poder, por más que en términos generales las mujeres sufrieran la discriminación? ¿Nadie veía el elefante?

«Además, la agresividad de algunas activistas —me dice en Rosas— no casaba nada bien con mi lado femenino». No bromea. No exagera. Anónimo parece ese prototipo de hombre improbable ideado por las feministas para el siglo XXI, y las mujeres de la casa lo han visto un poco así. Andrea me dirá que su personalidad mezcla de forma insólita lo masculino y lo femenino, y Anna, mi suegra, que es «un hombre que lo ha entendido todo». ¿A qué se refieren? En las comidas apoya nuestra conversación sin imponerse o llevarla a su terreno, hace preguntas delicadas y se levanta a fregar los platos sin alarde ni pedir permiso con la esperanza de que le digamos que no hace falta, como haría más de un hombre que conozco. Sabe todos los trucos para divertir a un bebé de ocho meses y le gusta empujar el carrito de Alejandro por el paseo marítimo. Pero no es solo esto, ni el ligero amaneramiento de sus gestos, ni el timbre levemente andrógino de su voz, lo que delata ese lado femenino suyo. Digamos que le afectan los ciclos de la Luna.

Sea como fuere, en 2016 Homo Velamine y el feminismo tuvieron su primera zona de contacto. Fue amistosa, a diferencia de lo que pasaría años después.

Todo empezó cuando Anónimo conoció a Diana, una mujer de unos cuarenta años que había puesto en marcha un grupo

llamado ZAS! (Zero Agresiones Sexistas), y se hicieron amigos. Aunque las acciones de ZAS! tenían un tono más panfletario que las de Homo Velamine, Anónimo describe a Diana como una mujer divertida, heterodoxa y razonable. Con ella podía hablar de temas que otras activistas hubieran considerado tabú y expresar dudas sin ser tachado de enemigo. Tenía, como él, un punto ambiguo, entre el juego naif y la beligerancia. En el acalorado nudo de exigencias que estaba planteando a los hombres la ola feminista de 2016, esto era mucho decir.

Por pura casualidad, surgió la idea de llevar a cabo una acción conjunta entre los dos grupos. En abril de 2016, se anunció la publicación de *Yo no me callo*, un libro de Esperanza Aguirre, cuya presentación se celebraría en un hotel madrileño a la semana siguiente. Lo vieron en Facebook. Bromearon: ¡ahí tenemos a la mujer empoderada! Y, oye, qué divertido sería crear una falsa asociación de apoyo feminista a la expresidenta de la Comunidad de Madrid. Si se llamase Feministas con Esperanza Aguirre las siglas serían FEA. «Pues habrá que hacerlo, ¿no?».

Entre la conversación disparatada y la acción solo media ponerse las pilas. Anónimo creó una web y Diana escribió unos textos: «Esperanza Aguirre jamás ha reclamado el espacio que le pertenece y de manera natural ha conquistado. Sin hacer bandera de ello ha defendido un feminismo limpio y asequible. (...) Esperanza hace honor a su nombre, porque encarna los valores de firmeza y feminidad que todas queremos preservar y ¿por qué no? utilizar para nuestro propio beneficio. (...) Por eso Esperanza representa el triunfo femenino, el querer es poder, la capacidad para ser escuchada y tomada en cuenta sin victimismo ni teorías vacías. Esperanza es, en suma, el triunfo de una práctica coherente y un trabajo bien hecho que demuestra que las mujeres estamos capacitadas para todo lo que nos propongamos».

Siguieron pensando, diseñando, planificando. La web de la asociación era estupenda como material de apoyo. Había que difundirla. ¿Hablar a la prensa como miembros de la FEA? ¿O algo del estilo de la pancarta en la plaza Dos de Mayo? Ciertamente se podía hacer algo todavía más divertido, pero había que echarle narices. La presentación del libro era la clave, así que Anónimo diseñó un logotipo con la cara de Aguirre enmarcada por las siglas FEA e imprimió veinte camisetas. Decidieron: las chicas de ZAS! se infiltrarían en la presentación sin despertar sospechas, se tragarían la charla y, en el momento de la firma de ejemplares, se colocarían junto a Esperanza Aguirre, mostrarían sus camisetas y se harían una foto con ella. Quien tuviera dudas sobre la existencia de semejante asociación no tenía más que ir a la página web y corroborar que era real.

Dicho y hecho. Llegó el día de la presentación y las chicas de ZAS! quedaron para maquillarse y ponerse monísimas. Anónimo y Diana coordinaban, él estaba trabajando esa tarde, no podía acercarse. Ni falta que hacía, pensaban ellas: no necesitamos a los hombres para nada.

El hotel Intercontinental de Madrid, con su cartel dorado, su puerta giratoria, su moqueta, sus lámparas de araña y sus ujieres elegantes, estaba a esas horas atestado de auténticos fans de Esperanza Aguirre y vigilantes de seguridad. Las chicas de ZAS! notaron el mismo miedo escénico que Arévalo si le pidieran contar sus chistes en la manifestación del 8 de marzo. Rasomon ya andaba por allí, con la cámara en ristre, pero descubrieron que en la platea no había sitio para ellas. Las mandaron al piso superior para seguir la presentación en unas pantallas. En este momento el chat que usaban para coordinarse ya estaba ardiendo. Anónimo se atrevió a recordarles el objetivo: ¡hay que esperar a la firma de libros y lograr esa foto! ¡La foto era la clave! ¡La foto lo es todo! Que sí,

pesao.

Pero las activistas empezaban a titubear. Una señora que parecía, según dijeron en el chat, un lagarto cambiando de piel, las miraba con recelo. Sus esfuerzos por parecer peperas no estaban dando frutos. Habló Albert Boadella, habló Esperanza Aguirre, y estas chicas menos dotadas para la ironía que los ultrarracionalistas apenas podían ocultar aspavientos y vómitos. Cuando la charla terminó y se congregó una cola frente al escenario, un par de militantes de ZAS! se acercaron un poco, se abrieron las chaquetas precipitadamente, se hicieron una foto de cualquier manera y salieron de allí en desbandada.

Cuando Anónimo salió del curro, lo primero que hizo fue revisar el chat. Descubrió que las chicas de ZAS! ya estaban hablando de verse en un bar de Chueca. De la foto no había ni rastro: apenas unas cuantas imágenes mediocres de las activistas a una distancia demasiado prudente de la lideresa. Un chasco total. Un fracaso.

Pedaleó hasta el hotel Intercontinental a toda velocidad. En la puerta encontró a los ultrarracionalistas Rasomon, Elena, Mr. Satán y una amiga suya fotógrafa, Laura, que remoloneaban desanimados. Pasaban las nueve de la noche y, en la sala de conferencias, los últimos asistentes esperaban su firma haciendo cola. Cuando Anónimo echó un vistazo dentro, pudo entender la desbandada de las chicas. ¿Cómo les miraría la gente? ¿Serían rechazados? ¿Se darían cuenta de la burla?

—Bueno, ya la haremos otro día —dijo.

Pero Rasomon soltó su risa sarcástica:

—Sabes que no va a haber otro día. Si no lo quieres hacer, no pasa nada, pero ¿cuál es la probabilidad de que volvamos a tener una oportunidad?

—Es que igual ya no nos dejan entrar.

Elena estaba guerrillera:

—Nos dejan entrar sin problema. Tiramos tú y yo, y Laura hace la foto. Vamos.

—Es que...

Intervino el maléfico Mr. Satán:

—Calma, ahí cada uno va a su rollo, entrad, que nadie va a decir nada.

—Ya, pero...

—Solo hay una cola de gente para que Espe firme el libro. Entráis y a camelar.

Normalmente era Anónimo quien empujaba de Homo Velamine, pero esta noche era Homo Velamine quien tiraba de Anónimo. No había alternativa, ahora o nunca. Se hizo una coleta, cubrió su camiseta con una cazadora vaquera y no agarró a Elena por el brazo, al estilo «entrada de señor y dama en gran hotel», para que ella no se diera cuenta de que el presunto caballero estaba como un flan. Con el ejemplar del libro que habían adquirido las chicas de ZAS! en la mano, sin decirse una palabra, se pusieron a la cola. Enseguida aparecieron dos tipos altos con traje, corbata y pinganillo en las orejas.

—Buenas tardes, policía —dijeron mientras enseñaban la placa—. Vamos a ver, os hemos visto ir de aquí para allá con esas camisetas. Como comprenderéis, esperamos que no estéis tramando nada raro. Entendemos que venís a que Esperanza os firme el libro, se haga una foto y ya, ¿no?

—Sí, claro, señor agente.

—No vais a hacer ninguna burla, ninguna chanza, nada de eso...

En absoluto. Eran las Feministas con Esperanza Aguirre. La burla no tenía lugar en sus corazones.

—Bien, entonces estamos en línea. Pero no queremos ver nada raro, ¿eh?

—No, no, descuide.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

El intercambio de pareceres con los agentes llamó la atención del señor que iba delante en la cola. Les habló, simpático y divertido de ver a un par de jovenzuelos en aquel geriátrico. El señor estaría en sus sesenta, lucía un pelo cano con raya a un lado y un alfiler de oro en la corbata. Para Anónimo fue un alivio encontrar un interlocutor allí dentro. De alguna manera les amarró al grupo: charlando con él ya no parecían impostores. El hombre había vivido en Londres.

—Claro, en Londres conoces a gente de todas partes del mundo, es maravilloso —decía Anónimo—. Y cada uno piensa que, como su país, no hay otro. Y estando ahí, uno también se da cuenta de que, como en España, ni hablar.

—Efectivamente —respondió el hombre—. Yo es que no entiendo a la izquierda, siempre criticando a España, que si España esto, que si España lo otro. Pero ¿tú has salido por ahí, has visto lo que hay ahí fuera?

Anónimo no necesitaba mentir. El hombre le estaba cayendo muy bien. Las líneas del futuro de Homo Velamine seguían escribiéndose sin que él las percibiera.

—No puedo soportar eso —le dijo—. Todo el rato a vueltas con la bandera, sacando la de la República a relucir. Pero vamos a ver, si es una etapa de la historia de España que fue un fracaso. Que, ojo, se avanzó mucho en derechos, pero el pueblo no estaba preparado. Y así fue, cinco gobiernos en cinco años. A mí siempre me gusta pensar que, si ahora se establece una república, el primer jefe de Estado será José María Aznar.

—Jaja, hombre, Dios no quiera. Lo de la república, digo.

Etcétera. La heterodoxia de Anónimo le permitía entablar esta conversación sin decir una sola mentira, pese a considerarse más bien podemita en aquellos años. Y en este afable coloquio, con una sensación de acogimiento creciente, se

les terminó la cola en las narices y llegó la hora de la verdad. Elena y Anónimo estaban a unos metros de Esperanza Aguirre, leyenda rubia de la derecha española, que tenía la muñeca reventada de tanto firmar. Justo en ese momento volvieron los trajeados del pinganillo.

—Entonces, como hemos quedado. Ninguna burla, ningún gesto, ni nada de eso, ¿no?

—No, no, claro, señor agente.

Los pretorianos flanquearon a Esperanza Aguirre, pero la lideresa no necesitaba soldados para defender su honra. Estudió un instante a Anónimo y Elena con sus ojos astutos y pequeños y espetó:

—A ver, ¿vosotros de qué venís?

—Somos una organización feminista que la toma como modelo y...

—Pero ¡¡si pone FEA!!

—Claro, Feministas con Esperanza Aguirre, porque para nosotras usted...

—¡Ah, qué bien, sí, porque yo soy feminista aunque no lo diga! —Y pasó a relatar sus logros como mujer en un mundo político dominado por hombres—. A ver, que os firmo el libro. ¿Cómo os llamáis?

—Mariano y Elena.

—A-Ma-ri-ano-y-Elena,-con-to-do-a-fec-to,-E.-A-gui-rre, raaas. Ale, muchas gracias por venir.

Era el momento decisivo:

—¿Podemos hacernos una foto con usted?

—Sí, claro.

Un par de disparos, flash, flash, y arreando. Estaban fuera, con su libro firmado y su foto. Anónimo la pasó al chat y las chicas de ZAS!, que andaban de cañas por Chueca, prorrumpieron en aplausos y alabanzas. La FEA había cumplido sus objetivos.

La cosa empezó a torcerse justo después. En las semanas siguientes, cuando los medios de comunicación los bombardearon con peticiones de entrevistas, a Anónimo le empezó a molestar que las de ZAS! se arrogaran todo el mérito, cuando se habían largado con el rabo entre las piernas, pero no dijo nada. La FEA apareció en las noticias de Cuatro, *El Español*, *Público*, *Vice* y otros medios. En el chat, las chicas de ZAS! se pusieron a lanzar propuestas para llevar más lejos el juego, pero el humor, a juicio de Anónimo, se desprendía de la ironía inclasificable y ponía la proa hacia la autocomplacencia, uno de los vicios que más detestaba en la izquierda. Uno de esos mensajes en aquel chat sirve para resumirlo:

> Tías, yo creo que la vía de troleo desde el falso club de fans es algo muy a explorar. Ir a algún acto con Pérez Reverte a decirle que somos un grupo de mujeres seguidoras de sus PUTAS BATALLITAS DE HETERUZO DE CUANDO ERA CORRESPONSAL. Que solo nos excitamos con eso. O a decirle a Félix de Azúa que muy bien, pero que en vez de hembrista, por qué no potorrista? Y así.

Todo esto quedó en nada. También la propuesta para un encuentro de la FEA con Esperanza Aguirre que les lanzó *El Español* y que finalmente no se llevó a cabo, no se sabe si por decisión de Aguirre o de su equipo de comunicación. Desde entonces la relación entre ZAS! y Homo Velamine se enfrió como se enfrían los romances de verano. Anónimo creía que habían quedado en buenos términos, sin rencores, pero una de las más entusiastas activistas se iba a convertir en su mortal enemiga más adelante, cuando el dogmatismo feminista se convirtiera en un objetivo de Homo Velamine y, sobre todo, cuando por ese camino llegase la condena y la sentencia.

Pero la FEA fue un triunfo. Para ZAS! había sido un curso acelerado de guerrilla, y para Homo Velamine se convertiría en

un salvoconducto:

«En esa época ir por ahí mentando el nombre del feminismo en vano era anatema —me explica Anónimo—. Haberlo hecho con ZAS! me descargaba de responsabilidad. ¡Lo hicimos con verdaderas feministas, ojo!».

Y aquí llega el giro donde la realidad vuelve a imitar a la parodia. Dos meses después, un periodista de La Sexta preguntó a Esperanza Aguirre sobre las empresas de su marido, que por lo visto había recibido jugosas inversiones de dinero público y desviado tres millones de euros para jugar en bolsa. El icono de la FEA espetó:

—Yo a preguntas machistas no respondo. Otra pregunta.

—No, perdone, no es una pregunta machista.

—Es una pregunta machista porque se refiere a mi marido.

—Pero en la fundación de esa empresa estaba usted también.

—No voy a contestar. Otra pregunta.

Pero el futuro es algo a lo que solo te puedes anticipar por casualidad. Las sombras se amasaban a la vuelta de la esquina. Este intercambio entre Esperanza Aguirre y el periodista se dio un mes antes de que, en Pamplona, durante los Sanfermines, se produjera una atrocidad que daría nuevos bríos al feminismo español. Este suceso plantaría también la semilla de la destrucción de Homo Velamine.

11
Habla, pueblo, habla

> Se desplomó la burla ruidosa y basta de las mujeres, pero ambos se quedaron en medio de aquella burla, tímidos y tercos, con una especie de extraña dignidad.
>
> MILAN KUNDERA

«Hay algo más poderoso que la Constitución: la voluntad del pueblo». La frase es de George Wallace, gobernador de Alabama y defensor de la segregación racial. Me dio por recordarla a menudo cuando el populismo empezó a inundar las instituciones.

En aquel momento los ultrarracionalistas ya llevaban mucho tiempo revolcándose como gorrinos en sus fuentes y chapoteando en lo llano, en lo brutal, en lo vulgar. Se pasaban el día entero en grupos y páginas de Facebook donde la gente común expresaba sus opiniones políticas con una sensación de libertad absoluta. La higiene calvinista de los algoritmos todavía no se había aposentado, así que era un momento antropológicamente interesante en los submundos digitales. Navegando en la maraña de hilos de respuesta *orcográfica* de los fans del PP o de Podemos, de los supermercados Alcampo, o en el célebre grupo de idólatras de la reina de España en Facebook «Amigos que AMAN a LETIZIA y se *AFICCIONAN* a su belleza», ellos succionaban material para regurgitarlo en sus

actos y diatribas.

En junio de 2016 sacaron un número doble de su revista, «Franco es kitsch» y «Gente entrañable», donde no escribieron una palabra porque todo el carbón venía de los hornos vociferantes de la red social. En la primera parte reproducían los memes de diseño mostrenco que Anónimo había encontrado en grupos de Facebook ultra, con especial atención a los montajes con la bandera preconstitucional, los corazones y los garabatos de Paint. Además de recopilarlos en la revista, usaron este material para hacer pancartas y las repartieron en la siguiente celebración de Génova, cuando Rajoy revalidó la victoria. Fue un acto parecido a «Hipsters con Rajoy» en el que se hicieron pasar por una supuesta «guerrilla gráfica del PP», repartieron carteles a todo el mundo, algunos de ellos claramente fascistas, y lo más divertido es que pasaron desapercibidos.

La otra cara de la revista era la dedicada a la «gente entrañable». Allí publicaron los comentarios brutales que algunos usuarios dirigían a los políticos y los colectivos sociales marginados, junto a sus fotos de perfil. Es decir: veías fotos de gente normal, simpática, señoras cariñosas y hombres bonachones que se retrataban junto a sus árboles de navidad, sus nietos y sus mascotas, y a renglón seguido podías leer los exabruptos que proferían. Lindezas como que Manuela Carmena era el resultado del aborto de una violación cometida por simios debajo de un puente, o que Pablo Iglesias merecía que lo sodomizasen con una piña, o que había que exterminar a todos los moros. El contraste con las fotos era maravilloso.

Lo que los ultrarracionalistas venían a decir con esta revista era que el «habla, pueblo, habla» de la Transición había alcanzado en las alcantarillas de las redes sociales su expresión más perfecta. La «gente entrañable» era la gente real. Y de las cloacas digitales sacaron también uno de los conceptos clave

para la filosofía del grupo. Ocurrió cuando una señora llamada Pilar López, de setenta y un años, dejó en la página de Facebook del supermercado Alcampo un comentario escueto y demoledor: «Quiero labadora». Supusieron que no poseía una, y Alcampo se limitó a responder a Pilar con un aséptico enlace corporativo a su catálogo de productos y el emoticono de un ojo guiñado, lo que desató la reacción ultrarracional.

Bombardearon con emails al presidente de Alcampo exigiendo «labadora» para Pilar y marcharon, con la ropa sucia en señal de protesta, a manifestarse frente a un supermercado.

¿De qué se estaban riendo? O más bien: ¿se estaban riendo? ¿Protestaban realmente? Las palabras de Anónimo dan cuenta del territorio difuso entre el elitismo y la complicidad, entre la seriedad y el humor, en el que ya estaban sintonizados todos sus actos: «Nos mantenemos muy en contacto con la voz del Pueblo a través de sus manifestaciones en redes sociales, y Pilar López expresa aquí de manera sublime la esencia de esa voz. El mensaje de Pilar López muestra una realidad innegable y despiadada: el Pueblo necesita "labadora", y la plutocracia, en este caso Alcampo, la tiene. (...) Pero el Pueblo también necesita el mandato de una aristocracia decidida, firme y generosa. Al Pueblo no se le puede dejar que decida su propio porvenir, como pretende Podemos, porque caminará hacia un abismo sin lavadoras».

Bien. Como decíamos, el 3 de mayo de 2016 la clase política dio al pueblo la primera cucharada de la nueva papilla. La política profesional iba en sintonía con los comentarios exacerbados de la gente entrañable. Aquel día las Cortes se disolvieron de forma automática tras el fracaso de la investidura que intentó Pedro Sánchez con Albert Rivera, y se convocaron nuevas elecciones para junio. Resultó que España, que había votado masivamente, lo había hecho mal.

Era una situación inédita para la que Anónimo y sus

compañeros buscaban respuesta, y al final aprovecharon el quinto aniversario del 15M, cuando se había convocado una manifestación que terminaría en la Puerta del Sol, para insertar un acto. Las autoridades habían amenazado a quien tuviera la tentación de volver a acampar, pero Anónimo, Elena, Rasomon y Mr. Satán decidieron plantar una tienda, celebrar asambleas y desafiar por igual a políticos e indignados con el lema de su acampada: «sí nos representan».

Razonaban de la siguiente manera: en diciembre de 2015 había votado el 76 por ciento del pueblo español. Cinco millones de ciudadanos se habían decantado por Podemos, pero por muy radical que pareciera su retórica, lo que venía en su programa podía leerse como la vuelta a la «mesacamilla *politics*», que es como ellos llamaban a la época de bonanza y seguridad anterior a la crisis de 2008. Conservar la sanidad y la educación públicas, abaratar los alquileres y recuperar la seguridad del empleo fijo, lemas aparentemente revolucionarios de esa izquierda supuestamente radical, eran propuestas que cabían en esas dos palabras halladas en el Facebook del Alcampo: «Quiero labadora».

James Doppelgänger había escrito un texto, *Los humanos no nos representan*, que decía: «Una de las pruebas del atraso político del pueblo español es que los representantes de los supuestos azotes del bipartidismo hayan hablado sobre las lenguas de los distintos pueblos de España, las diferencias que los separan y las cosas que los unen, *Juego de Tronos*, Real Madrid, etc., y todo ello sin ofrecer el más mínimo ápice de información revolucionaria. Los temas tratados son banales y el modo de tratarlos es igualmente banal. (...) De modo que, o los supuestos revolucionarios son mediocres, o no se atreven a enfrentarse a la natural mediocridad de sus votantes. ¿Acaso cabe esperar algo de ellos?».

El día de la concentración, Anónimo y sus amigos esperaron

a que la Puerta del Sol se llenase y plantaron allí su tienda Quechua y unas cuantas pancartas. En la única foto que dispararon antes de que los desalojara la policía se los ve en el gesto de aposentar sus nalgas en el suelo, y a Elena mirando sorprendida hacia el lado por donde ya ve venir a los antidisturbios. La acción quedó abortada en el momento del parto, pero vale la pena rescatar las consignas que estuvieron gritando: «¡Queremos lo de antes!»; «¡Por un gobierno sintético!»; «El votar se va a acabar» y «¿Qué imaginación? ¡Las cosas como son!». El pensamiento político del grupo terminaba de definirse. Sonaba populista y elitista, rojo y reaccionario, burdo y sofisticado, serio en la broma, denso y liviano. Equidistante, pero como un tiro entre los ojos.

El desembarco entusiasta de Mr. Satán había acelerado este proceso. Con él, ya eran mayoría los filósofos, y esto se dejaba notar en las tertulias. Mr. Satán definió en un cuadrante las cuatro formas de la ironía, desde el estadio *preirónico*, típico de los agelastas que no saben reír, ingenuos e ignorantes, y toman cualquier cosa de manera literal, hasta la *metaironía*, el grado supremo de distanciamiento irónico, al que los ultrarracionalistas aspiraban.

Pero los escarceos de Homo Velamine con la filosofía iban más allá, proliferaban en los márgenes del grupo. Ernesto Castro, James Doppelgänger y Mr. Satán (tres filósofos) habían fundado en Facebook el grupo Círculo Podemos de Filosofía Analítica. Allí se mofaban tanto de la izquierda supuestamente radical como de la filosofía analítica, y dedicaban extensos posts incomprensibles a Heidegger al tiempo que parodiaban la promesa de Podemos de abrir el partido a las inquietudes de la gente normal, cuando en realidad estaban jibarizando toda iniciativa que no surgiera de su cúpula.

Las actividades del Círculo Podemos de Filosofía Analítica terminaron abruptamente en febrero de 2016, en el sótano de

un bar del extrarradio de Madrid, donde Castro y Mr. Satán, disfrazados con tutús y carmín en los labios, leyeron en voz alta *Ser y tiempo* ante algunos forofos de la coña pedante y tragaron un chupito de orujo cada vez que aparecía la palabra *Dasein*. No hace falta explicar en qué estado de arrastrada ebriedad nihilista se cerró este círculo extraoficial de Podemos, pero no fue muy distinta a la forma en que se cerraron los oficiales.

En aquella época también me invitaron a mí a una charla paralela a Homo Velamine que da cuenta del nivel de heterodoxia imperante. En la redacción de la revista *El Estado Mental*, con la que yo había colaborado, querían discutir un tema tan polémico y candente como las nuevas masculinidades, y Anónimo García nos reunió a Ernesto Castro, Mr. Satán, Diego Salgado y a mí. La cosa se emitiría por radio, así que se suponía que iba a ser un campo de minas en el que tendríamos que elegir con cuidado exquisito las palabras, pero antes de empezar Anónimo nos animó a travestirnos. Había traído ropa de mujer, que nos pusimos, y de esa guisa nos hicieron una foto abominable y luego estuvimos dos horas desbarrando ante los micrófonos. No recuerdo una sola palabra de lo que dijimos, ni tampoco el contenido de los ataques que nos dedicaron, que fueron muchos y muy airados, pero el retablo sirve para explicar el espíritu con el que los ultrarracionalistas encaraban los grandes debates del momento.

Mientras tanto, las tertulias seguían su curso, cada vez más enrevesadas e imprevisibles. Rasomon anotó en una: «Nada hacía presagiar que una convocatoria de tertulia liderada por la disquisición del último disco de Álex Ubago, *Canciones impuntuales*, pudiera suponer un fiasco». Podía ocurrir que alguien propusiera el tema de la renta universal para la gente de hasta cuarenta años, cosa que empezaba a debatirse en serio en la sociedad, y que la tertulia concluyera que eso era extender el cheque bebé de Zapatero hasta el final de la

juventud y la entrada en la edad adulta. O que alguno de los asistentes hubiera dormido mal, quisiera hablar del insomnio, y el grupo concluyera que la mejor forma de conciliar el sueño era orientar todos los muebles de la casa hacia el Valle de los Caídos, al estilo *feng shui*, donde el descanso estaba garantizado.

El filósofo Castro escribió: «Yo solo he asistido a una de sus tertulias, pero puedo asegurar que La Subastada, que es como se llama el conciliábulo ultrarracionalista, es tan redicha como uno se la imagina: como la propia idea de una tertulia a comienzos del siglo XXI. A la que yo asistí solo se habló del pasodoble, género musical sobre el que Homo Velamine había hecho un CD en el que se alternan canciones de Manolo Escobar y de Antonio Molina: un combate coplero a dieciséis asaltos en el que el más macho y más patriota se alzaría con el título de campeón musical de España, según decía el libreto. Huelga decir que lo que a Homo Velamine le interesa de las tertulias y del pasodoble es esa aura de anacronismo benjaminiano que tienen las cosas obsoletas, que encaja perfectamente con la divisa ultrarracionalista de que "lo raro es bueno" y "lo común es malo". Una divisa que puede ser acusada de esnob o de hipster —de elitista, en suma— pese a ser el simple y llano corolario del dicho popular según el cual "la imaginación es siempre inocente"».

Pero en esta época, como en tantas otras, la imaginación volvía a estar bajo sospecha. Era cuestión de tiempo que arrastrase a alguien al banquillo.

12
Una cuestión de fe

> Vivía como un excéntrico que cree pasar desapercibido tras una elevada muralla, sin percatarse de un único detalle: de que la muralla es de cristal transparente.
>
> MILAN KUNDERA

Una curiosa especie se había reproducido a la velocidad de los conejos en la España de esos años y luego se extinguió súbitamente, quedando los últimos ejemplares en reservas indias: el capillita de Podemos. No me refiero a sus votantes, entre los que había de todo, también ultrarracionalistas o periodistas de *El Confidencial*, sino al arquetipo de hiperventilado que se ponía la insignia de Podemos en redes sociales y sembraba todo de corazones morados.

El capillita de Podemos era tan proclive al estallido sentimental como al linchamiento. No creía en Dios, pero idolatraba a sus santos recién canonizados con la pasión del evangelista, y decía AMÉN a todas las ocurrencias que sus líderes colgaban en Twitter. Habría que esperar al auge de Vox para encontrar capillitas políticos con este grado de entusiasmo, o mirar a Cataluña, donde la cosa venía de los tiempos de Pujol.

Los de Homo Velamine seguían, unos más que otros, votando a Podemos, pero vivían en un equilibrio precario entre la

responsabilidad que sentían como ciudadanos con derecho a voto y el magnetismo de la crítica devastadora que los arrastraba como ultrarracionalistas. Anónimo había colaborado con las campañas virales del partido, se había ilusionado por sus éxitos y hacía público su voto a Pablo Iglesias en su Facebook personal, con nombre y apellidos.

Su problema, como el de sus congéneres, era no ser dogmático ni autocomplaciente. Tras la repetición de las elecciones en 2016 y el cisma que vino a continuación, confiar en Podemos empezó a ser un trabajo de faquir en Homo Velamine. Tampoco ayudaba que sus líderes marcharan envueltos en el mencionado cortejo de capillitas.

Por resumir el cisma de Podemos a quien lo haya olvidado: con sus cinco millones de votos de 2015, el número dos del partido, Íñigo Errejón, había propuesto un pacto con el PSOE, pero Pablo Iglesias ansiaba más. Quería repetir elecciones, neutralizar a los socioliberales con un *sorpasso* y «tomar el cielo por asalto» en una «revolución de las sonrisas» para que «el miedo cambiase de bando», siempre según su típica retórica cursi-agresiva. Dado que Errejón era el segundo, Iglesias se llevó el gato al agua, y en las elecciones del verano de 2016 cundió la abstención y Rajoy volvió a ganar, ahora con posibilidad de formar gobierno. La rutilante promesa de cambio brotada del 15M había hecho un pan como unas hostias.

Como siempre que un partido de izquierdas se pega un batacazo, en Podemos iniciaron lo que en esas coordenadas gustan de llamar «autocrítica», que consiste en tirar balones fuera, culpar a los demás de sus errores y purgar a los herejes, cosa que hizo la cúpula pablista con Errejón y Errejón trató de hacer con la cúpula. Con este espíritu tan constructivo, se anunció para enero de 2017 un cónclave de Podemos en el que los hermanos Gallagher de la política estaban citados para un

duelo a muerte. El ganador sería el rey de las ratas y el perdedor acabaría en el exilio. Meses atrás habían rebautizado el partido, en una ironía involuntariamente ultrarracional, con el nombre de Unidas Podemos.

Cumplían así con la vieja tradición del fratricidio en las organizaciones de izquierdas. Las cartas abiertas que se cruzaron Iglesias y Errejón, la separación de Iglesias y Tania Sánchez y la preferencia del líder por Irene Montero, catapultada desde ese momento a lo más alto del partido, se sumaron a las campañas de difamación mutua en redes para que todo este proceso se convirtiera en la diversión del cínico y el desasosiego del capillita. Es lo que Freud había llamado el «narcisismo de las pequeñas diferencias», mecanismo que explica por qué el odio entre los hermanos es siempre más descarnado que entre los enemigos.

El caso: para alguien como Anónimo, en estas circunstancias habían empezado a importar un bledo sus fidelidades electorales, sus preferencias o su ideología. Mientras una parte de él deseaba la pronta solución del conflicto y la victoria del partido, la otra empezaba a descojonarse de risa, y ya sabemos adónde conducían las carcajadas en esta persona. El tema se colaba en las tertulias: «Que Podemos se esté haciendo pedazos en solo tres años es un éxito», proclamaba Anónimo ante la expectación del resto. «Esta celeridad demuestra que es mucho más eficaz que Izquierda Unida, que necesitó un cuarto de siglo para irse a la mierda y resultar irrelevante».

Carcajadas, pero cundía entre ellos además una presión moral. Pese a que en sus textos daban caña en todas direcciones, en los últimos años habían lanzado demasiadas acciones destinadas a mofarse de los conservadores, lo que les había proporcionado un aura de aceptación en los ámbitos de la izquierda y sus medios afines, así que estaba llegando la hora de equilibrar la balanza. Por eso, cuando Podemos anunció su

congreso cismático de Vistalegre 2 como si fuera Woodstock, ellos decidieron colarse como habían hecho en las celebraciones de Génova, y ya se vería para qué. Las entradas se pusieron a la venta por internet y Anónimo se hizo con el máximo permitido, cuatro, y quedó con Mr. Satán y Rasomon en un bar irlandés del centro comercial de Ciudad Lineal para deliberar.

La palabra que más se repitió en esta reunión fue un verbo: ridiculizar. Pero ¿qué? Por una parte, la división de la izquierda y la lucha por el poder. Por otra, la propia idea de democracia, el asamblearismo, el populismo y todos los crecepelos vendidos al precio de panaceas. Y, por último, aquejados tal vez de la incipiente fe del converso, querían ridiculizar a los capillitas del partido.

Mr. Satán y Rasomon se enfocaron en los ultras y propusieron adaptar camisetas de fútbol a los colores orgánicos, acompañarlas de bufandas y vuvuzelas, y entrar en el congreso de Vistalegre a gritos con las caras pintadas al estilo ultrasur. Pero ¿quién podría pillar entonces la ironía? ¿No había gente así, de verdad? Anónimo consideraba que además era una acción difícil de producir. Necesitarían un montón de figurantes para tener algún efecto, cosa que hasta entonces no habían logrado nunca, y además solo habían podido conseguir cuatro entradas.

La charla naufragaba en desacuerdos, acrecentados porque Anónimo no estaba pasando por su mejor momento. En horario de oficina, sufría en Greenpeace. Bajo la imagen de una organización filantrópica destinada a salvar el planeta había un ambiente de trabajo duro, estresante y sembrado de objetivos urgentes. Allí no había, según me cuenta, hippies con una brizna de hierba en la boca liberando a una tortuguita atrapada en el tubo de escape de un tractor, sino oficinas eléctricas, una sucesión de lloros y derrumbes psicológicos, bajas por ansiedad

y el WhatsApp echando humo las veinticuatro horas del día.

Una noche, Anónimo soñó que Greenpeace no era una ONG ecologista, sino el mismísimo cambio climático: un calor voraz que cada vez exigía más y más, mientras Anónimo era el combustible para quemar. A la mañana siguiente captó el mensaje de su inconsciente, aceptó que estaba quemado y pidió la excedencia. Además, en esos días lo habían llamado de Roma ofreciéndole un contrato para una campaña de la FAO que iba a durar un mes, y para allá que se fue.

De modo que la marcha ultrarracional sobre Podemos quedó en el aire. Siguió en comunicación con sus camaradas, pero a quince días del cónclave no tenían una idea clara de cómo entrar. Hacía falta un milagro, y quizá fue Dios quien proveyó. En la plaza de San Pedro del Vaticano, sumido en el tañer de las campanas y agobiado por el vuelo de las palomas, Anónimo García vio la luz. La Santa Madre Iglesia era el camino.

Por fin llegó el día del cónclave podemita. En la inmensa nave de Vistalegre, escenario habitual para conciertos de rock y espectáculos deportivos, no había rastro del apasionamiento y el optimismo del primer congreso de Podemos, y mucho menos del que acompañaba a los eventos habituales del lugar. Aquel día hacía un frío de mil demonios y una luz de plomo llovía sobre los asistentes. Largos discursos, hipócrita compañerismo, chismorreo: los capillitas gritaban «unidad» como los mendigos piden «una limosna» mientras los líderes se echaban los trastos encima en forma de chantaje emocional. Pero, de pronto, alguien dijo: «¿Has visto esto?». Y una señora teñida de lila gritó ufana: «¡Por favor, que esto sí que es transversal!».

Las doscientas cámaras de los medios de comunicación, conectadas a los doscientos cronistas aburridos de discursos pomposos, se cernieron sobre la insólita tríada de personas que acababa de penetrar en el recinto. Las televisiones les dieron paso en directo, las agencias de noticias lanzaron apresuradas

notas y toda España pudo ver en sus pantallas, sin saber lo que estaba viendo, un verdadero acto ultrarracional: eran un cura muy alto con coleta y dos monjas, tímidas y serias. Habían acudido a Vistalegre a apoyar a Pablo Iglesias. ¿Pancartas? Las traían: «Pablo, amigo, Dios está contigo»; «España necesita un clero podemita»; «Yes We Pray». Eran los cleroflautas.

El padre Jerónimo García atendía a los medios con calma y un elaborado tono curil, mientras las dos monjitas, una joven y otra más mayor, callaban rancias y tímidas, con acobardada seriedad.

—Nosotros apoyamos a Pablo Iglesias y esperamos que el Señor lo guíe y por fin pueda seguir siendo el representante de Podemos —decía el padre Jerónimo ante la macedonia multicolor de micrófonos—. Esperamos que haya unidad. Unidad también en Cristo. Y que por fin pueda haber un Gobierno a imagen y semejanza del gobierno de Dios, con un líder poderoso, firme, pero al mismo tiempo que ame al pueblo.

—Pero ¿quién es usted, de dónde viene?

—Padre Jerónimo, de la parroquia de San Antón de Badajoz.

Un periodista trataba de abrirse camino entre ellos para buscar ángulo con la cámara y el padre Jerónimo apartó con firmeza a una de las monjas:

—Sor, paso.

Eran los días de gloria para Homo Velamine.

13
Garbeo hacia el desastre

> Yo puedo inventar cualquier cosa, reírme de la gente, idear historias y gamberradas, pero no tengo la sensación de ser un mentiroso ni me remuerde la conciencia.
>
> MILAN KUNDERA

La monjita joven, sor Paso, se llamaba Brenda y no era monja, claro, aunque tampoco era Brenda en su vida civil. Con este nombre de guerra se había enrolado en Homo Velamine después de conocerlos por casualidad. Una de las integrantes de ZAS! habló con ella en la cola para el besamanos de la presentación de Esperanza Aguirre porque Brenda destacaba entre el público como el bocinazo de Harpo Marx en un concierto para orquesta de cámara. Resultó ser una escritora que había ido a tomar notas para una novela jamás terminada donde Aguirre encarnaría una suerte de supervillana de cómic. Quedaron en contacto y días más tarde, cuando el asunto de la FEA saltó a los medios, Brenda preguntó y la metieron en el chat interno. Así de fácil era entrar en Homo Velamine. Ella se ofreció a echar una mano en lo que fuera y Anónimo esperó unas cuantas semanas hasta que la sedujo para meterse a monja.

Pero esa no fue su primera misión. Lo primero que hicieron fue mandarla a una tienda de disfraces para teatro en el

extrarradio de Madrid con el fin de alquilar, por 150 euros, los dos hábitos y la sotana. El dinero lo tuvo que poner ella bajo la promesa de esos tipos que acababa de conocer de que se lo restituirían, de modo que en el metro hacia las afueras tuvo tiempo de preguntarse en qué clase de estafa piramidal se había metido. No tardó en descubrir que el dinero regresaba a su bolsillo y que un horizonte de excitantes diversiones se abría ante ella.

Homo Velamine estaba buscando nuevos militantes. Querían músicos, porque el flanco de la canción estaba desatendido más allá de un frustrado proyecto de pasodobles; querían bailarines, porque la música sin danza les parecía una modernez lacónica; y querían, sobre todo, gente dispuesta a jugarse el tipo por el absurdo. Montaron una conferencia en Medialab Prado para explicar su proyecto y ese año se sumaron, además de Brenda, el Medievalista, Sara Dos, Imperator y algunos más que pasaron a husmear pero decidieron seguir con sus vidas. Imperator, un hombre apocado y grandullón con aspecto de tótem sacado a hachazos de la barra de un local de rock de Carabanchel, iba a ser uno de los que continuarían implicados tras el desastre.

Con Brenda y el Medievalista se inició una nueva actividad, «los garbeos», cuyo nombre oficial era: «Propuestas para una mejora ultrarracional de la ciudad de Madrid», inspirado en los situacionistas. Era un paseo peripatético semanal que partía todos los martes de una estación de metro, barriendo el plano por orden de líneas y de norte a sur, siempre fuera de la M-30. El objetivo era la inspección ultrarracional de Madrid para acelerar el proceso de gentrificación hacia la periferia y liberar para siempre de mustios barrios obreros a la ciudad, según la idea irónica de que las ciudades viven un ciclo de autodestrucción cuqui que las hace inhabitables para el pueblo, porque lo que la gente quiere son calles bonitas, y por tanto barrios más caros, de los que esa misma gente será expulsada

para que los turistas puedan disfrutar sin molestias. El embellecimiento que mata toda vida como culminación del proceso evolutivo de la ciudad.

Desde ese punto de vista, sus propuestas de mejora, que iban publicando en la web, estaban encaminadas a que todo Madrid fuera una extensión de Malasaña, un antiguo barrio de yonquis del que hoy se dice que es muy agradable, y donde uno puede encontrar a personas de izquierdas muy guapas y muy comprometidas con los pronombres, que pagan mil quinientos euros al mes por un estudio miserable de veinte metros cuadrados y tienen el privilegio de comprar magdalenas igualmente sobrevaloradas y trabajar con su ordenador Apple en cafeterías donde un *espresso* cuesta tres euros. El sueño de toda ciudad europea, vaya.

Pero en la práctica los garbeos eran, sobre todo, un juego de extrañamiento, un ejercicio de imaginación para hacer turismo en su propia ciudad. Inspirándose en la psicogeografía y las derivas de los situacionistas, se enfrentaron a los barrios de la periferia de su propia ciudad con los ojos fascinados de un antropólogo. Si uno hace un esfuerzo con la mirada, cualquier calle puede convertirse en un escenario exótico y sus habitantes, en un puñado de aborígenes. Así que, con esta idea, Brenda y Anónimo diseñaron un plan detallado con todas las paradas de metro extramuros a la M-30 y calcularon que serían necesarios cuatro años para concluir el proyecto, siempre que no abrieran nuevas estaciones de metro.

Todo madrileño conoce los primeros números de la calle Alcalá, donde está la Puerta, pero ellos irían a descubrir los últimos, a 10,5 kilómetros de distancia. Se los vio campear por sitios alejados como Pitis, Congosto o Alto del Arenal, donde jamás se vio un turista, y en esos parajes se hizo patente su preferencia por atravesar pasadizos subterráneos, curiosear el interior de bloques de oficinas, aventurarse en centros

comerciales desangelados, jugar al bingo, hacer arqueología en solares y llamar al eco en tuberías de vertido de residuos.

Podían encontrar, de paseo, un bajo con las puertas abiertas que resultaba ser una secta alemana donde dos mujeres rubias les informaban de que estaban organizando «una fiesta», plan al que ellos se ofrecían de inmediato como ayudantes; o acercarse a unos adolescentes que fumaban hierba en un banco y que huían despavoridos al verlos, dejándolos con la duda de si los habían confundido con policías de paisano o, peor y más probable por las pintas, con concejales buenrolleros de Ahora Madrid; o podían agarrar entre todos a Anónimo porque intentaba penetrar por una alcantarilla que habían encontrado con la tapa abierta; o desembocar tras el laberinto de bloques desarrollistas en cierto kilómetro infartado de coches de la Castellana, donde Sara Dos se ponía a dirigir el tráfico haciendo uso de una bandera del PP en una escena que les parecía *La Estabilidad guiando al Pueblo* de Delacroix.

Era encontrar la aventura en lo anodino y lo vulgar, extraviarse en lo ordinario como si fuera la selva y reforzar los lazos entre ellos. Los garbeos, junto a las tertulias, se convirtieron en la espina dorsal de lo que Homo Velamine tenía también de grupo de amigos y de casa de citas. En estos largos paseos derivativos se despertaron amores y desencantos. Estas son algunas de las anotaciones del cuaderno que Brenda, El Medievalista, Anónimo y más tarde dos nuevos militantes, Demófila Martínez y Enrique el Ultrasur, publicarían en la web. He dejado que las seleccione el azar como ellos dejaban al azar marcar el rumbo de sus paseos:

> Las heridas de esa batalla se manifiestan en forma de infinidad de solares vacíos, que se muestran ante nosotras con enorme interés arqueológico. Algunos son tan grandes que nos parece interesante la idea de convertirlos en circos romanos y organizar carreras de

autobuses urbanos, pero decidimos que lo más sensato es dejarlos tal y como están para siempre: desiertos, como símbolos de la supremacía de la nada.

Como ya es tradición en nuestras incursiones para la mejora ultrarracional de la ciudad de Madrid, siendo Bambú la segunda sesión, acabamos colándonos por un pasadizo secreto que conducía, después de mucha oscuridad, miedo y misterio, a un vulgar aparcamiento de monovolúmenes.

Manuela Carmena estuvo por el barrio de Las Rosas, al menos una vez. Lo hizo el día de octubre de 2016 que inauguró un imponente y necesario monumento contra la represión soviética en Budapest de 1956. A continuación se fue a recorrer las calles y arrancar, con sus propias manos, todos los letreros del callejero que tuvieran nombres franquistas. Por suerte o por desgracia, no encontró ninguno. Los nombres de las calles de Las Rosas son vulgares e impersonales nombres de capitales de países de Europa.

La estación de Av. de Guadalajara se inauguró en 2011, en los últimos tiempos del SMS , del «BSS», «TKM», de ahí que su nombre figure recortado: «Av. de Guadalajara» y no «Avenida de Guadalajara».

Nos resulta muy difícil pasear por la Autopista Radial 3.

Como Valdecarros no existía en el siglo XX, no tuvo que posicionarse en bando alguno durante la Guerra Civil, no sufrió destrucción alguna, no cayó, no tuvo que enfrentarse a la modélica Transición española.

Pero los garbeos no eran solo observación y extrañamiento autoinducido, sino que implicaban también cierta intervención con el medio, por así decir, para contagiar ese extrañamiento en los habitantes. Podía ocurrir, por ejemplo, que los vecinos de un barrio obrero vieran subir las escaleras de su parada de metro a seis personas ataviadas con elegancia y una inmensa bandera de España colgando de un palo, tan desproporcionada que perdía su sentido, o que los habitantes de un barrio de militares se encontraran con esa misma escena, solo que con gente vestida a lo perroflautés y una insignia independentista de iguales proporciones. O podía pasar también que una mañana, los vecinos de un bloque de ladrillo anodino con toldo

verde, como tantos otros, encontraran en el corcho de su portal un cartel perfectamente creíble que imitaba a los del Ayuntamiento de Manuela Carmena, como este:

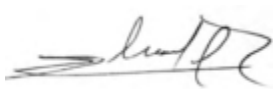
AVISO DE REUBICACIÓN

Con motivo del plan del Ayuntamiento de Madrid de mejorar la imagen de la ciudad, el edificio sito en la calle _____ nº __ será demolido en _____ de 20____ .

Según el informe encargado recientemente a Homo Velamine Consulting SL por el Ayuntamiento de Madrid, el inmueble no cuenta con la composición estética mínima requerida en la norma 17/2017, Reguladora de Psicogeografía Urbana. En concreto incumple los principios de Geometría Proporcionada y Buen Gusto, y ha sido catalogado en el nivel 5 (de 5) de Bajeza Moral.

En los próximos días nos pondremos en contacto con cada inquilino e inquilina para conocer su situación y facilitarle una nueva vivienda, con el convencimiento de que el cambio subsanará su laxitud estética y prevendrá la laxitud moral.

Para más información pueden visitar el sitio web madrid.org, o contactarnos en el teléfono XXX XXX XXX[2]



Jerónimo García
Cuarto Teniente de Alcalde
Ayuntamiento de Madrid

ARTÍCULOS APLICABLES

Ley 17/2017 Reguladora de Psicogeografía Urbana

«**ARTÍCULO PRELIMINAR.-** Las ciudades hacen a las personas y viceversa. Los edificios anodinos imponen a sus habitantes pesadez y resignación; la línea recta y la amplitud exponen al ser humano a los elementos, lo reducen a la insignificancia y asfixian su pensamiento. La monotonía de las paredes de ladrillo, sin establecimientos donde parar y sin una sorpresa o detalle sobre los que pueda recaer la vista, desaniman del paseo, y con él del encuentro fortuito y la aleatoriedad. Este ambiente deja un poso severo sobre quienes lo habitan: el aburrimiento, la frialdad y la desazón ante la vida secuestrarán a sus habitantes, privándoles de toda imaginación. La presente ley tiene por objeto poner fin a estas situaciones deshumanizantes.»

En los garbeos también fueron midiendo las fuerzas las nuevas incorporaciones. Sara Dos resultó ser un auténtico prodigio, la Hiparquía española pura, una cínica divertidísima dispuesta a prenderle fuego a todo. También destacaba por su entusiasmo desmedido Brenda, cuya verborrea anulaba al tímido Medievalista, hasta que este cogió carrerilla y «comenzó a batir sus alas con portento», en palabras de Anónimo. Suya fue la idea, irónicamente relacionada con los garbeos, de protestar contra el Camino de Santiago en Logroño. Se fue para allá con dos amigos y una pancarta y anduvo persiguiendo a los peregrinos que encontraba por la calle.

En la pancarta se leía: «Menos caminar y más trabajar».

14
La cosa se empieza a poner violenta

> Nadie sabía muy bien cuáles eran sus opiniones. Yo mismo recuerdo que en varias oportunidades, cuando se trataba de cosas serias, de pronto hacía usted una broma que producía incertidumbre. Naturalmente esa incertidumbre quedaba de inmediato olvidada, pero hoy, rescatada del pasado, adquiere de pronto un sentido preciso.
>
> MILAN KUNDERA

¿Heterodoxo? A ver, Anónimo lleva cuatro días en Rosas y lo que a priori nos había parecido una pequeña complicación en la cocina (es vegetariano, nosotros no) resulta ser un detalle intrascendente. Digamos que no responde a lo que tú piensas cuando alguien se presenta como vegetariano. Mientras tomamos una caña en el balcón, me muestra un artículo de *El País* de 2017 ilustrado con una foto en la que se le ve en Las Ventas, con Brenda. Me explica que él no come carne porque está en contra del maltrato animal, y añade: «Por eso fui a Las Ventas a disfrutar de la corrida de toros con unos bocadillos de tortilla de patatas».

Bien. ¿Qué pintaba un vegetariano en una corrida de toros?

¿Había ido a boicotearla? ¿Quería montar un escándalo que le agriase la tarde a los taurinos? Al contrario. Anónimo observó y se hizo preguntas, como siempre, con cierto aire perplejo de Gurb entre los humanos. Me explica: «Algo que atrae tanta atención no puede ser rechazado porque sí, igual que no se puede ilegalizar un partido con millones de votantes. La corrida era secundaria, y la miré más bien poco, lo justo para ver el sarao. Me gustaba más oír a la gente. Había tíos enfadados porque la corrida no alcanzaba sus expectativas. "Todos los días igual, macho. Pero ¡mátalo ya, joder, que me quiero ir a cenar!". Como otro día que fui al fútbol y un gordo gritaba a un jugador: "Pero ¡corre más, cabrón!"».

También pudo apreciar algo de esa belleza oscura y primitiva de la danza de la muerte, del peligro y el sacrificio. Aquello era demasiado retorcido para rematarlo con cuatro pancartas mal escritas. La corrida parecía ser el último espectáculo real en un mundo edulcorado, pensó, pero la idea de convertir su presencia en Las Ventas en acto ultrarracional vino después, cuando consiguió que *El País* le dedicase un artículo. Dijo que era el portavoz de un grupo de taurinos veganos, y coló. Anónimo declaraba: «La tauromaquia, con todos sus instrumentos para dar la muerte al toro, es mucho más compasiva que la industria cárnica. El torero mata artesanalmente, el empleado de granja mata en serie». Es un argumento que he oído decir a taurinos de la talla de Chapu Apaolaza.

—Entonces ¿te parecen bien los toros? —le pregunto.

—Me parecen bien porque son un detector de autocomplacencia. La peña protesta contra los toros porque los identifica con la derecha, no porque les importe el maltrato animal. Luego bien que se comen un pollo envasado al vacío del supermercado, que ha sido sometido a una vida entera de sufrimiento. Es como ir a una manifestación por el salario

digno con una camiseta de tres euros hecha en Bangladesh.

De modo que «Taurinos veganos» fue la siguiente acción. Estábamos en verano de 2017. Pero, mientras Homo Velamine escribía su historia, las ortodoxias se expandían a la misma velocidad que las trincheras. Mucha gente exigía que se le dijeran las cosas claras, que el autor estuviera bien identificado, que los mensajes fueran simples y literales. Eran y siguen siendo tiempos de autoayuda moral e ideológica. Puede imaginarse qué campo de minas se extendía ante Homo Velamine.

Mientras ellos crecían, un inquietante número de cabezas fueron apareciendo clavadas en picas. En 2013, cuando daban sus primeros pasos, una estadounidense llamada Justine Sacco publicó un chiste para sus doscientos seguidores de Twitter antes de apagar el móvil y subirse a un avión. El chiste era: «Me voy a Sudáfrica. Espero no coger el sida. Jaja, es broma, soy blanca». Esto se interpretó como un alegato racista. Cuando el avión llegó a Sudáfrica, Sacco descubrió que la habían despedido del trabajo y que cientos de miles de desconocidos la comparaban con Hitler. Pudimos ver su expresión de estupor y desamparo porque había tuiteros apostados a la salida del aeropuerto para cazar y difundir su cara de pasmo.

Fue un momento histórico, porque abrió esa pocilga en la que nos revolcamos todavía: el tiempo en que la crueldad de las masas contra los individuos está bien vista y se justifica con grandes titulares calumniosos, siempre que todo el mundo finja que lo hacemos por una buena causa.

Se estaban clavando los primeros clavos de lo que unos años más tarde me daría por llamar *poscensura*, y que responde a una ceguera para los dobles sentidos y un desprecio por el contexto. Una miopía que obliga a poner rótulos en una película como *Lo que el viento se llevó* para advertir que se rodó en una época menos sensible con el racismo. Las cebollas ya no

se decapaban con curiosidad, sino que se partían en dos con un hachazo para preguntar: esto me inquieta, ¿me estará insultando?

El primer miembro de Homo Velamine que tuvo la violencia de las interpretaciones literales a un palmo de la cara no fue Anónimo García, sino Sara Dos, aunque a ella las reacciones agresivas no la sorprendían. Llevaba desde los catorce años metida en grupos de punk, pero detestaba el ambiente dogmático de esa escena aparentemente contestataria.

Hablamos por Skype porque está postrada en Torrelavega, enferma. En la pantalla aparece una mujer huesuda y pálida que da pequeños sorbos a un nauseabundo batido de farmacia. Un síndrome digestivo que conlleva desnutrición y hemorragias la tiene apartada de toda actividad ultrarracional, y un detalle que resume su carácter es que, desde el momento en que empezó a estar muy mal, dedicó su cuenta de Instagram a publicar las fotos que se hacía sentada en el retrete.

«Siempre ha habido gente que me quería pegar —me dice—, o que no me dejaba tocar en tal festival costroso por un chiste inapropiado que habíamos hecho, o porque nos pintábamos esvásticas como los Ramones para tocarle los cojones a los punkis calimocheros, o yo qué sé... Estaba más que acostumbrada a que la gente se pusiera frenética cuando sacas los pies del tiesto. Pero yo considero que es un deber sacar los pies del tiesto. La normalidad está en todas partes, también en los grupos alternativos que creen que se salen de la norma. Así que, o me liaba a pegar tiros y mataba a todo el mundo, o terminaba ingresada en un psiquiátrico, o me daba por la performance de este estilo. Para mí entrar en Homo Velamine fue el paso lógico. No sabía gran cosa de ellos, pero, cuando me enteré de que necesitaban gente para tocar los cojones, me apunté», y da un sorbo a esa botellita blanca de aspecto horripilante.

Sara Dos dice que todavía no ha entendido los vericuetos filosóficos del ultrarracionalismo, y la verdad sea dicha, tampoco le interesan un pimiento. Ella es un soldado, una cabra que tira al monte, y su primera misión implicó enfrentarse prácticamente sola a las hordas en el campo de batalla. Era 2017 y la corrupción del PP, uno de los temas candentes. Anónimo y Rasomon querían infiltrar a alguien entre la multitud que se iba a manifestar ante los juzgados el día que Mariano Rajoy declaraba allí por el caso de corrupción de la Gürtel, solo que, en vez de para atacarlo junto a la masa, para defenderlo: la metaironía a la que se refiere Mr. Satán. Dado que ninguno de ellos podía asistir, buscaban a una persona dispuesta a todo. Un kamikaze con gracia. Y eso era Sara Dos.

Se reunieron con ella y le explicaron que querían hacerle una prueba. Tenía que interpretar a ese personaje delante de la cámara para ver si resultaba convincente, poco sobreactuada y lo menos paródica posible. En el momento en que se encendió el piloto rojo, una rigidez tradicionalista tiró de los músculos de su cara y la chica algo patosa que acababan de conocer se convirtió en una hidra envarada con ideas rigoristas, aspecto de tener un padre militar y un tío sacerdote, y una lealtad a Rajoy que desafiaba al sentido común. Sara dice que cuando entra en escena se le mete el demonio. Anónimo y Rasomon pueden confirmarlo. Era la persona adecuada.

El día de la declaración de Rajoy, ella se atavió temprano como una viuda conservadora con unas perlas de los chinos que cantaban *La traviata*, puso una excusa en la agencia de comunicación en la que trabajaba para llegar varias horas tarde y preparó las pancartas, que decían: «Yo voté al PP - Arrésteme a mí también» y: «El PP es honrado, las urnas han hablado». Flanqueada por una operadora de vídeo y una fotógrafa, marchó a las ocho y media para la Audiencia Nacional en San

Fernando de Henares como un cohete de cera reforzada en dirección al sol.

Allí había poca gente, mayores todos ellos. Protestaban con cierta desgana madrugadora y rutinaria, algunos con camisa de manga corta y gorra, y cuando Sara Dos empezó a interpretar su personaje, decidieron ignorarla bonachonamente.

«¡Ano, ano, ano, todos con Mariano!».

Solo recuerda a uno que se reía, perro viejo: «Pero ¿no veis que va disfrazada?». Sara no recuerda ningún peligro, solo algunos piques, sobre todo cuando ella se dirigía con sus absurdas proclamas a los manifestantes senectos y tempraneros, pero todo transcurría entre la chufla y ese folclore democrático de gritarse un poco, medir las voces, hasta que hizo un descanso para fumarse un cigarrillo y un viejo sindicalista, ataviado con una camiseta que exhibía todas las banderas tricolores y logos de puño en alto imaginables, se acercó para decirle:

—Ojalá te mueras de cáncer.

Y, claro, Sara se vino arriba. Le entró el demonio y se puso chula, madrileñísima. La agresión verbal multiplicó su fervor pepero y marianista:

—¡Pues yo vengo aquí con todo mi derecho a defender a mi presidente y quién se ha creído usted que es para decirme nada a mí!

Mientras la fotógrafa buscaba los mejores ángulos, la operadora de vídeo se alejó para un plano abierto, de modo que se quedaron solas. Y fue entonces cuando, en un cambio imperceptible, el ambiente mutó de sopa geriátrica levemente agitada a tormenta en piscina de ácido sulfúrico juvenil. Por alguna parte habían llegado los cachorros. La sangre caliente. La indignación. La tuitera incapacidad para distinguir si algo es un chiste o una afrenta y el desinterés absoluto por reflexionarlo. Como una jauría de corpulentos caniches

ladradores empezaron a acosarla:

—Pero quién cojones eres tú, de qué puto vas.

—¡Si tocan a uno nos tocan a todas! —parodiaba ella.

Pero venían por todas partes. Sara siguió agitando esas dos pancartas de chiste con su brazo quebradizo cuando la rodearon. Y empezaron a gritarle todos a la vez. Cabezas embistiendo. Bocas abiertas. Mecheros en los puños. Pero qué mierda haces tú aquí. Si fuéramos nosotros a un acto vuestro ya nos habríais reventado, te vamos a reventar. Pedazo de puta. Cien, doscientas personas, o esa impresión le daba. Y el demonio traicionero salió del cuerpo de la poseída y la dejó sola ante la horda. Menudo mamón.

—¡A ver, chicos, vamos a razonar, que somos un colectivo ultrarracionalista y esto que habéis visto...!

Pero las orejas estaban acorazadas y los cerebros hervían de indignación haciendo saltar peligrosamente las tapas de los cráneos. Sara veía correr delante de sus ojos logotipos revolucionarios, papeles con palabras, «JUSTICIA, LADRONES», y casi veía también los gritos, puta facha de mierda, me cago en tus putos muertos, de tan duros que salían por las gargantas. De la fotógrafa no había rastro en el círculo de agresividad explosiva que se cerraba a punto de alcanzar su masa crítica y estallar. Era un remolino negro de hormigas que se apretaba sobre una solitaria pipa de girasol. El aire olía a hostias y a aliento de tabaco de liar.

—¡Que es una performance! Pero ¡dejadme salir al menos!

Ni de coña. Hoy todavía no sabe si le hubieran pegado. Tiene pocas dudas de que su sexo femenino supuso cierta salvación hasta que llegó la policía, y yo no tengo ninguna de que de ser Anónimo quien hubiera estado allí el desayuno habrían sido galletas. ¿Miedo? Más bien tenía la adrenalina por las nubes. Y de pronto el círculo se rompió y aparecieron los agentes. La agarraron del brazo y la rescataron mientras la masa los añadía

a los insultos. Los policías estaban nerviosos y cabreados:

—Señorita, esto puede ser un delito de provocación.

Y el demonio, que había estado todo el rato divirtiéndose con el linchamiento desde la distancia, volvió a poseer a Sara Dos:

—Pero cómo que provocación, señor agente, si yo no sé qué he hecho mal, si he venido a defender a mi presidente.

Por el camino al tren, la videógrafa estaba acojonada y Sara un poco paranoica por si alguno las perseguía, pero todo quedó ahí. Para cuando llegó a la oficina, Anónimo se había encargado de difundir la nota de prensa y la noticia se viralizaba. La violencia de la manifestación se contagió a las redes. Sara se ríe al contarlo: «Fue bastante divertido, me decían barbaridades de todo tipo, y era todo gente de izquierdas. Que si "esta lo que necesita es un buen choped", que si "lo que le pasa es que no se la han follado en su vida", lo típico de internet. Lo único que me decepcionaba un poco, aunque también me lo esperaba, es que nadie se diera cuenta de que era un chiste evidentísimo. Joder, ¡solo había que leer las cosas que decía!».

En la nota de prensa que Anónimo hizo correr por los medios, y que se publicó en no pocos, le había dado a Sara otro nombre y le atribuía declaraciones lo bastante creíbles para epatar a los más cejijuntos y demasiado ridículas para que cualquiera que se parase dos minutos a respirar pudiera ver la broma, por ejemplo: «Si ser una persona decente es delito, que me encierren a mí también» o «el pueblo no es tonto, y al pueblo no se le engaña fácilmente, no. Mira cómo sigue apoyando en las urnas al PP, que es el único partido serio, decente y responsable».

De no ser porque la polarización ya había convencido a millones de personas de que el bando contrario, fuera cual fuera, se caracterizaba por la estupidez dominante entre sus miembros, posiblemente el chiste se hubiera captado más

fácilmente. Pero ya no vivíamos en el mismo país, ni teníamos a nuestro alrededor a la misma gente. Había calado la idea del ejército de enemigos retrasados mentales, y además malvados, puesto en nuestra contra.

En el transcurso de los siguientes meses, además, la pequeña porción de violencia que Sara había notado en solitario azotaría a Homo Velamine. Y esta vez sería algo más contundente y definida.

15
El primer golpe

> Hice un nuevo intento por quitarle a todo este ridículo lío su injustificado dramatismo.
>
> MILAN KUNDERA

El primer golpe llegó trepando por un andamio, por sorpresa, como en una mala película de zombis. Anónimo llevaba puesto un casco y debajo una peluca de un color que era una premonición del que iba a adquirir su cara. Para saber por qué le pegaron hay que remontarse al sexto capítulo, porque la cosa vuelve a ir otra vez de banderas, o más específicamente de las reacciones alérgicas que suscitan y de la picardía de Anónimo ante esta circunstancia. Cuando le atizaron, estaba intentando descolgar por la fachada de un edificio de la Gran Vía de Madrid la bandera más grande que había pasado por sus manos.

Diez metros de largo por cinco de ancho. Pesaba como treinta kilos, cubría desde el cuarto piso hasta el primero. Sujeto por un arnés, Anónimo intentaba desatascar el mecanismo que se había trabado en alguna parte, pero el lema impreso en la bandera ya se adivinaba desde la calle. Allá abajo, el gusano de cabezas y pancartas empezó a pitar y vitorear al mismo tiempo. Si, como dijo Ortega, las masas conforman una sola mente, estas masas estaban bien perplejas.

Tal vez si consiguiera destrabar las cuerdas y quedara totalmente desplegada... Bajó un piso por el andamio en busca del nudo, y entonces llegaron. Eran varios tipos vestidos de negro. Bragas cubriendo la cara, capuchas, prisa, fiereza. Le gritaban. ¿Qué?

Estamos en marzo de 2018 y, desde finales de 2017, Homo Velamine ha acelerado. Todo cambia, o más bien se agita y se retuerce como el plástico quemado. La excedencia en Greenpeace ha terminado y él ha vuelto a currar, y además da clases en el Istituto Europeo di Design, pero Homo Velamine chupa más y más tiempo, devora energía para producir nueva energía. El grupo es un hervidero que se dirige a su punto crítico, un bólido que no sabe que va demasiado deprisa, que es demasiado denso, que se desintegra. Pronto será demasiado grande como para controlarlo. Excederá a Anónimo, excedería a cualquiera. Por fuera, una vanguardia que ruge sin que nadie la comprenda. Por dentro, cabezas pensando, dándose rienda, cuerda.

Han surgido, además, los primeros problemas. Mr. Satán ha empezado a ir por libre. Estallan conflictos cuando monta una página en Facebook, Cuñadología, que tiene más éxito que la revista. Discuten, se gritan, lo expulsan por insurrección, pero lo vuelven a admitir, y entonces se larga él, pero regresa. Mr. Satán es el hijo pródigo. Un pequeño Diógenes, díscolo hasta para un grupo tan heterodoxo como este. ¿Rivaliza con Anónimo?, se preguntará alguno, ¿quiere destronarlo? Pero no me da esa impresión cuando hablo con él. Es un diablo desordenado, errático. Cuando nos encontramos en Madrid, nuestra entrevista termina con un viaje de LSD que me deja alelado durante los tres días siguientes. No hay ansia de poder en Mr. Satán, ni de protagonismo. Hay caos, es una inteligencia sin control.

Por gente como él Homo Velamine se enrevesa. Montan

tertulias tan descomunales que se desarticulan en forma de pequeños grupos, todo el mundo habla a la vez, nadie oye nada. Rasomon, a veces, no conoce ni a la mitad de los asistentes. Como algunos actos han trascendido en la prensa, la revista está logrando suscriptores en cada vez más ciudades. No son millones, ni miles, acaso cientos, pero Anónimo se pasa tardes enteras metiendo revistas en sobres, añadiendo obsequios, pequeñas cartas escritas a mano: «Si nuestra publicación le agrada y quiere usted participar en nuestras actividades...». Así crecen y se multiplican los ultrarracionalistas, siempre por debajo del radar. Salpican el *mainstream* sin que el *mainstream* los detecte.

En este furor, la ideología que acuñaron en su manifiesto se ramifica. Surgen nuevos conceptos sin que nadie tenga claro quién los ha inventado. Los recopilarán en una revista con forma de catálogo del Alcampo, y se abrirán nuevas líneas de investigación, y de desbarre, y aparecerán comandos en varias ciudades, y grupos de trabajo difíciles de coordinar. Para entonces los garbeos han recorrido todas las paradas de la línea 1 y van a por la 2.

Pero volvamos al andamio. Es en la presentación del número diez del fanzine, en junio de 2017, cuando Anónimo conoce a Javier. El número trae, en una caja de VHS, textos inspirados en películas porno de renombre como *En boca cerrada no entran moscas, pero entran pollas como roscas*, y otras inventadas, de regusto ultrarracional, como *No le hagas un feo si es por el pleno empleo*. Se proyectan cortos, se pronuncian discursos y llueve cerveza. Javier queda deslumbrado ante la banda de terroristas semióticos. Se acerca Anónimo, conversan, se dan los teléfonos y, tiempo después, qué casualidad: Javier está trabajando en un documental sobre la bandera de España donde pregunta a gente tan seria como Josep Borrell, Juan Carlos Monedero o Celia Villalobos por qué no es un símbolo aglutinante. Cuando

Anónimo le cuenta lo que le pasó el día en que tuvo la ocurrencia de exhibir una en cierta manifestación, deciden que será bueno montar un acto como ese, pero a lo grande, para convertirlo en el hilo conductor de su película. Habrá dinero, producción, equipo.

Se pasan tres meses valorando posibilidades y al final optan por una inmensa bandera de España que se despliegue sobre la fachada de un edificio de Gran Vía al paso de la marcha del 8M, que promete ser masiva, con un lema: «Viva España feminista». Preparan también octavillas que se le han ocurrido a James, con la rojigualda y una vaca en vez del toro de Osborne, para lanzarlas desde el edificio.

Algo que Anónimo tiene claro es que su acción no debe parecer un ataque frontal al feminismo, ni un boicot. Hay en esta postura una parte de compromiso político y otra de pavor. En 2018 el feminismo parece un torrente capaz de llevarse cualquier cosa por delante. Lemas como «Yo sí te creo» o «Solo sí es sí» galvanizan a las mujeres desde los medios de comunicación. Ellos han tardado mucho en decidir la manifestación en la que colocarán el cebo, pero en el documento de fortalezas y debilidades sale ganando el 8M. Habrá muchos medios de comunicación, atención internacional, cientos de miles de personas. En el DAFO, Anónimo escribe que un probable punto débil, de cara al documental, puede ser la falta de reacciones espectaculares. Faltará testosterona, supone. Además ha medido las palabras para que el acto no sea ofensivo: esto puede suponer un problema.

Lo cierto es que «Viva España feminista» no tiene nada de ironía. Rasomon no está conforme, le parece poco incisivo, algo plano, una repetición, pero esto es lo que Anónimo considera más acertado y el acto será inmenso, le ha dicho, valdrá la pena. Una bandera de España con ese lema puede resultar

chocante, pero la manifestación se ha propuesto aglutinar a todas las mujeres y ser transversal, así que, ¿por qué no comprobar si es cierto?

Eso piensa, o quiere pensar, o se dice para convencerse. Aunque el manifiesto de la marcha, de retórica anticapitalista, ha provocado una polémica con las diputadas de Ciudadanos; aunque ya se han producido las algaradas de Cataluña y toda España está llena de banderas de tinte derechista; aunque Vox ya prepara su ascenso espectacular, ¿no dicen todo el rato en televisión que España es un país feminista? ¿Qué tiene de raro entonces usar la bandera para recalcarlo? La acción apoya el feminismo desde el punto de vista naif. Desde luego está la malicia de saber lo que es la bandera para la izquierda, pero ¿no es posible que esto haya empezado a cambiar?

Javier y él han consultado con alguien del PSOE, que les asegura que no pasará nada. Podrá molestar a alguna manifestante aislada, pero el lema es asumible. Han hablado también con una periodista de *El País*, que parece encantada y promete ir a cubrir el acto y describir las reacciones. ¿Demasiada prudencia? Puede que sí, pero hay que ir con pies de plomo ante cualquier aproximación al feminismo si se quiere conservar el prestigio social entre la izquierda. Así ve Anónimo las cosas. Y con esta combinación de ingenuidad y picardía, de tacto y atrevimiento, alquilan un piso grande en Gran Vía por Airbnb a 260 euros la noche y transportan la bandera descomunal, que ocupa todo el largo pasillo, impresa en una nave industrial gracias a los contactos de Javier.

Esta vez hay un montón de gente. Están los del documental, técnicos de sonido, cámaras, y otro chaval que acababa de llegar a Madrid, escalador, que sabe de cuerdas, nudos, cascos y arneses. El Medievalista irá por la calle y se encargará de comunicar por teléfono el avance de la manifestación, y Rasomon, aunque la idea no lo entusiasma, coordinará y hará

fotos. También están Sara Dos y Brenda con pelucas moradas. Ellas van a actuar para las cámaras como instigadoras del acto, aunque en realidad serán hombres quienes salten por el balcón hasta el andamio que cubre la fachada. Pero hay que transmitir en todo momento que son mujeres las que han hecho esto.

Anónimo ha sentido nervios otras veces, pero esta noche no. No están rodeados por la multitud e indefensos ante la posible reacción airada, sino en el búnker de un piso enorme y cerrado, lujoso, y son legión. Saben lo que hacen, creen que saben lo que hacen, tienen experiencia de sobra, creen que tienen experiencia de sobra.

Anónimo y el escalador se ponen el casco y los arneses, la peluca morada, preparan la bandera, disponen las cuerdas. Cuando el Medievalista les informa de que la mitad de la humanidad ha alcanzado Callao, empieza el despliegue. Usan bolsas de harina como pesas. Hay que bajarla despacio, todo va bien, pero entonces se atasca, la cuerda es demasiado gruesa para las argollas. Como el andamio tiene unas escaleras en la parte central, Anónimo baja al tercer piso. Está muy oscuro ahí, no hay una sola lámpara. Tira, tira y arriba nadie lo ayuda.

La manifestación ya está debajo. La gente chilla en dirección al andamio. Le parece reconocer algunos cánticos, «Madrid será la tumba del machismo», «Madrid será la tumba del fascismo», no se ponen de acuerdo. Rasomon, que está haciendo fotos en la calle, describirá caras de desconcierto, corrillos, chicas que se preguntan «pero ¿esto qué mierda es?», también chicas que ríen y vitorean.

Pero la bandera, ay, sigue a medio desplegar. Anónimo vuelve al cuarto, salta dentro por el balcón y busca ayuda. Resulta que al experto en escalada le ha dado un mareo entre la altura y el barullo furibundo de la calle, así que le pide a Sara Dos que le diga por el móvil qué hacer coordinándose con la gente de abajo, y a Javier que salga con él y se quede en el

piso superior mientras él vuelve al tercero por las escaleras del andamio. Una vez abajo, tira de esta cuerda y de aquella tratando de identificar el problema, comunica con Sara Dos por los auriculares, se concentra, pero, de pronto, nota que ya no está solo.

Hay un tío a su derecha. No es Javier. No es el escalador. Lleva la cara cubierta por una braga y una capucha en la cabeza, pero su expresión corporal delata que no está menos estupefacto que él. Ha trepado tres pisos de andamio desde la calle y quizá esperaba encontrar un neonazi allí arriba, trasteando con la bandera, pero es Anónimo, con su jersey navideño, su peluca morada y, en sus propias palabras, una pinta de marica hipster de flipar.

—Pero ¿tú quién eres? —gruñe el extraño—. ¿Qué haces aquí?

Y Anónimo, con su legendario candor:

—Estamos poniendo una pancarta a favor de la manifestación.

Llega otro tío. Escalan más por el andamio.

—¡Quita esa puta bandera! ¡Ahora mismo!

—¡No se puede! ¡Hay mucha gente debajo, está atada!

—¡Tírala, hemos acordonado la zona!

¿Acordonado la zona? Se le pasa por la cabeza que no son antifas, sino los clásicos policías disfrazados, pero entonces sube un tercero y saluda a Anónimo con un puñetazo tremendo en la cara. «Hummm, ok, esto ya es menos policial», razona. Y ve al bestia, que saca un mechero para quemar la bandera, infructuosamente. «Hummm, ok, esto ya sí que no es nada policial, tenemos un problema».

El primero se ha puesto a darle tirones de la peluca.

—¿Qué coño haces vestido así, pero tú de qué vas?

Los otros dos luchan contra la bandera, pero sigue atada como un pacto con el diablo.

—¡Quítala ahora mismo, gilipollas! —y una nueva hostia le hace ver las estrellas.

—Pero ¡que es una cosa a favor! —trata de decir.

Ya hay cinco tipos arriba. Lo rodean y rompen a comunicarse con él en el lenguaje de los puñetazos y las patadas. «Hummm, ok —piensa Anónimo—, así que esto es una paliza. Ya está, se nos ha ido de las manos. Va a morir alguien. Yo o uno de estos idiotas, o la gente de la calle. ¿Está la bandera bien atada? ¿Se puede caer el andamio?». Anónimo no puede hacer nada. Aterrorizado, se agacha como un bicho bola para recibir lo que le quieran dar con una actitud inofensiva. Funciona. Dejan de pegarle, vuelven a enfrentarse a la bandera, un enemigo más difícil de abatir, por lo visto. Anónimo respira. Se levanta. Les dice:

—Si queréis quitarla, tenéis que seguir mis instrucciones.

Mientras, Sara Dos le está chillando por el pinganillo. «¿Qué pasa, Ano, qué pasa?». Y él: «Han subido cinco tíos y me han pegado, quieren quitar la bandera». Uno de los bestias le arranca el móvil. Los auriculares vuelan andamio abajo.

—¿Con quién estás hablando?

Es el teléfono del curro, el de Greenpeace. El tipo se lo mete en el bolsillo. Más problemas. Anónimo debería recuperarlo. Los otros ensayan con torpeza y apresuramiento distintas formas de arrancar una bandera que no parece interesada en irse andamio abajo con los auriculares.

—Si queréis descolgar la bandera, yo os digo cómo, pero dame el móvil.

Tras cuatro o cinco intentos, consigue ablandar el corazón pretoriano del antifa y el móvil regresa a sus manos. Anónimo sangra por la ceja y la nariz. El labio abultado palpita, sabor a hierro, pero no siente ningún dolor, la adrenalina está en niveles máximos. Una entereza pragmática se apodera de él. No le queda otra que liderar a los cabestros que le han dado una

paliza. Si suben al cuarto y entran al piso, pueden liarse a hostias con todo el mundo y para qué queremos más. Les dice a los que están cerca, que ahora son tres:

—Quedaos aquí, pero no tiréis. La desato desde arriba y os aviso para descolgarla.

Y sube a tientas. Entre la oscuridad y la sangre no ve un pimiento, se pasa del cuarto y ha de volver a bajar. Cuando por fin encuentra el balcón abierto, sus amigos lo reciben con aprensión y terror. Brenda corre chillando a esconderse al baño. Javier empieza a grabar. ¿Qué ha pasado? ¿Qué está pasando? Pero ve subir a dos milicianos detrás de él. Hay que actuar rápido. Sin entrar al piso, empieza a desatar los nudos específicos que permiten quitar la bandera. Las prioridades pugnan, se apelotonan: hay que recuperar la bandera, pero es tarde. Uno de los antifas saca una navaja y corta una cuerda maestra. Desde la calle, ven desplomarse la bandera con las palabras «Viva España Feminista». Alaridos de júbilo, de confusión. Los antifas han cumplido su cometido. Se largan.

Ahora baja la respiración, baja la adrenalina, baja la sangre por la cara de Anónimo. La situación en el piso es tensa y melancólica, nerviosa y excitada. Mr. Satán, que andaba por la calle, sube chillando como un loco, «¡buah, chavales, esto ha sido la puta gloria!». Mientras tanto Anónimo habla por teléfono con la periodista de *El País*. Le cuenta que le han pegado, está furioso. Pero diez minutos después lo piensa mejor y vuelve a llamarla: «No lo cuentes». Todavía trata de proteger a la causa.

Le preocupa que los enemigos acérrimos del feminismo utilicen el episodio. Imagina titulares en *Ok Diario*: «Cuelgan una bandera de España y las feminazis los apalizan». Sin embargo, ¿no se acerca eso a la verdad? Y más importante: ¿no son las reacciones las que dan sentido al acto ultrarracional? Que un pelotón de violentos aliados feministas, machotes,

hayan descolgado con brutalidad testosterónica la bandera mientras las mujeres chillaban abajo significa algo.

En el espíritu del 8M no hay lugar para mensajes celebratorios, razona, al contrario: las pancartas de la calle pintan una España de miedo y violencia, de esclavitud y opresión crecientes. Responden más a un sentimiento colectivo alimentado por la propaganda que a la vivencia mayoritaria de las mujeres en España. El acto, y en particular ese «¡viva!» entusiasta, ha puesto ante el espejo al victimismo. Este es el motivo por el que Anónimo sangra. Las ideas coagulan en su cabeza.

De cualquier manera, prepara una nota de prensa y omite la agresión. Temeroso de ponerse en contra a las feministas, enfoca la explicación en que celebraban lo evidente sin que eso implicase renunciar a seguir luchando por la mejora, pero no hay nada que hacer.

El éxito de la manifestación ha sido histórico, con una participación masiva nunca vista, y no se habla más que de eso, de modo que el acto ultrarracional tiene una repercusión mediática muy limitada. Pero, entre quienes ya siguen las actividades del grupo, hay enfado, y van llegando los tuits. «Con esto no se juega», dicen. «Os estáis volviendo *cuñaos*». «Haced autocrítica». «Esa bandera oprime a las mujeres». Etcétera. La gente que se les acercó por sus dardos a la derecha no acepta esta salida del tiesto. Decir «viva España feminista» se siente como burla a un feminismo que retrata España como un país de atraso y opresión.

En fin, todos los días terminan, unos mejor que otros. Cierran el chiringuito, se despiden y, durante la noche, la cara de Anónimo empieza a doler. El lado que pega a la almohada arde y palpita. Al día siguiente, viernes, se va a Greenpeace a trabajar. Hace poco que se ha incorporado su nueva jefa, que viene de Amnistía Internacional y se define en Twitter como

«feminista y antifascista». Cuando Anónimo llega con la cara hinchada y un ojo morado, ella le pregunta qué ha pasado. «Nada, cosas de la vida», contesta.

No quiere confesar. Se llevan bien, pero en Greenpeace rigen los mismos límites a lo aceptable que en cualquier otra atmósfera progresista del momento. Los mismos silencios inducidos por el miedo a sacar la pierna del círculo de confianza. Los mismos jardines en los que no hay que meterse, llenos de charcos que es mejor no pisar. La espiral del silencio.

En Rosas, la última noche de su visita, le pregunto si estaba aquí el germen del acto que los decapitaría a finales del mismo año. Me responde que no, que no hay relación, más allá de la evidencia de que ambos juegan con el feminismo sin atacarlo directamente.

—Reaccionamos al ambiente —reflexiona—. Es el ambiente, el debate público, como lo quieras llamar, lo que nos incita a lanzar un señuelo. Aquí un montón de gente nos empezó a dar la espalda, pero no me extrañó. Personas de izquierdas que se habían acercado por la «gente entrañable» y esas parodias de la derecha, ahora nos decían que por ahí no podíamos pasar. Las reacciones que nos estaban llegando por redes no eran buenas, pero es que no se enteraban. Cualquier cosa les parecía meterse con el feminismo. Estaba convirtiéndose en un icono sagrado.

—¿La acción fue como enseñar las tetas en una capilla?

—Más o menos, pero sin ser tan burda. En realidad era lo de siempre, lo que sabíamos hacer. Queríamos que la autocomplacencia se denunciara a sí misma, y la ayudábamos. ¿Cómo? Con un empujoncito. Metiendo un elemento extraño en un ambiente y dejando que el ambiente se retratase con su reacción. Si algo ha de reventar, revienta por su autocomplacencia.

—Y reventó.

—Bueno, también había gente aplaudiendo en la calle

cuando se desplegó la bandera. Había de todo. Lo gracioso es que fueron cinco machotes los que defendieron el honor de las damas a hostia limpia, convencidos además de que eran los más feministas del mundo. Ese fue el éxito de la acción.

Nos reímos un poco. Pero es tarde, y ya tenemos sueño.

—Oye, ¿y cómo le justificaste a tu jefa la cara morada que traías al curro?

—Le dije que me había caído. A los de la ambulancia que me hicieron las curas les dije lo mismo, que me había tropezado y me había dado con un bolardo.

Escupo la cerveza. Rompo a reír. No entiende.

—¿Qué te pasa?

—Joder, Ano. Es que les pusiste la misma excusa que da en el ambulatorio una mujer maltratada que no se atreve a denunciar...

16
Emprendedores

> Sin que nosotros tuviésemos la menor sospecha, hacía tiempo que habíamos sido descubiertos.
>
> MILAN KUNDERA

«Me gusta Cataluña, sus gentes, su carácter abierto, su laboriosidad. Son emprendedores. Hacen cosas», dijo Mariano Rajoy. Durante su mandato, el gobierno autonómico de Cataluña celebró dos referéndums ilegales, incumplió sentencias judiciales, arengó a las masas en el odio a España y el presidente Puigdemont proclamó la independencia para suspenderla a los cinco segundos. Fue una performance tan falsa que hubiera podido pasar por acto ultrarracional.

En aquel momento Broncano, Quequé e Ignatius lanzaron desde las ondas de radio de la SER su propia declaración de independencia, fundaron un falso país, Moderdonia, cuyas banderas sembraron los balcones de los que estábamos hasta el gorro de tanta pasión nacionalista, y también nació Tabarnia, otro país paródico, que pretendía independizar la parte castellanoparlante de la Cataluña escindida y tenía a Albert Boadella de presidente. El absurdo desbordaba el vaso, y al calor de las algaradas callejeras, en Barcelona, nació también el primer comando autónomo de Homo Velamine. Demostraría que era verdad eso de que los catalanes hacen cosas y son

emprendedores: las primeras propuestas para provocar el escándalo con empresas ficticias brotaron del Comando Barcelona.

Había muchos precedentes, claro, bien conocidos para Anónimo García. En 1976, por ejemplo, un tipo llamado Joey Skaggs puso un anuncio por palabras en el diario *The Village Voice* en el que anunciaba un negocio falso: un prostíbulo canino. En la nota de prensa que hizo circular añadía: «Si tu perro se ha graduado en la escuela de entrenamiento, si es su cumpleaños o simplemente si está cachondo, por cincuenta dólares lo puedes gratificar sexualmente». El matiz con los servicios convencionales de apareamiento y cultivo del pedigrí era el énfasis en el placer sexual, y convirtió el anuncio en un escándalo con una catarata de noticias sensacionalistas. No contento con ello, Skaggs reunió a varios amigos en una casa del SoHo con sus mascotas y escenificaron el burdel para la televisión.

Skaggs se dedicaría a esta clase de provocación el resto de su vida. «Decidí que, además de usar a los medios para promocionar mi obra, los convertiría en una parte de mi obra. Explotaría su vulnerabilidad, su prisa, su necesidad de ser los primeros en dar la noticia, e incorporaría todo esto a mi acción artística», dijo. Iba a explotar la fórmula hasta crear escuela: identificaba los prejuicios del público y aprovechaba la costumbre de la prensa de enriquecerse a costa de los sesgos con amarillismo barato. Descubrió que casi cualquier trola que jugara en el terreno del racismo, la pobreza o la moral puritana era susceptible de aparecer reciclada por los periódicos en forma de noticia escabrosa. A nadie parecía importarle que uno fuera un impostor.

Disfrazado de científico, proclamó el descubrimiento de un medicamento elaborado con hormonas de cucaracha que hacía a los humanos invulnerables a la radiación nuclear, y coló.

Disfrazado de indio americano, anunció una revolucionaria terapia para calvos a base de cuero cabelludo arrancado a los muertos, y volvió a colar. Disfrazado de empresario coreano, envió mil quinientas solicitudes a los refugios caninos de todo el país ofreciendo comprar los perros sacrificables a diez céntimos el kilo, para cocinarlos y venderlos en forma de sopa enlatada, y esta vez ni siquiera le hizo falta enviar notas de prensa: los refugios de animales hicieron el trabajo de comunicación cuando lo denunciaron ante los medios y la policía.

Skaggs fue una inspiración para Homo Velamine, aunque al inicio de sus actividades estuvieran poco familiarizados con su existencia. En 2018 contaron su historia en la web y un año después consiguieron entrevistarlo. También hablaron con los Yes Men, legendario grupo de activistas que se dedicaban a clonar las webs corporativas de las mayores empresas del mundo a la espera de que algún incauto pinchara en el formulario de contacto y los invitase a eventos y conferencias. Así lograron, por ejemplo, hacerse pasar por los ejecutivos de la multinacional química responsable de la catástrofe de Bophal, y concedieron una entrevista en la tele donde anunciaron que pagarían miles de millones de dólares a las víctimas del accidente. Las acciones de la empresa real se fueron a pique.

En sus primeros años de andadura, Homo Velamine había elaborado sus acciones callejeras a partir de la desviación paródica de algunos movimientos sociales, pero desde 2018, con el desembarco del Comando Barcelona, empezaron a investigar con el lenguaje corporativo a la manera de Skaggs y los Yes Men. El nacimiento de la sucursal catalana se debe, como el de todo Homo Velamine, a la sensación persistente que tiene un chaval inadaptado de que nadie se ríe de lo mismo que él; de que no les extraña el absurdo; de que no son capaces de

ver el elefante que ocupa toda la habitación, o no quieren verlo, o no quieren admitir que lo ven.

Eran los años previos al *procés* y José Luis Galeón estudiaba Filosofía en Barcelona. En este ambiente politizado, montó con otros dos amigos una pequeña asociación estudiantil, a la que se sumaron como treinta personas. En ausencia de Galeón la bautizaron como Lliga d'Estudiants de Filosofia Assambleària, y cuando él reparó en las siglas, LEFA, y empezó a reírse a carcajadas, sus compañeros no entendieron qué le hacía tanta gracia. Les preguntó cómo podría tomar alguien en serio las reclamaciones de un grupúsculo estudiantil llamado LEFA, pero se encontró con caras de incomprensión. Fue motivo suficiente para que se desentendiera, y sus compañeros sembraron de carteles con LEFA la Universidad de Barcelona sin asomo de parodia.

Mientras los independentistas subían al monte entre grandiosos alaridos de orgullo y los balcones del resto de España cambiaban geranios por banderas, la ciudad de Barcelona estaba carcomida por el turismo masivo, inundada por riadas de guiris borrachos y paella congelada con sangría. Galeón se movía en este ambiente como un payaso en la batalla de las Termópilas, y fue chapoteando hacia un vandalismo que era también una búsqueda de sentido. Dejaba pintadas con espray en las paredes, boicoteaba patinetes de alquiler y vivía aventuras extraviándose por la ciudad. Quería conocer todos sus pasadizos, escondrijos, rincones, atajos y trucos, y alguien le habló de Homo Velamine y sus garbeos por Madrid. Galeón fue a la web, descubrió lo de la FEA y se dijo: «La afinidad es evidente».

Empezó a seguirlos y un día, cuando viajaron a Barcelona para presentar su revista en una feria de fanzines, se acercó a conocerlos. Enseguida entablaron amistad: él les demostró sus habilidades para hackear el sistema de alquiler de bicicletas y

se los llevó pedaleando a conocer las mejores librerías de la contracultura de Barcelona. Anónimo, por su parte, se propuso canalizar la inclinación vandálica del joven estudiante de Filosofía hacia proyectos algo menos descerebrados.

Coincidió que, por esas fechas, la diseñadora Zumo Gris, que colaboraba esporádicamente con Homo Velamine, dejó Madrid y se mudó a Barcelona por trabajo. Allí pudo conocer la frialdad provinciana con que esta ciudad recibe a los extranjeros, así que Anónimo la puso en contacto con Galeón y les encomendó la misión de crear una sucursal, con lo que en enero de 2018 los electrones perdidos volvieron a orbitar y nació el Comando Barcelona. Anónimo y Rasomon los bendijeron en un viaje y los animaron a funcionar de manera autónoma. Además de Zumo Gris y Galeón, integraron el comando Martirio, Uanra y Alicia Way. Tenían su propia tertulia, sus garbeos y proponían actos. Sin embargo, a falta de un estajanovista disciplinado como Anónimo, el comando era caótico y desordenado.

Esto no implica que no hicieran cosas, como diría Rajoy. Por ejemplo, el primer *castell* horizontal de la historia de Cataluña, que consistía en tumbarse en el suelo con los pies en los hombros del siguiente. «*Des de l'Ultrarracionalisme* —dijeron— *advoquem per la horitzontalitat. Revisem les tradicions des del seny i la rauxa: castells transversals, enxeniques i plurals*», lo que traducido sería: «Desde el ultrarracionalismo abogamos por la horizontalidad. Revisamos las tradiciones desde el *seny* y la *rauxa*: *castells* transversales, *enxeniques* y plurales». El término «*enxeniques*» era un juego de palabras entre «*enxaneta*», que es el niño que corona el *castell*, y Echenique, diputado de Podemos aquejado de atrofia muscular espinal.

El acto más sonado del comando respondió al absurdo independentista y se llamó «*Turistes pel* sí»: se ataviaron como guiris y se manifestaron a favor de la independencia en pleno

2018, cuando nadie se tomaba a risa estas cosas. Con chanclas y calcetines debajo, dijeron que a ellos les venía muy bien que hubiera un país nuevo para visitar. En la plaza de la Catedral agitaron sus pancartas con eslóganes como «*ens agrada el sol, ens agrada Puigdemont*». Decían sentirse excluidos como sujeto político, «la parte de los sin-parte» y exigían la incorporación al sufragio de aquellas personas con una estancia en Cataluña superior a diez días. Sin embargo, sería el vector de las falsas empresas lo que marcaría el destino del colectivo.

Algunas ideas no se llevaron a cabo: por ejemplo, la de una falsa agencia de publicidad que ofrecería colocar anuncios en los mendigos, como se hace con las vallas de los andamios o los coches de Fórmula 1. En la web, que no llegaron a lanzar, explicaban que todos saldrían ganando con este servicio gracias a la omnipresencia de los mendigos en Barcelona. Ellos recibirían un dinerito para costearse ese vino de tetrabrik que tanto les gusta, y las empresas turísticas estarían anunciando sus servicios en una plataforma barata y móvil que estaba por todas partes. El coste de cada mendigo/anuncio se calcularía en función de las zonas donde pidiera limosna y, además, ofrecerían el 1 por ciento de sus beneficios al banco de alimentos. No es difícil imaginar las reacciones que hubiera despertado esta falsa empresa.

La que sí consiguieron llevar a cabo fue Just F*ck, startup que anunciaron metiendo carteles muy creíbles en las marquesinas publicitarias de la Plaza de España gracias a las habilidades quinquis de Galeón. Allí estaba la Fira, donde se celebraba el Mobile World Congress, un evento comercial de tecnología famoso por las innovaciones técnicas que se presentan como panaceas y, también, porque al caer la noche la zona se convierte en un hervidero de tecnoempresarios en busca de prostitutas. Lo que ofrecía Just F*ck era una «conectividad inteligente, rápida y discreta» entre los clientes y

las meretrices. «¿Vienes al MWC? Si tienes pase para el evento más excitante de Barcelona, no dudes en aprovecharlo. ¡Usa el código de pase y consigue descuentos!».

En la web llamaban a las prostitutas «*smartscorts*» y establecían una pasarela de pago por *blockchain*. Galeón declaró a la prensa: «El MWC, que con su búsqueda del progreso tecnológico ilimitado apunta al colapso (pulsión de muerte), tiene como contrapunto el puterismo de los congresistas (pulsión sexual). En este acto hemos intentado estirar y hacer coincidir ambas cosas». El acto se interpretó acertadamente como lo que era: una denuncia de ese gusto de los ejecutivos de multinacionales de la tecnología por el putiferio, y una parodia del avance tecnológico descerebrado propio de nuestra época. La unión carnal entre los nuevos trabajos del mundo digital y el que según dice el cliché es el más antiguo del mundo.

En este momento Homo Velamine empezaba a ser ingobernable, aunque Anónimo García no se diera cuenta. Cuando Mr. Satán se fue a estudiar a Santiago de Compostela, fundó allí otro comando más, de vida efímera, cuyos miembros eran él y otro chico, imaginativo y elocuente, pero demasiado responsable, al que llamaron O Marqués. En los meses lectivos se concentraba en el estudio y desaparecía, para regresar en las semanas de vacaciones con la actitud del demonio de Tasmania. Dejó un rastro importante en la historia del grupo, como el número trece de la revista, «Manifiesto por el post-español», donde reivindicaban la ortografía monstruosa de los usuarios de las redes sociales como un regreso a los orígenes puros de la comunicación, o la creación del personaje Young Gol, un constructor corrupto de la burbuja inmobiliaria reciclado en cantante de trap que subía sus temas a YouTube.

En YouTube también lanzó su canal el Medievalista: convirtió a su alter ego en un académico que trataba de

comunicarse en el código de las influencers y pretendía rivalizar en audiencia a base de disertaciones sobre el *Libro de Buen Amor*. El canal se terminó cuando el catedrático del departamento donde el Medievalista hacía realmente la tesis vio los vídeos. Al señor le ofendió que un doctorando se tomara tan a chufla algo tan serio como el estudio de la Edad Media. En su canal decía: «Cuando emprendes el camino al doctorado, pide que el camino sea largo, lleno de aventuras, lleno de experiencias. (...) Al final, si tienes suerte, serás un experto en un pequeño tema de toda la inmensa nube que es el conocimiento, como, en mi caso, el impuesto sobre la zanahoria en la Castilla del siglo XIV. Serás como un Dios en esa pequeña parcela de conocimiento».

Estos actos no llegaron lejos, pero habían colocado las piezas que explican la destrucción de Homo Velamine. Las ideas que puso en danza el Comando Barcelona con las empresas falsas, la influencia de Skaggs y los Yes Men, sobre los que Anónimo investigaba obsesivamente para escribir su libro *Post-arte*, y esta inclinación a utilizar internet para crear distorsiones apenas perceptibles de la realidad eran las tres patas del acto final, que no último.

En noviembre de 2018, en un viaje a Pamplona para visitar a sus suegros, Anónimo tuvo la idea. Y se le ocurrió un acto fácil, simple. Algo que entrañaba poco riesgo comparado con el despliegue de una bandera de cincuenta metros cuadrados por la fachada de un edificio o las infiltraciones provocadoras en muchedumbres. Podría coordinar la acción en Facebook para implicar a los satélites de Barcelona y Santiago. Dejar que todos contribuyeran con ideas, pulirlo en grupo y comprobar cuánto engordaba el perro sin reventar. No requería más que comprar un dominio y crear una web muy sencilla.

Hizo lo primero. Planificó lo segundo. Así de fácil fue la tarea de cavar su propia tumba.

17
Gracias por su visita

> —Haz el favor, si es de risa: no ha sido más que una broma y un chiste.
>
> —Esta no es época de chistes, hoy todo se toma en serio; dirán que pretendía dañar su imagen y que lo hice a propósito.
>
> MILAN KUNDERA

Termina agosto y Anónimo se marcha de Rosas. Han sido cinco días en los que me ha contado las aventuras de su grupo de terroristas semióticos, pero la historia feliz acaba y, en el próximo recodo, una mano burocrática abrillanta el banquillo del juzgado para él. Mientras adelantamos coches de turistas franceses que vuelven a su país a paso de tortuga, la laxitud de carácter de Anónimo se endurece: «Cuando le contaba a alguien que iba a ver a mis suegros, me soltaba: "A Pamplona, ¿eh? ¡Cuidao con La Manada!"».

Las olas informativas son fenómenos mediáticos que azotan la realidad y la distorsionan. Mientras duran, la prensa pierde el control de lo que cuenta y da cuerda al torrente de clichés: ¡terrible, impactante, indignante, repugnante! Al público no se le da lo que necesita saber, no se le ofrece lo que no sabe, sino que se le entrega más de esa mierda que le gusta, como el traficante hace con el yonqui. La información se mercantiliza del todo y el escepticismo de los profesionales palidece. La

deontología se guarda en el cajón mientras los focos de las televisiones emiten destellos cegadores. Billy Wilder retrató una de estas olas en su película *El gran carnaval*, donde un minero atrapado en un pozo se convierte en el eje de un tiovivo mediático.

Normalmente agita estas olas un caso truculento de la crónica negra. Algo que conmocione, que cause espanto, que subleve los instintos y persuada al público de que es una pieza fundamental para la resolución del crimen. La gente se siente empujada a implicarse en la investigación, hablan de ello en los mercados y las peluquerías, en el trabajo, en las redes sociales, se dan golpes en el pecho. Todos, menos los jueces, saben lo que es la justicia. En la panza hinchada de estas olas se convocan manifestaciones en la puerta de los juzgados. Prensa y opinión pública quedan erotizados en el ritual de castigo. Lo mismo da que una acusación sea anónima o verificada; que haya pruebas o rumores; que el pecado sea mortal o venial. Con la misma dureza se trata al culpable que al difamado. Son semanas de fiereza y justicia paralela.

Una de esas olas informativas se originó en Pamplona el 7 de julio de 2016 y anduvo chocando contra España los años siguientes. Se había desatado por una violación conocida por el nombre del chat de WhatsApp que usaban los cinco acusados, «La Manada». Fue un acto atroz, pero la prensa lo convirtió en otra cosa: una amenaza global, un peligro que acechaba a cualquier mujer, a coro con la alarma del feminismo de masas que había desbordado las calles. A falta de actrices famosas que denunciaran a productores como en el #MeToo estadounidense, en España el caso de La Manada ocupó la vacante. La calle y la prensa desconfiaban de que los tribunales pudieran hacer su trabajo. Cifraban allí los prejuicios sistémicos, el desprecio inveterado de los hombres contra las mujeres.

En el relato mediático, la víctima y los acusados se convirtieron en símbolos. Era la lucha del bien contra el mal, la oprimida contra el opresor, la mujer contra el heteropatriarcado. Vacíos de humanidad, de complejidad, de claroscuros, en la prensa nos daban los personajes banales de un folletín. Meras abstracciones que flotaban en la marejada informativa. De fondo, un decorado de opereta: Pamplona.

En los últimos años Anónimo había viajado a menudo a Pamplona para visitar a la familia de su pareja. Las últimas veces, por donde quiera que pasara, tropezaba con los restos que aquella diarrea sensacionalista había depositado en la ciudad. Le parecía que su nombre estaba tan cosido al crimen como Hiroshima a la bomba atómica, Varsovia al gueto o Puerto Hurraco a la matanza de los hermanos Izquierdo. Lugares mil veces vistos, plazas y calles, establecimientos y rincones, se le presentaban ahora teñidos por el morbo. Se habían detallado los escenarios de la agresión con la insistencia de un martillo con un clavo.

En los escaparates de las tiendas para turistas estaban las mismas camisetas que llevaban los acusados en las fotos que empapelaron las portadas. Ahí estaba el hotel Europa, donde entraron a pedir «habitaciones para follar», como las presentadoras de los matinales habían repetido un millón de veces con mohín escandalizado. Como pasa con una palabra que se tiñe de connotaciones negativas y se convierte en insulto, Pamplona era la misma y ya no era igual. Los reporteros la habían despanzurrado. Se publicaron mapas interactivos del itinerario de la agresión y se contó el número exacto de pasos necesarios para llegar desde la plaza del Castillo, donde los cinco habían abordado a la víctima, hasta el portal número 5 de la calle Paulino Caballero, donde la agredieron. Este reportaje venía ilustrado, como tantos otros, por la foto del portal.

Cada vez que se producía un hito judicial en el caso, la ola informativa arreciaba de nuevo, y alcanzó el tamaño de un tsunami cuando el 26 de abril de 2018 la Audiencia Provincial de Navarra emitió sentencia con una condena de nueve años por abuso sexual con prevalimiento. ¡No es abuso, es violación!, bramó la calle, gritó la prensa, repitieron los políticos, mientras algunos juristas timoratos trataban de explicar, entre el griterío de necios tertulianos, que tal vez esta desconocida figura jurídica no estaba siendo correctamente interpretada por el vulgo.

Pero daba igual. Los legisladores, incluso en el Ejecutivo, atacaban a los jueces con los argumentos de un tuitero. La separación de poderes parecía tan intrascendente como la presunción de inocencia o las garantías procesales. En las protestas colocaron la cara de uno de los tres jueces —que no estaba convencido de que hubiera pruebas para condenar y emitió un voto discrepante— en el centro de una diana. Era lo que Émile Durkheim había llamado efervescencia colectiva: una carga repentina de energía social que prepara al grupo para la acción y desactiva el juicio individual, además de suspender las normas que rigen en la sociedad.

Anónimo cierra los ojos, echa para atrás la cabeza. No sé si le marea ir en coche o recordar.

«Había mucha violencia por parte de las feministas —me dice—. Recuerdo la imagen brutal de cinco muñecos ahorcados de un puente. Esos tíos eran culpables antes del primer juicio, la calle y la prensa habían dictado sentencia. Se publicaron sus caras desde el primer momento, sus nombres. Y, ojo, si me hubieras preguntado entonces, te diría que sí la habían agredido, pero vaya, una opinión cuñada. No era yo quien tenía que decirlo, ni Ana Rosa, ni las manifestantes. Estaba incomodísimo con el circo y la justicia paralela».

En noviembre de 2018, de regreso de su visita familiar a

Pamplona, coincidió por casualidad en el tren con un suscriptor de Homo Velamine. Había quedado tan impresionado con la marca del crimen en la ciudad que pasaron las tres horas de viaje en el vagón cafetería hablando de eso. En un momento de la conversación, Anónimo le dijo: «Con la cantidad de detalles morbosos que han publicado los medios, en Pamplona casi se podría hacer un recorrido turístico como los de Jack el Destripador en Londres».

Y así brotó la idea. De regreso a Madrid siguió dándole vueltas. Habían convertido el caso de La Manada en un producto que proporcionaba ingresos publicitarios inimaginables a los medios de comunicación y no pocas justificaciones a los oportunistas del mundo político. Lo habían empaquetado, lo habían patentado y lo estaban explotando económicamente. Así que propuso a los ultrarracionalistas crear una web que ofreciera un producto. Un paquete turístico por Pamplona: el mismo que había salido publicado en la prensa hasta teñir toda la ciudad. Le parecía una buena forma de poner frente al espejo el engendro mediático y político, la doble moral, la mercantilización y politización de la catástrofe.

«Habéis convertido el caso, a la víctima y a sus agresores en un producto, y os estáis beneficiando, así que mirad lo que pasaría si alguien hiciera lo mismo que vosotros sin tantos disfraces morales».

Esta era la respuesta ultrarracional, planteada y escenificada a la manera de siempre: la que no usa el tono de la crítica abierta o la protesta, la que no cuenta un chiste, ni hace una viñeta, ni confecciona una parodia fácil de comprender, sino que coloca el elefante de la habitación ante el espejo. Usaría el lenguaje del morbo y la mercantilización de la desgracia para criticar el morbo y la mercantilización de la desgracia, y que cada cual sacara sus propias conclusiones.

Anónimo empezó a componer la web. Compró un dominio,

www.tourlamanada.com, recopiló algunas generalidades de entre el copioso montón de información minuciosa que se había publicado para dar la impresión de que realmente se celebraría un recorrido turístico, y escribió unos textos promocionales vagos y ambiguos en el idioma de las agencias de viajes.

En los cuarteles de Homo Velamine en Facebook volaron las ideas. Galeón, Martirio, el Medievalista, Alicia Way, Imperator y algunos más discutían mientras Anónimo intentaba cribar. La única línea roja, tan clara que ni siquiera les parecía necesario hablar de ella, era no ofender a la víctima del suceso, pero esto resultaba sencillo, puesto que nadie sabía nada sobre ella. Anónimo estableció otra: esta vez no firmarían la acción, no la vincularían a Homo Velamine. No quería que nadie les acusara de lo mismo que criticaban: sacar tajada del caso, usarlo para su beneficio. El acto sería un disparo desde las sombras contra la cabeza del sensacionalismo, un ataque ninja.

¿Había que poner precio al recorrido? No, era mejor que fuera gratuito. ¿Cuál debía ser el tono exacto? Fríamente cordial, mercadotécnico, naif. ¿Con qué recurso explicitar el absurdo de la web, para quien quisiera detectarlo? Se les ocurrió ofrecer *merchandising* asociado —las camisetas de los agresores, los hoteles de su peregrinaje—, productos exhibidos sin cesar en diarios y televisiones y hollados por el morbo: sí, eso debería bastar para que cualquier persona mínimamente crítica sospechara de la parodia. Alguien recordó además que en 2016 un diario de gran tirada había publicado una noticia con este titular: «Los tatuajes que delataron al Prenda y a su "manada"».

«¿Y si decimos que durante el recorrido se podrán comprar calcomanías con los tatuajes del Prenda?». Era tan ridículo que les pareció adecuado. Con esa pieza, quien quisiera creer que el tour era real tendría que apagar el sentido crítico, el

escepticismo, la alerta. Un elemento como ese era clave en esta clase de atentado informativo. En su entrevista con Homo Velamine, el viejo Joey Skaggs dice a sus discípulos españoles:

> El hecho de que los medios apenas pongan nada de su parte para investigar mis descabelladas historias no debería sorprender a nadie. Todas mis acciones tienen un punto de plausibilidad, los periodistas trabajan bajo presión y el material que les ofrezco es muy jugoso. Mi documentación refleja la frecuencia con la que los periodistas abandonan el escepticismo que debería ser propio de su profesión para hacerse con una buena historia y así tener contentos a sus jefes, por más que haya muchos indicios de que se encuentran ante una patraña. En esencia, los medios le dan a la gente lo que esta quiere escuchar, y mientras tanto le venden algo.

¿Funcionaría? ¿Compraría la prensa algo tan absurdo? ¿Les ayudaría el sensacionalismo a denunciar al sensacionalismo? Anónimo anduvo fisgando webs de turismo de Pamplona y encontró en casi todas el logo contra la violencia machista que el Instituto Navarro de Igualdad había creado tras el escándalo de San Fermín, así que lo añadió también a la suya. Ese logo, una mano roja puntiaguda, era la guinda semiótica de la tarta. Algunos elementos de la web podían parecer machistas, otros ingenuos, otros feministas. ¿Cuál era la intención? ¿Qué se habían propuesto los promotores? ¿Quiénes eran? La madeja estaba lo bastante enredada como para que algún periodista mordiera el anzuelo.

El día 2 de diciembre de 2018, Anónimo abrió la web en fase de pruebas y la compartió con los ultrarracionalistas para someterla a su examen. Algunos insistían en endurecerla más y añadirle ácido para delatar su falsedad, mientras que otros estaban temerosos de que la cosa se les fuera de las manos y querían suavizarla, hacer más explícito que era una crítica a los medios. Al final quedó así, entre dos tierras.

También colocaron un formulario de contacto. Si alguien escribía, ya fuera una persona interesada en el tour o un periodista, se les ocurriría qué responder sobre la marcha. Después de todo, era muy difícil que lo viera alguien. ¿Quién demonios iba a fijarse en una web más en el océano de internet cuando la ola informativa producía contenido viral a cada minuto? La sentencia del Tribunal Superior de Justicia de Navarra estaba al caer. Los miembros de La Manada estaban en libertad provisional. Las activistas tenían preparadas sus pancartas por si la condena se mantenía. Todo eso iba a pasar el día 5 de diciembre, y el 3 los ultrarracionalistas movieron el link por algunos grupos de Facebook con la impresión de que este acto iba a pasar sin pena ni gloria.

En esta parte de la conversación andamos enfrascados cuando echo el freno de mano junto a la estación de Figueras. Son las cinco menos cinco de la tarde. A punto hemos estado de quedarnos atascados en el paso a nivel. Anónimo agarra su mochila, baja del coche, resopla. Ha dejado a medias una frase importante. Yo salgo a toda prisa, los intermitentes puestos. Nos damos un abrazo y se larga. Su tren está a punto de salir.

Segunda parte

Juicio a la ironía

18
La bola de nieve

> —Pero ¿por qué no hablaron antes conmigo?
> —¿De qué iban a hablar con usted? Lo tienen todo claro.
>
> MILAN KUNDERA

El domingo 2 de diciembre de 2018, a las doce del mediodía, Anónimo abrió la web y un diminuto copo de nieve se colocó ante la pendiente. En la página principal se leía este reclamo publicitario y, en las demás secciones, los textos que dejaré entre los próximos párrafos:

> **¿Qué pasó exactamente la noche del 7 de julio de 2016 en**
> Pamplona multiplica su población en San Fermín con gentes venidas de todas partes. Entre el alcohol y el desenfreno, cinco varones con peinados a la última moda se encuentran a una joven en la céntrica Plaza del Castillo. Apenas 20 minutos después entraban con ella en un portal a 300 metros de distancia y la agredieron sexualmente. ¿Qué pasó en esos 20 minutos? ¿Dónde fueron los agresores después?
> ¿Cómo los identificó la policía? ¡Descúbrelo todo en este tour!

Movieron discretamente el link en grupos seleccionados de Facebook y WhatsApp para estudiar las reacciones y desde las

dos del mediodía empezaron a recibir algunos mensajes a través del formulario. El primero fue este: «Hola, he visto el anuncio del tour y me gustaría saber un poco más. ¿Se trata de una broma? Saludos». El segundo: «Estáis de coña, ¿no? Si esto es una atracción turística de Iruña, cojo y me bajo... A no ser que en la atracción incluyáis una remasterización de los vídeos en el portal donde perpetraron la violación. Flipo!!».

Eran reacciones prometedoras: entre la irritación y la perplejidad, los internautas se preguntaban si lo que leían era cierto. Buena señal. Los ultrarracionalistas vieron alejarse el copito de nieve ladera abajo.

Más Información:

El tour está dirigido por guías profesionales enamorados de Pamplona. Partiendo del lugar de la famosa foto de La Manada frente a La Perla Vascongada (c/ Zapatería 17), el último miércoles de cada mes recorreremos los puntos clave de la famosa noche hasta el lugar de su identificación frente a la Plaza de Toros. Tras ello se podrán adquirir las camisetas que vestían los miembros de La Manada en una tienda cercana.

Algunas personas compartieron el enlace en Twitter. Una decía: «Pamplonicas, ¿habéis visto esto? ¿Qué invento? ¿Es verdad? ¿Es una acción de denuncia poco acertada? ¿Es una mierda real?». Otra: «¿Alguien sabe de qué va esto? ¿Es lo que parece? ¿Es un acto reivindicativo? ¿Un experimento social? Estoy un poco estupefacta». Ellos anotaban las palabras clave: atracción, flipo, broma, reivindicación, denuncia, experimento social... Galeón anotó: «Significativamente, muchos de los comentarios están formulados a modo de preguntas. Confirmamos que la web es recibida en general con escepticismo y que deja un margen amplio que permite identificar los elementos inverosímiles». Se fueron a dormir.

Sobre el tour:

Con este tour pretendemos dar a conocer los hechos del caso de La Manada para denunciar el maltrato a la mujer, además de atraer turismo a Pamplona, una ciudad muy conocida por sus famosas fiestas, pero que tiene otros grandes encantos secretos el resto del año.

A la mañana siguiente, lunes 3 de diciembre, la bola de nieve tenía el tamaño de una pelota de tenis. Comprobaron las visitas totales de la web: eran muy pocas, apenas cuatrocientas, así que la tasa de respuesta era altísima. Quien la veía, se sentía empujado a intervenir. En el buzón, preguntas, insultos y también gente interesada en apuntarse.

Llegaron dos correos de periodistas, separados por un corto intervalo de tiempo. El primero, de un redactor del programa de Ana Rosa Quintana, en Telecinco, que no se identificaba y fingía estar interesado en apuntarse al tour. Cuatro minutos después, el segundo, de una compañera de redacción que sí se presentaba como periodista y les pedía información. ¿Se habrían puesto de acuerdo para entrar por distintas ventanas al edificio, o no estaban coordinados pese a trabajar en el mismo programa? Misterio. No respondieron.

Próxima cita:

Miércoles 26 de diciembre, 19:30h, en c/ Zapatería 17

Trae ropa de abrigo impermeable, las noches de Pamplona en invierno pueden ser frías y húmedas.

El tour es gratuito. Habrá a la venta calcomanías a imitación del *tattoo* de El Prenda.

Decidieron seguir el manual de instrucciones del viejo Skaggs: «En mis acciones con los medios, el “anzuelo” es el concepto que deseo lanzar al mundo. El “sedal” consiste en el seguimiento de la historia, y muestra cómo informaron de ella los medios. La “plomada” es el *exposé* que revela por qué lo

hice y cómo lo cubrieron los medios».

Bien. Tenían el anzuelo en el agua y los peces empezaban a picar. Decidieron observar qué dirección tomaba el sedal antes de pensar en la plomada. ¿Qué harían con la web cuando los medios la hubieran difundido? Anónimo reflexionó sobre el asunto y decidió que el desmentido dependería de esto. Si algunos medios la tomaban como cierta, escribirían un texto. Si todos la tomaban a broma, otro. Habría que estar atentos a la cobertura y actuar con rapidez. Durante el resto del día continuó el goteo de intentos de inscripción y usuarios escandalizados. La bola de nieve rodaba con el tamaño de una sandía.

Dónde alojarte

Pamplona cuenta con una gran selección de hoteles y alojamientos para todos los gustos y bolsillos. Aquí puedes ver una amplia variedad. La ciudad aún no está turistificada fuera de las fiestas de San Fermín, por lo que seguro que encuentras una habitación que se ajuste a tus expectativas ¡y por muy poco precio!

También puedes consultar la disponibilidad del hotel Europa, en el corazón de la ciudad, donde dos de los miembros de La Manada entraron a preguntar si había habitaciones «para follar».

A modo de experimento, la tarde del día 3 habían lanzado respuestas vagas a un periodista de *Público*, que sacó una noticia esa misma noche en tono de escándalo y denuncia. Ese tour estaba muy mal, era una iniciativa denigrante. El sedal se movía, pero a la mañana siguiente la noticia de *Público* había desaparecido. Alguien debió de darse cuenta de que el tour era falso, algo les olió a chamusquina, lo cual podía ser buena o mala señal: si la prensa no era lo bastante crédula, adiós al acto. De hecho, antes de que la noticia de *Público* desapareciera, alguien la había subido a Menéame, un agregador de noticias, donde vieron un comentario que tocaba

en la clave: «Vaya... Los que montan un circo mediático en torno a un caso de violación se indignan porque otros hagan lo mismo. A lo mejor se sienten responsables».

Nuevamente se fueron a dormir, y llegó el día 4 de diciembre. A mediodía, recibieron dos correos importantes. El primero, de un abogado que decía representar al Hotel Europa. Les exigía que eliminaran la referencia al negocio. No querían tener nada que ver con esta iniciativa, fuera lo que fuera. Le respondieron que acataban la decisión y que lo sentían. El segundo correo tenía más difícil respuesta. Era del Área de Igualdad y derechos LGTBI del Ayuntamiento de Pamplona.

> Egun on! ¡Buenos días!
> Desde el Área de Igualdad y LGTBI del Ayuntamiento de Pamplona hemos tenido conocimiento de que desde esta web (https:// tourlamana da.com/) estáis ofertando un tour, que según explicáis en vuestra página web, sirve para denunciar el maltrato a la mujer, utilizando el caso de la agresión múltiple de Sanfermines del 2016 como cebo turístico.
>
> Esta actividad nos parece absolutamente contraria a lo que debería ser reparador para la víctima y para las mujeres en general y nos parece además que fomenta el morbo de la manera más burda y machista, con la excusa de atraer turismo a Pamplona.
>
> Este tour que ofertáis es totalmente contrario a la Estrategia que desde el Ayuntamiento de Pamplona junto con los colectivos feministas y la ciudadanía en general se viene desarrollando desde hace unos años sobre la manera de responder ante las agresiones sexistas.
>
> Porque lo que ocurrió en Sanfermines 2016 no fue algo casual, no fue algo «que ocurrió». No fue un hecho aislado sino que, desde nuestra postura, entendemos que la violencia contra las mujeres es la expresión de un sustrato social y cultural que se basa en la desigualdad: hombres y mujeres que no disfrutan de los mismos derechos y oportunidades en nuestras sociedades. Entendemos también que un contexto festivo no hace «inevitable» que ocurran agresiones sexistas y dentro de estas, agresiones sexuales, ya que

ninguna celebración debe tolerar que en su contexto queden suspendidos los derechos y las responsabilidades.

Y para denunciar esta realidad y mostrar su rotundo rechazo, el Ayuntamiento de Pamplona ha tomado como símbolo la mano roja.

Nos parece que, con este tour, escudándoos en ese símbolo y diciendo que estáis en contra de los malos tratos a mujeres, estáis promoviendo a este grupo de violadores y delincuentes y a sus acciones delictivas.

Por ello desde el Área de Igualdad y LGTBI del Ayuntamiento de Pamplona os exigimos que retiréis de esa web el símbolo de la mano roja y os exigimos retirar este tour, por abordar esta cuestión de manera totalmente contraria al modo en que Pamplona se está posicionando contra las Agresiones Sexistas.

Hay que subrayar varios elementos de ese correo que iban a tener un peso descomunal en los meses siguientes. En el ayuntamiento daban total credibilidad al tour, a diferencia de lo que estaba haciendo en ese momento la mayor parte de los usuarios. Pese a tragarse el anzuelo, desconfiaban de la justificación expresada en la web (concienciar contra el machismo) y lanzaban un juicio de intenciones, según el cual los promotores tenían una pérfida voluntad denigratoria contra las mujeres e incluso hacían apología de los condenados por abuso sexual. Sin duda, el asunto de las calcomanías del Prenda y la referencia a las camisetas que se vendían por Pamplona les habían empujado a interpretarlo así, pero habían obviado la otra parte. Les exigían dos cosas: la retirada del logo contra la violencia sexual y la de la web.

Es decir: daban como cierto un tour que no existía, interpretaban la intención de los autores basándose en una parte del contenido y pedían la retirada del elemento que contradecía su interpretación. Anónimo y los demás discutieron por el chat. Si quitaban el logo, el acto perdía un elemento de ambigüedad necesario, así que decidieron que la única opción

razonable sería anticipar el desmentido y transformar la web en una declaración de sus intenciones. Decidieron esperar unas pocas horas para ver si finalmente salía algo en la prensa. La bola de nieve tenía ya las dimensiones de un triceratops encelado y su velocidad se multiplicaba a cada vuelta que daba.

A las siete de la tarde, sin embargo, la web solo había recibido 2.694 visitas. La primera versión del desmentido estaba redactada y a punto para sustituir el contenido original. Era una lista con los enlaces a los medios de comunicación que, durante los últimos tres años, habían publicado el itinerario del crimen, detalles morbosos y enfoques sensacionalistas, además de un breve texto de denuncia que decía: «Vender calcomanías con el tatuaje del Prenda es asqueroso. Tanto como vender clics, solo que eso es mucho menos obvio». Sin embargo, a las nueve de la noche se publicó una noticia que lo cambió todo.

El digital *Navarra.com*, filial de *El Español*, lanzó un texto que daba total credibilidad al tour, ponía un link a la web y lo valoraba como una «salvaje iniciativa». Este medio en particular había sido uno de los que habían inspirado la acción. Allí se habían publicado más de quinientas noticias sobre el caso, además de un mapa interactivo que, sobre la vista vía satélite del centro de Pamplona, detallaba punto por punto el itinerario de los condenados. De hecho, un lector comentaba: «Este medio, que de forma obsesiva, día y noche, estuvo años machacando con el tema Manada, no debería indignarse ahora con lo de esta imbécil visita turística».

Pero en *Navarra.com* sabían lo que hacían. El éxito viral de la pieza fue instantáneo. Se convirtió rápidamente en la más leída. Para las diez y media, la web ha recibido 9.500 visitas más. La bola de nieve rodaba con el estruendo de una tormenta. Sin oír nada, los ultrarracionalistas se fueron a dormir, y al día siguiente, 5 de diciembre, Anónimo descubrió

que las visitas se multiplicaban. La sentencia de la Audiencia Provincial de Navarra sobre el caso de La Manada estaba prevista para ese día, y la expectación y la furia se respiraban en el ambiente.

La Razón publicó otra noticia con el titular: «El indignante recorrido turístico por Pamplona», que calcaba en tono y forma la de *Navarra.com*. Minutos antes de las diez de la mañana, la Policía Municipal de Pamplona había publicado un tuit: estaban investigando para comprobar la veracidad y la autoría del tour. Uf, policía... Por primera vez desde que habían empezado a organizar sus actos, los ultrarracionalistas llamaron a un abogado, amigo de alguien. Este, tras revisar la web someramente, les dijo que quizá alguien podría querellarse, pero que sería una pérdida de tiempo. El acto en sí mismo no constituía ningún delito. En este momento la bola de nieve hollaba el suelo y era grande como un dolor de muelas.

Mientras tanto las visitas seguían multiplicándose sobre el lomo de la explosión mediática. A mediodía la web cayó por exceso de tráfico y a las tres de la tarde, después de recuperarla, llevaban más de 40.000 visitas. En buena medida habían llegado a ella a través de las noticias publicadas en Telecinco, *Vozpópuli*, *El Mundo Deportivo*, *El Heraldo de Aragón*, *La Vanguardia*, *El Periódico*, *Ara*, *MujerHoy*, *Magnet*, *Diario de Sevilla*, *Naiz*, *Los Replicantes*, *Insurgente*, *El Diario de Cantabria*, *Vice*, *Código Nuevo*, *Weloversize*, *Diario de León*, *Pamplona Actual*, *Publimetro*, *República de las ideas*, *El Independiente*, *El Diario*, Rac1, *Spain's News*, TVE1, *El Nacional*, *El Economista*, TV3, Cribeo, *Público*, *El Mundo*, *ABC*... Casi todos los medios de comunicación se estaban haciendo eco. El tratamiento se dividía en dos: «el tour existe y es indignante» o «el tour quizá sea una broma, pero es indignante».

Se dieron cuenta de que el enfoque crédulo y masivo de la prensa había teñido por completo las reacciones de la red. A

mediodía eran tendencia en Twitter: todo el mundo estaba en pie de guerra. Los telediarios de TVE, TV3 y el canal de Navarra dieron noticias sobre el tema. Apareció en la pantalla el coordinador de guías turísticos de Pamplona, quien se mostraba contrario al tour, pero lo relacionaba con el turismo del terror, como las visitas a Auschwitz. También el abogado del Hotel Europa, que declaraba que la cosa estaba muy mal, pero le parecía forzado incluir el caso del tour en un delito de odio.

El alcalde de Pamplona manifestó «la necesidad de no publicitar en exceso este tipo de iniciativas porque muy probablemente lo que se esconda detrás de ellas es buscar publicidad», mientras todos los medios usaban sus declaraciones para publicitarla. «Yo no quiero contribuir ni un ápice a ese objetivo, si es que existe, y se está investigando para conocer la procedencia y veracidad», añadió, y sus palabras se reprodujeron en un sinfín de medios que incluían el link a la web.

Un amigo les avisó de que los habían sacado también por la mañana en «Al Rojo Vivo», de La Sexta, el programa de Ferreras, donde se refirieron al tour como «tremendo». Allí explicaron que era real y que estaba «a favor de los miembros de La Manada», mientras de fondo, sobre las palabras del presentador y la reportera, intercalaban las imágenes mil veces emitidas de los miembros de La Manada borrachos por Pamplona. No parecían recordar tampoco, anotó Galeón, el programa de «Expediente Marlasca» de la misma cadena que recorría cámara en mano la, según ellos, «ruta de La Manada».

El escepticismo de los primeros mensajes recibidos había desaparecido. El enfoque mediático había convertido el tour en algo real e indignante. Disolvió las preguntas. Aclaró las cosas. Y provocó el efecto Streisand: todos hablan de eso tan vomitivo que no deberías ver si no quieres que te amargue el día, así que

todo el mundo acababa viéndolo. Criticaban el lucro de una «horrible iniciativa» mientras la promocionaban sin coste para el supuesto empresario y se beneficiaban, ellos sí, de la indignación. La bola de nieve parecía ya una jauría de camiones endemoniados.

Varios medios contaron también que la policía foral de Navarra había cerrado la web, cosa que era tan falsa como la existencia del tour: lo que había pasado era que el servidor había colapsado durante dos horas justo después de que la policía tuitease que estaba investigando la web. A las cuatro de la tarde, cuando lograron recuperar el control con la compra de más servidores, en mitad del ojo de huracán, sustituyeron definitivamente la web por el desmentido.

Galeón había recopilado todas las noticias sobre el tour y Anónimo reescribió la plomada. Sobre lo anterior (pantallazos de los medios que habían publicado mapas y fotos de los escenarios de la violación), añadió enlaces y pantallazos de esos mismos medios escenificando la ofensa por el falso tour. Por si quedaban dudas, redactó un texto: «El día que los medios se retrataron a sí mismos», donde explicaba cómo el sensacionalismo les había dado la razón. ¿Difundirían ahora su desmentido o seguirían hablando del tour como algo real pese a que esa misma página, enlazada en las noticias, estaba mostrando sus vergüenzas?

El acto —pensaba Anónimo— había sido un éxito sin igual en la historia de Homo Velamine. Jamás habían logrado semejante repercusión. Jamás habían dado un golpe en una zona tan sensible: el inmenso orgullo del sensacionalismo. Pero con el paso de las horas descubrió que la plomada tenía un efecto homeopático. Era un muñeco de nieve con un sombrero y una pipa en la ladera, colocado para frenar una bola de nieve del tamaño de Plutón. Lo que no sabía era que el bólido iba directo a él. Pese a que en la web no había referencia alguna a

Homo Velamine, pese a que nadie la había firmado, su nombre figuraba en el código del esqueleto digital. Era él quien había comprado el dominio.

19
El pollo corre sin cabeza

> En cuanto eché la carta al correo, me olvidé del señor Zaturecky. Pero el señor Zaturecky no se olvidó de mí.
>
> MILAN KUNDERA

Durante las semanas posteriores, con la difusa amenaza de una investigación policial pendiendo sobre su cabeza, el contradictorio Anónimo dio nuevas muestras de que la ingenuidad era un rasgo tan marcado en él como la picardía. Creyó que todo había quedado ahí. Se sentía osado y exultante, pletórico. Hasta donde él podía leer, la acción del tour había sido la mejor de todas. El contenido no daba ni un solo detalle morboso sobre el caso que no se hubiera machacado en la prensa con insistencia, no había alusiones a la víctima y los medios les habían dado la razón con su escándalo.

El tono podía sonar ofensivo, por frívolo, pero la justificación se había expresado de forma explícita con el desmentido. La bola de nieve había dejado un reguero de titulares que ahora formaban parte de la web, donde ya no podía consultarse el contenido original, pero sí la «plomada». ¿No estaba todo aclarado con esto? Eso era lo que Anónimo creía. Desde el 6 de diciembre todo siguió su curso y el pollo continuó corriendo sin darse cuenta de que le faltaba algo encima del cuello. No sabían, por ejemplo, que durante el estallido mediático el

Instituto de la Mujer recibió más quejas por el Tour de La Manada que por «Gran Hermano Vip», tal como afirmó el organismo en una nota de prensa.

El poder de la desinformación les había impresionado tanto que lanzaron otra aplicación, el Razonomator, que era un programa para crear noticias falsas aleatorias. Pulsando un botón, la aplicación mezclaba palabras y fotos para lanzar titulares creíbles, con un punto absurdo, maquetados como noticias reales. Pincho tres veces y salen estos tres: «Otegi amenaza con dar "bastonazos en los riñones" a quien defienda a Arturo Pérez-Reverte», «Un refugiado dice que se avergüenza de España y de la existencia de los piropos callejeros», «Almodóvar quiere que Google elimine las noticias sobre el porno». Además, Anónimo generó una noticia falsa que difamaba a Galeón y le regaló las reacciones crédulas y airadas de los usuarios por su cumpleaños.

Mientras tanto, en las tertulias participaba más y más gente. De ahí salió en las navidades siguientes un teatrillo sin mucha trascendencia: Omiste se disfrazó de Karl Marx y se instaló en un trono rojo frente a Cortilandia, en Madrid, rodeado por un ejército de renos soviéticos. Preguntaba a los niños si ese año habían hecho lucha de clases, a lo que todos respondían afirmativamente, por si les caía un regalito. El acto no tuvo mayor impacto, pero sirvió de leva para implicar a nuevos militantes: Demófila Martínez, Raspilla, Enrique el Ultrasur, Epifanía sin Tilde, Luis Platypus, Ruth Uve y Boris aterrizaron en Homo Velamine mientras los comandos de Barcelona y Santiago proseguían sus labores autónomas.

Ya eran tanta gente que Anónimo, por recomendación de Ruth Uve, decidió descentralizar la parte operativa y Homo Velamine comenzó a funcionar con grupos de trabajo y proyectos separados. Seguían los garbeos. Seguían las tertulias. Y las ideas nuevas llegaban de todas partes.

En febrero, el publicista que había fomentado «Viva España feminista» les propuso otro acto parecido para incluir en su documental. En la Plaza de Colón se había convocado una marea de banderas españolas con Vox, Ciudadanos y el PP en la tribuna de oradores, como una suerte de reacción patriótica a las negociaciones del PSOE con los nacionalistas, y para allá que se fueron los nuevos integrantes junto a Anónimo, Rasomon e Imperator, disfrazados de ultras y con una pancarta muy grande en la que se leía «España Por Cojones». Les aplaudieron mucho, una señora con abrigo de visón exclamó: «¡Y por ovarios!» y esta vez no hubo que lamentar ojos morados.

Después hicieron otro acto parecido cuando una marea de independentistas viajó a Madrid para manifestarse contra la detención de sus líderes. Anónimo, el Medievalista, Imperator y Martirio se sumaron a la marcha con una pancarta incongruente y maravillosa. Iba impresa sobre una gran bandera española con el texto «Espanyols Pel Sí» y daba a entender que eran un grupo de izquierdistas a favor de la independencia, porque mientras hubiera nacionalistas catalanes en la ecuación la izquierda española estaría castrada. Gritaban «España, una, sin Cataluña» y daban sus argumentos a los perplejos manifestantes: «Es mejor que se vayan de una vez y nos dejen en paz». El periódico británico *The Guardian* ilustró su noticia con una foto de la pancarta.

2019 fue, por tanto, un año eléctrico para el grupo. Se abrieron senderos para avanzar por territorios inexplorados. Tras el escándalo del tour perseveraron con las webs corporativas falsas y lanzaron DemocrApp, una aplicación para móviles que fingía valorar económicamente cada voto según la provincia y ofrecía a los abstencionistas dinero por él. También crearon un partido político con el que el magnate del fútbol y la construcción Florentino Pérez supuestamente se presentaría

a las elecciones. Era el FLO (Frente Liberal Obrero), y contaba con una web y un programa electoral desternillante que proponía convertir España en un «país galáctico», a imagen del Real Madrid, mediante la recalificación desaforada de terrenos.

Aquel año también publicaron los números más ambiciosos de la revista, *Post-arte*, un extenso tratado de estética (o de antiestética), y *Ultrarracionalismo*, un denso tratado filosófico. Sin embargo, mientras todo esto sucedía, el cáncer estaba adherido a los huesos del grupo y sus síntomas empezaron a notarse. Había pasado una semana, y luego otra, y después una tercera. Pero al día siguiente de «España por cojones», en febrero, llegó el vómito verde.

Anónimo había pasado la mañana con tres compañeras de Greenpeace en las oficinas de Maldito Bulo para colaborar en una campaña. Mientras Clara Jiménez, la jefa de Maldita, les contaba las maravillas de su sistema de verificación, Anónimo se mecía en la vanidad al pensar: «Sí, muy bien, pero tú no sabes lo que hago yo, jeje». Nuevamente eran la ingenuidad y la picardía combinadas, porque él tampoco sabía lo que la administración de justicia estaba haciendo en ese mismo momento. Cuando volvía para la oficina, recibió un SMS que lo instaba a facilitar su dirección postal para el envío de un burofax. Le dio un vuelco el corazón y se preguntó qué podía ser.

Rondaba por Greenpeace una causa abierta por una protesta en la central nuclear de Almaraz, pero a sus compañeros no les había llegado nada. ¿Sería algo de Homo Velamine, entonces? Habían recibido un correo del Ayuntamiento de Madrid con una queja por los carteles falsos que colocaban en las fincas durante los garbeos, pero cuando llamó al teléfono del SMS para dar sus datos, la funcionaria le dijo que la cosa venía de Pamplona.

¡Pamplona! Tenía que ser por el tour, pero ¿quién demonios

le habría denunciado? El burofax no daba información sobre esto. Simplemente le obligaba a comparecer el 15 de marzo a las 12.30 en los juzgados de plaza de Castilla con un abogado. «Delito sin especificar», se leía.

Habló con los ultrarracionalistas y nadie daba crédito. Les dijo lo que sospechaba: que la denuncia venía de los cinco miembros de La Manada, puesto que la web los había ridiculizado y tildaba de «agresión sexual» lo que en aquel momento, según la justicia, era «abuso». Tenía que ser esto, o que el Ayuntamiento los hubiera demandado por el uso indebido del logo contra la violencia machista. «Molaría que me imputasen —dijo—, porque seríamos famosas como Pablo Hasél».

Entretanto, el abogado recibió por fin la denuncia y su contenido fue algo más alarmante: no era de los miembros de La Manada, sino del Instituto Navarro de Igualdad. Pedían abrir diligencias por un supuesto delito de odio y otro contra la propiedad industrial, es decir, por su interpretación de la web como una propuesta real y denigrante, y por el uso indebido del logo. «No hay de qué preocuparse —repitió el abogado—. Si quieres quedamos y lo preparamos, pero esto no va a ninguna parte».

Una energía como la que provoca el canto de los cisnes los sacudía. Como había que pagar al abogado y al procurador, Homo Velamine se puso en contacto con la plataforma de crowdfunding ético Goteo para iniciar una colecta por internet. Goteo la admitió y no tardaron en recibir el doble del dinero que necesitaban. El texto con el que pedían pasta decía:

> Todo el mundo estaba pendiente de la resolución del juicio de La Manada el 5 de diciembre de 2018. Dos días antes habíamos lanzado una web anunciando un falso tour por el recorrido de los violadores, que se volvió viral: todos los medios de comunicación lo difundieron.

Lo tildaban de deleznable a pesar que muchos de ellos habían publicado ya el recorrido de los agresores. Su propia sed de contenido hizo que llegase a una audiencia enorme que de ninguna otra manera hubiese tenido.

El día de la resolución desmentimos el tour: cambiamos la web para incluir los pantallazos de la impresionante cobertura mediática, además de una reflexión sobre la desinformación. Ningún medio recogió esta nueva versión de la web, dejando a miles de personas con la idea errónea de que alguien había organizado un tour de La Manada.

Por esta acción de protesta contra la mercantilización y sobreinformación del dolor ajeno por parte de los medios de comunicación hemos sido denunciadxs por las instituciones en una causa penal, bien por ignorancia o bien para proteger los mecanismos de poder. El próximo día 15 de marzo nuestro condestable, Anónimo García, deberá comparecer en los juzgados de Plaza de Castilla de Madrid, pudiéndose enfrentar a penas de cárcel. La causa no tiene visos de prosperar, pero debemos acudir a la vista con un abogado, además de pagar un procurador. Esto es, en sí, una multa al ejercicio de la ironía y a la protesta.

Pese a su apariencia aguerrida, este es el primer texto de Homo Velamine en el que se percibe el miedo, siempre que uno sepa leer entre líneas. Mencionaban una denuncia de las «instituciones» para eludir qué organismo específico se les había puesto en contra, porque el prestigio del grupo seguía apoyado en la izquierda, y la izquierda no toleraba las bromitas con el feminismo o sus cruzadas. El uso del lenguaje inclusivo, por otra parte habitual en Anónimo, y la omisión del Instituto Navarro de Igualdad fueron, al mismo tiempo, un signo de astucia y de pavor.

Sin embargo, todo seguía despidiendo un olor a broma y las palabras del abogado lo tranquilizaban. Antes de la visita al juez de instrucción, los nuevos ultrarracionalistas se colaron, esta vez sin Anónimo, en una contramanifestación que había

convocado un grupo de mujeres cristianas para el 8 de marzo. El lema oficial era que existían mujeres diferentes a las que promociona el feminismo, así que ellos aparecieron travestidos gritando: «¡El feminismo tampoco nos representa!». Fue divertido ver a un grupo de travestis barbudos entre señoras cristianas del barrio de Salamanca, pero lo más gracioso fue que hicieron esto justo antes de que el movimiento *queer* y las feministas radicales iniciaran su guerra a cara de perro por la esencia de la identidad femenina, de modo que el absurdo había vuelto a anticiparse a la realidad.

Sin embargo, el futuro no era menos absurdo para Homo Velamine. Mientras ocurría todo esto, la enfermedad se extendía por el organismo. Una semana después del acto de «mujeres diferentes», el día 15, llegó por fin la fecha de la declaración de Anónimo ante el juez de Pamplona desde los tribunales de Plaza de Castilla. Fue una mañana radiante y fría. Los chicos acudieron con pancartas, «#FreeAno», y se divirtieron armando alboroto en la puerta. El Instituto Navarro de Igualdad ni siquiera se presentó, así que todo hacía pensar que el proceso sería corto, apenas un paseo.

Pero el verdadero acto ultrarracional no era esa protesta con pancartas de apariencia escatológica, sino el proceso. Un movimiento imprevisible y peligroso había tomado las riendas de la vida de Anónimo.

20
Los tentáculos de la cancelación

> Experimentaron en lo más profundo de su sensibilidad una vaga sensación de humillación y comenzaron a rebelarse silenciosamente, riéndose y murmurando.
>
> MILAN KUNDERA

En paralelo al proceso, y pese al cuidado que pusieron en sus comunicados, el pulpo de la cancelación empezó a desplegar sus tentáculos alrededor de Homo Velamine. En los medios del progresismo español se suele decir que no existe una cultura de la cancelación, o que es una hipérbole, incluso un invento de la ultraderecha. Afirmar tal cosa puede deberse a dos causas: una atención muy selectiva y limitada por el sesgo de confirmación de quien solo percibe las barrabasadas de la otra parte, o que a algunas personas les resulta más cómodo mirarse al espejo con esa venda encima de los ojos.

Te dirán que es la derecha la que cancela, y acertarán, pero solo en parte. Porque, igual que hay una izquierda *woke*, hay un impulso reaccionario que ha seguido promoviendo la censura y las denuncias por supuestos crímenes de opinión con el mismo frenesí que en los tiempos del Caudillo. Ya sea desde organizaciones chifladas como Hazte Oír o Abogados Cristianos, con las cancelaciones habituales de conciertos de

punk en algunos ayuntamientos del PP, o ahora con las campañas de Vox contra ofensas a la bandera o el catolicismo, es cierto que una parte de la derecha participa del fenómeno. Pero esto solo deja en peor lugar a esa nueva izquierda represora, temerosa del humor y de las ideas rompedoras, dado que se comporta como aquellos a los que desprecia.

Negar la presencia de la cultura de la cancelación progresista en España requiere pasar de puntillas sobre los pequeños casos que, sin demasiado ruido, han convertido a individuos en apestados sociales por una simple acusación, y también sobre todos esos promotores de conciertos y charlas, productoras, medios de comunicación y empresas que se han bajado los pantalones ante el chantaje emocional de quienes se comportan como si hubieran patrimonializado la defensa de los derechos humanos.

Resulta que a todo el mundo le duele el boicot cuando afecta a los suyos y muy poco cuando coloca en la picota a su adversario. Pero el fenómeno de la cultura de la cancelación (un estado de miedo y sometimiento por la presión de la ofensa progresista en empresas e instituciones, con el feminismo, la identidad racial y la orientación sexual como máquinas sembradoras de tabúes) sí que se ha dejado notar en España.

En 2017 recogí unos cuantos casos en mi libro *Arden las redes*, y en los años siguientes se dieron muchos más. Episodios como la expulsión de Lidia Falcón de Izquierda Unida por sus opiniones sobre lo trans, o la censura instantánea de anuncios de publicidad que ofendieron a gente en Twitter, o las campañas de boicot en universidades contra ponentes conservadores, o el avergonzamiento público de un sinfín de personas que hicieron un chiste o manifestaron una opinión, o el intento de retirar libros de temática polémica, o los mensajes insistentes a la empresa donde trabaja cierto individuo pidiendo su despido, o la supresión de tal concierto, o de tal

espectáculo, etcétera. La cultura de la cancelación sí existe aquí: el problema es que una parte de la izquierda trivializa sus efectos, o no los conoce.

Si en España no hay tantas cabezas clavadas en picas como en Estados Unidos, desde luego no ha sido por la falta de ganas de ciertos activistas, periodistas y políticos, sino porque les falta poder. Aquí casi siempre sale alguien que defiende a la víctima de un linchamiento porque no existe una hegemonía *woke* en los medios de comunicación. Pero el caso de Anónimo García y el tour iba a ser diferente. Cuando las cosas se pusieron realmente feas, él pidió ayuda y apenas nadie se la prestó. ¿Quién iba a jugarse su reputación por defender al autor del Tour de La Manada?

Sin embargo, la primera acometida que recibió Homo Velamine no vino de frente, sino por los márgenes, con un episodio muy parecido a los que son normales en los campus estadounidenses. Merece la pena relatarlo. Ocurrió en el 56º Congreso de Filosofía Joven de Santiago de Compostela, al que algunos miembros del grupo estaban invitados, y cuyo ponente principal era Ernesto Castro, colaborador esporádico. El caso apenas saltó a la prensa generalista, pero puedes encontrar más información en el artículo que escribió uno de los promotores, Lezcano Vázquez, «Sobre la organización del 56º Congreso de Filosofía Joven». Está disponible en internet y se lee como una historia de terror, arribismo y mediocridad.

Sucedió que un grupo de filósofos y artistas de inclinación *woke* acusaron al congreso, al que por cierto estaban invitados, de falta de paridad entre los participantes. Esto tenía una explicación, y no era el patriarcado, sino que los habían seleccionado por revisión ciega de las propuestas, es decir, de forma anónima y asexuada. Desde el congreso, en vez de defenderse de las críticas explicando que una selección anónima es más justa y democrática que una paridad

discrecional, sucumbieron al chantaje y prometieron una reforma paritaria. Esto significa que metieron mujeres a dedo, rompiendo sus propias normas de equidad.

Pero capitular fue un gesto tan estéril como suplicar piedad al verdugo cuando tiene el hacha levantada. De inmediato, los disconformes siguieron poniendo reparos. Habían elegido ese congreso como cabeza de turco y ahora acusaban a los organizadores de meter mujeres para quedar bien (exactamente lo que ellos habían pedido). Dijeron que el arreglo no respondía a una «sensibilidad real», así que reanudaron su difamación. Pese a las súplicas y explicaciones de los organizadores, los disconformes convocaron un contra-congreso para los mismos días: «Ontologías Feministas». Pero la cosa tampoco se quedó ahí.

Ernesto Castro, el invitado principal, había participado de la protesta. Escribió a los organizadores con una queja frontal. Dijo que él había decidido no volver a participar del «machismo institucional» y que no volvería a hablar en un congreso donde hubiera más hombres que mujeres. Comunicó su disgusto con palabras duras y amenazó con hacer pública su opinión, es decir, con participar del linchamiento mediático, si no equilibraban las gónadas de los ponentes. Ofreció su propio puesto para que lo sustituyeran por cualquier «filósofa joven», sin saber que los vientos que estaba sembrando le iban a devolver una tempestad fabulosa en cuestión de días.

Y la tempestad llegó, claro. Cuando quedaban dos semanas para el congreso, Elena, hermana de Ernesto, publicó en Instagram este texto: «Vamos a hablar un rato de robo intelectual, abuso psicológico, machismo y otras violencias que hermanos tan repugnantes como el mío, Ernesto Castro Córdoba, llevan años haciendo conmigo, exparejas suyas, compañeras de clase y profesión... Y lo que no sé. Podéis escribirme para añadir historia al catálogo de terror que es su

historial».

Esta acusación pública escalofriante, esta invitación a la destrucción de un hermano, se originó por un vulgar desencuentro entre ellos en torno a un enfoque filosófico, el «giro afectivo», que Elena había estudiado en un máster en Reino Unido y del que Ernesto había hablado en alguna parte. Elena, rabiosa porque su hermano le «pisara» el tema, reaccionó con esa publicación el día después de que Ernesto se negara a darle unas fotocopias que ella le había pedido. Supongo que no hace falta subrayar la deliciosa ironía de que un ajusticiamiento semejante estalle por una disputa en torno a algo llamado el «giro afectivo».

Tras la acusación, en Santiago de Compostela se convocaron escraches contra la presencia de Ernesto. Varios ponentes alegaron que no querían compartir mesa con alguien tan despreciable y anularon su participación. Los organizadores, totalmente acobardados, emitieron otro comunicado donde volvían a arrodillarse ante la horda. Expulsaron a Ernesto del congreso entre palabras vacías y pomposas, y afirmaron que lo que había señalado Elena era representativo de las dinámicas nocivas y patriarcales de la Universidad, y agradecieron a la filósofa su «valentía» por publicar su denuncia.

Sobre esta bajada de pantalones escribe Lezcano Vázquez en su informe:

> Yo me opuse a que se secundara sin pruebas semejante difamación y me salí de la organización. Para suplir el hueco de la ponencia de Ernesto, la presidenta del comité propuso un foro abierto donde la gente expusiera casos de abuso similares. (…) En un acto de complaciente penitencia, la presidenta del comité —quien, por cierto, no había participado en la criba anónima de las propuestas— se permitía calificar de negligente el procedimiento más justo conocido para seleccionar a los participantes de una convocatoria de este tipo, y en cambio no veía negligencia alguna en la publicación de un

> comunicado institucional en el que daba por ciertas, sin conocimiento ni pruebas, acusaciones sobre terceros tan infames. Esto seguramente se deba a incapacidad analítica y contaminación ideológica antes que a mala fe, pero ello no le exime de responsabilidad, ya que desestimó los correos en los que el padre de Ernesto desmentía estas acusaciones e instaba a la rectificación. En todo caso, dado que mucha gente pidió explicaciones y lo que se ofreció en el comunicado (y lo que se dijo en el congreso) no fue más que retórica complaciente ajena a los hechos, por indignación y respeto a la verdad —valor que debería ser bandera, al menos, de los que se dedican a esta disciplina— he decidido hacer este informe.

Durante una campaña de cancelación, un leño ardiendo llama a otro. Otra de las organizadoras de «Ontologías Feministas» era Laura, expareja de Mr. Satán y colaboradora esporádica de Homo Velamine mientras duró el amor. Satán iba a presentar una mesa redonda, y el día antes Laura anunció que cancelaba su participación con un rosario de publicaciones y otro mensaje a los organizadores. Este texto, al que he tenido acceso con una búsqueda Google (ignoro si lo difundió ella), decía:

> Os escribo personalmente desde el compañerismo, pero también desde mi propio terror para alertaros de la presencia de una persona en vuestro Congreso que muchas de nosotras consideramos peligrosa en términos de abusos y relaciones de maltrato. (...) Este programa incluye a mi maltratador. Por mi propia integridad emocional y física me sentí desterrada de este espacio que es de tod_s, ya que tristemente su reputación es más importante que mi vida.

Bien. Elena llamaba maltratador a Ernesto por pisarle un tema y tratarla con desdén, y Laura acusaba a Mr. Satán de poner en peligro su vida por el menosprecio intelectual que supuestamente le había demostrado cuando eran pareja. Ni una sola denuncia por malos tratos, ni un solo hecho grave, nada de

brutalidad o violencia sexual, ni un golpe, ni un escupitajo, ni pruebas, ni concreción: nada. Nada que se parezca al maltrato o el abuso tal como la humanidad lo había entendido hasta que los cerebros de inclinación *woke* empezaron a llamar «violencia» a un domingo por la tarde. Sentimientos heridos por pisar un tema o por ser un novio desdeñoso. Esta era toda la «violencia». Y creo que el ejemplo da una idea clara del nivel de victimismo incendiario que puede alcanzarse durante un proceso de cancelación. Mientras dura, todo está permitido, porque nadie se atreve a señalar el elefante de la habitación.

«¿Qué hacemos ahora?», se preguntaron los ultrarracionalistas. La presencia de Mr. Satán se mantuvo, aunque la organización lo movió a un lugar más discreto, pero la cancelación de Castro era firme y les parecía un crimen. Anónimo había previsto el viaje a Santiago como unas convivencias para confraternizar con los nuevos integrantes de los comandos de Madrid, Galicia y Barcelona, pero el escándalo le indignaba. Discutieron si plantarse como protesta o boicotear el congreso desde dentro con un acto ultrarracional, como traer a Castro encima de un paso de Semana Santa y procesionar con él, pero finalmente se apiadaron de los organizadores y decidieron asistir. Se metieron trece personas en una casa de alquiler.

Esa energía mortal del canto del cisne seguía recorriendo el espinazo del grupo. La visita de Anónimo al juez de instrucción, el mes anterior, había ido muy bien, había sido muy breve y el Instituto Navarro de Igualdad ni siquiera se había presentado. El abogado le dijo que le llamaría en cualquier momento para comunicarle que la demanda no había sido admitida a trámite, y Anónimo esperaba la noticia para esos días, quizá después de Semana Santa. En cuanto el abogado le diera la buena nueva, se esfumaría de una vez por todas esa angustia carroñera que lo visitaba algunas noches.

En los días deliciosos de abril en Galicia, mientras los tentáculos de la cancelación se colocaban entre sus piernas, los ultrarracionalistas protestaron contra el Camino de Santiago parodiando una manifestación xenófoba («¡Los peregrinos encarecen el vino de nuestras ciudades!»), montaron performances en el aeropuerto y Rasomon, que estaba a punto de dejar el grupo, propuso crear un partido político y presentarse a las elecciones para imponer, entre otras cosas, el aborto obligatorio, el toldo verde y la enseñanza del ultrarracionalismo en la escuela. El partido se llamaría ETA, siglas de «España Te Ama».

El domingo volvieron a sus casas y el lunes Anónimo recibió por fin la llamada de su abogado.

21
¿Quién es? ¿Qué quiere?[3]

> No fue más que una ilusión haber pensado que cabalgamos nosotros mismos en nuestras propias historias y que dirigimos su marcha; que en realidad es posible que no sean, en absoluto, nuestras historias, que es más probable que nos sean adjudicadas desde fuera; que no nos caracterizan; que no podemos responder de su extrañísima trayectoria; que nos raptan, dirigidas desde otra parte por fuerzas extrañas.
>
> MILAN KUNDERA

A unos días del cierre del plazo de instrucción, el juez solo tenía encima de la mesa la denuncia endeble del Instituto Navarro de Igualdad, las pruebas que habían aportado Anónimo y su letrado para refutarla, y un escrito del Ministerio Fiscal que pedía el sobreseimiento. El autor de la novela ya había explicado la trama y la intención, y sus críticos ni siquiera se habían presentado. Todo apuntaba a que la vía judicial estaba muerta, pero en el último minuto entró por la rendija otra denuncia. Anónimo no llegaría a conocer el contenido de la acusación ni la identidad de quien lo denunciaba hasta unos días más tarde.

El 17 de abril, la página del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ) publicó una nota de prensa con la resolución del Juzgado de Instrucción número 4 de Pamplona. El juez no había dictado el sobreseimiento, sino que afirmaba que «el anuncio en una página web de un denominado "Tour de La Manada" constituía "un trato vejatorio para la víctima del delito"», así que enviaba el asunto a juicio. Ni una sola referencia a lo que Anónimo había declarado en la instrucción, ni a la falsedad del tour, ni a la sátira. De cualquier forma, su abogado le repitió que estuviera tranquilo. Era solo un pequeño inconveniente.

Aquella mañana, Anónimo estaba en la oficina de Greenpeace y se le pusieron las tripas patas arriba cuando descubrió en Twitter que «TourLaManada» volvía a ser tendencia. Nada más pinchar, encontró el sinfín de artículos que replicaban la nota del CGPJ, donde aparecían por primera vez las iniciales de su nombre. En Twitter, la gente estaba pidiendo la cabeza del criminal mientras los matinales de televisión se disputaban la audiencia.

Volvió a rodar la bola de nieve mediática. En *Espejo Público*, uno de los periodistas que los había llamado cuando salió el tour, y con el que no se pusieron de acuerdo para una entrevista en su momento, dio la última hora y se burló de la «lección de periodismo» que «ese desaprensivo» había querido darles. Exclamó con tono triunfal que ahora iba a dar igual que el tour fuera una broma pesada o un producto, porque la justicia se encargaría de ellos. Lo curioso era que, mientras ese hombre criticaba el mal gusto, la parte derecha de la pantalla era un carrusel de fotos de los miembros de La Manada en distintos lugares de Pamplona.

Pero bajo las capas de ironía involuntaria ya se estaba moviendo otra, más oscura y viscosa. Era la larva que Anónimo había alimentado hasta que creció lo bastante para comérselo a

él, y estaba fuera de control. Su fuerza absurda arrastraba las piezas por el tablero.

Llamó a su abogado desde la oficina y recibió otra noticia espeluznante. La nueva denuncia, la que había inclinado la voluntad del juez de instrucción, venía directamente de la víctima de La Manada.

El abogado le repitió que no se preocupara, pero Anónimo sintió claustrofobia. A su alrededor, en Greenpeace todo el mundo estaba a otra cosa, pero temía que en cualquier momento se levantara una cabeza, alguien lo señalase con el dedo y todos se pusieran a gritar. Los minutos pasaban lentos mientras los tuits chorreaban vertiginosos. Temía que lo descubrieran mirando esa información tan incriminadora en la pantalla, y también temía dejar de mirar y que justo en ese momento saliera a la luz en Twitter su verdadera identidad.

¿Cuánto tiempo iban a tardar los periodistas en dar con su lugar de trabajo? Lo había visto en otras ocasiones y casi podía imaginar los jugosos titulares que alguien estaría escribiendo en alguna redacción: «¡El despreciable autor machista del tour de La Manada trabaja en Greenpeace!». «¡Los suegros del insensible creador del tour de La Manada son esta familia de Pamplona!». «¡Esta es la novia del vomitivo empresario que organizó una ruta por el escenario de la violación!». ¿Tranquilo? ¿Cómo?

Entró al cuartel general de Homo Velamine en Facebook y les contó en qué situación estaban. Les pidió discreción absoluta: informar de que te había denunciado esa persona específica era el equivalente al suicidio social.

Pero ¿es que nadie le había explicado que la web era una denuncia contra los medios que la habían convertido en un símbolo vacío? ¿Por qué demonios...? Las ideas tropezaban unas con otras en su cabeza. A la desesperada empezó a dinamitar los puentes que unían su trabajo en Greenpeace con

las acciones de Homo Velamine. Incluso cambió su nombre en el currículum que aparecía en su web y en LinkedIn para que las iniciales publicadas en la página del CGPJ dieran lugar a un nuevo nombre.

Con estos movimientos, una escisión definitiva se estaba abriendo entre su identidad y su seudónimo. Sabía que, una vez que las fuerzas comprimidas se desencadenaran, el seudónimo sería el único baluarte para protegerse. El mismo personaje que había activado la bomba era su búnker. ¿Era un amigo suyo, un enemigo? En 2013, el ingenuo había invocado a su alter ego cínico para saborear la libertad creativa y librarse del miedo escénico y la culpa. Sin Anónimo no hubiera podido meterse en manifestaciones, ni actuar, ni escribir las cosas que había escrito. Pero, paulatinamente, Anónimo se había ido haciendo más grande que él y ahora lo era todo.

«No pienso llamarle Ano», me respondió mi suegra el día en que le dije a quién había invitado a su casa. Tampoco Andrea lo llama por el seudónimo.

Pero casi todo el mundo lo llamaba así. La mayoría de sus amigos eran ultrarracionalistas, dedicaba el tiempo libre a idear acciones y textos para Homo Velamine, y el proyecto daba forma a su vida. Los pioneros del grupo dicen que al final les era muy difícil distinguir entre Anónimo y el amigo al que recordaban haber conocido, pero en ese momento eso le importaba poco, porque ese era el único parapeto para defender su trabajo, su futuro y su familia de la apisonadora. Anónimo era el castillo de naipes que lo separaba del desastre total.

Y qué cerca estaba el viento. Al día siguiente, 18 de abril, *El Español* publicó un artículo con su nombre en un titular que decía: «Este es el creador del tour de La Manada». Lo ilustraba una foto del acto «España por cojones», donde se lo veía disfrazado de ultra. El texto informaba bien: incluso

mencionaba su lugar de trabajo. La angustia de estar expuesto fue lo bastante intensa como para impedirle disfrutar de la nueva danza de ironía: era el primer artículo que informaba correctamente sobre Homo Velamine y proporcionaba un contexto adecuado al tour, y por eso mismo lo ponía todo en peligro.

Por teléfono, logró con súplicas que el periodista eliminase la referencia a Greenpeace y el redactor tuvo a bien, además, pixelar su rostro. Pero, dado que la gente no suele ir más allá de la foto y el titular, y la foto lo mostraba disfrazado de ultra, un montón de tuiteros empezaron a decir que el creador del tour era un tío de Vox. ¡Otra capa absurda superpuesta a su identidad!

Después volvió la calma. Anónimo trataba de no pensar mucho en todo esto. Los días pasaban entre la excitación y el temor. Sin embargo, el día 7 de mayo ocurrió algo que lo encerró en la obsesión definitivamente.

Recibieron el escrito de acusación. El texto venía firmado por Teresa Hermida, la abogada que representaba a la víctima, pero es importante señalar aquí, dado que los medios la presentaron como «la abogada de la víctima de La Manada», que ella no hizo nada en el juicio por violación. Hermida, según explicó ella misma ante las cámaras de Ana Pastor, había captado a su clienta a través de un familiar conocido suyo. Lo hizo mientras la decisión del Supremo sobre la agresión sexual se perfilaba en el horizonte, entre manifestaciones y presión política. Quien había acompañado a la chica en todo el proceso por violación era Carlos Bacaicoa. Y fue cuando el trabajo de Bacaicoa terminó cuando Hermida contactó con ella para iniciar la catarata de procesos contra individuos a los que bautizaría, en declaraciones a la prensa, como la «manada virtual».

La mayor parte de estas nuevas denuncias implicaban hechos graves, como la revelación de datos personales de su cliente y

la publicación de fotografías íntimas. El primer acusado fue, según la prensa, un ultraderechista que subió a Twitter una foto de la agresión sexual donde se reconocía a la víctima. Otro, un usuario de Forocoches que publicó la parte delantera de su DNI y dijo dónde estudiaba, lo que ocasionó toda clase de insultos y amenazas contra ella. Otro, el autor del artículo «Yo no te creo» en *La Tribuna de Cartagena*, quien negaba que la hubieran violado y para apoyar su opinión publicaba un fotograma del vídeo que grabaron los condenados donde, supuestamente, se la veía en una actitud más propia del sexo consentido.

Hermida también llevó a los tribunales a dos hombres y dos mujeres de una familia de Tudela que habían publicado en Twitter el mismo fotograma con el texto: «(nombre de la víctima) practicándole un beso negro a uno de los denunciados. Nosotr@s seguimos sin creerla. Creemos a los denunciados y esperamos que sea ella la que acabe en la cárcel por denunciar falsamente». Y también reclamó una indemnización a las dos detectives que habían espiado a la chica, contratadas por la familia de uno de los acusados. La fotografiaron con amigos en una piscina en el intento, de cara al juicio, de recabar pruebas de que no estaba traumatizada.

Como se ve, todos los procesos que había iniciado Hermida estaban relacionados con la revelación de la identidad de su cliente, la difusión de fotos privadas e informaciones personales, e incluso de fragmentos del vídeo de aquella noche de San Fermín. En general, eran causas abiertas contra personas que negaban que fuera una víctima de la violencia sexual y por actos que desataron cacerías digitales contra ella. Sin embargo, uno de ellos no había hecho nada que se le pareciera. Era Anónimo García. Situarlo en esa «manada virtual» fue una puñalada más a su identidad. Tan profunda que no ha logrado recuperarse.

El abogado se reunió con él en Greenpeace para ver juntos el escrito de acusación. En él se dice que Anónimo «ofertaba un paseo guiado por los lugares [de la violación] con el ánimo de incitar a la gente a conocer cómo se produjo la agresión sexual sufrida por la víctima durante tales fiestas». Se añade que alababa el aspecto de los agresores con la mención a los «peinados a la última moda» y que «ofertaba» la venta de camisetas y calcomanías a imitación del tatuaje del Prenda «con el fin de enaltecer la figura de los agresores sexuales de la víctima, pretendiendo generar con su discurso un clima de odio entre la sociedad frente a la víctima y lesionando, mediante ese trato vejatorio, la dignidad de la misma (...) con la única finalidad de justificar y comercializar con la agresión sufrida por la víctima».

Según Hermida, todo eso ponía de manifiesto «la intencionalidad del acusado de querer y pretender herir y lesionar los sentimientos comunes de la sociedad por el simple hecho de ser mujer» y generar un «clima de odio hacía la víctima simplemente por la valentía demostrada por esta en su día al denunciar la agresión sexual que sufrió por cinco hombres, sometiéndola a un nuevo juicio social». Por si esto fuera poco, también lo acusaba de estar «defendiendo la agresión sufrida por la víctima, y con ello, las agresiones sexuales contra las mujeres en general». La mención explícita de la web donde se detallaba que el tour pretendía concienciar contra la violencia sexual debía de habérsele traspapelado.

El siguiente párrafo es llamativo, no solo por su redacción, sino porque atribuye a la web el mismo efecto morboso y revictimizador que Homo Velamine había señalado en el tratamiento sensacionalista del caso (las cursivas son mías):

> Como consencuencia [*sic*] de lo anterior, la víctima ha visto agravado el trastorno de estrés postraumático que padece como

> consecuencia de los hechos sufridos durante las fiestas de los San Fermínes [*sic*] y por lo que viene recibiendo, de forma continuada, tratamiento psicológico desde septiembre de 2016, quebrándose gravemente, como consencuencia [*sic*] de la comisión de hechos como los aquí objeto de acusación [*sic*], la integridad personal, desarrollo vital y perspectivas de evolución, en todos los ámbitos de la vida de la VICTIMA [*sic*] al *suponerle un continuo recuerdo de la dificil* [*sic*] *experiencia vivida durante la madrugada del 7 de julio de 2016 en Pamplona*.

Resumiendo: Hermida daba el tour por cierto, le atribuía una intención específica de enaltecimiento de los violadores y achacaba a Anónimo un desprecio generalizado contra las mujeres y la víctima de este caso. Pero lo peor de todo era que el escrito también aseguraba que la chica había sufrido un empeoramiento de su estrés postraumático al ver la web, y aportaba un supuesto informe médico para demostrarlo. La posibilidad de que esto fuera cierto golpeó a Anónimo como un meteorito. A un lado, la culpa. ¿Había hecho daño a quien ha sufrido? Pero de nuevo, también, la inquietante pregunta: ¿es que nadie le había contado a esa pobre chica que el tour no era real? ¿O esto no importaba?

Notó cerrarse sobre sí la tapa de una olla a presión. La indemnización que le pedían, veinte mil euros, le parecía desorbitada, por no hablar de la pena de cárcel. Volvió a leer el escrito. No le cuadraba que fuera precisamente la web lo que le había hecho revivir el trauma cuando las caras de los condenados y los lugares del suceso aparecían constantemente en la televisión.

¿Y si la explicación de todo esto era que una abogada astuta había llegado al tour por los medios y, tratándose de algo condenado de forma tan unánime por la prensa, intentaba ahora rentabilizarlo con una querella? Se vio poseído por una desagradable suspicacia que le hizo sentir como un monstruo.

La víctima era sagrada, había que creerla siempre, su palabra no debía ser puesta en duda jamás. Sin embargo, no era ella quien se expresaba en el escrito, sino una abogada. ¿Quién lo había denunciado realmente? Planteó la duda a su abogado y este le respondió sin palabras, con un gesto. Levantó la mano derecha y frotó el índice con el pulgar.

De nuevo, su parte cínica y su parte ingenua entraban en tensión. El hombre sensible tenía remordimientos por la posibilidad de haber herido a esa chica, mientras la mente irónica lo ponía todo en duda y apuntaba a la codicia. Supuestamente había un informe médico, pero también estaba la completa deshonestidad del escrito de acusación, su distancia con la verdad, su malicia difamatoria. Hermida eludía todo lo que ellos habían aportado en la instrucción, los documentos y las pruebas, el contexto. Achacaba al tour unas intenciones machistas que contradecían todo lo expresado por Anónimo en artículos, conferencias y publicaciones en redes sociales. Acusaba, en nombre de alguien que era un misterio absoluto, a un monstruo que no era él.

En el suelo se había abierto un abismo y al fondo se oía un ruido: podían ser gritos de dolor o la risa de los tiburones. Pasó mayo, llegó junio, empezó el verano. Aquella primavera, Anónimo había recibido una noticia que complicaba todavía más las cosas. Su novia estaba embarazada.

La denuncia se convirtió en un elemento de desencuentro grave que provocaba discusiones en casa. Su pareja no estaba dispuesta a que Anónimo, ese absurdo personaje ficticio, les destrozara la vida en el mundo real. Consideraba que la denuncia era injusta, sí, pero también se ponía en el lugar de la chica y entendía que aquello hubiera podido exacerbar su dolor. Confiaba, sin embargo, en la humanidad y en la palabra. Durante semanas, empujó a Anónimo a conseguir un contacto directo con la víctima, aunque tuviera que solicitarlo a través

de esa maldita abogada. Las personas hablan, comparten su dolor, se explican. Piden el perdón, lo ofrecen, lo reciben. ¿No es así como funciona el mundo?

Sí. Anónimo estaba dispuesto a aceptar que le había faltado delicadeza y que había errado en sus cálculos. Habría pagado todo ese dinero porque la web no llegase nunca a ojos de la víctima de la agresión. Ahora quería pedir perdón a esa desconocida, explicarle que la web no iba contra ella, sino contra el sensacionalismo. Deseaba demostrarle que no era ese abyecto cabrón descrito por su abogada, y estaba dispuesto a pagar, si efectivamente había provocado un dolor, pero solo después de que le dieran la oportunidad de explicarse.

Sin embargo, sería imposible establecer este contacto. En su escrito, Hermida pedía una orden preventiva de alejamiento por la que Anónimo, el monstruo, no pudiera estar a menos de quinientos metros de una chica cuya identidad y paradero era un enigma para todo el mundo. ¿Cómo alejarse de ella, si podía subirse al mismo ascensor que él sin que ninguno de los dos se diera cuenta? ¿Cuántas veces se habrían cruzado en el metro? ¡Era ridículo! Pero así era como reptaba la ironía.

Su abogado se limitó a presentar un recurso para evitar el juicio, pero no lo aceptaron. La suerte estaba echada. Habría que volver a un tribunal y convertirse en el adversario de la chica a la que toda España, él también, compadecía: un símbolo sin nombre, la Víctima, icono de todas las víctimas de violencia sexual habidas y por haber. Habría que ocupar un lugar en el banquillo, discutir la acusación y demostrarle a un juez lo que le hubiera gustado probar ante ella: que ese tour que le había hecho daño no existió, que su objetivo era poner el sensacionalismo mediático ante el espejo, que no había pretendido herirla ni por un instante, y que si lo había hecho lo lamentaba.

El abogado volvió a decirle que no había de qué preocuparse.

Todo lo que manifestaba el escrito de acusación era falso, y tenían documentación de sobra para demostrarlo.

22
Corrosión

> Comprendí que la cosa iba en serio; que el caballo de mi historia ya estaba cabalgando a toda marcha.
>
> MILAN KUNDERA

En el trabajo hubo una pequeña alerta cuando se conoció la acusación de Hermida. Su jefa habló con los superiores y una de las directivas confesó a Anónimo que iban a redactar un párrafo para la prensa, «solo por si acaso», en el que se explicaría a la opinión pública que Greenpeace lo iba a despedir en caso de condena y que sus actividades paralelas no habían tenido jamás vinculación alguna con la entidad. Le aseguró que no pensaban tomar esta decisión y el comunicado, de hecho, se quedó en un cajón. Se llevaba muy bien con ella. Le recordó a Anónimo que lo querían mucho tras ocho años trabajando juntos, que lo consideraban talentoso, colaborador y buen compañero. Sabían el tipo de persona que era, y además, jeje, ya sabes lo que es Greenpeace. Tenían procesos abiertos por acciones de protesta constantemente. ¿Dónde sino allí se podía entender que un activista metiera la pata y tuviera que ir a juicio?

Anónimo agradeció su franqueza. Ciertamente, la idea de que pudieran despedirlo por esto no tenía sentido para él. En los últimos años, su trabajo en Greenpeace se había centrado en

campañas por la libertad de expresión, contra la ley mordaza y la desinformación. Había colaborado con ese icono del discurso libre que es Amnistía Internacional y coordinaba actividades con Maldito Bulo. De nuevo: ¿había en el mundo un ambiente laboral más propicio a entender el sentido irónico del tour y su crítica a la desinformación? Temer por su puesto entre aquella gente hubiera sido tan estúpido como tener miedo a un incendio en un parque de bomberos.

En la oficina, cualquiera hubiera podido soltar a Hermida cuatro frescas por llamarlo machista. Una de sus primeras tareas al volver de la excedencia en 2018 había sido aplicar las recomendaciones que una auditoría de lenguaje inclusivo había hecho para la web de Greenpeace. Anónimo trabajó para hacerla gramaticalmente neutra y equilibrar la parte gráfica de forma que las fotos mostraran el mismo número de hombres y mujeres. Pasó meses introduciendo correcciones políticamente correctas como llamar «pueblos originarios» a los indígenas y cosas así. Parte de este trabajo tedioso lo hizo, por cierto, con el ojo morado después de la paliza recibida por «Viva España feminista».

Allí casi todo el mundo conocía y aplaudía su activismo con Homo Velamine. Varios compañeros habían colaborado con actos, estaban al corriente, incluso le habían dado consejos. Con estas ideas en la cabeza trataba de ahuyentar el miedo al desastre absoluto. Así pasó el verano, mientras la barriga de su novia crecía y la situación en casa se deterioraba.

Anónimo tenía muchas cosas que hacer. En Valencia había surgido un grupo de gente interesada en montar otro comando, con el escritor Alberto Torres Blandina, el Gerpurdet y Godofredo, y pronto aparecería otro en Sevilla con el antropólogo Sócrates. Durante el verano lanzaron DemocrApp, la aplicación para la compraventa de votos. Todo el mundo entendió que era una web falsa y una parodia del mercadeo

político que se oculta bajo la democracia de partidos. Mientras tanto, Anónimo estuvo trabajando en la planificación de un campamento de Greenpeace para septiembre, donde darían instrucción y herramientas a jóvenes ecologistas brotados a la sombra de Greta Thunberg. Participó a fondo en la organización y en septiembre se celebró el campamento. Él mismo pronunció una charla sobre la *culture jamming*, que es el tipo de terrorismo semiótico que hacían los Yes Men, Skaggs y Homo Velamine. Sí, todo iba bien. Todo se entendía. Todo quedaría aclarado.

A nueve meses de su vergonzante despido unilateral e improcedente, Greenpeace había legitimado con esa conferencia a Homo Velamine y su Tour de La Manada. ¿Cómo anticiparse a la catástrofe con esos naipes encima de la mesa? Los momentos de tranquilidad, en los que su proceso judicial parecía el recuerdo de un mal sueño, eran la nota dominante. Sin embargo, esa calma estaba lastrada por una sensación desagradable que había empezado a palpitar dentro de su cabeza cuando leyó la acusación de Teresa Hermida y que se manifestaba cada vez que aparecía en prensa una noticia sobre la auténtica Manada.

Leo las reflexiones de André Gide en *No juzguéis* sobre su experiencia como parte de un jurado popular en la ciudad de Ruán, y pienso en esa corrosión que operó en Anónimo desde el momento de la denuncia. Una acusación desmesurada, defendida con pasión por un fiscal que quiere hacer creer a toda costa al tribunal que el acusado es culpable, puede convertir en culpable a esa persona ante sí misma, aunque sea inocente. Después de días enteros oyendo las cosas horribles que uno no ha hecho, después de comprobar que el jurado que escucha las infamias asiente con la cabeza y dirige miradas de reprobación al banquillo, ese hombre se sentirá enajenado.

En caso de que finalmente se lo condene, para él todo el

proceso de la justicia será como el espectáculo de un burdel. Habrá unido sentimentalmente su destino al de los verdaderos criminales y dirá que la justicia no existe en este mundo, y que tampoco fue justa para ellos ni para nadie. Los tribunales le parecerán fábricas de infamia y las cárceles, edificios de ignominia con la panza atiborrada de inocentes. Inocentes que, como él, tuvieron que enfrentarse a ese proceso en el que los charlatanes inventan tu culpa y el juez te la clava con su mazo.

Por eso es vital que la administración de justicia sea justa y razonable, y transparente, y que los jueces tomen cada caso como si fuera el más importante, y siempre de espaldas a la habladuría callejera, y a los titulares de la prensa, y a las trampas que las partes intentan colocar en su deliberación. Por eso en un tribunal no debe entrar la calumnia si no es para ser condenada, porque cada sentencia errónea, mal argumentada, escrita desde el prejuicio o el interés, injusta, en suma, no solo perjudica al acusado y al juez que la dictó, sino que daña a la justicia misma como abstracción.

Anónimo García empezó a sentir el tirón en abril, como si los condenados por violación y él estuvieran encadenados por el tobillo, y notó cómo lo arrastraba, cada vez con más fuerza, en el transcurso del proceso. Dentro de él se había establecido una identificación entre su propio destino y el de los miembros de La Manada. Lo cual era absurdo, porque no podían ser más diferentes.

Dos años antes del acto del tour, en 2017, Anónimo había escrito en la web de Homo Velamine un artículo titulado «A mí también me ha agredido La Manada». Relataba sus experiencias de acoso en la adolescencia a manos de muchachotes de Zaragoza muy parecidos a esos que salían por la televisión acusados de violar en grupo a una madrileña en Pamplona. Decía: «Hoy les puedo poner fácilmente nombre a todos esos grupos que me acosaban: La Manada. En beneficio de los

violadores de San Fermín hemos de decir que eligieron un buen concepto para sí mismos: estampida irreflexiva, grupo que prueba su valía en el mimetismo. Fíjense en sus peinados semejantes, todos al último grito de la moda sugerida por Cristiano Ronaldo (...) La Manada es el ejemplo de un mundo guiado por bagatelas, inmediatez, adhesión a la tribu y lo peor de la masculinidad».

Jamás se había identificado con esa clase de hombres, al contrario. Pero cuando las expresiones despectivas que les dedicaba en el artículo, como los «peinados a la última moda», reaparecieron en la web del tour, el escrito de acusación las interpretó como elogios y pruebas de su intención de enaltecerlos. ¿Cómo se podía discutir semejante calumnia? ¿Quién le explica el sentido de un falso elogio a una pared? La acusación había creado ese nudo irracional entre Anónimo y los condenados. La comparación le avergonzaba, le ofendía y, al mismo tiempo, de forma sutil, lo arrojaba a él también dentro de La Manada.

Cuando ese verano el Tribunal Supremo aumentó la condena de nueve años de cárcel por abuso sexual con prevalimiento hasta los quince años por agresión sexual, Anónimo estaba en la oficina. Una compañera suya se puso en pie, gritó «¡por fin!» y empezó a dar saltos de alegría. Él guardó silencio, fingió hacer otra cosa. Vértigo, un pozo negro. «Yo voy detrás», sintió.

El 18 de septiembre, cuando regresó del campamento de Greenpeace, supo por la prensa que habían desestimado el recurso de su abogado. *El Periódico de Catalunya* publicó una noticia que era una mera traducción al lenguaje de los humanos del texto de acusación. El antetítulo era «Una denigrante visita turística». El titular, «La vil ruta de La Manada». El subtítulo, «El ideólogo de un “tour” sobre los “puntos clave” de la violación de los Sanfermines se enfrenta a tres años de cárcel por un delito contra la integridad moral y

otro de odio». El artículo venía ilustrado con una foto de tres de los condenados por abuso sexual saliendo de la cárcel de Pamplona. Hablaban de él y salían ellos. Otra vez la asfixia, la ligazón.

Por supuesto, ningún periodista había solicitado la versión de Anónimo. Pese a que la web del tour mostraba el desmentido, no había en el artículo la menor referencia a ello, como si no existiera. Y este enfoque informativo fue más lejos todavía durante el resto del día, cuando la bola de nieve mediática volvió a girar.

En el programa «La Mañana» de Televisión Española, María Casado, presentadora y presidenta de la Academia de las Ciencias y las Artes de Televisión, dijo con cara de enfado: «Pues van a ver. Hay un hombre que se enfrenta a tres años de prisión por ofrecer un servicio. Es un tour por los lugares que recorrieron los cinco violadores de La Manada». Dio paso a un periodista, que se puso a detallar «la oferta» delante de una pizarra digital. «¿Y qué pide la víctima? Pues la víctima pide tres años, tres meses y un día de cárcel para el creador de esta página web por dos delitos».

De nuevo, ninguna referencia al desmentido o a la versión de Anónimo, salvo una frase al final, en la que explicaban con tono de incredulidad que el acusado decía que todo esto era una «bomba mediática». Ninguna alusión, tampoco, a los veinte mil euros que pedía la abogada de la víctima, solo a la cárcel. Y esto, en la televisión pública.

Luego, en «Más Vale Tarde», de La Sexta, Mamen Mendizábal escenificó también el enfado y dio la misma versión apoyada por una periodista. La redactora dijo que en la web se ofrecía un tour a cambio de dinero, pese a que la web había indicado que el tour sería gratuito, y dieron paso a uno de los autores del artículo de *El Periódico* con las siguientes palabras de Mendizábal: «Bueno, qué vergüenza, ¿no? O sea, montarte un

tour turístico en una página web por los lugares de una violación múltiple que nos ha asqueado y nos ha avergonzado a todos... ¿Le pueden caer tres años de cárcel?».

El periodista dijo que la Policía Foral de Navarra había cerrado la web, cosa que era falsa, y transmitió punto por punto los argumentos del texto de acusación. En ambas cadenas, durante la mayor parte del tiempo que dedicaron al tema, los rostros de los condenados por violación fueron visibles y emitieron imágenes de los puntos clave del suceso. Días más tarde, por algún motivo, La Sexta retiró el vídeo de su web, pero no publicó ningún desmentido.

Septiembre fue, por tanto, un mes muy duro. Volvían a tratarlo como si fuera el sexto miembro de La Manada, un desecho social, un indeseable. ¿Habría filtrado la propia Hermida su texto de acusación? Era más que probable, porque este enfoque sesgado iba caldeando a la opinión pública para el juicio.

Muy pocos se atrevieron esos días a romper el discurso unánime. Alguien que sí lo hizo fue Jacobo Dopico, catedrático de Derecho Penal, que reaccionó en Twitter con estas palabras: «Espera, que al parecer ese "TOUR DE LA MANADA" ERA UNA WEB DE CRÍTICA SATÍRICA al carroñerismo mediático. Nunca hubo tal tour. Y LE PIDEN TRES AÑOS DE PRISIÓN. Uno puede entender muchas cosas en alguien hondamente herido. Pero los jueces deben frenarlo».

Bien. Pese a que es un hombre atento e informado, muy activo en redes sociales, Dopico había tardado diez meses, desde diciembre hasta septiembre, en enterarse de que el tour no era real. Este era el monstruo al que se enfrentaba Anónimo. Este era el nivel de la desinformación.

23
Autocomplacencia

> La relación entre ella y la historia en la que ahora ambos desempeñábamos un triste papel me parecía vaga, difusa, casual.
>
> MILAN KUNDERA

«Si la misión de Homo Velamine fue luchar contra el dogma y la autocomplacencia, no debiéramos ser dogmáticos ni autocomplacientes con el tour», le digo a Anónimo.

Nos hemos reunido de nuevo, esta vez en su casa, en Madrid. Él tuerce el gesto de forma casi imperceptible, sonríe. Su casa... ah, por llamarla de alguna manera, es un museo, un pequeño museo del disparate estético ultrarracional. Hay una televisión de tubo con un cuadro apocalíptico-flamenco que representa a su hija, Julieta, pintado en la pantalla, junto a una pequeña pancarta, «Menos Podemos y más torreznos». Desde una inmensa foto electoral arrancada de alguna marquesina, Isabel Díaz Ayuso sonríe y cubre como una cortina parte de la biblioteca del salón, donde hay apilados libros de Buñuel, de marketing de guerrilla, la autobiografía del Lute, la biografía de Breton, cosas de Albert Camus y, por el suelo, cajas abiertas con ejemplares de la revista: restos del naufragio.

Anónimo estruja entre las manos el «cojín de la concordia» que hizo Zumo Gris, con las caras de Hitler, Franco, Echenique y Oriol Junqueras. Se pone a hablar lentamente, me da la razón

durante un rato, pronuncia las palabras con delicadeza, con esa voz de timbre femenino, y yo, que creo conocerlo ya un poco, noto que algo lo incomoda. En la novela *Redactor Lynge*, Knut Hamsun describe los modos del personaje con palabras que le sientan como un guante al mío: «Pega duro, fulmina, lo mismo para bien que para mal. Sus seis primeras líneas parecen suaves, amistosas, sin la menor malicia ni intención perversa; pero en la séptima, en la última línea, hay una ironía, un sarcasmo, un broche final que deja el gusto amargo de una mordedura sangrienta».

¡Y cómo sabe hacerlo Anónimo! Su discurso te acaricia largo rato y luego te clava dos colmillos de alfiler. Es un gato, ronronea y mata. Tendré la misma sensación después, escribiendo, cuando le envíe los primeros capítulos para que revise la cronología, las fechas, mis imprecisiones. ¡Me gusta!, dirá. Y luego otra sugerencia, poca cosa, que me dejará días pensando, hundido, desanimado.

No, en realidad él no desea ser autocrítico sobre el tour. Sabe que tiene que hacerlo, que se lo debe a todo lo que él mismo ha sostenido siempre. Entiende que hay que pensar con claridad, pero está harto, harto de que le peguen con una vara, de que lo maldigan. Ha pasado por tres sentencias condenatorias y un despido, ha pasado por episodios de cancelación, hay gente empecinada en que no vuelva a ver la luz del día, activistas mediocres, inquisidores calvos y gafapastas. Van detrás de él y lo vigilan.

—El tour es la mejor acción de Homo Velamine —termina diciendo—. Quizá no lo era cuando hicimos la web, podía tener sus fallos, fue todo muy apresurado. Tampoco creíamos que fuera a verla mucha gente, nuestros actos digitales habían pasado sin pena ni gloria. El verano anterior hicimos un círculo taurino feminista y nadie hizo caso. Pero lo que ha pasado después, con el tour, ahora es parte del acto, y lo ha convertido

en la acción definitiva.

—Bueno, bueno —le digo—, lo sé.

El problema es que ese acto ha terminado siendo su propia vida, machacada; la obra que devora al creador, como le pasó a Truman Capote con *Plegarias atendidas*. Pero, si es la reacción lo que da sentido al acto, como Anónimo ha dicho siempre, entonces también se puede rastrear en esa reacción el sendero que abre las entrañas del acto y muestra su debilidad.

Decíamos que, hasta la explosión mediática, las reacciones de la gente en las redes habían sido entre perplejas y confusas. Predominaba, sin embargo, la irritación. No es lo mismo decir «¿esto es una broma?» que «esto tiene que ser una broma» o «¿estás de coña?». Convertir en producto la violación de Pamplona solo podía ofender, pero tal vez esta ofensa hubiera podido controlarse. En un reactor nuclear hay una parte que desata los infiernos y otra que los congela. El equilibrio entre ambas fuerzas es esencial para que funcione, todo lo demás es parada o explosión.

Anónimo recurrió a la mano roja contra la violencia de género y al texto que decía que el tour quería concienciar contra la violencia sexual, pero predominaba la imagen de los violadores. Se hablaba de unas camisetas, se ofertaban unas calcomanías. Bien, si observáramos la web en un laboratorio estéril, el equilibrio de elementos podría parecer correcto, pero el ambiente en España era una fuerza más que tendría que haber entrado en la ecuación. ¿Qué barra de boro había prevista para contrarrestar la fuerza de uranio enriquecido de la opinión pública histérica, la reacción en cadena de interpretaciones como la de los medios y el Instituto Navarro de Igualdad?

El clima ideológico de España había creado un caldo de cultivo de credulidad malpensada. La gente se tragaba cualquier burrada, cualquier salvajada que pudiera achacarse al

adversario.

«¿Y si hubierais puesto que eran un grupo de mujeres las que ofrecían el tour? ¿No hubiera sido más inteligente?».

Pero es fácil hablar a toro pasado. Es lo mismo que hacen los pioneros de Homo Velamine cuando les pregunto, y lo saben. Cuando la web se publicó, Biyu seguía instalado en Florida trabajando y apenas participaba en el grupo de Facebook. James estaba cuidando a su retoño recién nacido y trabajaba para alimentar a la prole. Rasomon, quien había sido su amigo más íntimo, casi se había distanciado por completo.

Ninguno de los tres considera que el tour fuera una idea bien ejecutada. No lo censuran por el problema moral de abordar un suceso tan delicado, aunque a Biyu sí que le incomoda esto. Lo que piensan es que al tour le faltó trabajo, concreción. Se preguntan si una acción mejor rematada habría eludido el precipicio judicial. Biyu se siente culpable, se pregunta si su amigo Anónimo estaría hoy libre de haberse implicado él en la creación, de haber expresado sus críticas a tiempo.

«No estaba a la altura de lo que habíamos hecho —me dirá Rasomon por Skype—. Los actos deben tener un mensaje definido, aunque se exprese de forma irónica y solapada. ¿Cuál era el mensaje del tour? Que los medios habían convertido en un producto la desgracia. ¿Se entendía esto viendo la web? No, era muy difícil. Para entenderlo fue necesario el desmentido. Pero los actos ultrarracionales no necesitaban esa explicación para funcionar. Funcionaban por sí mismos. Unas pocas personas lo pillaban, la mayoría no, los medios caían, y jugábamos con este efecto de la metaironía. Si el tour precisó un desmentido es porque la acción no estaba terminada cuando la lanzaron».

Sin embargo, en las acciones de Skaggs, quien había inspirado el acto, el desmentido era una parte necesaria. ¿Tenía razón Rasomon o simplemente Homo Velamine había

evolucionado hacia una nueva forma de entender los actos después de que él se distanciara? Decía Skaggs:

> La última parte (la «plomada») es la más importante para mí, porque me brinda la oportunidad de explicar mis intenciones y mostrar qué ocurrió. Es también la parte más difícil, porque aunque los medios teóricamente tienen la obligación ética de corregir sus errores prefieren no hacerlo. Cuando el público pone en cuestión su credibilidad, corren el riesgo de volverse irrelevantes. Por eso, las rectificaciones siempre están escondidas, si es que se producen. Muy rara vez hacen autocrítica, y además suelen excusarse mencionando a otras publicaciones que también se han tragado el engaño, como si eso le restara gravedad a la farsa.

Estas palabras sí nos ayudan a detectar un fallo central del tour. Skaggs advierte de la tendencia de los medios a ocultar sus errores, y no es algo que Anónimo ignorase. Al principio le divirtió que los periódicos y las televisiones siguieran hablando del tour como si la «plomada» no existiera, cuando bastaba con una búsqueda de Google para comprobar que ese supuesto negocio indignante del que todos hablaban no existía. Pero luego, a medida que se acercó la fecha del juicio y fueron publicándose filtraciones del escrito de acusación, que nadie tuviera en cuenta su desmentido lo indignaba. ¡Su desmentido! Un texto durísimo que ponía de manifiesto cómo los medios habían fallado y en el que se burlaba de ellos con sarcasmo.

He aquí un error de fondo: el Tour de La Manada necesitaba a los medios a los que criticaba. La repercusión de Homo Velamine era diminuta sin ellos. No eran virales, no tenían una cuenta potente de Twitter, nadie veía sus vídeos en YouTube. Si los medios no ponían de su parte en el momento del desmentido, la tormenta de diarrea hirviendo sería imparable, tal como ocurrió. ¿Quién hubiera podido esperar que aceptasen esa crítica y le dieran eco? ¿Quién, sino un ser tan cándido

como la parte ingenua de Anónimo García?

Estamos en 2022 cuando se lo comento, es invierno. En casa de Anónimo el ambiente se caldea, bebo cerveza de una botella de litro como si estuviéramos en la calle, como si tuviéramos quince años y la vida por delante. Galeón y Zumo Gris, del difunto comando Barcelona, viven ahora en su casa de la periferia obrera de Madrid, son sus compañeros de piso tras la separación, porque Anónimo viene y va. Vive en Pamplona para estar cerca de su hija, pero visita Madrid con frecuencia. Suerte que compró esta casita cuando las vacas eran gordas, porque ahora es un padre arruinado, en paro. Piensa en el tour todo el día, incapaz de hacer avanzar su vida, de desatar el nudo. Discutir esto con él no es agradable. Pero nada empeora sus modales delicados.

Mientras hablamos, Zumo Gris agarra un teclado naranja con forma de gato y empieza a pulsar las teclas, que maúllan en una gatúfera escala musical. Pero cuando le pregunto a Anónimo si es que ninguno de ellos —nadie— pensó en la posibilidad de que la víctima de La Manada acabara viendo la web, el maullido de Zumo Gris deja de sonar.

—Creo que yo fui la única a la que se le pasó por la cabeza —dice—. Pero no lo pensé como algo que «pudiera pasar», sino más bien en plan: «BUAH, ¿os imagináis que lo viera?». No me lo tomaba muy en serio. ¿Cómo lo iba a ver?

—A ver, estaba la posibilidad de que lo viera —dice Anónimo—, y es verdad que se nos escapó. Pero yo he pensado luego que, aun habiéndolo previsto, no creo que hubiera pensado que se lo fuera a tomar mal. Por lo menos no después del desmentido. Atacábamos a quienes se habían enriquecido con su desgracia.

La víctima ¿quién es? Podía ser una persona como yo, también una persona como Anónimo, incluso una persona como Teresa Hermida, o como Napoleón, quién sabe. Sí, podría

haber entendido el tour como una alianza, pero también como un insulto. Y me doy cuenta, me doy perfecta cuenta, de que aquí hay otro error del tour. Los medios y el activismo habían convertido a la víctima de La Manada en un medio, la habían instrumentalizado. Era un contenedor vacío en el que verter consignas políticas, virtud moral, medallas. «La Víctima» se convirtió en una herramienta propagandística del feminismo institucional y quedó adherida al crimen, empezando por la palabra que todos usamos para referirnos a ella. Ese individuo, esa chica, tendrá su propia vida, su complejidad, su contradicción. Pero no tiene nada de esto como personaje público. Es como si no fuera un humano, sino una abstracción. Pureza vacía, blanca. Una Virgen María para una nueva religión.

La santificación es una forma de deshumanización, y este fue el resultado de la campaña mediática y política: la víctima de La Manada era La Debilidad, La Vulnerabilidad, el daño perpetrado contra las mujeres desde los tiempos de las cavernas. Y sin embargo... ¿acaso no existía realmente? ¿No había alguien por ahí, con su nombre y sus apellidos, con su biografía, con su corazón, con su sensibilidad?

El tour criticaba la instrumentalización de la víctima, pero ¿acaso no estaba haciendo lo mismo con ella? El hecho de que nadie, salvo Zumo Gris, pensara en que podía ver la web, ¿no implica que Homo Velamine había caído en la misma trampa que estaba señalando con el dedo?

Unos días después de nuestro encuentro en Madrid, Godofredo, del frustrado comando Valencia, habla conmigo por teléfono y me da otra clave que no se me había pasado por la cabeza. Me habla de esa famosa acción de los Yes Men que inspiró a Anónimo García: el engaño urdido contra la empresa petroquímica que provocó la catástrofe de Bhopal, cuando se hicieron pasar por directivos de esta corporación y prometieron

una millonada solo para que la pérfida compañía tuviera que salir a desmentirlo, para que lo admitieran: «no vamos a pagar a nuestras víctimas ni un centavo, ¡nada!».

Esa bomba semiótica tuvo una repercusión colosal y funcionó. Puso ante el espejo al demonio de la empresa, los hizo desplomarse en bolsa, los marcó. Pero ¿y las víctimas de Bhopal?, se pregunta Godofredo. ¿Qué sintieron ellas al creer que les darían esa indemnización que llevaban años exigiendo? ¿Es que a nadie, entre los comprometidos y solidarios Yes Men, se le pasó por la cabeza que esas personas desgraciadas, perdidas en la miseria de la India, existían realmente? ¿Nadie pensó que podían recibir la noticia falsa de que al fin sus plegarias habían sido atendidas? ¿No implica eso que habían caído en la misma deshumanización del otro que criticaban? ¿No implica, al menos, que a todos nos afecta de una forma u otra la insensibilización?

Los Yes Men viajaron a Bophal para comprobar cómo habían recibido allí el bulo que ellos habían lanzado y pedir perdón en caso de que alguien se hubiera sentido defraudado, pero Anónimo García jamás podría hacer este trayecto, puesto que la Víctima era un territorio sagrado al que nadie podía acceder.

Ni siquiera en el juicio pudo dirigirse a ella pese a que ambos estuvieron, durante unos minutos, en la misma frecuencia de onda.

24
El juicio

> —Explicaré delante de todos cómo han ocurrido las cosas: si las personas son personas, tendrán que reírse.
>
> —Como le parezca. Pero verá usted que, o las personas no son personas, o usted no sabía cómo eran las personas. No se van a reír.
>
> MILAN KUNDERA

El juicio[4] se celebró en el Juzgado de lo Penal número 1 de Pamplona, en sesión a puerta cerrada, el día 26 de noviembre de 2019. Anónimo había dormido mal y marchó para allí preso de la excitación. Pensamientos escurridizos corrían como cucarachas por su cerebro. Lo acompañaba su novia, embarazada de siete meses, y la mejor amiga de esta. Confiaban en la justicia en distintos grados. Él un poco más que su novia, aterrorizada por el destino de esa familia a medio hacer, y menos que su abogado. El único encuentro personal entre Anónimo y su letrado había ocurrido meses atrás. Anónimo pensaba: «Eso tiene que ser buena señal, si el embrollo fuera tan grave como parece, nos habríamos visto más el pelo». Ejem.

Su mayor obsesión aquella mañana era la prensa. Le había llamado EiTB y había salido una noticia sobre el juicio en

Navarra.com. Suponía que a lo largo de la mañana aparecerían más, y temía otra filtración de Hermida, de modo que había diseñado un plan con los ultrarracionalistas para atajar cualquier información que pudiera destapar su identidad o su lugar de trabajo. Mientras Anónimo estuviera desconectado, un grupo vigilaría las redes sociales, otro los medios convencionales, y se comunicarían a toda prisa con cualquier periodista que escribiera la palabra «Greenpeace» para pedirle por favor que borrase ese detalle. Como temía toparse con el típico enjambre de micrófonos en la puerta del juzgado, se fue para allá tempranísimo, con una bufanda para cubrirse la cara.

No hizo falta embozo porque, a esas horas, con el fresco navarro que corta el cristal, no había nadie. Se refugió en el edificio con la amiga de su novia, y esta se marchó a esperarlos a una cafetería. Aguardaron un rato en el pasillo hasta que se presentó su abogado. No parecía haber ninguna estrategia, todo iba a ser muy fácil. El letrado solo le dio dos premisas: «No digas nada en tu última palabra», y «no digas nada contra Teresa Hermida por mucho que te pinche».

Él trataba de mantener la cabeza fresca, pero los recuerdos de las últimas semanas se colaban por las rendijas. Habían sido días de sol salpicados de emanaciones macabras.

Dos semanas antes lo habían invitado a explicar el escándalo del tour en Diario Vivo, un encuentro con el público que se organizaba en un teatro de Madrid. Anónimo ofreció contexto, dio su versión y todo el mundo se puso de su parte, gran aplauso. Pero el buen sabor de boca no había conseguido borrar la amargura del intento de cancelación sufrido la semana anterior. Un guerrillero de la justicia social, dueño de un pequeño sello editorial, había intentado que la feria Yami Ichi, a la que ambas publicaciones estaban invitadas, anulara la presencia de Homo Velamine por el escándalo del tour. Los organizadores atajaron el chantaje emocional y su participación

se mantuvo, pero Anónimo se preguntaba si estos mordiscos de piraña se repetirían, por ejemplo, con la invitación del Reina Sofía para una charla sobre *Post-arte* que tenía programada para diciembre.

Un sonido de tacones lo sacó de su cavilación y vio a una mujer rubia de mediana edad acompañada por otra más joven que se aproximaban por el pasillo. Las señoras consultaron el cartel de la puerta, echaron un vistazo indiferente a Anónimo y sus acompañantes, y se sentaron en un banco frente a ellos.

Anónimo supo de inmediato que la mayor de las dos era su némesis, Teresa Hermida. Ella lo analizó con el interés displicente de un depredador sobrealimentado. Vestía un traje de dos piezas de un color gris metálico y calzaba unos tacones como balas de plata, sobre cuyas puntas mecía los pies. No hubo cruce de saludos, sí de miradas. Anónimo se preguntó si esa señora entraría en razón en la sala, o si insistiría con su interpretación literal y estúpida del tour pese a todas las explicaciones que Anónimo pudiera darle. Aquella mañana, pese a todo lo vivido, seguía confiando en la palabra, en la humanidad.

En estas salió un funcionario calvo y anunció que empezaba la vista del caso. «¿Hay acuerdo previo entre los abogados?». No había acuerdo. Entonces Teresa Hermida solicitó que fuera a puerta cerrada. ¿Tenía algún inconveniente el abogado de Anónimo? No. Pues su amiga tendría que esperar fuera. El funcionario dio el alto también a la acompañante de Hermida, pero le dijeron que era su ayudante y se le permitió entrar. ¡Anónimo podía haber hecho lo mismo con su amiga! Pero ya se estaban despidiendo y quedó solo ante el peligro.

Teresa Hermida entró con su ayudante, Anónimo fue detrás y vio ante sí una sala fría, fluorescente, repleta de mobiliario de oficina anodino. Era el núcleo anquilosado del «buromundo», tal como los ultrarracionalistas lo habían descrito en sus

revistas. El funcionario le indicó una de las sillas del fondo y se instaló en una mesa tras él. En otra mesa elevada, en forma de U, estaba el tribunal. Allí esperaban la jueza y la fiscal, y allí fueron a instalarse los abogados. Anónimo estudió el aspecto de la magistrada. Parecía una buena mujer, inteligente. Una persona capaz de entender que la ironía contiene el mensaje inverso al que aparenta. ¿No era esto lo que se enjuiciaba?

Dice Gide que el proceso de la justicia es una ceremonia teatral, y Anónimo pudo notarlo enseguida. Empezó un intercambio de fórmulas estereotipadas entre la jueza, la fiscal y los letrados. Se dispensaban palabras técnicas y manoseaban cortesías fosilizadas. Al término del extraño ritual, le pidieron que se acercara al estrado. Anónimo avanzó hasta el centro de la sala con su jersey navideño y sus melenas setenteras. Le preguntaron si era él, si sabía de qué se le acusaba y si pensaba responder a las preguntas. Respondió afirmativamente a todo pegando los labios a un micrófono fino como una aguja, y de repente ya era el turno de Teresa Hermida. El interrogatorio había comenzado.

Hermida le preguntó si había creado la web el día 3 y si el día 5 eliminó el contenido y creó otra, alojada en el mismo sitio, con el nombre «El día que los medios se retrataron a sí mismos». La cosa empezaba bien, primera duda resuelta: Hermida había visto el desmentido. ¿Por qué demonios no lo había mencionado en su escrito de acusación? Pero no, la abogada no parecía haber entendido. Le preguntó si había creado el desmentido cuando se enteró de que lo habían denunciado. Él dijo que no y ella le preguntó por qué había publicado el desmentido entonces. ¿No era evidente? Habiendo reaccionado ya todos los medios, el objetivo de la web estaba cumplido. Pero aquí no había nada evidente.

Hermida siguió haciendo preguntas obvias y maliciosas. Eran las cosas que querría saber un extraterrestre poco familiarizado

con el arte, el humor y la literatura de los humanos. Dijera Anónimo lo que dijera, la abogada repetía con aire de sarcasmo su última palabra, como si él fuera un mal estudiante que improvisa en un examen oral. Ella volvía una y otra vez sobre lo mismo con cuestiones fastidiosas que le obligaban a recalcar una y otra vez la misma cosa. Pero nada de lo que él contestaba era tenido en cuenta para la siguiente cuestión.

La astuta estrategia de Hermida se desarrolló ante Anónimo sin que se diera cuenta. Su abogado movía papeles sin levantar la cabeza, como quien lee el periódico un domingo por la mañana.

Anónimo creía que estaba ahí para dar una explicación filosófica de la ironía y dejar claro que nunca hubo un Tour de La Manada, sino una parodia, pero el itinerario lógico que Hermida había diseñado solo buscaba que dijera ciertas cosas concretas para incriminarse de acuerdo con los artículos del Código Penal que había en danza, y que nadie le había explicado a Anónimo. A cada paso, con cada respuesta demasiado larga, demasiado pedagógica, el arte tropezaba con las trampas del derecho. ¿Entonces cualquier persona podía acceder a la web? ¿Y la web decía esto y lo otro?

«La web era un espejo de lo que hicieron los medios de comunicación», respondió al fin. A él le parecía una respuesta acertada, algo que lo explicaba todo, pero la jueza reaccionó por primera vez y le dijo que tenía que responder a lo que le preguntaban, y que no lo había hecho.

Dios mío, ¿es que nadie entendía una palabra? ¿Qué idioma era este, que sonaba a español?

La abogada leyó en voz alta fragmentos del contenido de la web y preguntó si todo eso lo había escrito Anónimo. Él se desesperó subrayando que todo eso formaba parte de un bulo, que no era real, pero ella contraatacaba con otro fragmento. «¿Y eso, eso lo puso usted? ¿Y no facilitaba un correo

electrónico para que la gente pudiera contactar con usted y hacer las reservas? ¿Y usted pensaba venir a Pamplona a hacer el tour? En la calle Zapatería quedaban, ¿no? ¿Y por qué publicó usted la foto de estos cinco individuos?».

Tras un rato así, Anónimo estaba irritado. Notó que decía la verdad como si mintiera. Él mismo había presentado el contenido de la web original como prueba, y el desmentido, y los actos anteriores. Hermida no tenía nada y sin embargo parecía estar en posesión de la verdad, ser capaz de mirar dentro de Anónimo y airear ante todo el mundo las heces y excrecencias que encontraba en su intestino. El interrogatorio era como las antiguas ordalías, el juicio de Dios: si la bruja no arde, es inocente. Poco a poco se estaba calentando, y sus respuestas y su actitud fueron de mal en peor.

En un momento dado, Anónimo dijo que la web daba un trato «risible» a los violadores y puso como ejemplo la mención a sus «peinados a la última moda», que Hermida había tachado de elogio en su escrito de acusación. Dijo que ahí todos podían ver su corte de pelo, más bien de los años setenta, a lo que Hermida preguntó si no intentaba enaltecer a los agresores con ese comentario.

—No, y permítame que me ofenda.

—Oféndase, sí... ¿y por qué usaba usted esos términos tan jocosos y tan graciosos con un tema tan serio?

Si Anónimo le preguntaba a qué términos en concreto se refería, Hermida soltaba que él mismo lo acababa de decir, que «les iba a hacer gracia a los de La Manada», y la sangre de Anónimo hervía porque era como hablar con una pared, ¡él no había dicho eso!

Proclamó que el respeto a la víctima había sido una línea roja para ellos y que por eso no había la más mínima burla hacia ella (una sola mención en la web: «la joven»), y Hermida lanzó otra pregunta sobre el Hotel Europa, y sobre tal detalle, y

tal línea del texto original, y le preguntó si todo esto le parecía una crítica; si era una crítica a los medios, por ejemplo, el dar detalles del hotel donde pidieron habitaciones para follar.

Así se iba tejiendo la tela de araña. Anónimo pataleaba para liberarse. De vez en cuando ella volvía a insistir en que su intención había sido enaltecer a los violadores y humillar a la víctima, y la cosa llegó a un punto en el que Anónimo ya peleaba contra Hermida como si fuera una expareja que malinterpreta todo lo que dices en función de viejas rencillas subterráneas y semiolvidadas.

Estaba haciendo justo lo que su abogado le había recomendado que no hiciera. Pero ¿cómo responder a la calumnia? Si ella había leído el desmentido, entonces todo lo que deslizaba ahora era falso, y lo sabía.

Dado que no fue capaz de ver las cartas de Hermida, y dado que su abogado no le previno sobre la posible estrategia de ataque, Anónimo dejó en su declaración tres piezas maestras del puzle culpable que la abogada había querido componer: dijo que no pensaron que la víctima podía ver la web, pero dijo que la web era pública y la podía ver todo el mundo. Dijo también que su creación había sido un asunto meditado, no espontáneo. Meses más tarde aprendería un concepto jurídico: dolo. En ese momento ya lo tenía clavado en el esternón.

Cuando terminó el interrogatorio de Hermida, Anónimo había descubierto el odio. Su abogado le hizo preguntas razonables sobre la irrealidad del tour, sobre la ironía empleada en esa y en otras acciones anteriores. Era todo tan simple que cualquier idiota podría entenderlo.

Después, en una pantalla que Anónimo no podía ver, apareció la «testigo protegida número 1», es decir, la mismísima Víctima. Ahí estaban al fin dos personas, Anónimo y Anónima. Su voz no se recibía bien en la sala. Sonaba distorsionada por la conexión pobre y los altavoces viejos y

baratos, había que poner mucha voluntad para interpretar sus palabras. A diferencia de Anónimo, ella parecía haber sido bien entrenada por su abogada y dio respuestas cortas y concisas. Dijo que la web la había herido, que la había avergonzado, que la había «revictimizado». ¿Qué parte en concreto? La web en sí. Pensar que había gente por Pamplona yendo a esos sitios donde ella había sufrido tanto.

Los abogados la trataron con exquisito mimo y delicadeza. Todo el mundo se refirió a ella como «la víctima», también el abogado de Anónimo, aunque fuera víctima de otra cosa. De esta forma, la semiótica del sobrenombre arrastraba la realidad, la confundía. ¿Cómo ganar un juicio donde te enfrentas a La Víctima, aunque hayan sido otros quienes la han convertido en esto? ¿Cómo separar tu acto de esa condición que recibió por otro acto?

Nadie quiso hacerle preguntas que dieran a entender que no se creían su testimonio. El abogado de Anónimo solo trató de pillarla en un renuncio con las fechas. ¿Entonces, cuándo había visto la web? ¿Y no se sentía igual de revictimizada al poner cualquier día la televisión? ¿O ese mismo día, cuando todo eran noticias sobre la sentencia bien adornadas con las imágenes de los condenados? Pero allí no había nada que hacer. La suya era una voz que nadie quería herir. Una voz de otro planeta. Tras el breve interrogatorio, no había nada a lo que agarrarse.

Después apareció en la pantalla su doctora. Esta mujer no acreditó ser psicóloga, sino médico internista de la clínica Quirón; sin embargo, había redactado el informe del daño psicológico el día 30 de abril, justo cuando pusieron la denuncia. Ese papel era la única prueba de la acusación. Un papel donde el daño se explicaba en dos líneas, firmado por una médico que no era psicóloga y que había aportado la acusación sin que nadie solicitara una prueba pericial realizada

por una persona ajena a las partes, y por tanto neutra y objetiva.

La doctora dijo que la chica y ella habían hablado por teléfono en diciembre, cuando vio el tour, pero que no había sido capaz de ir a la Quirón hasta el 30 de abril. Cuando el abogado de Anónimo le preguntó por qué no había registro de esa llamada, la doctora respondió que quizá lo tuviera apuntado en algún sitio, pero que no tenía su ordenador allí. No aportó ninguna prueba de la llamada de diciembre, y la jueza no consideró que fuera necesario presentarla.

Es decir: la prueba más importante del juicio, la del daño psicológico, se sustentaba sobre un informe de la médica internista personal de la denunciante, doctora en una clínica privada. De nuevo, esto tendría un peso descomunal más adelante, en la sentencia. Otro concepto jurídico fundamental se había clavado en Anónimo como una banderilla: «grave».

Por último, pasó por la sala la directora del Instituto Navarro de Igualdad. Soltó un discurso feminista estereotipado que agradó mucho a todo el mundo, insustancial y ampuloso, y así terminaron los interrogatorios.

La jueza invitó a los abogados y la fiscalía a ofrecer sus últimas conclusiones. Hermida se tiró un buen rato y se despachó con un tono impasible. Reiteró que todo lo que habían oído demostraba de forma clara que Anónimo pretendía humillar a la víctima y a todas las mujeres, que la cosificaba e instrumentalizaba, y que además quería sacar beneficio de su desgracia con un tour que ofertaba las camisetas y los tatuajes de los agresores, señal clara de que quería promover su aspecto y hacer un enaltecimiento. Sus palabras tocaban las teclas de melodías jurídicas concretas: el delito de odio (artículo 510) y el delito de trato degradante (artículo 173.1). «Me da igual que el acusado haya hecho acciones similares con un grupo llamado *Ultrarrealismo* [*sic*]», dijo también, demostrando que su desdén

por la precisión no se refería solamente al acto del tour.

Anónimo escuchó todo esto con la cabeza apoyada en la pared, cansado, iracundo, ofendido. Después habló su abogado, que subrayó la falsedad del tour, el sentido de la ironía, la existencia de un texto que desmentía y explicaba la acción publicado el 5 de diciembre, y mencionó también otras acciones de protesta parecidas, tanto de Homo Velamine como de otros grupos, y el turismo del terror: Auschwitz, Jack el Destripador, cosas así. Tras los abogados de las partes, la representante del Ministerio Fiscal dijo que, aunque la web podía haber causado un daño a la víctima, y esto no se ponía en duda, no parecía ser esta la intención de su creador, que en todo caso habría pecado de imprudente. Así que mantenía que no se lo podía condenar penalmente por ello.

Entonces la jueza invitó a Anónimo a decir su última palabra. Aunque su abogado le había recomendado no hacerlo, él estaba demasiado herido. Le parecía imposible que lo condenaran por semejante sarta de disparates, así que se acercó impulsivamente al micrófono y fue muy breve.

Muy breve y muy torpe. Estaba enajenado. Para empezar, mencionó *Psicosis*, de Alfred Hitchcock, y comparó esta película con su acto. Dijo que *Psicosis* empieza con un robo y termina con el asesinato de un psicópata, y que Hermida solo se había enterado de los primeros minutos y había obviado lo más importante. ¿Es una película sobre un robo, acaso? La explicación podía servir para un simposio de cine y filosofía, pero delante de un juez que trata de valorar si eres o no una mala persona... Bien, ahí lo tenemos, de cualquier forma: el Anónimo ingenuo en todo su esplendor. ¿Quién diablos mencionaría a un psicópata para reforzar su alegato de inocencia? Quería referir que en el arte no todo es lo que parece, pero se había puesto junto a Norman Bates.

Mientras él hablaba, Teresa Hermida no le dedicó ni una

mirada. Según recuerda, se limitaba a arreglarse el pelo y echar vistazos de reojo en dirección a la jueza. Para concluir, Anónimo dijo que el enemigo común había sido en todo momento el sensacionalismo, que la víctima y ellos estaban en el mismo barco, y que así lo habían entendido ellos cuando lanzaron el tour.

Terminó, resopló y salió de allí con la confianza inquebrantable de que la verdad había resplandecido. Confiaba en la justicia. Esa gente tenía estudios. La ironía se había desmontado pieza a pieza para que los ojos más literales de la tierra pudieran comprender su mecanismo. Le parecía imposible, además, que la jueza no hubiera detectado la malicia, la cerrazón y la vileza de esa abogada. ¡Debía de estar acostumbrada a tratar con leguleyos de esa ralea! Cuántas trampas burdas habría visto esa mujer de la toga a lo largo de su carrera... Le pareció que había escuchado sus palabras con cierta simpatía, incluso con cansancio por tener que oír cosas tan obvias.

Pero nuevamente era su lado ingenuo el que se expresaba. El desafío de Hermida no había sido comprender la ironía, sino ajustar el mensaje literal de la web y ciertas palabras de Anónimo a dos tipos penales muy concretos. Ese fin habían tenido las preguntas que Anónimo consideró invitaciones a explicar su visión del *culture jamming*, la parodia y la performance.

Salió de allí con un regusto contradictorio, de victoria y humillación. Dentro de la sala, el miedo que lo había acompañado en los últimos meses se había convertido en ira. No llegó a temer por su libertad en ningún momento, simplemente se sintió insultado. Las cosas que esa mujer se había permitido decirle a la cara, protegida por la cortesía del tribunal y por la condición de acusado de Anónimo... En fin, tenía ganas de gritar.

Ya en la calle, en la puerta del juzgado, su abogado intentó tranquilizarlo con las buenas noticias que preveía. Las condenas por lo penal se reservan a hechos muy graves y existe una cosa llamada *in dubio pro reo*: ante la duda, presunción de inocencia y absolución. Nadie podía saber en este momento lo que la jueza pensaba de las intenciones de Anónimo, pero seguro que habían sembrado suficientes dudas como para que la condena fuera injustificable.

Dicho esto, el abogado le tendió la mano. Volvía para Madrid y Anónimo se quedaba a comer con sus suegros en Pamplona. Se despidieron allí mismo y no volvieron a verse cara a cara.

—Oye, ¿cuándo crees que sabremos algo?

—Te darán la absolución antes de Navidad.

25
La condena

> Yo mismo me había montado en aquel caballo y ahora no podía permitir que me arrancase las riendas de las manos y me llevase adonde él quisiera. Estaba dispuesto a luchar contra él.
>
> MILAN KUNDERA

La fecha fue lo único en lo que acertó su abogado. El 10 de diciembre de 2019, es decir, justo antes de la Navidad, llegó un mazazo de mármol, un disparo de arcabuz: la sentencia. Anónimo García estaba en el trabajo y se enteró por la prensa. Leyó que el Juzgado de Primera Instancia absolvía al autor del Tour de La Manada del delito de odio, pero lo condenaba por un delito de trato degradante, previsto en el artículo 173.1 del Código Penal, a una pena de un año y seis meses de cárcel y a pagar una indemnización de quince mil euros a la denunciante más las costas. El mundo ante sus ojos se desdibujó. Barrotes negros bajaron del techo.

Llamó a su abogado. No sabía nada. Colgó el teléfono y al rato el abogado se puso en contacto otra vez. Tenía la sentencia. Necesitaba un rato para leerla, pero le explicó los siguientes pasos. «Ten en cuenta que no es una sentencia firme, tranquilo», le dijo.

¿Tranquilo? Se pasó la mañana buscando obsesivamente por

internet, temeroso de encontrar su cara en algún medio. Electrificado en ese nervio se le hizo la hora de comer. Aquel día, sus padres volvían de un viaje de jubilados por Egipto y habían quedado a comer en Madrid antes de que siguieran camino de Zaragoza.

Fueron a buscarlo a Greenpeace. Sus padres, alegres tras la aventura, le contaban anécdotas de camareros egipcios y de camellos frente a la nariz rota de la esfinge. ¿Queréis que os hable yo de la verdadera esfinge? ¿Queréis saber qué pasa cuando la miras a los ojos? Apenas oía una voz distante. Su cabeza disparaba perdigones, razonamientos, discusiones internas. De pronto lo llamaron al móvil, salió del restaurante y descubrió que era un periodista de *El País*: quería dar su versión, pero solo aceptaba escribir si se publicaba su foto. Se negó.

De regreso a la mesa, sus padres lo notaron abatido, nervioso, así que tomó aire y les contó lo que había pasado. Vuestro hijo está condenado por trato degradante a la víctima de La Manada. Les comunicó el monto de la condena.

Su madre se asustó, su padre bajó la cabeza, se envolvió en las aguas silenciosas que anegan Alcorlo, misterioso y triste, no dijo nada. Luego le recordaron que eran sus padres. Le dijeron que no se preocupara por el dinero, ellos tenían ahorros, para algo se había pasado la vida su padre trabajando en la Opel. Él les dijo la verdad, que no pensaba pedirles ni un céntimo, y que no aceptaría ese dinero bajo ninguna circunstancia. Le preguntaron qué iba a pasar ahora y Anónimo no pudo responder. No tenía ni la menor idea.

Por la tarde lo llamó de nuevo su abogado. Había leído la sentencia y le dijo que rozaba la prevaricación. Mencionó artículos del Código Penal, relaciones jurídicas, inferencias. No era capaz de ver qué relación había en la jurisprudencia previa entre la libertad de expresión y el artículo 173.1. Pero

Anónimo no sabía de qué le estaba hablando, le daba vueltas la cabeza. ¿Entonces tengo que pagar? ¿Voy a ir a la cárcel? El abogado le dijo que no. Ahora había que recurrir. Todo iba a salir bien. Esto no tenía ni pies ni cabeza.

Mientras tanto, había empezado a correr la voz entre los conocidos de Anónimo. Esa misma tarde lo llamó un profesor de Derecho de la Universidad de Santiago, amigo de Mr. Satán, que estaba consternado y tampoco entendía la condena. Le dio ánimos. Y por WhatsApp fueron llegando más mensajes, todo el mundo lo llamaba, todo el mundo se había enterado. A la caída de la noche, Anónimo se echó a llorar por las muestras de cariño. No podía más.

Sin embargo, intentó enfrentarse a la sentencia, que lo esperaba en su correo electrónico. Entre formalismos jurídicos, jurisprudencia abstrusa y mala redacción, aquello era un galimatías donde se enredaba su presente y su futuro.

Entendió que algún límite había tenido que traspasar para que lo condenaran con esa dureza. El peso de la ley era tremendo, pero el peso de la culpa era peor. ¿Tanto daño había hecho él a la víctima de una violación? Su novia, embarazada de ocho meses, estaba frustrada, lloraba con lástima y desesperación, con miedo también. Le preguntó qué iba a pasar con ellos y él no pudo responder. Navegaba sin rumbo, dominado por las mareas.

Homo Velamine quedó paralizado. Estaban a punto de lanzar el libro de James Doppelgänger y Mr. Satán, *Ultrarracionalismo*, que logró ver la luz gracias al editor Fabio de la Flor, pero tenían preparado también un acto importante que se quedó en nada. Habían comprado el dominio campofrio.net y creado una falsa web que satirizaba a estos fabricantes de embutidos. La idea inicial era lanzarla cuando la televisión emitiese el célebre anuncio navideño de la compañía, pero la sentencia se anticipó a todo esto y después de ella mover una pestaña se había

convertido en una tarea insufrible.

En los días siguientes, empezó también la danza de la traición y el distanciamiento, protagonizada por antiguos colaboradores que ahora deseaban alejar de sí toda sombra de la sospecha con un ejercicio de virtud pública. Laura, la fotógrafa de la FEA y exnovia de Mr. Satán, les dedicó este post en Instagram:

> Un humor que se dirige a las víctimas es violento en sí, perpetuador de las violencias mismas y de sus consecuencias en las víctimas. No disculparse públicamente y seguir desviando el discurso a otras discusiones como «la ironía», «la broma», «la literalidad» y otros marcos de justificación de la violencia es delirante. (...) Enarbolar la libertad de expresión amparados en estas justificaciones violentas que nacen del privilegio desde donde ejercen su humor solo hace más cuestionable su defensa del «juicio crítico».

A Anónimo le pareció oportunista y también inesperado. Pese a toda aquella acusación hiperbólica contra Mr. Satán en el congreso de Santiago, Anónimo había mantenido una buena relación con Laura, incluso la creía su amiga. ¿Merecía la pena llamarla ahora, después de semejante publicación? No se atrevía, no tenía ánimo para ello, y todo empeoró cuando otras voces como la suya, ayer cercanas, se multiplicaron en forma de puñaladas en la antigua zona de influencia de Homo Velamine. Una de las chicas de la FEA, Nerea, del colectivo ZAS!, se convirtió desde ese momento en una de sus más virulentas inquisidoras.

El pulpo de la cancelación, que había colocado sus tentáculos por todas partes en los meses anteriores, empezó a estrangularlo de forma súbita. Días después, el proyecto para dar una conferencia en las jornadas del Museo Reina Sofía cayó, tal como había temido. Le escribió una chica de Sal Viral, colectivo con el que iban a dar la charla: «En el Museo ya están

a tope con las jornadas. Estaban terminando con las valoraciones estas semanas y justo la nuestra era la que más puntuación tenía. A los responsables (...) les he contado un poco la historia de lo que ha pasado estos días. Y me sabe fatal, pero no van a proponernos como ponentes...», etcétera. Otros festivales y ferias de fanzines irían cayendo en los meses siguientes, y más adelante, cuando volvieron a escribir a Goteo para proponerles una nueva campaña de recaudación a fin de pagar el proceso de apelación, la directora de la web de crowdfunding ético, la misma que les había felicitado por su contenido con el primer paso judicial del tour, les dijo ahora que lo había valorado con su equipo y no iban a aceptar ninguna campaña suya.

El mundo que los había acogido se alejaba a toda prisa de ellos como si fueran radiactivos. Los ultrarracionalistas activos a estas alturas discutían qué opción seguir de cara a la comunicación pública de la sentencia. Como en una profecía autocumplida, les estaba lloviendo fuego por parte de aquellos a los que siempre habían temido enfadar. La sentencia creaba un marco de interpretación nuevo que convertía el conflicto de Homo Velamine con la justicia en la lucha de la víctima de La Manada y el grupo que la había herido. Estaba claro que eran los malos. Para mucha de la gente, de pronto daba igual que el tour fuera real o no: ellos habían hecho algo y esa chica se había sentido herida. Punto. En esta línea iban los comentarios que recibían por redes.

En los maltrechos cuarteles de Homo Velamine se abrió un debate. Unos pocos dijeron que ahora no les quedaba más remedio que enfrentarse a aquello de cara, con una estrategia comunicativa que pusiera en duda la magnitud del dolor de la víctima. ¿De verdad había sido suficiente como para iniciar un proceso penal? ¿Acaso no sabía que la web era ficticia? Pero esta idea radical fue aplastada por la mayoría, que opinó que

esto sería un suicidio y, además, una traición a los principios feministas del grupo.

Lo único razonable ahora, dijeron, era asumir que se habían pasado de frenada, pedir perdón públicamente por la metedura de pata y recordar a la opinión pública cuál había sido la intención del tour.

Más adelante discutieron también si debían tirar de medios y youtubers de derechas para defenderse, pues parecían ser los únicos dispuestos a hablar bien de ellos, pero aquí volvieron a dividirse. La sentencia los había cubierto de toxinas que iban a espantar a cualquier periodista o influencer cuya reputación dependiera en lo más mínimo de su grado de amistad con el feminismo. Unos temían ser utilizados como munición por la derecha, mientras que otros eran conscientes de que, en caso de renunciar a la única ayuda disponible, estaban solos.

Finalmente lo intentaron por la izquierda y el feminismo, con escaso éxito. Apenas nadie en ese parámetro ideológico quería dejarse ver defendiéndolos. Así que en los meses siguientes utilizaron su propia página para explicar los errores, los abusos y las imprecisiones que habían encontrado en la sentencia. Nada de eso tuvo eco. La web de Homo Velamine apenas recibía visitas, por más que gritaran.

La sentencia contra Anónimo no solo encerró su futuro, sino que encerró también su mente. El juicio se convirtió en el único material sobre el que se sentía empujado a trabajar, lo aplastaba. Cincuenta años antes, Lenny Bruce había sufrido la misma transformación. Al humorista lo condenaron por obscenidad en varias ocasiones por decir la palabra *fuck* en sus monólogos. La injusticia de sus condenas le pareció tan grande, tan abrasiva, que pasó los últimos años de su vida obsesionado con el tema. Sus monólogos, antaño imprevisibles, se convirtieron en una sucesión de lecturas de las sentencias judiciales. ¡Bastaba leerlas para delatar su ignominia, su

estupidez! Pero el público, que al principio se había puesto de su parte, terminó aburrido. Al final le dieron la espalda. Cualquiera podía compartir la sensación de agravio de Bruce un rato, pero no su paranoia y su obsesión.

Es lo mismo que le pasó a Anónimo. Desde ese momento, vivió bajo la luz de un foco, sin una sombra en la que esconderse. El nudo mentiroso entre el sensacionalismo y la sentencia se convirtió en el contenido del último número de la revista: un concienzudo análisis del mazazo que había matado al grupo, desprovisto totalmente de ironía por primera vez. Una continuación de la plomada estéril, que demostró que la información no es poder si los medios se niegan a difundirla.

En Greenpeace las cosas empezaron a ir de mal en peor. Lo encerraron en un despacho y le anunciaron que abrían un proceso paralelo de investigación. Lo llevaría a cabo el «*integrity*», un responsable de «integridad moral» que trabajaba en el Departamento de Cuidado de las Personas de la ONG. Esta figura había nacido tras un escándalo de acoso sexual en la filial de la India y se había anunciado a los trabajadores de Greenpeace Internacional como un gran avance. El *integrity* se dedicaría a investigar la conducta presente y pasada de Anónimo con toda clase de entrevistas a sus compañeros y a él mismo, para valorar en un informe si su continuidad ponía en peligro a alguien. En la reunión en que se lo comunicaron, no pudo aguantar la presión y se echó a llorar. «Si no tienes inconveniente —le dijeron— el director comunicará tu caso a toda la organización».

Anónimo dio permiso, pero pidió que le dejaran estar presente para escuchar lo que el director contaba. Sin embargo, mientras le comunicaban todo esto, el director ya se lo estaba contando a toda la oficina a sus espaldas.

Era un tema tan delicado que Anónimo se lo había confiado a algunos compañeros y no a otros, sopesando muy bien las

palabras, pero de repente todo el mundo lo sabía, gente con la que él se tenía que relacionar a diario. ¿Qué opinaban? ¿Les parecía bien, les parecía mal? ¿Se había convertido en un capullo, en un sinvergüenza, en una víctima de la injusticia, en un machirulo? La sospecha y la paranoia lo envolvieron. Se quejó al Comité de Empresa por esta violación de su intimidad y elevaron el tema a dirección, pero las Navidades y la baja por paternidad estaban a la vuelta de la esquina, así que esto fue todo.

En su primera entrevista con el *integrity*, poco antes del parto de su pareja, este le dijo que estuviera tranquilo porque su despido no figuraba en la baraja. Ambos se conocían de antes y había buena sintonía. El tipo le confesó que se veía un poco empujado a esta tarea desagradable, y que había recibido formación para combatir el acoso sexual, pero no tenía ni la más remota idea de cómo afrontar esta investigación. El primer sitio al que se dirigió fue el Departamento de Género de Greenpeace y allí todos hablaron a favor de Anónimo. «Que sepas que nos han preguntado y el equipo de género nunca ha dudado de tu inocencia. Te puedes haber equivocado, pero no creemos que el despido sea la manera de hacer esto», le dirían más adelante.

En enero de 2020 nació Julieta. Anónimo sostuvo por primera vez en sus manos esa cosa tan delicada, tan pequeña, que abrió la puerta a afectos que él no sabía que tenía dentro. Temeroso, se preguntó si la luz blanca y caníbal que lo rodeaba haría daño a esa criatura al tocar su boca.

Pidió la baja por paternidad, se desentendió de todo lo referente al proceso de investigación interna en Greenpeace y trató de valorar sus cartas. Las encontró húmedas y adheridas al tapete. Apenas era capaz de despegarlas. Todavía hizo algún intento por organizar los comandos de Valencia y Sevilla mientras los miembros del comando Madrid se iban

desperdigando. Tuvo problemas con Demófila, y con ella se marcharon Raspilla y Epifanía. Anónimo se había vuelto irritable y desconfiado. El mundo estaba dividido entre la luz que traía Julieta y los asteroides que llovían a su alrededor.

Cuando en marzo de 2020 llegó la pandemia mundial, casi le dio la puntilla al toro. Mientras la gente se quedaba confinada, las paredes que Anónimo había intentado sostener con las manos empezaron a ceder. El castillo de naipes se desmoronaba, Homo Velamine se hundía. Y en junio, otro golpe: la Audiencia Provincial de Navarra desestimó su recurso y mantuvo la sentencia.

Anónimo acababa de volver de la baja por paternidad y estaba teletrabajando, pero aquel día lo llamaron para que se presentase en la oficina. Allí no había nadie, así que supuso que querrían entregarle el informe confidencial del *integrity*, que, hasta donde él había podido saber, no había encontrado en la organización un solo testimonio contra él.

Pero lo que le dieron, con helada cortesía, fue una carta: su despido. Más de ocho años de entrega laboral y compromiso con la causa terminaban más allá de los límites de ese trozo de papel. ¿El motivo? Habían elevado la duda sobre su continuidad a Greenpeace Internacional y allí no habían sabido qué decir, así que se tomó la decisión en España y, entre los directivos del momento, se votó su expulsión para evitar un fortuito problema reputacional.

Se limpiaron la chaqueta antes de recibir la mancha. Casi todos sus compañeros, incluso algunos superiores, protestaron y le manifestaron su apoyo. El comité directivo que lo había despedido saltó por los aires poco tiempo después.

De este modo fue como Anónimo descubrió que toda condena se anticipa a la sentencia firme y que uno ha empezado a ser culpable desde el mismo momento de la acusación. Salió del edificio con la carta temblando en la mano.

Julieta acababa de cumplir seis meses.

26
La sentencia

> Empezó a decir algo acerca de que la culpa era mía.
>
> MILAN KUNDERA

Sin trabajo y sin demasiadas expectativas de encontrar otro, con el ánimo por los suelos y la reputación envenenada, para la segunda mitad de 2020 tampoco se podía decir ya que Anónimo tuviera un grupo de intervención artística. Un año antes Homo Velamine había alcanzado el clímax, con más de treinta militantes repartidos en cinco ciudades, pero ahora se mantenía en coma y conectado a un respirador. Permanecían junto a él los irreductibles: Imperator, Galeón y Zumo Gris en Madrid, el antropólogo Sócrates en Sevilla y Godofredo en Valencia, además del Gerpurdet, Mr. Satán, Martirio y O Marqués, que todavía no se habían distanciado del todo, pero lo harían pronto.

Con la soga al cuello, los ultrarracionalistas lanzaron sus últimas acciones: Zero Automobile Publicity y Vendo Humo, en las que tunearon anuncios de coches en vallas publicitarias, y Amor Animal, una asociación de supuestos veganos cariñosos con una misión política, que ponía ante el espejo deformante el absurdo de que la zoofilia está penada mientras se masacra a los animales en mataderos. Se presentaban de esta forma:

> Somos un grupo de personas de distintas edades y géneros que compartimos una misma pasión: los animales. (...) Por eso adoptamos y promovemos el veganismo como instrumento primordial para acabar con la explotación de la industria cárnica. A su vez, nos gusta observar y disfrutar de los animales. Nos gusta su compañía, interactuar con ellos, cuidarlos y mantener encuentros íntimos, siempre desde el respeto y la seguridad en las relaciones. Por eso promovemos la despenalización de la zoofilia en nuestro país.

Pero poco o nada sobrevivió al mazo definitivo, que les cayó encima en diciembre de 2020, cuando el Tribunal Supremo desestimó su recurso. Desde ese momento la sentencia era firme, y lo que había sido una sombra en el porvenir de Anónimo se convirtió en una masa dura y aplastante. ¿Ahora qué?

La gente cree que si te caen menos de dos años no ingresas en la cárcel por alguna clase de automatismo, pero no es así. Hay que presentar un escrito y solicitar que se suspenda la pena con razones que la justicia siempre puede desestimar. No suele ocurrir, pero el proceso había sido lo bastante kafkiano como para desconfiar hasta de esta habitual medida de gracia. Su abogado presentó papeles como los recibos de los pagos que Anónimo hacía a varias oenegés o el certificado de nacimiento de Julieta, y la justicia aceptó dejarlo en libertad. Pero le recordaron que el camino al trullo era directo si no pagaba.

Bien, ¿de dónde iba a sacar todo ese dinero? Por el despido improcedente, Greenpeace había aflojado 25.700 de esos euros que sus socios envían para salvar osos polares. Esto era todo lo que poseía, y la cifra estaba unos quince mil euros por debajo de lo que debía, entre la indemnización, las costas y los próximos escenarios de la batalla judicial.

Anónimo revisaba a Julieta por delante y por detrás, de la coronilla a los pies, y el famoso pan bajo el brazo no aparecía por ninguna parte. Además, saber que buena parte del dinero

que le hubiera gustado destinar a su crianza iría directo al bolsillo de la abogada que le había destrozado la vida lo enfurecía. Su estado de ánimo era bajo y estaba salpicado por los ataques de pánico. Vivía los peores días de su vida entre la apatía, la ansiedad y la desesperación.

Ante la urgencia de pagar, presentaron otro escrito. Lograron que se le permitiera desembolsar a plazos, y los ultrarracionalistas activos y algunos retirados contribuyeron con pequeñas donaciones, mientras Anónimo se ponía a buscar nuevas vías de crowdfunding tras la cancelación de Goteo. Imperator, que no tenía dónde caerse muerto, decidió presentarse a concursos como «La Ruleta de la Suerte» para sacar de la tele una parte del dinero que les había costado satirizarla, y Zumo Gris diseñó unas alegres camisetas para vender en la web, inspiradas en los viejos souvenirs turísticos de la España tardofranquista, con el texto: «Alguien que está encausado me ha regalado esta camiseta del Tribunal Constitucional».

Allí, en el Constitucional, se iba a librar una batalla decisiva, pero no era fácil decidirse a emprenderla. Este nuevo intento de obtener justicia iba a costarle aproximadamente diez mil euros más en un momento en que no tenía ni para pagar una cerveza. Consultó a expertos, lo que le dejó una sensación absoluta de derrota. Las posibilidades de que lo admitieran a trámite eran muy escasas, las de ganar en caso de que aceptaran rascaría como mucho el 50 por ciento, y ni logrando ese objetivo iba a recuperar el dinero. Sin embargo, había que tomar una decisión rápido, porque los plazos eran muy cortos.

Como Anónimo estaba sin fuerzas, su novia se encargó de buscar un nuevo abogado, y no le fue difícil despertar el interés de uno, muy aguerrido y experto en causas relacionadas con los Derechos Humanos.

Aunque la prensa había ofrecido una imagen acrítica,

complaciente y laudatoria de la sentencia, lo cierto era que unos cuantos juristas de prestigio se habían alarmado al conocerla. Incluso se escribieron artículos académicos, pues había sido la primera vez que el artículo 173.1 del Código Penal se aplicaba a un hecho relacionado con la sátira, la libertad de expresión y la creación artística.

El juez Fernando Portillo, a quien se la envío, me confirma la opinión de esos expertos. Le parece que el caso tiene suficiente envergadura como para que la decisión del Tribunal Constitucional vaya a afectar a los límites del discurso satírico. Dado que el objeto de la parodia de Homo Velamine no era la agresión sexual, sino su tratamiento mediático, era imposible hacer esta sátira sin que la víctima se viera salpicada de alguna forma, por más cuidado que tuvieran. ¿Se puede hacer entonces en España una sátira con un caso en el que haya víctimas, o todo dependerá de que estas se sientan heridas y denuncien por trato degradante? Bien: en cierta medida la respuesta a esa pregunta depende de la decisión que adopte el Constitucional sobre el Tour de La Manada.

La clave de todo esto es que la condena ha sido penal. Los episodios en que una persona ve violentadas su imagen pública o su integridad moral por una publicación satírica son numerosos, pero casi siempre se tramitan por lo civil y se saldan con indemnizaciones, sin consecuencias penales. Además, estos casos suelen desatarse por una alusión directa, con nombres y apellidos o un uso indebido de la imagen. Es lo que pasó con la revista *Mongolia*, que perdió un proceso contra Ortega Cano por una caricatura que ironizaba con la conducción temeraria del torero, o al radiofonista Federico Jiménez Losantos, que tuvo que pagar cinco mil euros a la diputada Carolina Bescansa tras un comentario que implicaba a su bebé. Los conflictos entre la libertad de expresión y el derecho al honor son constantes en una democracia. Que ese

conflicto estalle por hablar de un caso y no de una persona, y que se lleve al terreno penal, no lo es en absoluto.

Hasta donde yo he podido saber, solo existen dos denuncias por publicaciones consideradas de mal gusto que hayan puesto en órbita el artículo 173.1, y ambas de los últimos años: una contra el poeta Camilo de Ory por una serie de tuits que ironizaban con humor negro sobre el tratamiento mediático morboso que se dio a la noticia de un niño que se cayó a un pozo en Totalán, Málaga, y otra contra una jauría de tuiteros que desearon la muerte a un niño enfermo de cáncer porque quería ser torero y se había organizado una corrida benéfica para él. Los procesos siguen adelante.

Aunque el Código Penal no castiga el mal gusto, sino los hechos graves, en España y otros países ocurren extravagancias judiciales que se convierten en procesos tortuosos. A César Strawberry, el cantante de Def Con Dos, lo condenaron en el Supremo por unos tuits sarcásticos, pero el Constitucional declaró nulo el juicio. La sentencia había sido también penal, pero producto de un anacrónico artículo relativo al terrorismo, diseñado para combatir a ETA. Ese artículo, el 578, ha dejado otros rastros parecidos en la libertad de expresión tras la desaparición de la banda, que casi siempre se han tramitado por la Audiencia Nacional, el tribunal que utilizó España mientras ETA asesinaba y extorsionaba. Nada que ver con el «trato degradante» del artículo 173.1, mucho más vaporoso y, por lo tanto, arbitrario.

Entonces ¿fue el Tour de La Manada un hecho tan grave como para justificar la condena penal? Y más importante: ¿consiguió argumentarlo la sentencia? No he encontrado un solo jurista que me responda afirmativamente, y en las próximas líneas vamos a comprobar por qué.

Todas las sentencias constan de una primera parte en la que el juez expone los hechos probados, otra en la que se examinan

los fundamentos de derecho que se pondrán en juego y una tercera con la argumentación final, que pone en danza lo anterior y explica de forma racional los mecanismos de la decisión. La primera parte debe constar, pues, de datos objetivables, puesto que a partir de ellos se justificará, tirando de jurisprudencia y leyes, la condena o la absolución. Pues bien: la forma en la que están redactados los «hechos probados» en la sentencia de Anónimo es, cuanto menos, llamativa.

De entrada, se transcriben los fragmentos de la web original como si todo el tour fuera real. La ironía desaparece de la ecuación y todo el contenido pasa a ser literal, tal como lo había interpretado la acusación y tal como lo había contado la prensa. Como dijo la catedrática de Derecho Penal Marisa Cuerda, es como si la visión mediática hubiera ganado la partida contra la realidad. Pero es que, después, y todavía dentro de la sección de «hechos probados», la magistrada se permite estas palabras (subrayados míos):

> En el presente caso, (Anónimo) pretendía *presuntamente* con carácter principal criticar el eco que algunos medios se hacen en ocasiones de determinadas noticias sin adverarlas. En este contexto, suponiendo *objetivamente* el contenido de la página web una cosificación de la víctima del delito sexual, una instrumentalización y utilización de la misma y de su sufrimiento previo, y *despreciando* la dignidad de la perjudicada, (Anónimo) *asumió conscientemente* como *consecuencia necesaria* el perjuicio que iba a causarle con la creación y publicación de la página. *Como consecuencia* de lo anterior, la víctima vio agravado su trastorno de estrés postraumático crónico que padece como consecuencia de los hechos sufridos el 7 de julio de 2016.

Bien. ¿Esto son los hechos probados? ¿Probados con base en qué, si no es en la sospecha particular de la magistrada o una lectura crédula del escrito de acusación? Es llamativo que se dé por cierto y probado que el tour cosifica a la víctima (lo cual es

una opinión) y que se omita que la web solo la mencionaba como «la joven», sin ninguna alusión burlesca (un hecho).

Para seguir, ¿por qué usa el adverbio «presuntamente» cuando habla de la pretensión de Anónimo de criticar a los medios, si tenía pruebas de lo que Homo Velamine solía hacer? ¿Por qué no hay una sola referencia a esas pruebas, salvo para relativizar toda esa documentación? ¿Por qué no se mencionan en toda la sentencia las palabras «Homo Velamine»? Semejante adverbio es todavía más sorprendente si tenemos en cuenta que, a continuación, desaparece toda sombra de duda cuando la magistrada escribe que la web «objetivamente» cosificaba a la víctima, o que Anónimo «asumió conscientemente» como consecuencia el agravamiento de su estado psicológico. ¿Cómo se había probado tal cosa?

En el interrogatorio de Teresa Hermida, Anónimo repitió hasta tres veces que no calcularon que la víctima de la agresión podría ver la web, que les desbordó la repercusión mediática del acto, y que el respeto a esta persona había sido en todo momento una línea roja para ellos. También dijo —y la sentencia vuelve a omitirlo— que lamentaba profundamente haberle hecho daño, que detesta la violencia sexual y que su crítica no iba dirigida a la víctima, sino al sensacionalismo.

¿Por qué todo eso no se tiene en cuenta si, al fin y al cabo, se juzgaba la intención de Anónimo? ¿Por qué escribe la jueza que Anónimo «asumió conscientemente» que agravaría el estrés postraumático de la denunciante, cuando él dijo que no había previsto que la web tuviera repercusión y además lamentaba que eso hubiera ocurrido?

Por otra parte, es muy extraña la interpretación que hace la magistrada, también en «hechos probados», de ciertos detalles del tour, como la famosa frase de los «peinados a la última moda». Nos encontramos con la misma lectura literal del escrito de acusación, pese a que Anónimo dejó claro en su

interrogatorio que el tratamiento, en todo caso, era «risible» hacia los miembros de La Manada.

Y lo mismo hace la sentencia con las famosas «camisetas»: Anónimo explicó en el juicio que había observado que las vendían en tiendas para turistas del centro de Pamplona, que eso le pareció escandaloso y que por eso decidió recogerlo en su parodia. Su abogado presentó fotos de las camisetas tomadas en varias tiendas de la ciudad la noche anterior. Y, sin embargo, la sentencia disparaba al mensajero y sugería que la alusión pretendía ensalzar a los violadores.

El penalista Javier Cigüela, de la Universidad de Barcelona, escribió sobre este punto de la sentencia:

> Una vez que el falso tour pasa por el filtro del proceso judicial, poco importa la intención de los acusados, que su acción se inscriba en una tradición crítica que se remonta por lo menos a Orson Welles y su emisión radiofónica de la falsa invasión extraterrestre; poco importa que en la web no haya referencia vejatoria o denigratoria alguna para la víctima, o que los miembros de La Manada aparezcan caricaturizados («cinco varones con peinados a la última moda»); poco importan las acciones pasadas del colectivo, las cuales lo colocan lejos de la caricatura que la acusación hace de ellos. La realidad da igual, pues los procesos judiciales son marcos autorreferenciales, solo filtran el segmento de realidad que permite la reproducción de los intereses juridificables según ese mismo marco, el cual tiene una estructura binaria (acusación *vs.* defensa), actores especializados, y en el que las explicaciones complejas son a menudo fáciles de desechar. Recortada la ironía, la crítica a los medios, caricaturizado el colectivo, caray, obviada hasta la inexistencia del propio tour, ¿qué es lo que queda? Muy sencillo: una realidad paralela, donde unos desalmados «comercializan con el sufrimiento de la víctima», «banalizan la violencia machista» y «enaltecen a cinco agresores sexuales alabando sus peinados». Lo que queda es, en fin, la versión que los medios de comunicación han ido contando, en consonancia con los escritos de acusación, esto es, posicionándose de facto a favor de una de las partes

procesales estratégicamente aliñadas.

De forma más particular, y a coro de las palabras de Cigüela, sorprende que una sentencia sobre una web irónica mencione una sola vez la palabra «ironía» y lo haga en estos términos: «La simple lectura de la página lleva a la clara conclusión de que el delito del que fue víctima se convirtió por parte del autor ahora acusado en un "jolgorio", en una ironía, lo que constituyó un sufrimiento adicional importantísimo para una víctima». La jueza parece ignorar aquí que la ironía no apuntaba al suceso, sino a su tratamiento mediático. Uno puede ironizar con la forma en que un periódico cuenta una batalla sin estar ironizando por ello sobre la batalla. «Jolgorio», por cierto, es una palabra que Anónimo no mencionó en su interrogatorio, pese a las comillas de la magistrada, pero que sí escribió el juez del voto discrepante en el juicio de La Manada. Aquel cuyo rostro terminó dentro de una diana como epítome del machismo español. Esa palabra se había repetido en la prensa machaconamente, y se había connotado, como si demostrara que había una línea de compadreo y malicia machista que unía a los condenados con ese juez que había pedido su absolución. ¿Qué hacía aquí?

Pero, si las comillas en «jolgorio» pueden atribuirse a un lapsus de la magistrada, no pasa lo mismo con otra invención más grave y notoria de su escrito. En las conclusiones, la jueza incurre en una mentira manifiesta cuando atribuye a Anónimo una afirmación que no hizo. He pedido a Anónimo que revise el vídeo y me haga una transcripción de lo que dijo en su turno de última palabra, cuando tuvo la absurda idea de mentar *Psicosis* para defenderse. Estas son sus palabras exactas:

> Simplemente, declararme inocente. Una última apreciación: supongo que todas ustedes han visto *Psicosis*, de Alfred Hitchcock.

> Empieza con un robo y a media película cambia hacia lo que todos sabemos, que es un asesinato de un psicópata. Aquí, la abogada de lo que me está acusando es de los primeros minutos de esa película. Si ella fuera un crítico, diría «a mí no me gustan las películas de robos» y alguien le respondería: «no, la película trata del asesinato de un psicópata». Está obviando toda esa segunda parte. Y creo que es lo importante, porque ella misma admite que se trata de un hecho que yo hago con un grupo de personas y que nos dedicamos a combatir la desinformación y a ponerlo todo en evidencia. Pero a la vez, esto no le sirve como prueba. Pues yo no sé a qué quiere llegar. No quiero decir nada más, que nos queremos ir a comer. Solo añadir que la víctima y nosotros estamos en el mismo barco, y así lo entendimos desde el primer momento. Nada más, muchas gracias.

Bien. En la sentencia, la magistrada escribe:

> Nos encontramos ante un delito contra la integridad moral, resultando incalificable en este contexto que el acusado en su última palabra llegara a afirmar que: «Esto es una broma, ha picado hasta la víctima y su letrada», y resultando patente que, pese a lo señalado por el acusado, la víctima y el acusado no están, ni mucho menos, «en el mismo barco».

¿Disculpe? ¿No tenía acceso al vídeo del juicio cuando redactó la sentencia? ¿Habló de memoria, de oídas, o tenemos ahí una prueba de que no estaba condenando un hecho, sino una lectura personal del hecho? Por otra parte, ¿es legal atribuir a un acusado palabras que no ha empleado y utilizarlas, además, para justificar su condena? Lo ignoro.

En el fondo, la atribución por parte de la jueza de palabras falsas que Anónimo no pronunció retrata a la perfección el espíritu del caso y la sentencia. Se le castigó por algo que no hizo, que no existió, que no iba a existir, basándose en una lectura literal de un mensaje irónico. Se persiguió y condenó una ficción. Así que tan falsa es la lectura del tour y las

intenciones de Anónimo como esa cita. La sentencia es, de hecho, posmoderna: si lo verificable no importa y solo pesan las interpretaciones (en este caso la que hicieron la denunciante o su abogada), ¿qué importa la distinción de la verdad y la mentira?

En fin. He recopilado aquí algunos de los elementos más sorprendentes de la sentencia, pero los juristas que la han estudiado se centran en el aspecto técnico de la argumentación que lleva a condenarlo por el artículo 173.1. Este artículo es bastante ambiguo. Dice: «El que infligiera a otra persona un trato degradante, menoscabando gravemente su integridad moral, será castigado con la pena de prisión de seis meses a dos años». ¿En qué consiste, entonces, el «trato degradante» de Anónimo contra la denunciante? Lo explica el contenido de la jurisprudencia que la magistrada cita en la sentencia.

En la sección de «fundamentos de derecho» incluye ocho sentencias previas. Los hechos condenados por el artículo 173.1 que menciona implican: obligar a una mujer a prostituirse y sumergirle la cabeza en el río repetidas veces; propinar palizas a hombres inmovilizados; reclusiones de personas en habitaciones a oscuras, maniatadas, sin atender sus necesidades básicas, y la publicación de anuncios sexuales con el número de teléfono de una mujer sin su consentimiento. Este último recibió absolución, pese a estar probado el hecho, porque no lo consideraron lo bastante grave.

La sentencia 157/2019 del 26 de marzo de 2019, citada por la magistrada, dice casi textualmente que el procesado golpeó a su víctima por comportarse como «una niña chica y no como una mujer». Que la obligaba a ponerse de rodillas largo tiempo con la excusa de ponerla derecha, dado que por su minusvalía no podía hacerlo, e incluso le intentaba poner recta la mano que por su enfermedad estaba torcida, lo que le provocaba dolor. Como castigo por «mirar a otro hombre» en la calle, al

llegar a casa le cortó el pelo. Además, el individuo preparó dos veces un baño con agua muy fría pese a estar próximo el invierno, vertiendo luego agua muy caliente que le quemó la piel, y la sumergió a la fuerza en el agua. Al no querer regresar con él, el tipo, con ánimo de doblegar su voluntad, le dijo que si no volvía mataría a su abuela de un infarto.

El juez que condenó a ese sujeto justificaba la aplicación del artículo 173.1 y lanzaba una definición del «trato degradante» cuyos argumentos hace suyos la magistrada para condenar a Anónimo. He hecho un ligero parafraseo del texto original, de redacción más larga y tortuosa, y añadido cursivas, pero en esencia este es el contenido del escrito de aquel juez:

> La acción típica consiste en infligir a otra persona un trato degradante, de forma que se siga como resultado y *en perfecta relación causal* un *menoscabo grave de su integridad moral*. El núcleo de la descripción típica es la expresión «trato degradante», que —en cierta opinión doctrinal— parece presuponer una cierta permanencia del comportamiento, o al menos repetición, pues en otro caso no habría «trato» sino simplemente ataque. No obstante, se debe estimar cometido el delito a partir de una conducta única y puntual, siempre que en ella se aprecie una *intensidad lesiva* para la dignidad humana suficiente para su encuadre en el precepto; es decir, *un solo acto, si se prueba brutal, cruel o humillante puede ser calificado de degradante* si tiene *intensidad suficiente* para ello.
>
> En cuanto a la mecánica comisiva se sanciona cualquier trato degradante que menoscabe gravemente la integridad moral. Se trata de someter a la víctima, *de forma intencionada*, a una situación degradante de humillación e indignidad para la persona humana.
>
> El atentado a la integridad moral debe ser, en consecuencia, *grave*, debiendo la acción típica ser interpretada a la vista de todas las circunstancias concurrentes en el hecho, pues cuando el atentado no revista gravedad podríamos estar ante una infracción de menor entidad punitiva.

Es decir, para condenar a Anónimo la jueza tenía que justificar tres puntos clave: que el trato degradante había tenido un carácter «grave» y sostenido en el tiempo, o que se había producido una sola vez, pero de forma lo bastante «brutal» o «humillante»; que había sido un acto de «claro e inequívoco contenido vejatorio» en «perfecta relación causal» con el daño sufrido por la denunciante; y, por último, que existió un dolo en Anónimo, ya fuera porque tuvo la intención de hacer daño o porque sabía que su acción lo provocaría y siguió adelante. En caso contrario, la cosa sería una «infracción de menor entidad punitiva».

Empecemos por la gravedad del daño. Ya hemos señalado que la única prueba de ello era el informe de la médica personal de la denunciante, escrito el día 30 de abril, cinco meses después de la publicación del tour y justo cuando se interpuso la denuncia. Sin necesidad de poner en duda que el daño fuera real, lo cierto es que como prueba en un proceso penal ese informe no parece ser adecuado. La sentencia lo califica como «pericial», lo que vuelve a ser sorprendente, porque resulta que toda prueba pericial ha de realizarla un perito, es decir, una persona objetiva, formada en la disciplina adecuada y ajena a los intereses de las partes. Que la jueza llame «pericial» a ese papel es, según los juristas a los que he consultado, poco ortodoxo. Más todavía cuando se trata de la única prueba del daño, cimiento sobre el que se asienta todo lo demás.

Segundo: ¿Cómo se probó que había una «relación causal clara e inequívoca» entre el acto de Anónimo y el daño sufrido por la denunciante? De nuevo: es algo que se infiere de la redacción de los hechos probados, y por tanto de las suposiciones que hace la magistrada, en consonancia con las del escrito de acusación. La denunciante dijo en el juicio que la web le había causado un grave quebranto, pero lo que debía

probarse en este segundo punto ya no era eso, sino que Anónimo sabía que su acción provocaría esta consecuencia. Es decir: había que probar la existencia de una relación de causa y efecto, que además pudiera prever Anónimo.

Recordemos que la web salió tres días antes de uno de los hitos judiciales de La Manada, cuando los acusados de la violación estaban, para colmo, en libertad condicional. El foco mediático era intenso. Incluso se propuso entrevistar a uno de ellos en «El Programa de Ana Rosa», cosa que finalmente se abortó por la presión de las redes. Entretanto, las imágenes de los miembros de La Manada y los lugares del suceso eran omnipresentes en las pantallas. ¿Tenía toda esa exposición sensacionalista efectos negativos en la psique de la víctima? ¿Reavivaba su sufrimiento? En el juicio, se dijo que ella se había desconectado para protegerse, y que se había marchado de España huyendo de esta atmósfera morbosa. La web supuestamente se la había enviado alguien por redes sociales. Ella dijo Instagram, su abogada dijo Twitter.

Hay que preguntarse entonces: ¿lo que avivó su dolor era la web o el hecho de que se la enviaran? Es decir, ¿no tenía el sensacionalismo el mismo efecto? Y en esa línea, si alguien le hubiera pasado a la chica cualquiera de esos programas morbosos de la televisión, ¿el efecto hubiera sido el mismo? ¿Los habría denunciado? ¿Cómo se puede separar una cosa de la otra?

Pues bien, la jueza omite toda alusión al sensacionalismo, no penetra con suficiente interés en esta cuestión, ni siquiera cuando anota las palabras de Anónimo en el interrogatorio, que ella no ha llegado a comprender y malinterpreta. Él dijo en la instrucción y repitió luego en el juicio que fueron los medios los que difundieron la web, a la que hubiera sido muy difícil que llegara nadie de otra forma.

Entonces ¿lo que tuvo ese efecto en la denunciante fue la

web en sí o el hecho de que la difundieran los medios? Y sobre todo ¿cómo se justifica la relación de causa y efecto, y cómo se prueba el hecho de que Anónimo lo había previsto? ¿La relación de causalidad habría que establecerla entre la creación de la web y el daño o entre la difusión de la web y el daño? Pues bien, la magistrada no entra en este terreno. Explica la causalidad con una variación de la falacia *ad populum*: «Cualquier persona de inteligencia media sería capaz de ver la relación entre el acto y las consecuencias para la denunciante».

Es decir, Anónimo tenía que haberlo previsto, dado que tiene una inteligencia media, y para la jueza no existe la posibilidad de que, si no es idiota, no lo prevea. Es un argumento falaz que, de rebote, salpica a la fiscal, puesto que ella tampoco vio esa relación causal y también entendió que la difusión de la web que hicieron los medios pilló por sorpresa a Anónimo, y así lo expresaba en sus conclusiones para pedir la absolución del acusado. ¿Sugería entonces la jueza que la fiscal era un poco más tonta que la media?

Esta aseveración de la magistrada prácticamente llevaba al tercer punto clave, la justificación del dolo. Si Anónimo no era tonto, entonces sabía que su acción haría daño a la víctima. Conociendo esa consecuencia, o bien no le importó y siguió adelante, o bien publicó el tour para hacer daño.

Existen tres grados en el dolo, y cada uno implica condenas de distinto rigor. Está el directo o de primer grado, cuando el objetivo de una acción es causar daño; el consecuencial o de segundo grado, cuando el daño no es el fin último de la acción, pero es necesario para que esta pueda llevarse a cabo; y el eventual o de tercer grado, cuando el daño es solo probable y, aunque no sea lo deseado, se asume. Podríamos entender que se hubiera aplicado el tercer grado de dolo a Anónimo, aunque tampoco estaríamos de acuerdo, puesto que no era fácil adivinar cómo se tomaría la denunciante la web, dado que

nadie sabe nada sobre ella. Pero una condena penal dura es más difícil de justificar con el dolo eventual, cercano a la imprudencia.

La magistrada eligió finalmente el segundo, el «dolo consecuencial». ¿Cómo? Algunas de las trampas de Hermida durante su interrogatorio nos dan la respuesta. Anónimo admitió que el desarrollo de la web fue un asunto meditado, lo que conectaba con esa opinión de la magistrada sobre la gente con una inteligencia media y las consecuencias del acto.

Dos de las trampas de Hermida resultaron ser muy astutas visto el peso descomunal que tuvieron en la condena. Primero, Hermida hizo varias preguntas sobre el Hotel Europa, y Anónimo dijo que habían tenido en cuenta la petición del abogado del establecimiento para retirar esa referencia. Segundo, cuando Hermida le dijo que los «peinados a la última moda» le parecían un elogio, Anónimo respondió que, al saber que alguien los había denunciado, creyeron que la cosa vendría de La Manada, porque la web se burlaba de ellos y hablaba de agresión cuando las sentencias decían abuso. Añadió que no se les pasó por la cabeza que la denuncia pudiera venir de la víctima de La Manada.

Lo que daba a entender es que no consideraban que la web fuera ofensiva para ella, y sí para sus enemigos. Pues bien, la sentencia transforma en arsénico estos dos gramos de testimonio de esta forma:

> Y es sorprendente que tuviera en cuenta las sensibilidades de los agresores, y del hotel, que ciertamente nada tenía que ver, considerando solo respecto a los primeros la posibilidad de que le demandaran, sorprendente hasta el extremo de resultar inverosímil; no es creíble que se alegue que pensó que podía afectar a los condenados por la agresión sexual y que ni siquiera tuviera el acusado ni el mínimo pensamiento hacia la perjudicada de tales hechos y la repercusión que su conducta iba a tener en ella, pudiendo concluirse

> más allá de toda duda que si bien pensó en ello, despreció las consecuencias que su conducta necesariamente iba tener en la mujer víctima de la agresión sexual.

Ahí está: eso es el dolo. La trampa está en el tiempo, en no apreciar cuándo piensa Anónimo en el Hotel Europa y cuándo en los miembros de La Manada. La magistrada convertía el hecho de que, en diferentes momentos, hubieran pensado en el establecimiento y en los miembros de La Manada en una insensibilidad dolosa hacia la víctima de la violación. Como si al crear la web hubieran estado preocupados por el daño que esto podía hacer a un hotel y a esos tipos, cuando esto no era lo que Anónimo había dicho.

Pero para justificar el dolo también era fundamental otra pieza: había que mantener en el limbo la inexistencia del tour.

La acusación, como buscaba además el delito de odio, se basaba en que el tour era real, en que a Anónimo lo movía el lucro y en que su objetivo era menoscabar a la denunciante de acuerdo con una supuesta ideología misógina, sobre la que el escrito de Hermida se recreaba sin pudor. Es decir, la acusación apuntaba al dolo directo. Pero, dado que fue imposible mantener esta mentira en la sala (y por eso se absolvió a Anónimo del delito de odio), la sentencia se colocaba entre dos aguas. De ahí que el escrito de la sentencia no diga que el acusado «presuntamente» ofertaba un tour, sino que dice que lo ofertaba. Es otra capa de relativismo. El tour de Schrödinger. Desde ahí, la pretensión irónica del mensaje se volvía irrelevante.

Hay un ejemplo previo de castigo por una lectura literal de la ironía en España, aunque no se condenó por el mismo artículo: el caso del cómic *Hitler = SS*, de los autores franceses Vuillemin y Gourio, que publicó en nuestro país la editorial anarquista Makoki en 1990. El cómic era una parodia del

discurso revisionista que negaba la existencia de Holocausto judío. Utilizaba el lenguaje de los neonazis para colocar su absurda teoría ante el espejo. El cómic, por tanto, podía leerse de forma literal como un alegato nazi y como una falta de respeto hiriente y humillante hacia las víctimas de Hitler. Sin embargo, su intención —su objetivo— era la contraria. La confusión entre la parodia y la declaración, la omisión de la sutileza, llevó a la prohibición del cómic en España, Francia, Italia y otros países europeos. Todavía hoy está censurado y no se puede imprimir.

¿Era la humillación de los judíos el propósito de los autores? No: era, en todo caso, la humillación de los neonazis. ¿Podía sentirse agraviado, incluso herido, un superviviente del Holocausto que hiciera una lectura literal? Sin duda. Pero la responsabilidad de los medios, incluso de los jueces, hubiera sido la de proporcionar a esta persona las herramientas necesarias para interpretar correctamente el mensaje. Condenar a los autores en base a una lectura incorrecta de su obra es una victoria de la estupidez y de la literalidad.

Total: a Anónimo no se le condenó por el contenido de la web, ni por su intención real, sino por una de las posibles lecturas, errónea para más señas. Como si el autor de un poema difícil tuviera que dar la razón a los lectores que no lo han comprendido y aceptar con mansedumbre que su verdadera motivación interna la conocen ellos mejor que él.

El tour solo fue algo real en el relato mediático, y la sentencia creó una realidad nueva. El dolo solo podía achacarse a Anónimo en un universo paralelo, y esto es lo que se condenó: hechos alternativos. El problema, claro, es que esa persona de la que habla la sentencia no era él. He aquí cómo se consumó la venganza de un seudónimo contra su anfitrión. He aquí cómo se manifiesta la ironía en un juicio a la ironía.

27
El tabú es la sátira

> Pasó un rato antes de que cayera en la cuenta de que (a pesar del gélido silencio que me rodeaba) mi historia no pertenecía a la categoría de las historias trágicas, sino más bien a la de las cómicas.
>
> Eso me proporcionó cierto consuelo.
>
> MILAN KUNDERA

En mayo de 2021, el profesor de Filosofía del Derecho Jorge Urdánoz me invitó a dar una charla sobre el tabú y la herejía en la Universidad Pública de Navarra. Yo había trabajado con estos conceptos en mi libro *La casa del ahorcado*, pero, como me aburre decir siempre lo mismo, me puse a pensar ejemplos nuevos para usar en la conferencia. De pronto tuve una idea. Se lo conté a Urdánoz unos días antes y el hombre se rio. «Prueba —me dijo—, a ver cómo lo reciben».

Durante los primeros cuarenta y cinco minutos, sumergí la cabeza del público en los recovecos antropológicos del tabú, de forma un poco abstracta para mi gusto. Les hablé del contagio simbólico, el pavor a la frontera y lo marginal; de las ceremonias de purga, los ritos de paso y el *Pharmakos*; mencioné —creo recordar— a los mendigos, a los transexuales, a los nazis, y dije, de acuerdo con lo que había publicado en

ese libro, que el tabú no solo es un mecanismo propio de pueblos primitivos, sino un asunto de actualidad en Occidente y, al fracturarse, un síntoma clave para entender nuestra desintegración social.

«Ahora que ya hemos sentado las bases teóricas —dije—, voy a proponeros un ejemplo. Y, ya que estamos en Pamplona, he decidido traer aquí uno digamos que local, porque creo que os va a incomodar, y la incomodidad es un buen trampolín para seguir pensando».

El ejemplo era, claro, el Tour de La Manada. Durante los últimos meses, Anónimo y yo habíamos hablado un poco por el chat sobre la posibilidad de hacer algo, sin llegar a concretar nada. Eran los peores momentos: Homo Velamine se había desarticulado, él estaba pagando ya la indemnización y no veía forma de encontrar trabajo, y una extraña enfermedad había aparecido en su ojo. Veía un destello que resultó ser producto de una inflamación en la retina. Los médicos le dieron dos opciones: o se había puesto muy malo y el virus había atacado su ojo, o había sufrido un pico de estrés demencial. En estas circunstancias, nuestras conversaciones por el chat eran breves. Anónimo no tenía ánimo ya ni para defenderse. A nadie parecía importarle su caso, por más que se desgañitara destripando la sentencia en su web.

Pues bien, lo que ocurrió en esa conferencia en Pamplona, e inmediatamente después, fue lo que me convenció de que tenía que escribir este libro.

Allí hice lo contrario que la prensa y la justicia. Ofrecí un contexto, conté en orden cronológico las acciones de Homo Velamine, expliqué su espíritu heterodoxo y provocador, su necesidad de dar la vuelta a los dogmas, y la gente se rio a gusto con las fotos que iban desfilando por la pantalla. Cuando llegamos al tour, noté que una parte del público se quedaba confundida, pero nadie parecía enfadado. Alguien se me acercó

al final y me dijo que había leído en su momento noticias sobre el tour y que la cosa le había indignado. Ahora, al conocer la verdad, esta persona se sentía estafada. ¿De modo que el tour no existió, que era una parodia, algo como las noticias de *El Mundo Today*? Sí, efectivamente. Pero esta vez la desinformación había ganado.

El ejemplo me sirvió para explicar, además, el que tal vez fuera el error más grave de Anónimo García: él no tuvo en cuenta que una materia tabú guarda dentro de sí un poder incontrolable que contagia al que transgrede la prohibición y lo convierte a él también en tabú, como el imán contagia su magnetismo al hierro. El transgresor se volverá por lo tanto intocable, porque todo el mundo entenderá, sin necesidad de que nadie lo señale de forma explícita, que quien se le acerque demasiado puede correr la misma suerte.

El tabú es como una lepra simbólica que contagia a quien lo toca. Y esto es lo que Anónimo hubiera debido tener en cuenta antes de lanzarse a parodiar el tratamiento mediático del caso de La Manada, quizá el tema más tabú de los últimos años. Reflexionar sobre este peligro tal vez no lo hubiera disuadido, pues el tabú había sido la materia con la que venía trasteando desde antes del nacimiento de Homo Velamine, cuando acudió al 15M con una banderita española pegada sobre la obra de Delacroix. Pero, tal vez, le hubiera ayudado a pulir la acción y evitar las consecuencias penales. O no, quién sabe. Al fin y al cabo, la realidad ya ha demostrado ser lo bastante absurda con lo que ha pasado.

Pero ¿cómo podía ser que el caso de La Manada fuera tabú y al mismo tiempo un asunto de dominio público del que todo el mundo hablaba a todas horas? La prohibición del tabú no opera en todas las circunstancias. Siempre existen ritos, acercamientos especiales, momentos de suspensión, carnavales que nos permiten decir lo que no se puede decir, hacer lo que

no se puede hacer y tocar lo que no se puede tocar. Existen también sacerdotes y bufones, se les permite el sacrilegio que está vetado para el resto. El caso de La Manada fue manoseado sin pudor por la casta sensacionalista sin que nadie fuera castigado por ello, porque lo hicieron en forma de rito del horror, entre grandes aspavientos: una suerte de ceremonial que desactivaba lo intocable para ellos y les permitía lucrarse con el caso sin recibir la reprobación social.

También se estrenó una obra de teatro, *La Jauría*, que convertía los documentos del juicio de La Manada en un texto dramático, esta vez con el permiso de la chica. Los autores pidieron consentimiento para ello a la víctima, pero, si hablamos de revictimización, no puede decirse que esta obra no la pusiera en juego. Sobre las tablas, una actriz interpretaba a la chica. Lloraba y gritaba sin parar, mientras cinco actores que encarnaban a los condenados con un parecido increíble la acosaban cual orangutanes y un puñado de jueces la torturaban con su incredulidad. El público quedaba conmovido, horrorizado y también complacido. La obra de teatro ganó todos los premios, privados y públicos, recibió críticas positivas y se programó con gran éxito y durante muchos meses en un montón de teatros.

De nuevo, era un ritual de transgresión permitido. De la misma forma que un niño de nueve años puede beber vino delante de sus padres siempre que lo haga durante la comunión, había maneras de tocar el asunto, incluso de lucrarse con él, sin desatar el castigo y la purga.

La Jauría es muy interesante, también, porque nos dice en qué lugares pone esta sociedad el drama y la comedia. Demuestra que el acercamiento dramático está permitido, de la misma forma que el tour nos indica que el acercamiento satírico no lo está, ni siquiera cuando el objeto de la sátira no sea la víctima, sino la maquinaria sensacionalista que se

aprovechó de su desgracia.

La Jauría partía de la literalidad de los textos judiciales y ofrecía un contenido de lectura lineal, clara e inequívoca. En esa obra de teatro, lo que estaba bien estaba bien y lo que estaba mal estaba mal. Según los autores, la obra pretendía conmover, asquear y concienciar sobre el sufrimiento de las mujeres. Lo cierto es que tenía ese aspecto, indiscutiblemente.

El tour, en cambio, había dejado en el tejado del público la decisión de elegir la interpretación correcta, y su autor ni siquiera se presentaba como bufón, lo que tal vez hubiera sido un atenuante social, sino que se mantenía en las sombras, puesto que esta era la única forma de que el acto funcionase. Por ese motivo no sirvieron de nada las explicaciones literales de Anónimo en el juicio, cuando cayó su máscara, ni tampoco el desmentido que sustituyó el contenido original días después de lanzar el tour.

Fue la ironía lo que transgredió el tabú, y ni siquiera la literalidad de la confesión pudo restaurar el equilibrio. Para cuando tuvo que ir a juicio, Anónimo estaba ya contagiado de tabú. Era intocable, que es una forma de decir que no tenía credibilidad.

Ese miedo al contagio, esa cobardía antediluviana de los hombres ante el tabú, es lo que explica que nadie los apoyara. Lo intentaron con Amnistía Internacional, con quienes Anónimo había tenido contacto tras años de colaboraciones. Les pidieron ayuda el día que la ONG le escribió un correo para que apoyara una campaña en defensa de Pablo Hasél y la «libertad de expresión». Había en ese momento grandes manifestaciones de apoyo al rapero encarcelado que llegaron a ser violentas, y también declaraciones ampulosas de políticos y periodistas de izquierdas a su favor. Sin embargo, Amnistía respondió que no iban a apoyar a Anónimo.

La excusa que dieron fue que en este caso había una víctima

en juego, y lo mismo les dijeron algunos influencers de la prensa progresista. Si hay víctimas en la ecuación, venían a explicar, con eso no se juega porque excede la libertad de expresión. Lo cual es muy gracioso si pensamos que Pablo Hasél fue condenado por primera vez en 2014 porque algunas de sus letras se consideraron una humillación a las víctimas del terrorismo. «No me da pena el tiro en tu nuca, pepero. No me da pena el tiro en tu nuca, socialisto», etcétera. Pero ya se sabe: lo ofensivo va por barrios y el tabú va por tribus.

En el Tribunal Constitucional tuvieron algo más de suerte, aunque la partida sigue abierta. Allí admitieron a trámite el recurso que envió el nuevo abogado de Anónimo, en el que solicitaba la anulación del juicio porque en su opinión no se habían respetado derechos fundamentales como la libertad de expresión y creación artística o la tutela judicial efectiva, vistos los agujeros de la sentencia de primera instancia. Teresa Hermida escribió alegaciones solicitando que se desestimara su demanda de amparo y filtró su escrito a *Confilegal* («La víctima de La Manada se opone al amparo solicitado al TC por el inventor de la web el tourlamanada.com»). Ahí pueden leerse sus argumentos.

Hermida afirmaba que la libertad de expresión no aplicaba para este caso, de nuevo, porque había una víctima en la ecuación. Según su escrito, el derecho al discurso artístico libre «no puede ser irreflexivamente expandido a costa de la salud y la integridad moral de las víctimas», porque eso sería como reconocer la existencia del «derecho fundamental a humillar a las víctimas». Lo que sostiene esta señora es que la mera posibilidad de que una sátira duela, aunque sea de rebote, a una víctima, por más que no se la haya mencionado con intención humillante, quedaría fuera de la libertad de expresión. Es convertir el dolor fortuito en el candado del arte y de la risa. De ahí que la decisión del Constitucional vaya a ser

tan importante, como dijo el juez Portillo.

Pero, tras todo este asunto, hay algo todavía más oscuro si pensamos en la vida de esa chica sin nombre a la que todo el mundo llama «la víctima». Convertida en esto, es decir, en la consecuencia encarnada del daño que sufrió, su identidad ha quedado cosida al suceso. Es lo que parece indicar su abogada cuando sostiene que utilizar el caso en una parodia, que ni siquiera tiene como objeto a la víctima, es un ataque contra su dignidad. En una sociedad que idolatra a las víctimas y las despoja de su agencia, es como si otro laberinto se hubiera cerrado en torno a esa chica. Ojalá consiga salir algún día.

En fin. En Pamplona, la charla terminó y los asistentes empezaron a disgregarse. Finalmente quedaron los aficionados a la caña, Urdánoz y un pupilo suyo, otro puñado de chicos y chicas simpatiquísimos, un periodista experto en videojuegos y un amigo mío de la infancia, Perico, al que no había visto desde que teníamos cinco años. También se quedó con nosotros un tipo alto, de modales suaves y un extraño peinado retro, que había estado sentado al fondo, discreto, casi invisible.

Nos fuimos todos juntos a tomar algo por el centro. Perico y yo nos poníamos al día mientras el resto del grupo discutía sobre lo que habían oído en la conferencia y el tipo alto y silencioso nos seguía unos pasos por detrás. Ya era de noche en Pamplona cuando atravesamos la Plaza del Castillo. Entonces ese tipo se puso a mi lado, me hizo un gesto confidencial y señaló con disimulo y una sonrisa triste un banco concreto. Ese banco.

Después, liberado por un rato de la lepra del tabú gracias a esa pequeña ceremonia improvisada en la universidad, rodeado de personas que habían entendido su ironía, fue como si la maldición que perseguía a Anónimo allá donde fuera se hubiera suspendido temporalmente. De modo que el tipo alto y silencioso notó algo parecido al alivio y confesó su identidad a

los perplejos bebedores que lo rodeaban.

Barcelona, hogueras de San Juan de 2022

Accede a cualquier avance relacionado con el caso de Anónimo García a través de este código QR, cuyo contenido irá actualizándose con todas las novedades:

© *Budoson*

2013. El primer atentado ultrarracional de la historia de la humanidad.

© *Edu Granados*

Poseídos por Edgar Neville, los ultrarracionalistas marchan a cortar la Gran Vía con un caballo, en una algarada contra el mundo moderno.

© *Rasomon*

Celebraciones frente a la sede del PP en Génova. Anónimo García y Mr. Satán son los hipsters con Rajoy. Se la colaron a *Libération*.

Laura Tabares

Anónimo y Elena, con sus camisetas de Feministas con Esperanza Aguirre (FEA), posan junto a la diosa del empoderamiento femenino.

© *Lady Morticia*

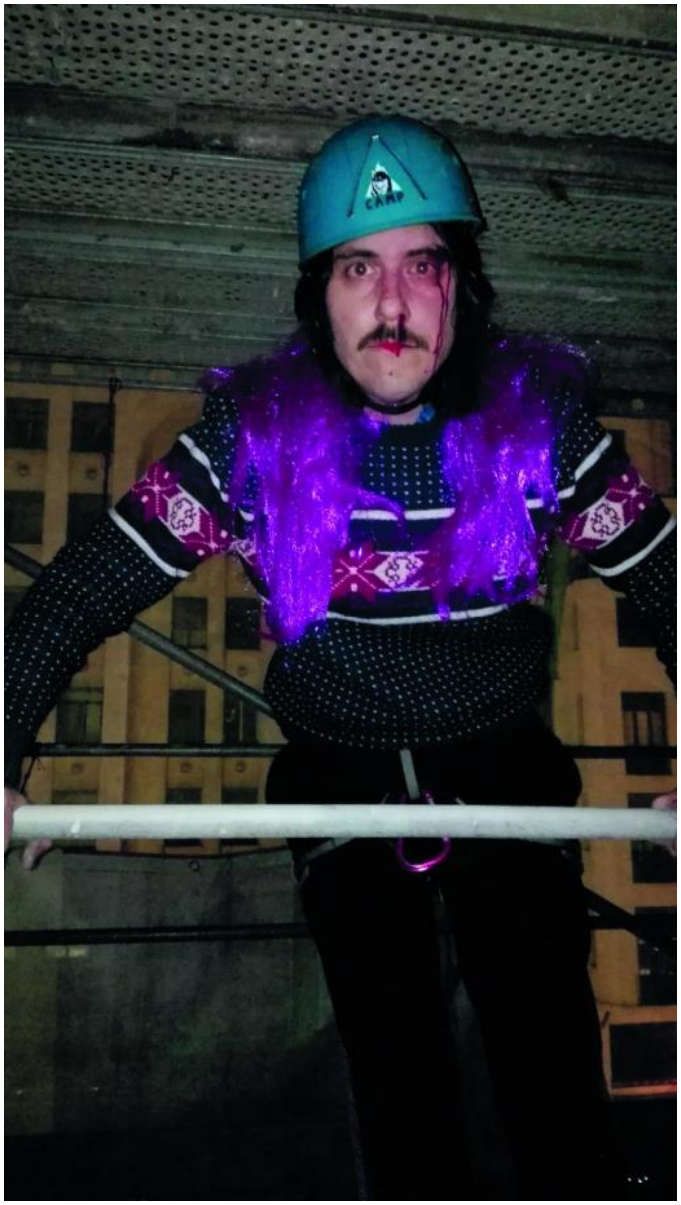
Sor Paso y el padre Jerónimo, los cleroflautas, se presentan en el congreso cismático de Podemos para pedir unidad en la izquierda «y unidad también en Cristo».

© *Ano*

La tertulia ultrarracional de Madrid. Con camiseta azul y barba sufí, Rasomon.

© *Javier San Román*

El atentado semiótico del 8M. El lema «Viva España feminista» se desplegó en una bandera de diez metros de largo por cinco de ancho al paso de la manifestación.



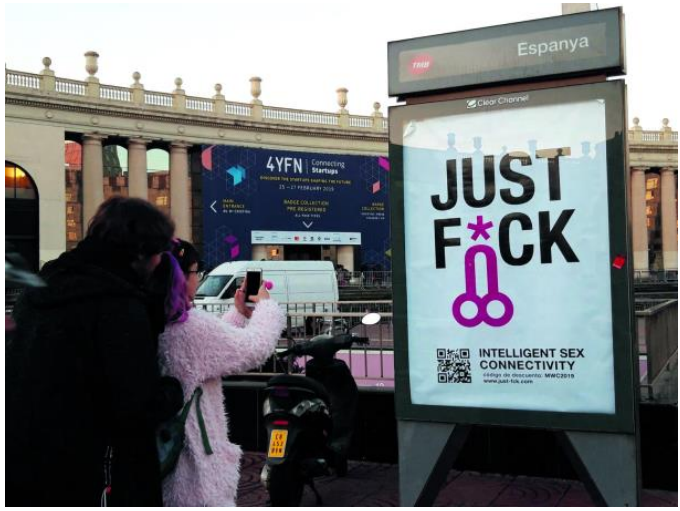
© *Sara Dos*

Anónimo García, todavía en el andamio desde el que han descolgado la bandera, donde lo acaban de agredir miembros masculinos de la guardia

pretoriana del feminismo español.

© Un señor que pasaba por allí

Paisaje típico español, durante uno de los garbeos ultrarracionales. Allá donde encuentres un toldo verde hay esperanza.



osé Luis Galeón

Cartel de Just F*ck, una aplicación para facilitar a los asistentes del Mobile World Congress una «conectividad inteligente» con las prostitutas que tanto les gustan.

© *Uanra*

El Comando Barcelona, durante el acto «Turistes Pel Sí», reclama el derecho a voto de los guiris para que haya «un país nuevo que visitar».

© *Ano*

Mr. Satán y Ernesto Castro celebran con la máxima seriedad una lectura pública de Heidegger en la clausura del ficticio Círculo Podemos de Filosofía analítica.

© *Rasomon*

«#FreeAno». Los ultrarracionalistas arropan a su líder en su primera visita al juzgado de instrucción.

© *Tribunal Superior de Justicia de Navarra*

Anónimo García trata de explicar en el juzgado cómo funciona la ironía. © Tribunal

En los últimos años, ninguno de los casos judiciales contra la libertad de expresión ha suscitado tan poco apoyo social y político como el de Anónimo García: un extraño personaje que convirtió el engaño a los medios de comunicación en una forma de expresión artística junto a un grupo de compañeros heterodoxos y bohemios. Mientras los supuestos defensores de la creación libre protestaban por la condena al rapero Pablo Hasél, Anónimo también era condenado, despedido de su trabajo y difamado por la prensa amarilla sin que nadie se dignase a explicar la verdad y ofrecer un contexto. ¿El motivo? Anónimo se había atrevido a parodiar el tratamiento sensacionalista del que ha sido, sin lugar a dudas, el episodio mediático más sensible de las últimas décadas en España.

En *Nadie se va a reír*, Juan Soto Ivars narra las descacharrantes aventuras de Anónimo y su grupo, sus incontables burlas y su particular filosofía, destinada a combatir la autocomplacencia. Ofrece con ello una disección implacable del circo sensacionalista y una inquietante reflexión sobre la epidemia

de propaganda, moralismo y literalidad que impide que tanta gente interprete ciertos mensajes complejos y sutiles cuando resultan incómodos para los dogmas de su tribu.

Sobre *Arden las redes* se dijo:
«Soto Ivars toma la palabra y lleva a cabo, a fuer de buen periodista, una investigación encaminada a desvelar los entresijos del sucio asunto de los linchamientos digitales». Fernando Aramburu «Si has escrito tuits y los has borrado antes de darle a twittear, Soto Ivars te explica el porqué».
Jordi Évole

Sobre *La casa del ahorcado* se dijo:
«Soto Ivars desmonta la simpleza de los debates binarios y demuestra que el duelo a garrotazos de Goya es un fenómeno global. No contento con eso, reivindica el valor del pensamiento crítico e individual frente a las obcecaciones grupales, ideológicas y casi ecuménicas como nuevas formas de persecución y censura». Karina Sainz Borgo

Ofrece un luminoso análisis de buena parte de los cambios sociales y políticos que están ocurriendo en el mundo». Bernabé Sarabia, *El Cultural*

Juan Soto Ivars nació en Águilas en 1985. Sus últimas obras publicadas son la novela *Crímenes del futuro y el ensayo Arden las redes: la poscensura y el nuevo mundo virtual*. Es columnista en *El Confidencial* y *El Periódico de Catalunya*, colabora habitualmente en los programas de radio *Julia en la Onda* (Onda Cero) y *Hoy empieza todo* (Radio 3), y en televisión con *Els Matins* (TV3). Está casado y ha tenido un hijo. Desde ese momento, todo lo demás le da un poco igual

Primera edición: octubre de 2022

2022, Juan Soto Ivars
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Anónimo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1861-930-4

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
Twitter: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

[1] Todas las citas que figuran como epígrafes al inicio de los capítulos pertenecen a la obra citada (Barcelona, Tusquets, 2008, trad. de Fernando de Valenzuela).

[2] Era el número de teléfono personal de Anónimo García, encantado de atender con fría cordialidad a los asustados o enfurecidos vecinos y, en caso de pánico grave, aclarar la broma.

[3] Durante la escritura me he hecho también yo estas preguntas y otra, fundamental: ¿cómo referirme con cuidado y consideración a una persona a la que no puedo conocer, a quien no he podido escuchar, cuyo sufrimiento no puedo imaginarme y a la que cualquier palabra mía podría herir? Mi decisión ha sido tratarla con el máximo respeto: a su dolor y también a su inteligencia.

[4] No puedo ver el vídeo del juicio tras el acuerdo de los letrados para celebrarlo a puerta cerrada, debido a que la víctima de La Manada iba a participar por videoconferencia. Esta circunstancia especialmente delicada impide a Anónimo compartir el archivo conmigo, pero no que él lo repase, tome notas y me cuente lo que ocurrió en la sala, centrándose en las preguntas y respuestas de su interrogatorio. Como soy consciente de que no se puede ser juez y parte, y dado que mi única fuente tendrá necesariamente una visión sesgada, he pasado los cuatro últimos meses solicitando a Teresa Hermida una entrevista para incluir su punto de vista. Le he enviado seis correos electrónicos, explicitando mi fecha límite y el enfoque del libro, sin obtener respuesta. He llamado por teléfono otras tantas veces a su bufete, y su secretaria me ha confirmado que Hermida estaba al corriente de mi interés y de mi insistencia, y que mis correos «los había visto». El miércoles 8 de junio de 2022, a pocos días de mi fecha límite de entrega del manuscrito, Hermida me llama a las 18.10, sin previo aviso, y yo no oigo su llamada. Se la devuelvo el mismo día, a las 18.38, es decir, 28 minutos más tarde, pero ella me dice que está liada y que me volverá a llamar «hoy o mañana». Esta llamada nunca se produce, pese a que le escribo el jueves 9 para recordárselo. Desde ahí, solo silencio por su parte. Debo renunciar, por tanto, a su testimonio directo, pero trato de incluir su punto de vista tirando de sus escritos judiciales en el caso y otras declaraciones públicas para reconstruir lo más vívidamente posible aquella mañana en el juzgado penal de Pamplona.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Nadie se va a reír. La increíble historia de un juicio a la ironía

0. Free Ano

Primera parte. Homo Velamine

1. El presidiario
2. Daoiz y Velarde
3. Provocación
4. Sobre ruedas
5. El manifiesto
6. España es un país
7. Abajo el mundo moderno
8. Manipular la manipulación
9. Matar a los piratas
10. La FEA feminista
11. Habla, pueblo, habla
12. Una cuestión de fe
13. Garbeo hacia el desastre
14. La cosa se empieza a poner violenta
15. El primer golpe

16. Emprendedores
17. Gracias por su visita

Segunda parte. Juicio a la ironía

18. La bola de nieve
19. El pollo corre sin cabeza
20. Los tentáculos de la cancelación
21. ¿Quién es? ¿Qué quiere?*
22. Corrosión
23. Autocomplacencia
24. El juicio
25. La condena
26. La sentencia
27. El tabú es la sátira

Imágenes

Sobre este libro

Sobre Juan Soto Ivars

Créditos

Notas